

ESTEFANÍA YEPES

# Un mundo para Héctor

I

EL CUENTO QUE NUNCA VIO EL FINAL



NARRATIVA CONTEMPORÁNEA

**UN MUNDO PARA HÉCTOR.**

**I**

**EL CUENTO QUE NUNCA VIO EL FINAL.**

Primera edición: Julio 2016

© Estefanía Yepes, 2016

## **PORTADA:**

### **Diseño:**

©Marta Fernández, M-Design.

### **Derechos:**

Estefanía Yepes.

### **Imagen:**

Shutterstock

### **Barcelona, Julio 2016.**

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

# NOTA DE LA AUTORA

---

Antes de que comiences a leer estas páginas, me veo en la obligación de explicarte algo muy importante sobre ellas.

En primer lugar me disculparé, pues soy consciente de que el final puede resultar inesperado e incluso, incomprensible. Por ello he creído oportuno crear este apartado pues, ante todo, quisiera dar una explicación al respecto con la que respaldar mi decisión.

Tal vez creas, llegado el momento, que hubiera sido mejor un único libro, pero estoy segura de que el efecto que he tratado de generar de esta manera, no hubiera sido el mismo.

La historia de Héctor no es solo su “historia”, propiamente dicha. Estas páginas contienen la vida de tres personas diferentes que, en los últimos años, se han visto obligadas a pasar por un infierno personal al que seguramente, jamás hubieran querido tener que someterse. Es una historia de miedos, de inseguridades, de inmadurez, de vidas truncadas y deseos perdidos en el tiempo. Es mucho más que un silencio pues, tras su infantil apariencia inicial, se esconde todo un cúmulo de sentimientos y emociones capaces de traspasar el alma y vapulear tu felicidad.

Así pues, dada la carga emocional que para mí suponía, vi oportuna la separación en dos partes, convirtiéndola de este modo en una bilogía. En la primera de ellas, conoceréis a los tres protagonistas. Sin embargo, he querido centrarme sobre todo en la vida de Jana, en su historia, en el motivo de su carácter y en su día a día. De esta forma, traté de describir sus sentimientos, los pasados y los recientemente descubiertos, de la forma más fiel y detallada posible.

Por otro lado, la segunda parte se centrará más en la historia de Martín, de manera que podáis conocer también un poco más a la persona que se esconde tras esa apariencia de seriedad y su estricto currículum y así, podáis juzgar con pleno conocimiento de causa.

De este modo, ambas quedarán perfectamente ensambladas por la historia de Héctor, nexo de unión indiscutible de dos almas que se han visto obligadas a sufrir un duro revés en sus respectivas vidas, con el que tendrán que aprender a lidiar y a convivir.

Así pues, este es el único motivo por el que decidí separar ambas partes, a pesar de que una continúe el mismo día en el que termina la otra. Sin embargo, creo que era necesario ese lapso de tiempo, pues cada uno de sus protagonistas se merecía un espacio para que tú, que ahora te dispones a adentrarte en sus vidas, tuvieras un periodo en el que poder reflexionar, enfadarte, reír, dejarte llevar o simplemente, sentir junto a ellos cada una de sus emociones.

Si por algún motivo, llegado el caso, no consiguiera despertar en ti tales sensaciones, te pido de antemano disculpas, pues esa fue siempre mi primera y única visión, hacer resurgir en ti todo lo que yo he llegado a vivir junto a ellos.

En este momento, si todavía estás pensando en adentrarte en esta historia, quisiera darte las gracias. Gracias por darles una oportunidad, por querer ser parte de su pequeño mundo y por desear compartir con ellos una parte de tu tiempo.

Y ahora, Héctor, Martín y Jana, brillad con todo vuestro esplendor.

Bienvenid@ a *Un mundo para Héctor*.

Estefanía Yepes.

*Porque pocas cosas en la vida tienen tanto valor*

*como el amor de unos padres por sus hijos...*

*A los míos.*

*Por ser parte de mi mundo.*

# ÍNDICE

[NOTA DE LA AUTORA](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[CAPÍTULO 39](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[OTROS TÍTULOS DE LA AUTORA.](#)



## CAPÍTULO 0

Esa mañana despertamos ilusionados. Íbamos a visitar por última vez lo que en cuestión de unos meses se convertiría en nuestro nuevo hogar. Siempre nos habíamos considerado muy urbanitas, pues los dos crecimos en pleno seno de la ciudad. Sin embargo, cuando él llegó a nuestras vidas todo cambió. Se convirtió en nuestra prioridad absoluta y creímos que lo mejor para todos sería mudarnos a las afueras, a algún lugar en el que pudiéramos vivir en una casita con jardín. Él crecería alejado del bullicio y ajeteo de la urbe y podría jugar tranquilo en el jardín, o en la calle, junto a sus vecinos. Con suerte, con el tiempo acabaríamos esperando la llegada de un hermanito —o hermanita, si el destino se ponía de mi parte— y todo sería muy distinto a nuestra actual vida.

Nos casamos por amor. No había dinero de por medio, ni apuestas, ni intereses más allá de los de nuestros propios corazones. Éramos muy jóvenes cuando dimos el paso, demasiado tal vez, pero jamás pasó un día en el que nos arrepintiéramos de haber tomado aquella decisión. A su lado todo era fácil, divertido y sencillo, nunca había lugar para las complicaciones. Dar inicio a una nueva vida juntos nos llevó mucho trabajo al principio. Nuestros padres nos ayudaron tanto como pudieron, pero nada nos había caído del cielo: cada cosa, cada mueble, cada curso, absolutamente todo salía de nuestro esfuerzo diario. Luchamos con ímpetu para poder independizarnos, pues las cosas últimamente no funcionaban muy bien en el ámbito laboral. Las últimas reformas de las leyes estatales por culpa de los constantes cambios en el gobierno central habían empeorado el panorama y los jóvenes crecíamos con incertidumbres, trabajos precarios, sueldos irrisorios y currículos cargados de formación, pero sin posibilidad de experiencia en nuestros respectivos campos... Sin embargo, nunca nos faltaron fuerzas para asumir cualquier tarea que pudiéramos llevar a cabo por nosotros mismos. Trabajábamos los dos fuera e incluso, en numerosas ocasiones lo hacíamos desde casa.

La cosa se había suavizado con la llegada del bebé. Nuestros empleos se estabilizaron y comenzamos a disponer de un poco más de tiempo para dedicarnos a nosotros mismos y a nuestra pequeña familia. Reconozco que su llegada fue totalmente inesperada y que incluso, me desmoroné al descubrir que estaba embarazada. Sin embargo, con la ayuda de mi familia y sobre todo, la de mi marido, supimos que podríamos hacerlo y que todo saldría bien. Pero de eso ya había pasado un tiempo.

Decidimos que no iría a la guardería puesto que ahora, nuestros horarios nos permitían cuidar de él en casa. Hacíamos turnos en el trabajo para que nunca estuviera desatendido y raras eran las ocasiones en las que nos veíamos obligados a dejarle con sus abuelos —aunque ellos se murieran de ganas de tenerle entre sus brazos y no cesaran en recordárnoslo—. Sin embargo, aquel día era especial y aunque en un primer momento hubiéramos pensado que lo mejor sería dejarle con mis padres, al final decidimos llevarle con nosotros pues, en definitiva, aquel también iba a ser su nuevo hogar.

Nos hallábamos en plena Meridiana, parados a la salida de la ciudad por culpa de aquellos interminables semáforos que habían instalado hacia tan solo unos meses. Conducíamos sumidos en un extraño silencio, fruto de los nervios y de la felicidad que nos poseía. Sin embargo, era uno de aquellos silencios que nunca importaban, de aquellos que incluso, podrías llegar a agradecer. De hecho, íbamos en silencio porque sencillamente, no había palabras en el mundo con las que describir el júbilo y la felicidad que nos embriagaba en esos momentos.

El semáforo cambió de color y al ponerse en verde, toda aquella sucesión de conductores que habían quedado detenidos temporalmente en aquel punto de la carretera, arrancaron sus vehículos casi de forma simultánea. Era muy pronto, la hora punta como solía llamarse. Sin embargo, si mirábamos a un lado y a otro, lo único que veíamos eran caras largas, tristes, ojerosas... gente que a esas horas ya se encontraba vociferando a través de los dispositivos de manos libres de sus vehículos. Aquello no era vida y jamás deseamos eso para nosotros. En ese instante, giré la cabeza hacia mi izquierda y me encontré con su mirada, tan limpia y sincera como lo había sido siempre. Nos lo dijimos todo sin decirnos nada. Nuestras vidas nos pertenecían y para nada queríamos que aquel malestar general que poseía a la gente por las mañanas pudiera convertirse en nuestro *modus vivendi*.

Nos sonreímos, cómplices de nuestros sentimientos, y lo hicimos como solo lo hacen aquellas personas que conocen el verdadero significado del amor. ¿De verdad existía en el mundo alguien más que hubiera experimentado alguna vez lo que nosotros sentíamos? Llegué a pensar —en alguna de aquellas ocasiones en las que me permitía divagar entre mis propios pensamientos de colegiala feliz— que era la única mujer en la faz de la tierra capaz de profesar tales emociones por un hombre. Aunque creo que todos los seres humanos hemos llegado a pensar tal cosa alguna vez, lo cual, me tranquilizaba.

Era consciente de que en un momento dado, cuando nos encontramos bajo los efectos de lo que puede considerarse propiamente como “estar enamorado”, nuestro cuerpo segrega una serie de sustancias, descargas emocionales e incluso físicas, que nos llevan a pensar que no hay nadie en todo el planeta, ni lo habrá jamás, que pueda llegar a sentir nada parecido a lo que aquella persona nos hace sentir a nosotros. La percibimos como única, especial, diferente y por encima de todo eso, como nuestra. Yo tuve esa sensación desde el primer momento en el que nuestras miradas se cruzaron, con una intensidad tan arrolladora que podría haber provocado un verdadero huracán. Supe que nos pertenecíamos el uno al otro y que nuestras almas permanecerían unidas hasta el resto de nuestros días.

Cogimos la C-17 a la salida de la Meridiana. Él conducía tranquilo, sin ningún tipo de prisa, pues habíamos salido con tiempo suficiente como para llegar, aparcar y tomar un café en cualquier bar, antes de reunirnos con los actuales propietarios de la casa. La emoción podía palpase en cada poro de nuestra piel y nos dejamos subyugar por aquella maravillosa sensación.

—¿Por qué no aceleras un poco más? Vas a setenta...

—Cariño —contestó con una de sus habituales sonrisas—, voy a ochenta y no tenemos prisa.

—Tengo ganas de llegar...

—Y yo también. No desesperes, en unos minutos estaremos ahí.

—¿Crees que le gustará a Héctor?

—¿Y por qué no iba a gustarle?

—Tienes razón... ¡Es que estoy muy nerviosa!

Sentí su mano sobre mi muslo, una caricia suave sobre mi piel que pudo rozarme incluso el alma. Aquella era su mayor virtud. Él era la única persona capaz de llegar al fondo de mi ser, acariciarlo, removerlo y cuando era necesario, consolarlo también. Percibí su tranquilidad y respiré profundo una vez más. Todo iba a salir bien.

Llegamos a la altura de *Montcada i Reixach* y pasamos de largo aquella fábrica de cemento que tanto odiaba. Jamás me había gustado. Era horrible, triste, oscura y desentonaba con el paisaje. Además, el polvo de cemento que escapaba de entre sus instalaciones iba a parar de lleno a la carretera, convirtiéndola en resbaladiza y sobre todo, en altamente peligrosa.

Él tenía la vista puesta en la calzada y no la separaba de ahí, a pesar de que yo pudiera decirle cualquier cosa. Aunque, a decir verdad, aquel tampoco era uno de mis días más parlanchines. Pasamos de largo la dichosa fábrica y fui consciente de que se me iluminó de nuevo la mirada. El paisaje de fondo —a pesar de los edificios— volvía a ser verde y aquello me tranquilizaba. De hecho, estaba tan sumida en aquella sensación de paz interior que el frenazo del coche me cogió por completo desprevenida. Sin embargo, fue tan brusco que llego a cortarme incluso la respiración.

Había escuchado en numerosas ocasiones que aquella curva era peligrosa, pero jamás habíamos tenido ningún problema con ella puesto que nunca solíamos correr por ese tramo, como tampoco lo hicimos aquel día. No obstante, cuando dirigí la vista hacia la carretera, no me dio apenas tiempo a percibir qué era lo que estaba sucediendo. Vi que un vehículo se incorporaba a la calzada a gran velocidad desde un punto en el que su visibilidad todavía era buena. Tenía que habernos visto por narices... Pero lo hizo sin apenas mirar a la carretera y ahora luchábamos por frenar nuestro vehículo y recuperar el control del mismo. Aquella curva era peligrosa porque a pesar de estar desnivelada, por el lado izquierdo tenía el muro de cemento que servía de mediana y por la derecha, había directamente una caída al vacío de unos quince o veinte metros, como mínimo.

Todo sucedió demasiado deprisa.

Mi marido trataba de frenar el coche con un fuerte chirrido de los neumáticos pero cuando mi cabeza logró echar una mirada hacia atrás para comprobar que nuestro pequeño estaba bien, fui consciente de que el vehículo que venía tras el nuestro perdía el control, justo antes de impactar contra nosotros. Todo sucedió en cuestión de segundos, tal vez milésimas. Escuché el fuerte estruendo y sentí una fuerte presión en el pecho. No era dolor, era algo distinto que jamás había experimentado. Escuchaba de fondo los llantos despavoridos de mi niño, mi pequeño príncipe. Lloraba desconsolado y yo me moría por atenuar su dolor. Alargué la mano con dificultad, pero sentía que aquella extremidad ya no me pertenecía.

A continuación, intenté abrir los ojos, pero también había algo que me impedía ver lo que me rodeaba. Logré al fin llegar a él y sentí su pequeño corazón latiendo con fuerza, muy agitado, mientras su llanto continuaba martilleándome por dentro. Palpé lentamente a ciegas y comprobé que todo él estaba intacto. No distinguí heridas, ni rasguños y sus pequeñas extremidades continuaban agitándose al compás de sus aterradores llantos. Entonces, sentí otra mano buscando mi piel. Se movía todavía más pausada que la mía, casi de forma imperceptible. Llegó a la altura de mi brazo y lo recorrió con más lentitud todavía, hasta que nuestras manos se encontraron. Percibía su sufrimiento a través de aquellos dedos y quería transmitirle toda la fuerza —aunque fuera poca— que todavía me quedara.

Había sido mi único amor, el único hombre por el que hubiera dado mi propia vida. Nuestros dedos se entrelazaron y sentí que su mano perdía la fuerza después de un último apretón. Con la otra mano, que todavía tenía puesta sobre el regordete muslo de nuestro hijo, continuaba acariciando aquella piernecita a la que tantos besos había dado. Lo hice sin poder mirarle a la cara y decirle que no pasaba nada, que aquello no era más que un susto, pero mi cuerpo comenzaba a no obedecerme y lentamente, sentí que su llanto se alejaba y todo a mi alrededor se convertía en un oscuro y desconocido silencio.

## CAPÍTULO 1

*Dos años después.*

*Había una vez una princesa, hija de unos humildes y bondadosos padres que, a pesar de no albergar título nobiliario alguno, deleitaba día tras día a todos los aldeanos con su sonrisa.*

*Aquella princesa llegó en el mejor momento, pues sus padres ansiaban colmarla de todo cuanto poseían, aunque principalmente, de felicidad.*

*La princesa creció sin perder aquella maravillosa sonrisa, aunque con el paso de los años, sus poderes también crecieron, convirtiéndose así en la más bella, dulce y bondadosa de todas las jóvenes del reino.*

*Jamás tuvo problema alguno con su hermana pequeña que, a pesar de evidenciar los celos que sentía hacia ella en numerosas ocasiones, nunca consiguió alterarla de forma notable. Fue ella la que se encargó de enseñarle todo cuanto sabía y conocía del mundo en el que vivían para que su hermana, que la escuchaba siempre embelesada, pudiera afrontar la vida con las menores dificultades posibles.*

*Cuando la princesa se hizo mayor, cientos de pretendientes comenzaron a rondar su castillo. Sus padres, atentos a todos sus movimientos, observaban pacientes y confiados las decisiones de su primogénita, pues pocos eran los afortunados que lograban llegar a mantener una conversación con ella.*

*Sin embargo, llegó un día en el que uno de ellos lo consiguió y logró cruzar la invisible barrera que ella misma había creado a su alrededor, llenándole todos y cada uno de sus días de inolvidables e irrepetibles sonrisas.*

—Héctor, cariño, despierta. ¡Hoy es tu primer día de colegio!

El pequeño abrió lentamente los ojos, intentando enfocar con la mirada el rostro que tenía delante. Con la delicadeza propia de un niño de tan solo tres años, los frotó con su rolliza mano y volvió a abrirlos de nuevo.

—¿Tienes ganas de empezar el cole? —pregunté, llenándole la cabeza de besos antes de cogerle en brazos—. Estará lleno de niños que estarán encantados de jugar contigo.

Héctor entornó la cabeza y asintió un par de veces, todavía perezoso. Era un niño alegre y juguetón. Le encantaba llenar el suelo de su habitación con todo tipo de muñecos y bichos de plástico que más tarde guardaba en una especie de cofre, como si de un verdadero tesoro se tratara. Así podía pasarse las horas que quisiera. En ocasiones, cuando no estaba distraído con los juguetes, andaba siempre con una libreta en las manos donde pintaba indistintamente cosas sin sentido. Un día le daba por los colores y otro por los números —lo cual, no dejaba de asombrarme—. Llenaba páginas y páginas con dibujos infantiles y letras que yo aún no lograba entender cómo había podido aprender a escribir. Su comportamiento era ejemplar y nunca le había encontrado haciendo ninguna travesura. Sin embargo, había una única cosa que a día de hoy, todavía me traía de cabeza pues, a sus tres años de edad, Héctor jamás había pronunciado palabra alguna.

Ayudé al niño a vestirse con cuidado —primero los pantalones y después la camiseta—, asegurándome de que acabara de quedar todo en su sitio. Le acerqué los zapatos y él, después de observarlos durante algunos segundos y haciendo alarde de verdadera astucia, puso en cada uno el pie que correspondía. En ocasiones, me sorprendía de la destreza que Héctor mostraba para cierto tipo de cosas, no obstante, tampoco me había detenido a pensar cuál era la edad habitual en la que un niño aprendía a distinguir la derecha de la izquierda. Supuse que esos momentos simplemente, llegaban.

Héctor corrió hacia la cocina y se sentó en la silla que le había regalado por su tercer cumpleaños, hacía ya un par de meses de ello. Le había hecho muchísima ilusión dejar la trona a un lado y recibir su primera silla de niño “mayor”, aunque esta fuera —junto a la mesa— de un tamaño mucho más reducido que las normales.

Permaneció en ese lugar, inmóvil, a la espera de que le sirviera el desayuno. Así pues, dejé el bol de leche con cereales sobre la mesa y me senté en la otra diminuta silla que había al lado de la suya para ayudarle con la comida, pues era todo un especialista en derramarse la comida por encima cada dos por tres.

Aprovechamos ese ratito para empezar el día con energía y una gran sonrisa. Jamás desistía en mis intentos de estimular a Héctor para que este se animara a hablar. Le explicaba historietas, le cantaba canciones infantiles mientras el niño abría la boca y desayunaba sonriente e incluso, le hacía preguntas, aun sabiendo que la única respuesta que obtendría sería un gesto afirmativo —o negativo— con la cabeza. Una vez hubo terminado, Héctor corrió hacia la entrada, nervioso por el día que tenía por delante, y me esperó allí inquieto, con la felicidad reflejada en el rostro. Le miré sonriente y le tendí un pequeño sándwich que metí en el interior de la mochila que unos días atrás le había regalado mi madre y que tenía la forma de uno de aquellos peluches de unos dibujos sobre una *Patrulla canina*, justo antes de colgarla en la espalda de Héctor. Estaba tan adorable con su bata de cuadritos azules... Sentí que se me arremolinaban las lágrimas en la comisura de los ojos mientras le observaba impaciente. ¡Estaba más nerviosa que él! Cogí el teléfono móvil de mi bolsillo y le avisé de que iba a hacerle una foto, a lo que él reaccionó ofreciéndome aquella sonrisa de ratoncito tan suya y con la que siempre lograba derretirme.

Llegamos a la escuela apenas diez minutos más tarde. En su momento, me decidí por ese colegio por su inmejorable situación, pues se encontraba muy cerca de nuestro apartamento —y del de mis padres, lo cual facilitaba mucho las cosas—, así como también de mi trabajo. Vivíamos en el barrio de la Sagrada Familia, muy cerca de aquel gran monumento al que Gaudí había dado vida y que todavía a día de hoy, continuaba inacabado. De hecho, nuestro edificio estaba situado en una avenida que llevaba el nombre del famoso arquitecto pues, a pesar de que me había costado horrores conseguirlo, estaba totalmente enamorada de la peculiar vida del lugar. Me gustaba porque era lo suficientemente céntrico como para tenerlo todo a mano y a la vez, continuaba manteniendo en sus callejuelas aquella vida y estructura tan típicas de un barrio, donde la mayoría de vecinos se conocen tras el paso de los días. Además, aquella avenida era una verdadera joya. Estaba llena de heladerías, panaderías, pastelerías y bares en los que la variedad era su mayor tesoro.

Cuando llegamos a la puerta principal del colegio, Héctor no se dejó intimidar por la presencia de tantos niños. Al contrario que muchos otros, que lloraban desconsolados, él caminaba tranquilo cogido de mi mano. El primer día era de adaptación, por lo que los padres podían entrar con los niños y pasar la mañana junto a ellos en las aulas, conociendo a los nuevos profesores y compañeros.

Héctor se sentó en una de aquellas diminutas sillas y lo hizo entre dos niñas que parecían realmente asustadas ante la gran cantidad de niños y personas que había en la clase. Le observaba desde la distancia, atónita ante la pasmosa parsimonia que Héctor reflejaba, pues su atención no se desviaba en ningún momento de su nueva profesora, la señorita Lucía, sin apenas dirigir la vista hacia ninguno de aquellos niños que, a partir de ahora, serían sus compañeros durante mucho tiempo.

Cuando terminó la mañana, los padres que querían comentar alguna cosa con la profesora fueron acercándose por orden a ella para hacerlo. Decidí esperar a que la clase se vaciara y cuando ya solo quedábamos los tres, me acerqué por fin a la chica.

—Hola, Lucía —saludé tendiéndole la mano—. Me llamo Jana y ese de allí es Héctor.

—Encantada de conocerte, Jana. ¿Os ha gustado la clase que os han asignado?

—Sí, mucho. Creo que tiene todo lo que necesita un niño de su edad y me parece que Héctor se siente cómodo en ella. Sin embargo, he esperado hasta ahora para hablar contigo porque me gustaría comentarte cierto aspecto delicado acerca de Héctor.

—Por supuesto. Dime, ¿puedo ayudaros en algo?

No supe decir a ciencia cierta qué era lo que tenía Lucía que me permitió mostrarme ante ella con total sinceridad. Quizá fuera la amabilidad con la que trataba a todo el mundo, o tal vez que no existiera entre nosotras gran diferencia de edad. No estaba del todo segura.

—Te voy a ser sincera. No sé muy bien todavía a qué es debido pero Héctor aún no ha aprendido a hablar, a pesar de que nos esforzamos a diario con el tema...

—En primer lugar, respecto a lo de hablar no te preocupes. Los niños pasan por diferentes etapas o estadios emocionales. Quizás ahora mismo no hable y tal vez dentro de unos meses no logres hacerle callar. A veces, todo es cuestión de tiempo.

—Gracias, saber esto me consuela un poco. No obstante, quería comentarte que el niño entiende a la perfección todo cuanto se le dice, con lo que no debería de darte problemas con el ritmo de la clase.

—No te preocupes, déjame que le observe durante unos días y si aprecio algo que me llame la atención, prometo llamarte y hablar detenidamente sobre ello. Si te parece bien, claro.

—Por supuesto. Muchísimas gracias por todo, Lucía. Me alegra saber que Héctor estará bien atendido.

Nos estrechamos la mano con educación, en un signo de recíproca cordialidad.

—Gracias a ti por confiar en nosotros. Es todo un placer.

—Héctor —dije dirigiéndome esta vez al niño—. Acércate, cariño. Volvemos a casa.

Se levantó de un salto, cogió con una mano la mochila-pelucho y arrastrándola por el suelo a su paso, se acercó de nuevo a mí.

Salimos al pasillo cogidos de la mano tras despedirnos de su nueva profesora. Caminábamos con templanza cuando de pronto, mientras andaba distraída un segundo mirando la pantalla de mi teléfono móvil, me percaté de que alguien me llamaba a unos metros de distancia.

—¡Señorita! Disculpe, señorita —dijo de nuevo la voz, esta vez más próxima a mí—. Creo que se le ha caído esto.

Me giré hasta quedarme frente al hombre que se dirigía sin duda alguna a mí, pues no había nadie más en el pasillo que no fuéramos nosotros.

—¿Cómo dice?

El hombre que tenía delante no debía de contar más de treinta años, treinta y dos a lo sumo. Vestía un elegante traje de raya diplomática con una camisa gris clarito y una corbata granate, cuidadosamente conjuntada. Le quedaba entallado con la perfección que solo un hombre que supiera lo que llevaba podría lucir. Un hombre alto, firme y robusto. Llevaba el pelo corto y una barba recortada con precisión al milímetro. Su mirada —de un intenso color miel—, invitaba a perderse en una profunda oscuridad que auguraba de todo y que llevaba implícito el término peligro en una especie de cartel luminoso que alarmó a mi cerebro casi al momento. En ese instante, absorta como lo estaba en mis propios pensamientos, noté como el niño me daba un par de tirones en la mano llamándome la atención, sacándome así de mi estupor. Mi lengua parecía un zapato y mi rostro debía de ser todo un poema.

—Sí, es la agenda de Héctor —respondí al tiempo que sujetaba la colorida libreta que el hombre me tendía—, se le debe de haber caído de la mochila. Mu... Muchas gracias.

¡¿Pero qué narices me pasaba?!

—De nada. Que pasen un buen día.

Dicho esto, después de una cordial —aunque extraña— sonrisa, el hombre dio media vuelta y desapareció por donde había venido. Resté inmóvil durante algunos segundos más, intentando imaginar quién podía ser aquel tipo que para nada pegaba en un ambiente escolar. Quizá fuera el padre de algún niño cosa que, sin saber muy bien por qué, me hizo todavía más gracia.

Sacudí con disimulo la cabeza y a continuación, volví a meter la agenda en la mochila —que me aseguré de cerrar con cremallera esta vez— y reanudé de nuevo el paso en dirección a nuestro apartamento, con una inesperada sonrisa instalada en el rostro.

## CAPÍTULO 2

—Que sí, mamá. Héctor lo pasó muy bien en el colegio... No, no lloró en ningún momento... —dije con voz cansina a la mujer que había tras la otra línea del teléfono—. Que sí, que ya le he contado a la profesora los problemas del niño. ¿Quieres dejar de ser tan pesada?

Me hallaba en el interior de la tienda tratando de pintar la última mesa que me habían traído tan solo un par de días atrás. Mantenía el teléfono sujetado entre la mejilla y el hombro y hablaba con mi madre mientras daba unas últimas pinceladas de un color rojo intenso, poniéndome las manos perdidas por culpa de la distracción que me provocaba la mujer.

Era licenciada en Historia del Arte. Al terminar los estudios —y pasado un tiempo de infructuosa búsqueda de empleo— comencé a indagar la manera de crear un negocio propio que me diera lo suficiente como para vivir los dos sin demasiados problemas. De ese modo, después de darle muchas vueltas —y con un poco de ayuda por parte de mis padres— empecé a restaurar muebles viejos o baratijas que iba encontrando en grandes almacenes, para venderlos más tarde con diseños únicos a través de internet. El negocio prosperó muy rápidamente, ayudada por una gran campaña de publicidad en las redes sociales de la que se encargó por completo mi amiga Minerva. Así pues, cuando llevaba un año viviendo íntegramente de los beneficios de mis diseños, inicié la búsqueda de un local en el que establecer mi negocio. De ese modo, encontré uno de justas dimensiones, aunque lo suficientemente amplio para instalar en él un pequeño taller y una zona de venta.

La tienda estaba situada en el mismo barrio donde residíamos, en plena calle Marina, justo en la esquina que daba a la Plaza Gaudí. Con la ayuda de mis padres, lo había arreglado un año atrás —puesto que los anteriores inquilinos lo habían dejado en muy mal estado— y le había dado una apariencia moderna, juvenil y atrevida. La pared que daba al exterior era toda acristalada, elemento que aproveché con habilidad para crear un escaparate en el que mostrar pequeños objetos de decoración que yo misma creaba o restauraba. La estancia, al ser rectangular, me dio muchas posibilidades. En la parte de la derecha, aproveché para establecer el mostrador principal, donde instalé una caja registradora y una estantería acristalada en la que guardaba los objetos de mayor valor. Toda la tienda conformaba un espacio diáfano en el que fui estableciendo sin ningún orden —pero con elegancia— diferentes mesas, figuras y objetos que ponía a la venta por un atractivo y módico precio.

Al final de todo, en la parte izquierda de la sala, había instalado lo que desde el primer día se había convertido en mi taller. Estaba compuesto por una gran mesa, amplia y despejada, en la que depositaba el objeto en el que estuviera trabajando. Detrás de esta, había un panel en el que tenía colgados todos los utensilios y herramientas que necesitaba para realizar las tareas de restauración. Finalmente, en un rincón había apilados en forma de castillo, toda una serie de cubos de pintura —de diferentes estilos, gamas y colores— con los que daba el último toque a los muebles.

Al lado del mostrador había puesto una mesita y una silla de colores infantiles, igual que la que tenía en casa, ya que muchos días me traía a Héctor al taller. El niño parecía disfrutar allí dentro y no daba muestras de aburrirse, pues tenía a su alcance todo un repertorio de ceras y colores con los que poder pintar durante horas en aquellas libretas que tanto le distraían. Se había convertido en una especie de réplica mía en miniatura, pues era indiscutible que llevaba el arte en las venas.

A pesar de que mi madre y yo nos habíamos distanciado de forma notable a causa de las disputas por la crianza del niño, con el paso de los meses la mujer empezó a darse cuenta de la forma en la que yo sufría día a día un importante cambio, dando muestras de una madurez de la que jamás había hecho alarde, para ser sinceros.

Me ayudaba en el mostrador en numerosas ocasiones. Comenzó pasando por la tienda una vez a la semana hasta que al fin, sus apariciones allí se convirtieron en una visita diaria que le ocupaba gran parte de la mañana. Pero su presencia no me molestaba, en absoluto.

La campanilla de la puerta sonó y levanté la cabeza por encima de la mesa que estaba terminando de pintar.

—Hola, florecilla —me dijo una voz muy familiar—. ¿Cómo fue el primer día de Héctor?

Minerva entró al taller igual de elegante que siempre. Llevaba puesto un delicado vestido con un estampado floral, atrevidamente colorido. Las sandalias —con un elevado tacón que hacía mucho tiempo que yo no me atrevía a calzar— conjuntaban a la perfección con el bolso que colgaba de su hombro, en un tono salmón anaranjado. Llevaba la pelirroja melena recogida en una coleta a la altura de la nuca y el flequillo, de corte recto, le tapaba la frente hasta cubrirle casi por completo las cejas.

Iba a darle dos besos al saludarla, pero me di cuenta de que llevaba todo el rostro salpicado de pintura, como si este estuviera cubierto de diminutas pequitas rojas. Le lancé un beso con la mano desde una distancia prudencial y ella se acomodó en el taburete que había detrás del mostrador principal, lejos del peligro que representaba la pintura para ella.

—Hola, *Ervs*. No te esperaba todavía. ¿Has terminado ya por hoy? —dije mirando extrañada el reloj que colgaba en la pared—. Es muy pronto.

—Calla, calla... Menudo día llevo. Vengo de cerrar un acuerdo con unos importantes clientes del despacho de mi padre. He pasado toda la mañana con un estado de nervios increíble, pero por fin ha terminado. Llevábamos muchas semanas detrás de este asunto, así que me he concedido el resto del día libre. Pero bueno, dime... ¿Cómo le fue a mi bicho bola?

—¡No le llames así! —añadió entre risas antes de responder a su pregunta—. Pues bastante mejor de lo que creía. Le han asignado una profesora muy simpática y la clase es bonita. Creo que no tendrá muchos problemas de adaptación.

—¿Le comentaste lo de que nunca habla? —preguntó mientras sacaba un par de tazas de agua del microondas y ponía una bolsita de té en cada una de ellas—. Quizás exista algún tipo de protocolo a seguir en estos casos.

—Se lo dije al final del día y me comentó que por ahora, no era necesario preocuparse. Le observará durante unos días y si encuentra algo que no sea propio de

un comportamiento habitual, lo trataremos en otra reunión.

—Perfecto, entonces. ¿Comemos juntas? Podemos pedirle al chino que nos lo traiga aquí, te veo muy liada.

—De acuerdo. Pide tallarines y pollo agridulce para mí. ¡Me muero de hambre!

Minerva cogió el teléfono y empezó a hacer el pedido mientras se dirigía hasta la puerta y cambiaba el letrero de *abierto* por el de *cerrado*.

La comida no tardó mucho en llegar. Nos sentamos en el mostrador, la una frente a la otra, y con la ayuda de los palillos, devoramos con ansia los diferentes platos que habíamos pedido.

—¿Te apetece salir esta noche? Dan una fiesta en un local del centro. Hace tiempo que no sales y te iría bien despejarte un poco. ¿Qué me dices?

Le dediqué una mirada incrédula mientras sorbía uno de los fideos que tenía cogido entre los palillos.

—Tengo que ocuparme del niño, no es momento para fiestas... Ya lo sabes.

—Vamos, Jana, tus padres se lo quedarán encantados... Tienes veinticinco años, ¡debes salir y disfrutar un poco!

—Te digo que no me apetece... Además, no tengo ni ropa de fiesta, ni ganas de salir.

—Por la ropa no te preocupes, sabes que puedes coger de mi armario lo que quieras. Y en cuanto a lo de las ganas... Un buen revolcón —añadió sonriente señalándome con los palillos—, ¡eso es lo que necesitas!

—Pero, ¿tú estás loca? —contesté, sorprendida por la salida, aunque divertida por el comentario de mi amiga—. ¿Tú me has visto bien? A ver, dime, qué chico de mi edad querría salir con una chica como yo que, además, está a cargo de un niño pequeño... ¿Quién, eh?

—¡Pues cualquiera que tenga dos dedos de frente! Tu problema es que no te arreglas lo suficiente, pero tienes buen físico. Te has acostumbrado a esos tejanos cómodos y a las camisetas sueltas y ya no sabes salir de ahí... Va, déjame que te busque algún ligue, uno de aquellos que te saquen los colores con solo una mirada...

Reí ante la idea que me proponía esa pelirroja que tenía por amiga y que ahora me mostraba unos divertidos pucheros mientras parecía dispuesta a hacer de celestina, costara lo que costase.

—Esos no existen, y lo sabes —contesté acercándome un trozo de pollo a la boca.

—Claro que no, y menos aún si te quedas encerrada en casa.

Pasamos un par de horas más en la tienda. Minerva me iba contando cosas mientras aprovechaba el tiempo para trabajar y mandar correos a través de su iPad. Yo, por mi parte, continué pintando la mesa en la que llevaba trabajando tantas horas, volviendo a darle una nueva capa de color a las partes que habían quedado desiguales.

—¡Ya está! —exclamó de pronto, provocando que casi estropeará una de las patas por culpa del sobresalto.

—¿Qué es lo que ya está?

—Tu perfil.

—¿Mi perfil de qué? —continué preguntando sin comprender a qué se refería.

—Tu perfil en la página de citas.

—¡¿Mi quéeee?! —Me quedé boquiabierta al escuchar aquellas palabras.

—Espera, no te alteres antes de tiempo...

—¡¿Que no me altere?! ¿Pero, tú estás loca?

—A ver, Jana. Dices que no tienes tiempo para salir y conocer a chicos que, según tú, son totalmente inmaduros e infantiles para afrontar tu situación. Sin embargo, sí que tienes tiempo para estar en casa... ¿Qué más te da conocer a alguien a través de una pantalla?

Me quedé pensativa ante la respuesta que acababa de recibir. No me gustaba la encerrona en la que me había metido pero, por otra parte, tampoco me sentía enfadada por ello.

—Ahí solo puedes encontrar a tíos desesperados por echar un polvo y a gente rara...

—Qué anticuada estás, cielo. No tienes ni idea. Hay mucha gente que se encuentra en la misma situación que tú, o parecida, y que optan por esta clase de páginas para conocer a otras personas.

—Ay, no sé... Me parece un poco triste y frío, la verdad —añadí vacilante.

—Triste es que con veinticinco años, no te acuerdes de lo que pueden hacer las manos de un hombre... ¿Me oyes? —contraatacó sin piedad, aunque sin borrar la sonrisa del rostro—. Va, *por fi*, confía en mí.

—Está bien, deja abierto el maldito perfil... —concedí al fin—. Pero no te aseguro que vaya a usarlo, ¿entendido?

—¡A sus órdenes! —soltó llevándose la mano hacia la frente. A continuación, miró el reloj y bajó del taburete de un salto—. ¡Me olvidaba de que tengo cita en la peluquería! Te veo otro día. ¡Pórtate bien!

Me lanzó un beso desde la puerta y desapareció rauda y veloz dejándome allí en pie, pincel en mano y con la mente metida en esa estúpida página en la que acababa de registrarme.



### CAPÍTULO 3

*Aquel muchacho era apuesto y de muy buen ver, aunque no poseía más riqueza que la de su conocimiento y sus palabras. Era cariñoso y encantador y logró conquistar el corazón de su amada princesa con tan solo una mirada.*

*Comenzaron viéndose a escondidas, pues ella no estaba segura de que su padre le permitiera encontrarse con él, aunque no le pusiera impedimento alguno cada vez que cruzaba la puerta.*

*El apuesto mozo pasaba las tardes junto a ella, sentados bajo la sombra de uno de aquellos árboles del parque más cercano al palacio de su amada.*

*El joven siempre encontraba cualquier historia que contarle, manteniéndola así distraída y hechizándola con toda aquella palabrería. La escritura era sin duda su devoción y conquistar almas a través de ella, su pasión. Escribía sin cesar todas aquellas historias que le venían a la mente, mas se guardaba las más bellas para su dulce princesa.*

*Cada tarde, después de aquel furtivo encuentro, el mozo acompañaba a la princesa hasta la puerta de su palacio, donde su padre aguardaba a la espera de su hija mientras lanzaba distraídas miradas a través del gran ventanal.*

Cuando llegué a casa eran casi las nueve de la noche. El día anterior, mi madre había decidido que se quedaría ese fin de semana con el niño después de recogerlo por la tarde en la puerta del colegio. Así pues, como era viernes y no tenía nada mejor que hacer, aproveché para quedarme un rato más en el taller y poder dar por finalizada la mesa que tanto trabajo me estaba llevando.

Me mudé a ese apartamento hacía ya un año y medio de ello, situado a tan solo dos calles de la tienda. Era relativamente pequeño, aunque para nosotros dos había espacio de sobras. Entré en el recibidor y el intenso olor a rosas silvestres me inundó por completo. Me encantaba aquel aroma tan dulce y familiar que hacía que me sintiera tranquila y relajada. Colgué el bolso en el perchero y dejé las llaves sobre un cestito de mimbre que había en un pequeño mueble de la entrada. A continuación, encendí las luces y un agradable —y hogareño— rayo de luz me recibió con calidez.

Las paredes estaban decoradas de una forma bastante colorida pues, a pesar de que todos afirmaban que había madurado mucho desde la llegada de Héctor, yo todavía me sentía poseída por un espíritu juvenil y alegre que me impulsaba a llenar de colores todo cuanto me rodeaba. La distribución estaba construida a través de un corredor principal a partir del cual iban apareciendo las diferentes estancias. La primera habitación se encontraba justo a la derecha de la puerta de entrada y era lo que había escogido como trastero. Ahí, además del tendedero, había dispuesto una enorme estantería donde almacenaba todas aquellas cosas que no necesitaba tener tan a mano. A continuación estaba el baño. De un tono azul eléctrico y con todo el mobiliario blanco, estaba lleno de objetos coloridos que delataban a la perfección la presencia de un niño: jabones con forma de superhéroes, colonias con dibujitos, toallas bordadas con muñecos de cuerpos extraños e imposibles... Todo un sinfín de cosas que abarrotaban cualquier espacio que otra mujer habría decidido llenar de cosméticos y cremas corporales.

La habitación que había a continuación era la de Héctor. Pintada de un color verde lima muy vivo, tenía un aspecto de cuento de hadas que me había costado muchísimo tiempo y esfuerzo conseguir. Su cama era una litera elevada, debajo de la cual había creado un espacio acolchado para leer: el rincón de los sueños, tal y como lo llamábamos —bueno, lo llamaba yo— siempre. De la pared de su cama salían unas hojas dibujadas, que iban hasta la otra punta del dormitorio, donde había un espacio destinado a los juguetes, muñecos, juegos y pizarras del niño. En medio de la habitación, había un pequeño pupitre en el que Héctor adoraba sentarse a pintar o dibujar cualquier cosa que le permitieran sus rechonchos dedos.

Justo enfrente de aquella estancia estaba situada la cocina, espacio del que yo todavía seguía enamorada. Al igual que el baño, era de color azul —más claro, pero igual de intenso— con el mobiliario blanco. Era pequeña, pero estaba dotada de todos los utensilios y armarios que una persona pudiera necesitar. La había diseñado yo misma, pues la cocina que habían dejado los inquilinos anteriores se caía a trozos cada vez que alguien entraba en ella. Por último, estaba el salón-comedor, el espacio más amplio del inmueble y donde más tiempo solíamos pasar los dos. Allí mismo se encontraba la puerta que daba a mi dormitorio, con el tamaño justo para poner la cama y un armario con todas mis pertenencias.

Me dirigí hasta allí dispuesta a cambiarme de ropa y a ponerme algún pantalón de algodón y una camiseta ancha con la que me sintiera cómoda. Me recogí el pelo de cualquier forma y me cambié las lentillas por las gafas de pasta de color blanco. Me vino a la cabeza la propuesta que horas antes me había hecho Minerva, pero deseché la idea de salir esa noche casi tan rápido como me había venido a la mente. Había puesto como excusa el hecho de tener que cuidar del niño, aunque era consciente de que esa noche no iba a tenerlo en casa. Pero la realidad, en mi caso, era otra totalmente distinta.

Siempre me había considerado una chica alegre y divertida. Antes de que Héctor llegara a mi vida, no me perdía ni una sola fiesta a la que estuviera invitada. Sin embargo, todo eso cambió de la noche a la mañana. Hacía ya algo más de dos años que no pisaba una discoteca, ni siquiera un bar de copas. No es que ahora pensara que me había convertido en una joven aburrida y solitaria, pero me sentía responsable de la vida del pequeño y no quería que nadie pudiera echarme en cara que no era lo suficientemente buena como para poder hacerme cargo de él.

El reflejo que me devolvió el espejo cuando cerré la puerta del armario fue el detonante de aquella noche. ¿Por qué ya no era capaz de disfrutar como antes?, pensé fijándome en las ojeras que evidenciaban el estado de agotamiento perpetuo en el que me hallaba sumida. Me dirigí con calma hasta la cocina, donde después de apartar un par de tazones infantiles que contenían los restos de los macarrones que habíamos comido el día anterior, cogí un plato y me preparé un sándwich vegetal que acompañé de un par de piezas de fruta.

Anduve hacia el salón con el plato entre las manos y dudé entre la opción de cenar en el sofá mientras veía alguna película, o la de cotillear cualquier chorrada que encontrara por internet. Me decidí por lo primero y me senté en el sofá con las piernas cruzadas, sobre las cuales apoyé el plato. En esa misma posición, cambié de canal en distintas ocasiones hasta que al fin, encontré una película que me pareció aceptable.

Terminé preparándome un bol de palomitas en una de las interminables tandas de espacio publicitario. En ese instante, me hallaba absorta por completo en aquella película cuando mi teléfono móvil vibró, indicándome que acababa de recibir un mensaje. Lo abrí deslizando el dedo por la pantalla y me encontré de frente con una foto de Minerva, sonriente, acompañada de dos chicos jóvenes de muy buen ver —maldita sabandija fiestera—. A continuación, el teléfono volvió a vibrar, lo que me indicó que estaba entrando un segundo mensaje.

*«Te lo estás perdiendo... Todavía estás a tiempo de pensártelo mejor. 23:40».*

Sonreí ante la descarada propuesta de mi amiga y decidí contestarle de forma evasiva, poniendo una vez más al pequeño como excusa.

*«No puedo dejar solo al niño. La próxima ocasión quizá me apunte. 23:41».*

*«Sabes que no vendrás a la siguiente, ni tampoco a la que venga después. Hazme un favor y háztelo a ti misma, CONÉCTATE. 23:42».*

Entendí a la perfección a lo que se estaba refiriendo. No había vuelto a pensar en la página en la que me había registrado, sin embargo, la película estaba llegando al final en ese momento y pensé que tampoco perdería nada por curiosar un rato.

*«Anda, disfruta por las dos. Ya veré qué hago con la dichosa página. Un beso. 23:45».*

*«Ok. Pero mantenme informada si encuentras a tu media mandarina. Buenas noches, florecilla. 23:46».*

La película terminó unos veinte minutos más tarde. Me había desvelado por culpa del trágico final de la misma, lo que llegó incluso a ponerme de mal humor. ¡Pensaba que era una película de amor y no uno de aquellos dramas que te dejaban indefensa y con los sentimientos a flor de piel! Así pues, me levanté del sofá y me dirigí a la cocina con la intención de dejar en el fregadero el plato de la cena y el bol de palomitas y que decidí que ya lavaría a la mañana siguiente, junto con todo lo demás.

## CAPÍTULO 4

Indecisa sobre lo que hacer a continuación, permanecí inmóvil en medio del salón durante algunos instantes. Después de mirar con desconfianza el ordenador, situado en una mesa de escritorio que había en una de las esquinas, al final me envalentoné y anduve directa hacia él. Lo encendí y navegué sin rumbo durante algunos minutos entre las últimas actualizaciones de mis contactos, sorprendiéndome al descubrir la cantidad de tiempo que había pasado desde que había visto por última vez a mis antiguos compañeros de clase y amigos de la infancia. Sin embargo, cuando llegué a la parte de los mensajes privados, encontré uno en concreto que llamó por completo mi atención.

*«Sabía que al final te decidirías a probarlo. Como dudo que sepas cuáles son tu usuario y contraseña, te he registrado como Florecilla. Tu contraseña es todavía mejor: “búscateunnoviaya”.*

*Te quiero, florecilla mía. Mantenme informada de tus logros».*

Solté una carcajada nada más terminar de leer el mensaje. Minerva había conseguido una vez más despejar mi repentino mal humor de la forma más absurda de entre todas las posibles. Por eso mismo, y sin darle muchas más vueltas al tema, le di al enlace indicado al final del mensaje y accedí a la susodicha página de contactos.

Después de iniciar sesión como *florezilla* —nombre de usuario con el que no estaba muy satisfecha pero que tampoco me molesté en cambiar— la página me llevó hasta una pantalla principal en la que podía ver y acceder al perfil de los diferentes usuarios de la misma. Empecé a curiosear aquellos que llamaban mi atención, leyendo por encima lo que todos ellos habían escrito sobre ellos mismos. Rubio, alto, fuerte, simpático y capaz de hacerte reír, eran algunas de las consignas que más se repetían. Mira que los tíos a veces llegaban a ser previsibles, de verdad, pensé mientras seguía pasando perfiles uno tras otro sin detenerme más de un par de segundos en cada uno de ellos. Sin que pudiera esperarlo, mientras navegaba sin rumbo fijo por aquel listado de usuarios, emergió en la pantalla una ventana de chat privado que me sobresaltó de forma inesperada.

—Hola, *florezilla*.

Me quedé pensativa, dudando ante la posibilidad de responder —o no— a dicho mensaje. Antes de hacerlo, no obstante, indagué en el perfil de aquel hombre, tratando de hacerme algún tipo de idea sobre la persona con la que estaba dispuesta a entablar una conversación. El tipo en cuestión no tenía puesta ninguna foto de perfil, tan solo tenía el mismo icono que todos los demás usuarios que no contaban con foto propia. En su descripción tampoco encontré ninguna clase de información relevante que me permitiera hacerme alguna idea sobre el mismo. Sin embargo, decidí contestar con brevedad, pues pensé que tampoco tenía gran cosa que perder en el caso de seguirle un rato la corriente.

—Hola, *Cascanueces*.

—¿Qué haces?

—¿Ahora? —tecleé sin muchas ganas.

—Sí, supongo que ahora...

Tardé un poco en contestar, cavilando sobre aquello a lo que podría estar refiriéndose aquel tipo.

—Hablar contigo —respondí al fin.

—Eso ya lo veo. ¿No sales esta noche?

—No me apetecía hacerlo. ¿Y tú?

—Tampoco. Normalmente encuentro formas de diversión más atractivas por aquí...

Dudé de nuevo. Qué tipo más extraño.

—¿Y cómo es eso? —me atreví a preguntar.

—Digamos que la forma en la que me gusta relacionarme con los demás solo es posible por este medio...

—Ah... Me alegro entonces de que te encuentres a gusto en estas tierras.

—Sí, es un lugar agradable, y a lo verás.

—¿Trabajas? —pregunté entonces, con la firme intención de cambiar la dirección de la conversación.

—Depende.

—¿De qué depende?

—De según cómo se mire...

—Qué gracioso... ¿no? —contesté sin poder evitar tararear aquella mítica canción de Jarabe de Palo.

—Es tú primera vez por aquí, ¿verdad?

—¿Qué es lo que te hace pensar tal cosa?

—Tu forma de escribir.

—¿Qué es lo que tiene de diferente? —quise averiguar, extrañada por lo que podría haberme delatado.

—Nada en concreto. No sabría decírtelo... Tal vez sea pura intuición.

—Ah. Pues qué listo eres...

—He acertado entonces, ¿verdad?

—Sí, supongo que es la primera vez que me conecto.

—¿Y qué es lo que estás buscando?

—¿A qué te refieres? —pregunté ante la desconcertante, aunque directa, pregunta.

—Pues al hecho de que uno cuando se conecta a este tipo de páginas, suele hacerlo por algún motivo en concreto.

—Te diré que, en mi caso, ha sido únicamente por culpa de una amiga. Me ha engañado para hacerlo. Según ella, necesito conocer hombres, fijate tú qué disparate.

—¿Qué edad tienes?

¿Qué más le daría a este tío saber mi edad...? Así pues, dudé durante algunos segundos hasta que al final, decidí mentir.

—Veintinueve.

—*Mmmm*, muy buena edad. ¿Y cómo te describirías? En tu perfil pone que eres divertida y alocada. ¿Cuáles son esas locuras que te gustan, *florequilla*?

Maldije en mi interior el hecho de que Minerva hubiera decidido añadir información de esas características por mí. Tendría que cambiarlo cuanto antes.

—No lo sé, tendrás que preguntárselo a mi amiga... Fue ella quien lo escribió.

—Ya veo que no eres de grandes florituras... Quizá te guste más la acción que las palabras.

—Tal vez sí.

—¿Te apetece que nos relajemos un poco?

—¿Y cómo se hace eso? Si no es mucho preguntar, claro.

—¿Qué llevas puesto?

—¿Cómo dices?! —me exalté ante el atrevimiento.

—No te asustes, mujer, no soy el lobo... Solo me refería a que, cuando uno quiere relajarse, lo primero que debe de hacer es ponerse ropa cómoda...

—Ah. Pues en ese caso, puedes estar tranquilo, me siento realmente cómoda.

—Déjame adivinar... ¿Camiseta ancha?

—Gris.

—¿Pantalón de pijama? Bueno, quizá llesves puestas unas mallas de esas que tanto os gustan a las chicas de hoy en día...

—Tal vez.

—*Mmm*, lástima.

Volví a extrañarme con la respuesta de aquel tipo. ¿Lástima?

—Me gustaría verte la cara, seguramente eres más simpática de lo que pretendes aparentar —volvió a escribir el tal *Cascañueces*.

—Pues creo que eso no será posible.

—¿No tienes ninguna foto tuya?

—Ahora mismo no —mentí con descaro.

—Qué lástima, sigo pensando que eres más interesante de lo que pretendes hacerme creer.

—Si tú lo dices...

—Podemos hacer una cosa, si quieres te enseño una foto mía, o te pongo la webcam y, si te parece bien, luego das tú el paso.

No contesté, algo en todo aquel asunto empezaba a darme mala espina, aunque no supe distinguir si mi presentimiento era real, o simplemente me estaba montando mi propia película.

—Bueno, veo que no respondes —escribió de nuevo el chico—. Voy a intentarlo, en tus manos lo dejo.

Recibí entonces una solicitud de webcam y dudé durante unos interminables segundos sobre si debería de aceptarla, o no. Después de pensarlo, lo hice sin mucha más dilación, jugándomela de ese modo al querer agarrarme fervientemente a la idea de que mi presentimiento estaba siendo fruto de mi propia imaginación.

La imagen tardó en cargarse unos instantes y a continuación, dio paso a un torso masculino desnudo. La cámara solo le enfocaba el pecho, sin que en ningún momento me permitiera ver su rostro.

—Creo que deberías levantar la cámara, no puedo verte la cara.

—¿Y no te gusta más lo que ves?

—Hombre, pues no. Preferiría verte la cara, la verdad.

—Está bien, déjame que lo solucione.

La imagen osciló durante unos segundos, difuminándose por completo hasta que, de repente, volvió a quedarse inmóvil y estable. En ese momento sentí una sensación extraña debido a la impresión. El hombre que tenía tras la pantalla había hecho con su cámara lo contrario a lo que le había pedido. En vez de levantarla, había ido bajándola lentamente, hasta detenerla enfocando un punto en concreto de su anatomía que no estaba preparada para ver, y mucho menos tan de sopetón. Se hallaba totalmente desnudo y por lo poco que me dio tiempo a observar, se acariciaba con bastante cariño sus depilados atributos masculinos. Me quedé asombrada y asqueada a partes iguales y tardé unos segundos más de la cuenta en reaccionar. Hacía mucho tiempo que no mantenía ningún tipo de contacto con el sexo opuesto y aquella visión consiguió turbarme y sonrojarme a la vez. En ese mismo instante, sentí que me inundaba una oleada de calor por todo el cuerpo, que se tradujo en un sofoco y un sudor repentinos. Permanecí absorta frente a la imagen mientras notaba un leve cosquilleo en la parte más baja de mi vientre. Sentí la necesidad de calmar aquel fuego que me abrasaba por dentro y que se proyectaba con fuerza hacia mis partes más íntimas, a la vez que un burbujeo en mi interior y un fuerte palpito entre los muslos se apoderaban por completo de mí, mientras sentía que una fuerte sacudida, proveniente de mi estómago, me sorprendía sin darme apenas tiempo a reaccionar.

—Por lo callada que te has quedado, intuyo que te gusta lo que estás viendo.

Entonces, ese comentario hecho con toda la picardía del mundo, ejerció en mí el efecto contrario al pretendido. Me sentí turbada por estar consintiendo que aquello sucediera cuando yo nunca antes lo habría permitido. De hecho, sabía perfectamente lo que estaba buscando aquel tipo en mí e, incluso así, se lo había permitido, por lo que ahora no podía quejarme y recriminarle que él hubiera seguido campando a sus anchas por aquel camino.

—No me digas que no te apetece jugar un poquito... Si lo estás deseando, *florezilla*...

—¡Vete a la mierda, cerdo! —tecleé entonces con una sensación muy contradictoria en el cuerpo.

Sin darle la oportunidad de decir nada más, desconecté el chat y busqué la tecla que permitía bloquear el acceso a mi perfil por parte de ese contacto. Cuando lo logré, estupefacta aún por lo ocurrido, apagué el ordenador y me metí en la cama, pues todavía sentía que tanto la respiración como el pulso continuaban agitados y el calor que minutos antes había poseído mi cuerpo, ahora se aferraba a mí como una tarde de verano al sol. Sin darme apenas cuenta de ello, mis manos empezaron a recorrer mis femeninas curvas, descuidadamente olvidadas desde hacía mucho tiempo. Empecé a sentir cómo esa sensación de ardor se incrementaba a una velocidad vertiginosa y sentí la necesidad de quitarme toda la ropa, hasta dejar que solo el roce de las sábanas y mis propias manos fueran la caricia que reclamaba a voz de grito mi cuerpo de mujer.

## CAPÍTULO 5

*El apuesto mozo, cada vez que veía a su dulce princesa, sentía que su corazón palpitaba de forma tranquila, pues su amada, apacible y delicada, aunque con un corazón de hierro, regresaba a él con una soñadora sonrisa en el rostro.*

*Cada noche al llegar a casa, la princesa se tumbaba junto a su hermana pequeña y le repetía con todo detalle, palabra por palabra, la misma historia que ella había escuchado por la tarde.*

*De ese modo, ambas hermanas soñaban despiertas, imaginando que ellas mismas eran las protagonistas de algunas de aquellas historias que tanto les gustaban.*

*Tanto era así que un buen día, la princesa, cansada de ser interrogada por su hermana, le confesó el origen de aquellas historias, revelándole el secreto que mejor guardaba. La pequeña, que no pudo evitar sorprenderse, inició a partir de aquel mismo día una encarecida lucha por acompañarla alguna tarde y conocer así a aquel cuentacuentos que tan mágico se le antojaba.*

*Sin embargo, la respuesta de la princesa siempre era la misma y ella terminaba quedándose en casa encerrada impaciente, a la espera de su regreso.*

Al día siguiente, desperté por culpa del estridente sonido del timbre de casa. Era repetitivo y me estaba martirizando, como lo haría cualquier despertador en una mañana de resaca. Me puse una camiseta por encima y me froté los ojos aún adormecidos. A continuación, anduve con lentitud hacia la puerta principal mientras me pasaba una mano por el enmarañado cabello. Al llegar, miré a través de la mirilla y, aunque no la esperaba, no me sorprendí al descubrir quién se hallaba tras la misma. La abrí haciendo girar la llave y sonreí al encontrarme de frente con aquella melena color rojizo y la sonrisa más alocada que conocía, mientras continuaba con los ojos escondidos tras unas glamurosas gafas de sol con las que, seguramente, trataba de impedir que nadie pudiera apreciar el estado etílico de su mirada.

—Buenos días, florecilla. Os he traído el desayuno.

Minerva entró sin esperar a que yo le permitiera el acceso y se plantó atónita frente a mí, supuse que al descubrir las pintas con las que le había abierto la puerta.

—¿Qué haces todavía así? —dijo señalando mi camiseta y a la despeinada melena que lucía. Acto seguido, se giró hacia el interior del inmueble y sin dirigirse a ninguna parte en concreto, continuó levantando un poco más la voz—. Héctor, ven a darle un besito a tu tía favorita. ¡Te he traído una cosita!

Minerva esperó durante algunos segundos una respuesta que no llegó. A continuación, atando cabos de lo que realmente sucedía, volvió a girarse en mi dirección y observó con detenimiento cómo me rascaba la nuca mientras mantenía una mueca reveladora en el rostro.

—No tienes al niño en casa, ¿verdad? —inquirió suspicaz—. ¿Por qué me mentiste?

—No te mentí... O como mínimo, no lo hice del todo. No supe que mis padres se llevarían a Héctor hasta ayer al mediodía.

—¿Y por qué no quisiste salir por la noche?

—Ya te dije que no me apetecía mucho... —contesté ligeramente turbada—. No lo sé, Minerva. Hace mucho tiempo que no salgo y la verdad, ahora me parece insentido. ¿Qué gano yendo de copas, emborrachándome y dejándome magrear por cualquier tío que crea tener algún tipo de posibilidad conmigo? Aparte de una resaca estratosférica, claro...

—Pero, ¿cómo puedes tener esa clase de pensamientos? A ver, que tienes veinticinco años, ¡por el amor de Dios! ¿Quieres hacer el favor de pensar como una chica de tu edad?

—Minerva, no me agobies. Solo son las diez de la mañana... Preparemos café, anda.

—De verdad... ¿Qué voy a hacer contigo?! —exclamó entonces con teatralidad.

—De momento, podrías empezar por dejarme dormir los sábados por la mañana. Ese sería un buen comienzo.

—¿Y qué hago yo entonces? Necesito ponerte al día de lo que se cuece ahí fuera, corazón. Si no fuera por mí, no sabrías ni siquiera lo que es un mojito.

Anduvimos juntas hasta la cocina donde puse la cafetera de mano al fuego tras limpiarla y llenarla de café molido. Preparé dos tazas de café con leche bien cargadas y pusimos en un plato todos los bollos y pastas que había traído Minerva de la pastelería, tal y como solía hacer la mayoría de sábados. Cuando lo tuvimos todo listo, nos dirigimos al salón y desayunamos juntas como hacía mucho tiempo que no hacíamos pues, por norma general, solíamos contar con la presencia del niño de por medio.

—Te perdiste la noche de ayer, fue muy divertida —comentó entonces, justo antes de meterse gran parte de una berlina azucarada en la boca.

—¿Había mucha gente?

—En realidad solo salimos Marta, Carlos y yo. Pero conocimos a un par de chicos muy divertidos allí.

—¿Dónde fuisteis?

—A *Barroko's* —contestó después de darle un largo trago a la taza de café—. ¿Por qué no hacemos algo esta noche? Va, ámate. Será divertido.

—Mira que cuando te lo propones puedes llegar a resultar muy pesada.

—¿Es eso un sí?

—Es un simple “ya veremos” —contesté dando énfasis a esas dos últimas palabras—. Dame un momento. Me ducho y vuelvo.

Cuando regresé al salón, lo hice con una expresión muy distinta a la de antes. Mi rostro ahora emanaba tranquilidad y mi pelo, que caía ligeramente por debajo de los hombros, se ondulaba con gracia a causa de la humedad. Me había puesto una falda de algodón estampada que me llegaba a la mitad de los muslos y una camiseta blanca con manga de tres cuartos.

—Podrías llevar más a menudo las gafas puestas —comentó, mirándome por encima del teléfono móvil con el que estaba distraída—, te dan ese toque de secretaria sexy que muchas matarían por poseer.

—Estás loca. Andas siempre con lo mismo en la cabeza.

—No es cierto. Pero si te quedan bien, alguien tendrá que decírtelo. Ya sabes que soy tu gurú de la moda. Por cierto, también te quedaría bien un flequillo más



corto, uno así como el mío —dijo señalándose la frente con el dedo índice—. Ahora se llevan mucho.

—¿Quieres dejarme tranquila? ¿Qué narices le pasa ahora a mi flequillo?

—Mejor dirás... ¿Qué no le pasa? —dijo girándose hacia mí de forma cómica—. Tu problema es precisamente ese, que no llevas flequillo.

—¿Me puedes explicar a qué has venido hoy? —insistí sin borrar la sonrisa de los labios.

—A alegrarte el día, ya lo sabes. Deja que te lo corte, *por fi*. Si no te gusta el resultado, te dejo que me tiñas el pelo.

—¡¿Y qué gano yo tiñéndote el pelo?! —pregunté, ya descolocada por completo.

—Tú nada, pero así tendré una excusa para hacerlo.

Empezamos a reír por el absurdo camino que estaba tomando la conversación y continuamos charlando de forma distendida un rato más en el sofá, despreocupadas de cualquier otra cosa que no fuéramos nosotras mismas.

—Deduzco entonces que anoche ligaste, ¿verdad?

—Oh, sí. ¡Por supuesto que ligué! —dijo riendo, seguramente al recordar algún detalle de la noche—. ¿Te acuerdas de Raúl?

—¿Tu monitor de *Spinning*?

—Ese mismo —afirmó asintiendo con la cabeza—. Pues ayer estaba en *Barroko's* y por fin se dejó seducir.

—¿Por fin? —reí sin poder evitarlo—. Minerva, no llevas ni un mes apuntada a ese gimnasio...

—Ya, pero he estado intentando que me diera su número de teléfono durante dos semanas... ¡Dos! —exclamó levantando más la voz e intentado aguantar la sonrisa que se le escapaba de forma inevitable—. ¿Tú sabes lo desesperante que es eso?

—Demasiado bien acostumbrada estás. ¿Acaso crees que todos los tíos están locos por ti?

—No... Pero Raúl me hacía ojitos, que yo lo sé.

—Ya, claro. ¿No será que Raúl está acostumbrado a tratar con chicas que intentan ligárselo día tras día?

—Tú dirás lo que quieras, pero ayer por fin conseguí lo que quería. No hay nada que unos buenos tacones no puedan lograr.

Sonrió satisfecha con su hazaña y yo no pude más que hacer lo mismo ante la conducta alocada que la pelirroja aquella mostraba cada fin de semana. De las dos, siempre había sido yo la que cometía las mayores locuras. Lo de Minerva, comparado conmigo, era un simple juego de niños. Y ahora, en ocasiones, me gustaría volver a ser como ella: libre, alegre, jovial e independiente. Pero esa sensación solía durar solo un rato y desaparecía en el mismo instante en el que Héctor cruzaba la puerta de casa. Muchas eran las veces en las que mi subconsciente me jugaba una mala pasada y me arrepentía —tan solo por un momento— del rumbo que había tomado mi vida con la llegada del niño. Le quería con toda mi alma, que conste, pero tal vez había actuado de forma imprudente al asumir una responsabilidad de tal magnitud, aunque me negaría a reconocerlo ante cualquiera que osara cuestionar mi decisión.

Apenas había terminado los estudios universitarios cuando el pequeño se instaló en mi vida, adueñándose de todos y cada uno de los momentos que, hasta ahora, me habían pertenecido únicamente a mí. Echaba de menos aquella despreocupación que el rostro de Minerva reflejaba de forma permanente y de la que ni siquiera era consciente, aquel estado de independencia que yo nunca había llegado a disfrutar. Echaba de menos una caricia furtiva en manos de un hombre al que apenas conocía o una copa inesperada una noche de martes cualquiera. Había renunciado a ser joven para convertirme en una mujer madura, responsable y con un niño a mi cargo. Un niño que, además, ni siquiera era capaz de pronunciar su nombre.

—¿Vas a dejar que te corte el flequillo o no? —volvió a insistir la otra, de nuevo despertándome de mi ensimismamiento.

—Por ahora no... ya veremos más adelante.

—Perderás pretendientes, que lo sepas —sentenció, señalándome mientras se encaminaba hacia la cocina—. Las secretarias han sido siempre un icono y un fetiche sexual masculino.

Al final, decidimos pasar el resto del día yendo de tiendas, visitando escaparates y renovando algunas de las prendas de mi armario que, muy a mi pesar, terminaron enamorándose por completo. Minerva podía ser muchas cosas en la vida pero, en lo que a moda se refería, era un verdadero imán de joyas. Sabía observar a cada persona y encontrar el modelo perfecto para ella, haciendo que la camiseta más sencilla del mundo lograra lucir con un estilo tan solo propio de las estrellas del *Vanity Fair* o *Cosmopolitan*.

## CAPÍTULO 6

Llegada la noche, Minerva consiguió convencerme —después de mucho insistir, eso sí— para ir al karaoke junto con Marta y Carlos. El local estaba situado en el barrio de las Cortes, en plena Avenida de Madrid. Antes de dirigirnos hacia allí, sin embargo, decidimos tomar unas copas en algún que otro local del centro después de cenar. Hacía mucho tiempo que no veía a los otros dos, pues con la única persona que mantenía un contacto casi diario —aparte de mis padres, claro— era con Minerva. En realidad, me encantó volver a verles y compartir aquel rato con ellos. Aprovechamos para ponernos al día de nuestros trabajos y de nuestras respectivas vidas y me alegré de que por fin, Carlos hubiera dejado de lamentarse tras su espantosa ruptura y hubiera empezado a sonreír de nuevo. Además, algo me hacía intuir que entre él y Marta comenzaba a fraguarse algo más que una simple amistad...

Llegamos al local en cuestión y no lo encontramos tan abarrotado como lo había estado en otras ocasiones. El sitio estaba dividido en dos salas. La principal de ellas tenía una zona con pista de baile y algún que otro billar. La barra estaba situada en el centro y la camarera atendía uno a uno a los pocos clientes que tenía en ese momento. Seguimos caminando hacia el fondo de la sala, donde encontramos la puerta que daba acceso a la siguiente estancia, en el interior de la cual estaba situado el karaoke.

Allí dentro ya descubrimos algo más de ambiente. El lugar era acogedor y con poca iluminación, para que pudiera destacar por encima de todo el escenario, en el que únicamente había dos taburetes y dos micrófonos. La pantalla se encendió indicando el nombre de la siguiente persona que saldría a cantar. Desde el fondo de la sala, se oyeron entonces unos gritos y aplausos y un chico se levantó y fue directo hacia el escenario sin pensárselo demasiado. La pantalla indicaba que la canción que iba a cantar era una balada lenta. Mientras tanto, nos acercamos a la barra para pedir una copa al mismo tiempo que observábamos a nuestro alrededor en busca de algún sillón libre. Sin embargo, no fue hasta pasados unos minutos que encontramos sitio en un rincón, situado justo en la otra punta respecto del escenario.

—Hoy hemos venido a celebrar la despedida de mi amigo. No, no se va a vivir fuera —dijo el chico a través del micrófono dirigiéndose al público—, se casa. Y os aseguro que eso es mucho peor.

La sala estalló en carcajadas y el chico continuó hablando sin ningún tipo de vergüenza ni pudor. Iba vestido con unos tejanos oscuros y una camisa azul cielo, con las mangas arremangadas en un par de pliegues. Llevaba puesto el típico antifaz de las bolsas de cotillón tan propias de fin de año y remataba el conjunto con una gorra de la que colgaban dos pechos femeninos de plástico hechos a partir de un muelle, por lo que su imagen no dejaba de resultar altamente graciosa para todos los que en ese momento le estábamos observando.

—Aunque parezca mentira, aquí donde me veis, en realidad soy una persona muy seria —el público volvió a estallar en una carcajada general que el chico recibió de buena gana—. Por norma general, no suelo hacer este tipo de cosas —balbuceó por culpa del alcohol mientras señalaba los pechos de plástico que colgaban a ambos lados de su cabeza y dejaba que la gente continuara carcajeándose—, pero la ocasión lo merecía. Ahora, solo os voy a pedir un favor.

El público enmudeció, esperando con ganas a saber lo que aquel divertido joven quería pedir a continuación.

—Como habréis podido ver en la pantalla, la canción que voy a cantar a continuación es una balada tranquila. No puedo evitarlo, en el fondo soy todo un romántico... —añadió, no sin ciertas dificultades en la pronunciación—. Por eso, quiero pedir si hay alguna chica en la sala que se atreva a salir y cantarla conmigo.

Algunas de las chicas que había allí dentro levantaron las manos expectantes a que el chico las señalara como la elegida. Levanté una ceja divertida al ver cuántas jóvenes estaban dispuestas a participar en aquella pantomima que él solo estaba creando. Estaba dándole un sorbo a la copa que la camarera acababa de acercarnos cuando, de repente, Minerva me sujetó por la muñeca y levantó mi mano con brío. Sentí que estaba a punto de atragantarme y bajé el brazo con fuerza, mirando a mi amiga de forma inquisitoria.

—Tía, ¿qué haces? ¡Ve tú si quieres!

Minerva no podía parar de reír, al igual que tampoco podían hacerlo ninguno de mis otros dos amigos.

—Vamos, Jana, hace tiempo que no sales a divertirte. ¿Qué más te da? En peores situaciones te hemos visto metida... —comentó Marta con una sonrisa en el rostro—. Y lo sabes.

—Tú —dijo de pronto el chico de los pechos en la cabeza.

Sentí que me subían los colores cuando vi que se giraban todas las personas que había en la sala en mi dirección. A continuación, miré directamente al chico del antifaz y me señalé a mí misma para confirmar que era yo la escogida.

—Sí, sí. Tú. La del vestido blanco —contestó el chico con una sonrisa, dejando ver una elegante, perfecta y cuidada dentadura.

Miré con reproche a mis amigos, que reían a carcajadas por lo que estaba sucediendo, aunque sabían a ciencia cierta que yo había sido siempre de las de armas tomar. A continuación, sin decir nada más, cogí la copa que había dejado en la mesa y me bebí su contenido de un solo trago, provocando que la sala prorrumpiera en un sonoro estallido de silbidos y aplausos. El chico me siguió con la mirada sin dejar de sonreír en ningún momento. Entonces, me encaminé hacia el escenario mientras la gente seguía aplaudiendo a mi paso, como si de pronto, me hubiera convertido en una verdadera estrella de rock.

Subí con elegancia los dos peldaños y ni corta ni perezosa, hice un saludo reverencial al público, lo que provocó más aplausos y silbidos todavía. El chico me cogió la mano y con elegancia la besó, gesto que agradecí con un suave asentimiento.

—¿Te la sabes? —me preguntó casi en un susurro muy cerca de mi rostro.

Su aliento, teñido del inconfundible aroma del alcohol, me golpeó suave rozando mi piel con descaro y provocándome una fuerte convulsión en el estómago. Pero

nunca me había dejado amilanar por un hombre, por muy atraída que me sintiera por él, por mucha sonrisa perfecta que me mostrara, por muchas ganas que tuviera de tocar ese pecho para comprobar que era tan duro como parecía...

—¿Lo pones en duda? —contesté haciendo uso de una picardía que ya casi no recordaba poseer.

—Sabía que había escogido bien.

El joven volvió a besarme la mano y con la otra, señaló hacia el chico que había sentado en el ordenador para que diera paso a la canción. Se notaba que estaba disfrutando con todo aquel teatro. En cuanto empezaron a sonar las primeras notas, sentí que se me agitaba el corazón. Había escuchado aquella canción miles de veces y en todas ellas acababa cantándola a pleno pulmón. Además, en ese instante —quizá por la locura del momento, la embriaguez fruto de la emoción que le poseía, o el efecto hipnótico que tenía su imponente sonrisa— el joven se dejó llevar por la música provocando así que el público enmudeciera, absorto con el sonido y belleza de su voz.

*Se acabó, ya no hay más, terminó el dolor de molestar  
a esta boca que no aprende de una vida.  
He dejado de hablar al fantasma de la soledad  
ahora entiendo, me dijiste que nada es eterno  
y solo queda subir otra montaña  
que también la pena se ahoga en esta playa...*

El público volvió a aplaudir y yo me uní a él cantando tan bien como sabía, sumando mi voz a la suya y creando una unión que creo que ninguno de los presentes hubiera llegado a creer posible. Era como si lo hubiéramos hecho cientos de veces antes, como si aquel número estuviera preparado. El chico me miraba sin perder de vista mis labios ni un solo segundo y cuando por fin llegó de nuevo su turno, empezó a cantar con una fuerza y un sentimiento que logró remover hasta el último recodo de mi ser. Su voz sonaba nítida, como si no quedara ni rastro de alcohol en su cuerpo. Sonaba dulce y fuerte a la vez, una voz rasgada que solo algunos afortunados tenían la suerte de poseer.

*Y es que vuelvo a verte otra vez, vuelvo a respirar profundo  
y que se entere el mundo que de amor también se puede vivir...  
De amor se puede parar el tiempo... no quiero salir de aquí.  
Porque vuelvo a verte otra vez, vuelvo a respirar profundo  
y que se entere el mundo que no importa nada más.*

El chico que controlaba el volumen del audio lo subió en ese instante, provocando que los dos tuviéramos que alzar la voz todavía más. El efecto fue arrollador, incluso para nosotros. Ya no estábamos sobre un escenario de mala muerte; estábamos solos en un mundo del que de repente, no quería desaparecer.

El joven del antifaz se acercó ligeramente a mí sin dejar de cantar en ningún momento. Pude observarle desde muy cerca, clavando como lo hice la mirada en su rostro. Me pareció que tenía un semblante bonito, aunque la mitad de él estuviera tapado por aquel antifaz. Sus facciones eran varoniles y fuertes, sobre todo su mandíbula. Llevaba la barba muy bien recortada y sus ojos, lo único de ellos que podía vislumbrar a través de aquellos agujeritos, lucían intensos y perfilados, incluso a pesar de la escasa iluminación del local.

Sentí entonces que todo mi cuerpo se estremecía en un escalofrío que provocó que mi corazón comenzara a latir embravecido. Tragué con dificultad, pues ahora tenía al chico más cerca aún de lo que lo había estado momentos antes. Mi mano había quedado envuelta entre las suyas, cálidas y suaves, y la llevó lentamente hasta su pecho, donde la apoyó con delicadeza. Sentí entonces una vibración que comenzaba en la punta de los dedos y que fue atravesando mi brazo hasta convertirse en un torrente de fuerza magnética que llegó incluso a anularme la capacidad de parpadear. Me asombré de lo dura que estaba aquella parte de su cuerpo —tanto como había imaginado de forma inconsciente—, me dejé llevar por el cúmulo de emociones y cuando llegó el momento, aguantándole la mirada sin apartarla de sus ojos ni un solo segundo, me acerqué el micrófono a los labios y volví a cantar con él aquel estribillo que tan bien conocía.

Cuando sonaron las últimas notas de la canción, los dos seguíamos muy unidos, muy cerca el uno del otro, tanto, que podía sentir a través de la palma de mi mano el latido de su corazón, que había ido incrementando notablemente desde que esta se había recostado sobre su pecho. Me centré en escuchar mi propio corazón, y lo hice justo a tiempo para darme cuenta de que latía al mismo compás que el suyo, habiéndose creado entre nosotros algo único, lejos de todo aquel bullicio que nos rodeaba, y que solo ambos podíamos percibir. Ajenos por completo al hecho de que había un montón de ojos mirándonos fijamente, nosotros seguíamos allí en pie, inmóviles, con la respiración agitada y unidos a través de nuestras manos. Era una sensación tan extraña... No le conocía de nada y sin embargo, su magnetismo alcanzó en mí un grado superlativo, impidiéndome dar un paso y separar mi mano de la suya. Levanté de nuevo la vista hacia él para volver a cruzarme con aquella profunda mirada que me observaba y me escrutaba con detalle. Tenía una expresión algo achispada en los ojos, seguramente fruto de lo que habría llegado a beber esa noche.

De pronto, uno de los pechos de la gorra del chico osciló y cayó por uno de los lados de su cabeza, provocando que yo estallara en una sonora carcajada que sacó al chico del estupor en el que se hallaba sumido también. Ambos reímos fuerte durante algunos segundos y a continuación, cogidos de la mano como si acabáramos de protagonizar el show de nuestras vidas, nos giramos en dirección al público —quedando ahora frente a ellos— y saludamos con una reverencia teatral que hizo que

todos volvieran a aplaudir y a ovacionarnos aún más fuerte que antes de que comenzara el espectáculo.

El joven desconocido se giró hacia mí y se agachó un poco para volver a besar mi mano, tal y como lo había hecho al subir al escenario.

—¿Puedo preguntarte cómo te llamas? —dijo de pronto.

—Tal vez en la próxima canción.

Y dicho esto, pasé los dedos por la marcada y áspera barbilla, en una caricia despreocupada —aunque cargada de tensión—, y me marché al encuentro de mis amigos por el mismo camino por el que había llegado ahí, mientras ellos me esperaban en pie, vitoreándome y con los brazos abiertos a la espera de recibir un fuerte abrazo.

—Madre mía, Jana... ¡¡Ha sido realmente increíble!! —exclamó Minerva dando divertidos saltitos sin dejar de aplaudir, presa de la alegría y tal vez con un punto de excitación.

Permanecemos un rato más en el karaoke, cantando y coreando a los más atrevidos que subían al escenario. En algunos momentos, mis ojos se dirigían por inercia al rincón donde se encontraba aquel tipo junto a sus amigos. Tenía una forma de sonreír realmente bonita. Le observé mientras sujetaba una jarra de cerveza y pude ver que unas venas masculinas y suaves se marcaban en todo su antebrazo hasta la parte superior de su mano, enmarcándola y definiéndola. De pronto, como si lo hubiera notado, el chico giró la cabeza y nuestras miradas volvieron a entrar en contacto. Me mordí el labio inferior en un gesto muy instintivo y primitivo, y no pude evitar que una sonrisa se me escapara tras apreciar a la perfección como el joven me guiñaba un ojo tras el antifaz que todavía llevaba puesto, justo antes de volver a dedicarme por última vez aquella sonrisa que logró secarme la boca. Por unos instantes, volvía a sentirme de nuevo joven y libre, como si el tiempo no hubiera pasado para mí. Como si no hubiera en el mundo ninguna otra cosa, o persona, de la que preocuparse que no fuera yo misma.

## CAPÍTULO 7

—¿Pero por qué no le diste tu número de teléfono?

—Pues porque no conocía a aquel tipo de nada —dije más como una obviedad que como una respuesta.

—Pues menos le vas a conocer ahora, ¿no crees?

—Supongo que sí... Fui un poco estúpida, ¿verdad? —añadí entonces con cierto pesar en la voz.

Sandra nunca me había juzgado, por nada. Al contrario. Siempre estaba ahí para ayudarme, darme su opinión, o para echarme una mano en cualquier asunto que me llevara de cabeza. Jamás se había metido conmigo por una tontería como aquella.

—¿De qué tienes miedo?

—No puedo meterme ahora mismo en una relación así, Sandra. Tú lo sabes.

—Lo que sé es que tener a un niño a tu cargo no es impedimento alguno para sucumbir a los efectos del amor.

—Te digo que no es el momento, ¿vale? —le espeté con impaciencia.

Sandra, consciente de cómo era yo, no se tomó mi arrebato como una ofensa ni tampoco le dio importancia alguna.

—El momento oportuno será cuando tú decidas que ha llegado. Pero, mientras tanto, por el camino no debes cerrarte todas las puertas. Siempre te lo he dicho.

La miré con una expresión de cariño en el rostro. De mayor siempre había pensado que me gustaría ser como ella, cada vez lo tenía más claro. ¿Cómo podía alguien albergar tanta tranquilidad y, lo mejor de todo, saber transmitirla a los demás?

—¿Cómo está Héctor? —quiso saber, esta vez de forma distraída, buscando con esa pregunta redirigir la conversación hacia otro lugar.

—Bien. Igual, supongo... Es un campeón, y a lo sabes.

—Sí... Y no sabes cuánto me alegro. Abrázale con fuerza de mi parte, por favor.

La miré orgullosa, con aquella sonrisa que solo reservaba para ella. Asentí con la cabeza y traté de acariciarle el brazo, pero me di cuenta de que no alcanzaba a hacerlo, pues estábamos sentadas a poco más de un metro de distancia.

—Eso siempre... —afirmé al final sin dejar de mirar al horizonte.

Había pasado ya una semana desde aquella noche y aún no había podido quitarme de la cabeza la sensación de libertad que había experimentado en el karaoke. Una vez más, el ansiado viernes había llegado y me encontraba —como de costumbre— en la tienda, terminando de retocar un par de sillas que había logrado conjuntar con la mesa roja que días atrás había restaurado. Escuché el timbre de la puerta y dirigí la vista hacia allí justo a tiempo para ver a mi madre entrando acompañada de Héctor. El niño se acercó corriendo y me dio un fuerte abrazo, a lo que yo respondí con un cariñoso achuchón. A continuación, dejó la pequeña mochila colgada en un perchero que había instalado a su altura y se dirigió corriendo hasta la mesilla, donde se sentó y sacó una caja llena de lápices de colores con los que empezó a pintar de forma indistinta en una de sus libretas.

—Hola, cariño. ¿Cómo vas?

—Hola, mamá —dije mientras le daba un beso con afecto en la mejilla—. Pues acabando de terminar de pintar estas sillas que quiero vender con la mesa que recibí la semana pasada. ¿Cómo le ha ido al niño en el colegio?

—Bien. Lucía me ha dado esto para ti —dijo al tiempo que me entregaba aquella agenda infantil—. Hay una nota escrita dentro. Le gustaría verte en algún momento para hablar de Héctor.

—¿Parecía preocupada? —contesté antes de dejar los pinceles y acercarme a ella para coger la colorida libreta.

—No. Pero cree que deberíais de charlar un poco y hablar sobre la conveniencia de tratar los problemas de Héctor con un profesional.

—¿Problemas? —pregunté mientras leía por encima el escrito de la maestra.

—Bueno. Por ahora cree que el niño reacciona bien a todos los estímulos y conocimientos que trabajan en clase. Por ese motivo no entiende por qué no es capaz de articular palabra alguna. Llámala cuando puedas.

—Esta misma tarde la llamaré.

—De acuerdo. Ya me dirás qué te ha dicho al respecto. Tengo que marcharme, tu padre y yo tenemos cita en el dentista.

—Está bien. En un rato cerraré la tienda e iremos para casa. Nos vemos el lunes.

Se despidió de su nieto con un fuerte abrazo y a continuación, me lanzó un beso desde la puerta.

—¡Portaos bien, chicos! —añadió ya con un pie en la calle.

De nuevo solos en la tienda, observé al niño desde la distancia. Estaba absorto por completo con sus colores, como si no existiera el mundo a su alrededor.

—¿Lo has pasado bien en el colegio, cielo?

Héctor asintió un par de veces con la cabeza pero en ningún momento alzó la vista hacia mí, aunque ya estaba más que acostumbrada a su riguroso silencio.

—¿Te gustan tu profesora y tus compañeros? —volví a preguntar desde la distancia.

El niño repitió el mismo gesto que había hecho un momento antes y continuó pintando sin detenerse ni un segundo. Me acerqué a él y me agaché para ver lo que estaba dibujando. El crío había plasmado a la perfección —dentro de sus posibilidades, obviamente— la mesa y las sillas en las que yo estaba trabajando y lo había hecho en el poco rato que llevaba allí sentado. A pesar de resultar evidente que habían sido las manos de un niño las que lo habían dibujado, impactaba la nitidez con la que podían distinguirse los diferentes detalles que había sabido destacar.

—¿De mayor te gustaría ser pintor? —le pregunté, acariciándole con suavidad la cabeza y revolviéndole la fina y suave melena.

Héctor negó con la cabeza de forma insistente, sorprendiéndome con aquel gesto que para nada me esperaba. Había hecho aquella pregunta sin ninguna pretensión, pues no era habitual que un niño tan pequeño llegara a plantearse en ningún momento lo que quería ser de mayor —o por lo menos eso creía yo hasta la fecha—. En muchas ocasiones, de hecho, los niños solían responder en función de lo que en ese momento estuvieran haciendo o en relación a algún hecho que hubiera llamado su atención durante las últimas horas, como cuando afirmaban querer ser bomberos tras la visita escolar a cualquiera de los cuarteles de la ciudad.

—¿No? —pregunté extrañada.

De nuevo, Héctor repitió el gesto anterior.

—Bueno, pues tendremos que pensar en otra cosa en la que puedas demostrar tu talento —añadí al fin, un tanto sorprendida.

Comencé a recoger los utensilios que había estado usando durante el día, guardándolos siguiendo un orden en el lugar que les correspondía. Héctor se levantó de un saltito y sin seguir ninguna indicación, fue recogiendo todos los pinceles y herramientas que encontraba a su paso y los fue guardando también en su sitio, sin equivocarse ni una sola vez.

Al cabo de un par de horas ya nos encontrábamos en casa por fin y nos habíamos tumbado en el sofá para ver un capítulo de unos dibujos animados que le encantaban al niño. En realidad, no solía dejarle ver la televisión, al contrario, era algo que le tenía muy controlado. Héctor podía verla tan solo durante media hora al día y él había escogido ver un capítulo de aquellos dibujos que, la verdad, resultaban muy divertidos.

Sentado en el sofá, a mi lado, mientras él escuchaba con atención aquellos absurdos diálogos, yo le observaba de reojo. Tenía el pelo oscuro y muy liso. Le pasé la mano por la melena un par de veces, suave como la seda y muy, muy fina. Se la había dejado crecer un poco durante los últimos meses y eso le daba un aire salvaje y tierno a la vez, al más puro estilo Mowgli, el del libro de la selva. El niño estaba ensimismado por completo con lo que estaba viendo, ajeno a todo lo demás, y apenas pestañeaba a causa de la concentración con la que miraba la pantalla. Sus ojos almendrados eran despiertos y vivos y mantenían aquella risueña expresión que yo tanto adoraba.

—Héctor —inquirí—. ¿Entiendes todo lo que dicen los dibujos?

El niño, como única respuesta, me miró de reojo sin llegar a mover ni un solo centímetro la cabeza y cuando volvió a mirar al frente, asintió un par de veces. Con el tiempo, me había acostumbrado a aquel gesto, aunque nunca dejara de asombrarme por ello. Odiaba mantener silenciosas conversaciones con él pues, a pesar de que Héctor respondía a su peculiar manera, no dejaba de hacerlo en un silencio tan profundo que, en ocasiones, llegaba a resultar incluso doloroso. Ansiaba descubrir qué era lo que le pasaba a mi niño y odiaba encontrarme en la tesitura de no saber qué hacer para lograr algún tipo de respuesta por su parte. Envidiaba a los compañeros de Héctor que salían de clase a gritos cada día, con la felicidad que solo los ojos de un niño al ver a sus padres pueden desprender. Por el contrario, Héctor no daba señales de todas aquellas muestras de afecto y gozo que los otros niños poseían. Salía tranquilo de clase, me abrazaba y continuábamos con lo que fuera que estuviéramos haciendo.

En algún momento, en uno de aquellos instantes en que la parte más inmadura y egoísta de mi ser se adueñaba de mis sentimientos, llegaba a creer que de algún modo, aquello era un castigo por haber lamentado la llegada del pequeño a mi vida en alguna que otra ocasión. Luego miraba a Héctor y me arrepentía en el mismo instante de aquellos pensamientos.

Sería absurdo negar que nunca había pensado en la posibilidad de que el problema de Héctor fuera más allá de la simple incapacidad para hablar. Algunos me habían hablado de autismo y otros, de otra clase de problemas que tenían más que ver con un aspecto físico que psicológico. Pero Héctor no estaba enfermo, yo lo sabía. Respondía a la perfección a todos los estímulos, preguntas y órdenes que yo le daba, mucho mejor incluso que algunos compañeros de su clase, por lo que había podido comprobar. Pero cambiaría aquella gran capacidad de comprender el mundo que parecía poseer el niño por una sola cosa que ansiaba con todas mis fuerzas. Solo

había una única cosa que me traía de cabeza, que me hacía gritar de frustración y llorar a escondidas cuando sentía que mis fuerzas desfallecían... Quería escuchar mi nombre en boca de Héctor. Quería que me llamara, que me pidiera ayuda, cariño o cualquier cosa que un niño de tres años pudiera pedir. Quería conocer su voz, su llanto, su risa... Aquel sonido que solo los niños poseen, aquel timbre que tan placentero resulta, aquella forma de saber que alguien te necesita a través de sus constantes y cariñosos “te quiero”. Odiaba no poder sentir todo aquello y en parte, me culpaba a mí misma de que así fuera.

Y eso me estaba matando por dentro.

—¿Comprendes por qué el niño está llorando ahora mismo? —continué, tratando de alejar como fuera todos aquellos pensamientos de mi mente.

De nuevo, el pequeño repitió el gesto sin emitir ni una sola palabra.

—Me gustaría tanto que aprendieras a hablar... —añadí esta vez sin poder evitarlo—. Ya verás cómo lo conseguiremos algún día y será muy divertido.

El niño me abrazó con ternura justo antes de levantarse del sofá de un salto, pues coincidió que el capítulo acababa de llegar a su fin. A continuación, se dirigió a su dormitorio, cogió el pijama que estaba doblado debajo de su almohada y esperó a que yo fuera a su encuentro para darle un baño calentito antes de cenar. Era un niño de costumbres fijas y poco podía hacer yo por cambiar el orden que su pequeña cabecita había instalado en su vida.

—Madre mía, cualquiera se atreve a hacer un cambio de planes contigo... ¡Vamos, enano!

Terminamos con todo un ratito más tarde. Los viernes, siempre le concedía un poco más de rienda suelta y le permitía quedarse más tiempo en la bañera ya que Héctor disfrutaba jugando con los cuatro o cinco muñecos que tenía siempre en el baño. Cuando ya estaba totalmente vestido y con la melena seca, nos dirigimos a la cocina donde aproveché para ir enseñándole las letras del abecedario en un papel en el que iba dibujándolas una a una mientras le daba una cucharada tras otra del puré de verdura que le había preparado junto con un filete de pescado a la pancha.

Cuando al fin lo tuve metido en la cama, no eran más de las nueve y media de la noche. Era viernes, tenía veinticinco años y de nuevo, una vez más, me encontraba reclutada en esa casa sin ninguna posibilidad de encontrar un plan que me hiciera sentir alegre e independiente por un rato.

Al cabo de un rato, cogí un bote de helado del congelador y me dirigí al salón. Perdí unos minutos delante del televisor buscando alguna película que terminara de convencerme cosa que, como en la mayoría de ocasiones, no sucedió. Sin embargo, encontré un programa de humor que no estaba mal y con el que logré entretenerme durante un buen rato. No obstante, tan solo eran las once y media de la noche cuando este terminó y yo me encontraba desvelada por completo en aquel sofá que tan bien conocía mi cuerpo.

Cogí con nostalgia el teléfono móvil y cotilleé durante algunos minutos en mi cuenta de *Facebook*. En muchas ocasiones —sobre todo en noches como aquella— tenía la extraña sensación de estar perdiéndome algo. No me gustaba sentirme atada por el niño, aunque le adoraba y le quería por encima de todas las cosas. Pero a veces, tan solo a veces, desearía volver a sentirme como una chica cualquiera de mi edad, al menos durante unos días, o tan solo por un ratito, con eso ya me bastaba.

Busqué en la galería de imágenes las fotos del fin de semana anterior en el karaoke. Minerva me había enviado unas cuantas del momento estelar en el escenario y las fui pasando una a una mientras mis labios dibujaban una nostálgica sonrisa sin yo pretenderlo. Hubo una que me llamó la atención por encima de las demás. Nos encontrábamos muy cerca el uno del otro. Recordaba ese momento de la canción a la perfección, pero no pensé que nuestros rostros hubieran quedado a tan pocos centímetros de distancia. Amplié la imagen deslizando los dedos por la pantalla y me sorprendí al ver la intensidad de su mirada.

El chico, a pesar de la estrafalaria gorra que llevaba puesta y del antifaz, parecía un hombre realmente apuesto. Se adivinaba un torso fuerte a través de su camisa y su complexión era recia y robusta. Me fijé en la mandíbula, muy marcada y definida. La recordaba con una nitidez propia solo de la tecnología *Full HD*. En ese instante, sentí un cosquilleo en mi interior que me subía por todo el cuerpo. Percibí el calor que emanaba de debajo de mi piel mientras continuaba contemplando embriagada a aquel joven al que seguramente jamás volvería a ver. Me maldije a mí misma durante un rato por no haberle dado mi nombre y sobre todo, por no haberme atrevido a pedirle el teléfono. Sentí que el calor seguía apoderándose de mi cuerpo y que necesitaba distraerme si no quería acabar destrozándome las uñas por culpa de los nervios.

Pensé en Minerva y en el hecho de que llevaba días sin aparecer. Lo más probable era que estuviera muy liada con el trabajo en el despacho y esa noche hubiera salido a despejarse un rato. Me levanté del sofá y me quedé en pie en medio del salón sin saber muy bien hacia dónde dirigirme. Entonces, como si no hubiera caído en ello hasta ese momento, anduve con lentitud hacia el rincón donde estaba situado el ordenador y, tras comprobar que Héctor dormía profundamente, lo cogí y me encerré con él en el dormitorio.

Mientras este se encendía, decidí recogerme el pelo en un moño cualquiera en la parte alta de la cabeza. Me senté en la cama, dejando caer la espalda contra el cabezal, y apoyé el ordenador sobre mis piernas. Cuando la configuración terminó de cargarse, sin pensarlo dos veces me conecté a internet, busqué la página en la que Minerva me había registrado días atrás y entré.

Durante los primeros segundos estuve observando a los usuarios que había conectados. No había ninguno que me llevara a pensar que se comportaría como lo hizo la otra vez ese tal *Cascanueces*. Así que, por un momento, me sentí estúpida por haber querido entrar ahí con esa precisa intención. No obstante, mi corazón dio un vuelco cuando, sin querer pensar que fuera fruto de la casualidad, vi como el chico en cuestión aparecía como conectado. Sentí que se me aceleraba por momentos la respiración pensando por un instante en lo que estaba dispuesta a hacer. Sin querer rumiarlo con detalle, no obstante —pues sabía que entonces me arrepentiría de ello y no seguiría adelante con lo que mi cuerpo me estaba pidiendo—, cliqué sobre el icono del chico y lo desbloqué, permitiéndole de nuevo el acceso a mi perfil.

La reacción del otro no tardó más de unos pocos segundos en llegar.

—Hola, *floreilla*. Sabía que en algún momento volverías.

Me pasé la mano por la frente, dubitativa, y me pasé un mechón que había quedado suelto tras la oreja, intentando descifrar en qué narices estaba pensando para estar haciendo lo que me disponía a hacer.

—Hola. No estoy aquí precisamente para hablar contigo —tecleé rápidamente.

—*Uau...* Veo que te has animado poniendo la directa. Así me gusta.

—No te emociones. Los dos sabemos lo que queremos. Así que no te crezcas mucho que entre nosotros no son necesarias ni siquiera las palabras.

—¡Madre mía! —exclamó el chico—. No sabes cómo acabas de ponerme ahora mismo...

—Demuéstramelo.

Me sentí turbada conmigo misma. No sabía con exactitud de dónde provenía la voz que me impulsaba a hablar de aquella manera con el tal *Cascanueces*, pero estaba segura de que no era mi consciencia. El calor me invadió de nuevo, más aún si eso era posible. La pantalla cambió y dio lugar a una imagen que esta vez no me vino de nuevo. Era exactamente la misma que en la ocasión anterior. Seguía sin poder verle el rostro, pero lo prefería así, pues habría sido incapaz de seguir con todo aquello de haber conocido la identidad de ese tipo.

Me aseguré de que la webcam de mi portátil estuviera totalmente tapada con una pegatina, pues para nada deseaba que alguien pudiera verme a mí. Me permití sentirme libre por primera vez en mucho tiempo, pero se trataba de una libertad distinta a la que había experimentado el fin de semana anterior. El chico no me dijo nada más, él tan solo iba haciendo, como si su única intención fuera la de ser observado. No me pidió nada, ni tampoco hizo ningún comentario al respecto.

En ese momento sentía toda una explosión de sensaciones en mi cuerpo que comenzaban a resultarme casi incontrolables. Nunca en mi vida me había sentido inquietada de esa forma respecto a un chico, jamás, y aquella visión del desconocido me desconcertaba y me acaloraba de una forma que casi ya ni recordaba.

¿Qué era lo que me estaba pasando?

De pronto, cerré la pantalla y desconecté el ordenador. No quería nada de aquello. No podía permitirme pensar de aquel modo. ¡Maldita sea! Tenía que centrarme en Héctor y tratar de darle lo mejor de mí... ¿En qué narices estaría pensando?

Me dejé caer contra el almohadón y cerré la luz de la mesita casi de un manotazo. Me sentía frustrada, enfadada conmigo misma. Ya no era la misma chica de antes, hacía muchísimo que ya no quedaba ni rastro de ella.

Sin embargo, mi mente viajaba sola sin poder eliminar de ella la imagen del chico de karaoke, de su sonrisa, ni de la intensidad de su mirada. Y me abandoné a aquella visión, dejando que ocupara mi mente y se hiciera con el control de mi voluntad. Tenía algo tan especial... Tenía algo que no me había permitido alejarle de mis pensamientos desde el mismo momento en el que sus ojos me atravesaron con una fuerza desconocida y me sepultaron a lo más profundo de mi propia esencia.



## CAPÍTULO 8

*Un buen día, después de algunos meses de insistentes súplicas, la pequeña no pudo soportarlo más y siguió a la princesa a escondidas. La siguió hasta la esquina, donde fue testigo por primera vez de lo que siempre había imaginado que debía de ser un beso de amor verdadero.*

*Aquellos labios desprendían pasión, afecto, cariño y cualquier otro adjetivo que pudiera calificar aquello como ternura. Sus miradas hablaban solas y en su pequeño corazón, aquella jovencita sintió por primera vez el efecto de los celos, pues ella también deseaba que alguien la mirara de aquella forma tan pura.*

*Les siguió a unos cuantos metros de distancia, ajena a todo cuanto le rodeaba, excepto a ellos dos.*

*Les contempló abrazándose en repetidas ocasiones, caminando cogidos de la mano y dedicándose largas y sensuales miradas, que decían mucho más que las palabras que sus propios labios se atrevían a pronunciar.*

Al despertar a la mañana siguiente, lo hice con una sonrisa en los labios, pero era una sonrisa muy diferente a la que normalmente solía mostrar —principalmente porque lo de despertar con la sonrisa puesta no era muy de mi estilo, claro—. Como casi cada sábado, el timbre sonó cuando no debían de ser más de las diez de la mañana. Escuché a Héctor salir disparado del interior de su dormitorio en dirección a la puerta. Le observé divertida mientras corría por el pasillo, como si le persiguiera algún tipo de monstruo imaginario que él mismo hubiera creado. Le dejé hacer y no le quité el ojo de encima desde la distancia para ver cuál sería su siguiente paso, aunque supiera a la perfección lo que iba a hacer a continuación.

El niño se acercó sigiloso a la puerta y una vez estuvo allí, con la mano cerrada en un puño, dio un solo y único golpecito a la misma con los nudillos. La reacción no tardó en llegar. Desde el otro lado de la puerta se oyeron cuatro toques seguidos. Ni uno más, ni uno menos. Héctor, una vez los hubo contado, giró la cabeza de forma brusca hacia el pasillo hasta encontrarse con mi atenta mirada y me instó a acercarme hacia donde estaba con un gesto de la mano y así abrir la puerta por fin, cosa que no dudé en hacer. Minerva lo recibió con los brazos abiertos y con un envolvente olor a bollo recién salido del horno. Héctor le plantó un sonoro y tierno beso en la mejilla y la miró con ojitos de cordero degollado, esperando a recibir su parte del regalo. La chica, después de achucharlo el rato que le vino en gana, cogió de la bolsa una berlina de azúcar con una cobertura de glaseado azul y se la tendió al niño, bajo una de mis reprochadoras miradas.

—Eres consciente de que lo consientes demasiado, ¿verdad?

—Buenos días para ti también —contestó burlona—. Te he traído uno de fresa para ti.

—¡Gracias! —sonreí entonces, dando saltitos y palmadas como si ahora fuera yo la niña de la casa.

Abracé a mi amiga y cogí rápidamente la bolsa que había traído consigo, en un gesto casi idéntico al que momentos antes había realizado Héctor.

—Uy, qué buen humor tenemos a estas horas de la mañana... ¿A qué se debe esa sonrisa traviesa?

—Pero, ¡¿qué dices?! —contesté con un leve tono rojizo en las mejillas, casi imperceptible—. No te imagines cosas raras, que todos sabemos que tu cerebro trabaja a otro nivel.

—Sí, sí... lo que tú digas. Pero ya me estás poniendo al día de tus novedades.

—¿Novedades? —contesté de nuevo, sin poder evitar que la sonrisa se me escapara otra vez—. No he salido de casa, no hay novedades que contar.

Pasamos muy cerquita del pequeño, que estaba sentado en su sillita de la cocina devorando el donut que le habían traído y poniéndose la camiseta del pijama perdida de azúcar —¡benditas lavadoras y sus programas de lavado exprés!—. Nos servimos un par de cafés y continuamos el paso hasta la mesa del salón donde, al final, tomamos asiento la una frente a la otra.

—Cuéntamelo —inquirió de nuevo mi amiga.

—¿Qué quieres que te cuente?

—Obviamente, lo que me escondes.

—No tengo nada que contarte, ya te lo he dicho.

—Y una leche, Jana. Que nos conocemos.

—Qué pesadita estás, de verdad. —La miré con el semblante serio mientras le daba un bocado a aquella delicia que me había traído, disfrutando con el sabor de la mermelada y el azúcar glas como si ese fuera el mayor placer del mundo—. ¿Salisteis ayer?

—No cambies de tema.

—Joder, Minerva. Ayer estuve con el niño y luego vi una película. Y ahora que ya sabes cuál fue mi planazo del viernes noche, ¿me puedes dejar tranquila de una vez por todas?

Minerva me miró con los ojos entrecerrados, dedicándome una expresión realmente cómica. Nos conocíamos como si fuéramos siamesas. Era capaz de adivinar mi estado de ánimo con solo observarme desde la distancia y sabía a la perfección que, en ese momento, le escondía algo.

Como si de un detective privado se tratara, continuó desayunando y prestando atención a cualquier detalle que pudiera echarle una mano a la hora de hallar la solución a aquella adivinanza con la que tan bien se lo estaba pasando. Sentí que trataba de observar algún rastro de presencia masculina en la casa, algo como una camiseta en talla grande o unos calzoncillos en el suelo de mi dormitorio. Pero no encontró nada de eso. Sin embargo, fui consciente de que hubo otra cosa que le llamó muchísimo la atención, aunque ya era demasiado tarde para tratar de esconderla. Me había dejado la puerta de mi dormitorio entreabierta y desde la posición en la que estábamos, Minerva alcanzó a ver algo que no le acababa de encajar. Estiró un poco más su delicado cuello y distinguió a la perfección el objeto en cuestión. A continuación, giró la cabeza de forma brusca hacia la otra punta del salón donde, por norma general, se encontraba siempre el ordenador portátil.

—¡¡Lo hiciste!! —exclamó, sobresaltándose y provocando que por poco me atragantara con el café.

—¿¿Qué es lo que se supone que hice?!

—¡Te metiste en la página de citas! —soltó de nuevo, levantando todavía más la voz—. ¡Lo sabía!

—¡Shhhhhh! —chisté haciendo aspavientos con los brazos y las manos como un molinillo—. ¿Quieres hacer el favor de bajar la voz? ¡El niño está en la cocina!

—¡Lo sabía! —repetió de nuevo Minerva mientras soltaba una sonora carcajada—. Sabía que acabarías usando ese perfil...

—No te inventes cosas... —intenté disimular sin éxito—. Me llevé el ordenador porque quería cotillear un rato...

—¡Ja! Eso no te lo crees ni tú —contestó con solemnidad—. Y ahora, haz el favor de contármelo todo de una vez. ¿A quién conociste anoche?

Empezaba a notar el calor asomando en mis mejillas, tornándolas de un tono rubicundo que no me gustaba pero que tampoco podía detener. No quería hablar de eso con mi amiga, pues todavía me sentía avergonzada por haber sido capaz de permitir tal cosa. Pero aquella especie de bruja entrometida era todavía más lista y si se lo ocultaba, lo acabaría sabiendo de igual modo.

—No conocí a nadie importante... —mentí con descaro—. Simplemente me dediqué a mirar por encima para saber cuál era el ambiente que podía encontrar allí dentro.

—¿Y cuál es ese ambiente?

—No lo sé. Hay mucho lobo suelto.

Minerva abrió los ojos como platos y a continuación, volvió a reír a carcajadas tras ver la vergüenza que se dibujaba en mi rostro.

—¿Te ofrecieron ciber-sexo?!

—¡Cállate! ¡Héctor puede oírnos! —insistí de nuevo, aún más sonrojada que antes.

—Dime... ¿Te lo ofrecieron?

—Bueno, me abrió una ventana un chico que, por lo visto, estaba un poco aburrido...

—¿Y te gustó? —preguntó sin ningún tipo de pudor en la voz.

Me sentía abrumada. La imagen de la noche anterior me vino a la cabeza en ese momento y noté que mi cuerpo se encendía en una reacción casi idéntica al deseo que había sentido al conectarme a aquella página.

—¡Te gustó! —soltó alzando inevitablemente de nuevo la voz mientras seguía riendo sin parar y daba golpes con la palma de la mano sobre la mesa—. Qué fuerte, ¡esto sí que no me lo esperaba!

Yo, descolocada por la reacción de mi amiga, al final me dejé llevar y me contagié de sus carcajadas. Ambas disfrutamos de aquel momento de intimidad compartida y tuvimos que parar de comentarlo cuando vimos asomarse la morenita y despeinada cabeza de aquel enanito que vivía conmigo.

—No te vas a librar tan fácilmente de contármelo —me dijo mientras cogía al niño en brazos—. Solo dime si te gustó.

Héctor me miró extrañado, intentando descifrar qué era lo que tenía que gustarme mientras esperaba la respuesta para ver si así conseguía saciar su curiosidad.

—Ni una palabra más... ¿me has oído?

El pequeño miró a Minerva con una sonrisa en los labios y ella contestó.

—¡Como tú digas!

Volvimos a reír divertidas por el secreto y continuamos con el desayuno mientras dejaba que Héctor se comiera un par de dulces más de la cuenta. Pasado un rato, me dirigí a la ducha dejando que fuera mi amiga la que terminara de vestir y arreglar al niño, pues como hacíamos en muchísimas ocasiones, habíamos decidido salir a pasar parte del día fuera de casa.

## CAPÍTULO 9

*Cuando llegaron al parque, la pequeña observó con detenimiento a la princesa y a su caballero particular y se mantuvo escondida en la distancia cuando ellos decidieron aposentarse bajo la sombra de un árbol.*

*Se acercó lentamente hasta ellos de forma sigilosa, hasta situarse en el lado opuesto de aquel árbol, resguardada de los otros dos gracias al inmenso tamaño de su particular tronco.*

*Escuchó embelesada la historia que el joven contó aquella tarde a su princesa. Tal era su distracción, que ni siquiera se había dado cuenta de la presencia de aquel hombre, que la observaba con una mirada oscura desde arriba. De repente, sintió un fuerte tirón en su camiseta y el hombre la levantó del suelo, a pulso, lo que consiguió asustarla como nunca antes nada ni nadie lo había hecho.*

El mismo lunes por la mañana, cuando llevé a Héctor al colegio, decidí entrar a su clase para hablar directamente con Lucía, sin necesidad de tener que hacerlo por teléfono.

—Hola, Lucía. Me dijo mi madre que querías hablar conmigo sobre Héctor —dije acercándome a ella, una vez el niño había tomado asiento en su pupitre y ya no podía oírnos—. ¿Cuándo te va bien que nos reunamos?

—Buenos días, Jana. De hecho, no será necesario que te reúnas conmigo. La cuestión es que opino que Héctor necesita un poco de ayuda extra para poder empezar a hablar. Le he observado en clase y da muestras de comprender todo cuanto se le dice... Así que no entiendo por qué no es capaz de pronunciar ninguna palabra —me explicó sin perder de vista a ninguno de sus alumnos—. Hay algo que a mí se me escapa y creo que la ayuda de un profesional nos favorecería mucho en este sentido.

—¿Estás hablando de llevarle a ver a un psicólogo?

—Sí... No te lo tomes a mal, pero creo que realmente sería lo más prudente.

—No, no me molesta. La prioridad es Héctor y haré lo que sea necesario para ayudarlo —afirmé. A continuación, hice una leve pausa mientras me pasaba una mano por el pelo, enrollando un mechón entre los dedos, sin atreverme a formular la siguiente pregunta—. Esto, ¿conoces a alguno que sea un poco... asequible? La verdad es que no vamos muy sobrados en casa...

—No te preocupes, Jana. No tendrás ni que salir del centro siquiera y la tutela y supervisión del caso se hará desde el colegio. Por suerte, cuando cambiaron la dirección pusieron a un equipo de profesionales al mando. El actual subdirector, el señor Saavedra, está especializado en psicología infantil. Pasa consulta tres días por semana y lo hace aquí mismo a los niños del centro que requieren de su atención.

—¿De verdad? —dije emocionada ante la noticia—. Muchísimas gracias, Lucía, es una noticia increíble para nosotros. ¿Sabes cuándo podría recibirme?

—Hoy mismo estará en el despacho hasta las ocho de la tarde. Podéis acercaros cuando Héctor acabe y él os dirá cuál será el protocolo a seguir. El despacho está en la cuarta planta, a mano derecha, al final del pasillo.

—De acuerdo. Muchísimas gracias por todo, Lucía. De verdad.

—De nada, mujer. Y ahora debo dejarte, estas fierecillas me esperan.

—Claro. Hasta luego, entonces.

Salí después de haberme despedido de la maestra y de haberle dicho adiós con la mano a Héctor, que aguardaba tranquilo en su pupitre con una expresión serena en su redondeado rostro.

Pasé el resto del día metida en la tienda y pensando en mis cosas. La mañana fue tranquila, pero hice un par de ventas que, sin duda alguna, supondrían un buen empujón económico para la semana.

Cuando el reloj marcó las cuatro de la tarde, dejé la tienda a cargo de mi madre —que asumió el mando encantada— y me dirigí hacia el colegio con la intención de recoger al niño y pasar por el despacho del señor Saavedra, tal y como Lucía me había indicado.

Cuando lo tuve junto a mí, le tendí un pequeño bocadillo de jamón y un zumo de fruta para merendar y mientras Héctor se lo comía, anduvimos hasta el ascensor que nos conduciría a la cuarta planta.

Una vez allí, me encontré de frente con unos cuantos carteles indicativos. Leí por encima hasta encontrar lo que buscaba: el despacho del subdirector se encontraba al final del pasillo, a la derecha. Llegamos a la puerta en apenas un suspiro y di un par de golpecitos con los nudillos. Hicieron falta algunos segundos antes de que una voz masculina se oyera, indicándome que ya podía pasar.

Una vez dentro, mi cara pasó a mostrar una especie de asombro total, aunque intenté disimularlo al máximo. Cuando Lucía habló del subdirector como un hombre con experiencia y grandes conocimientos en psicología infantil, me había imaginado a un hombre de mediana edad, como mínimo. Con gafas, jersey de punto y todas aquellas cosas que caracterizan la figura de un subdirector normal, o de un profesor cualquiera. Por lo visto, las cosas habían cambiado mucho desde que yo había dejado atrás el colegio. En mi época no había profesores que llamaran la atención, salvo el de educación física que, en algunas excepciones, solía tratarse de un sustituto de prácticas recién salido de la universidad, con unos abdominales y unos músculos muy tonificados.

Nada más lejos de eso, la imagen con la que me encontré fue totalmente la opuesta a la que mi mente había dibujado. Ante mí tenía a un hombre imponente, algo mayor que yo, aunque estaba segura de que no mucho. Llevaba el pelo corto y sus facciones eran marcadas y varoniles. Los ojos, de una tonalidad clara, asombrosa y llamativa, hacían juego con su corbata, de un color vivo muy parecido. Vestía un elegante traje y tenía la americana colgada en el respaldo del asiento en el que estaba sentado. Se hallaba absorto en la pantalla del ordenador y tecleaba algo sin detenerse ni un instante.

—Deme un segundo, señorita. En seguida estaré con ustedes —dijo con una profunda y sensual voz.

En ese mismo instante, una imagen cruzó a toda velocidad mi mente, permitiéndome relacionar al hombre que tenía delante con el que me devolvió la agenda del niño el primer día de colegio. Intenté dejar de pensar en lo extremadamente sexy que resultaba ese tal “señor” Saavedra, pues empezaba a notar calor en ciertas partes de mi cuerpo —que en ese momento no estaban autorizadas a sudar— y aquella no era precisamente la situación más idónea para permitirme tales sensaciones. Me obligué a dejar de observar aquellos labios carnosos, respiré hondo con disimulo y meforcé a pensar en él como el profesional que trataría al niño y no como el hombre con la boca más sexy, los ojos más peculiares y el rostro más masculino que hubiera conocido en toda mi puñetera vida.

¡Joder con el psicólogo!

Sus labios eran apetitosos y alargados y en el breve momento en el que había pronunciado aquellas escuetas palabras, habían dejado entrever una dentadura cuidada y perfecta que podría pasar por la de cualquier anuncio de dentífrico de última generación. Uno de aquellos tipos supersónicos, capaces de acabar con todo y convertirte en la nueva Angelina Jolie. Solo que yo no era Angelina Jolie y aquel hombre tenía que encargarse de Héctor, y no de mis repentinos sudores internos. Tenía que dejar de verle como un icono sexual que moriría por llevarme a la cama para empezar a verle como el hombre que iba a encargarse de la terapia de Héctor. ¿Alguien podía decirse a mis ardientes y temblorosos muslos? Se lo agradecería de corazón.

Dios santo, ¿qué me estaba pasando?

—De acuerdo. Ya está. Buenas tardes, señorita —dijo entonces, levantándose y dirigiéndose por primera vez a mí directamente mientras me tendía la mano, sacándose de forma abrupta de mis lascivos y por suerte, silenciosos pensamientos.

—Buenas tardes. Es usted el señor Saavedra, ¿verdad? —dije correspondiendo el saludo del mismo modo, mientras deseaba con todas mis fuerzas que no se hubiera percatado del incómodo sudor de mis manos.

—Eso parece. ¿No se fía del cartel que hay en la puerta de mi despacho?

—Esto... No, no es eso. Solo que... —añadí con timidez, dejando la frase a medias.

Mi lengua había perdido su habitual fluidez y mi cabeza no discernía con claridad. Era como si en mi mente se estuviera librando una lucha contra molinos de viento que no me llevaría a ninguna parte.

—Solo que... ¿Qué? —continuó, manteniendo durante unos instantes un extraño y tenso silencio—. ¿Esperaba a otra persona en mi puesto?

—No, no. En absoluto. Supongo que, simplemente, me lo había imaginado un poco... diferente.

Sentía el cerebro embotado, como si no me funcionara a la misma velocidad de siempre, y aquel era un lujo que no podía permitirme. Y menos aún delante de Héctor.

—¿Cree que soy demasiado joven para ofrecerle la atención y profesionalidad que usted ha venido buscando? —añadió con una expresión de desconfianza en el rostro que no supe descifrar.

Me turbé en cuestión de segundos. Sentí que me ardían las mejillas y me imaginé roja como un tomate. El pequeño me observaba curioso mientras sorbía por la cañita de su zumo y aguardaba a mi lado. Respiré hondo un par de veces y contesté tan rápido como pude a la pregunta del subdirector, que ahora se encontraba en una pose defensiva, frente a mí, con las manos apoyadas en la mesa y la mirada fija en mi rostro.

—No, no. Por favor. Discúlpeme. No pretendía decir eso, en absoluto...

Sentía que me ardían las puntas de las orejas, como si alguien sostuviera un mechero a escasos milímetros de las mismas, y me vi obligada a desviar la vista hacia la ventana durante unos instantes, pues me resultaba imposible mantener la impenetrable mirada del hombre ni una décima de segundo más. Por otro lado, el joven parecía estar disfrutando con aquella tensión. No llegué a apreciar ni un amago de sonrisa, pero me dio la sensación de que le encantaba el estado de nervios en el que me había llegado a poner. Entonces, sin alargarlo más, señaló la silla que había frente a su escritorio, indicándome que podía tomar asiento.

—Pues bien, aclarado esto, demos comienzo. ¿Qué le trae hoy a mi despacho? —preguntó, apoyando los codos sobre la mesa y la barbilla sobre sus manos, cerradas en un puño.

—Esto, verá señor Saavedra...

—Martín. Puede llamarme Martín —añadió cortándome.

—Verá, Martín. Héctor ha cumplido los tres años y acaba de empezar el colegio. Hasta ahí todo bien. Su capacidad de comprender todo cuanto le rodea es asombrosamente buena y no parece tener ningún tipo de dificultad con nada...

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—El problema es que, a día de hoy, Héctor todavía no ha hablado jamás.

Martín dirigió la vista hacia el niño que estaba sentado en una silla más apartada. Le colgaban las piernas y las movía arriba y abajo sin cesar. Ante la directa mirada del hombre, Héctor alzó la vista hacia él y lejos de acobardarse por tal hecho, la sostuvo durante todo el rato que quiso el psicólogo, sin dejar de sorber de su zumo en ningún momento.

—¿Dice que su capacidad de comprensión es buena? —comentó sin dejar de mirar al niño.

—Sí, excelente de hecho.

—Héctor —dijo, dirigiéndose ahora directamente al niño—, ¿sabes por qué estás hoy aquí?

El niño continuó sosteniéndole la mirada, tranquilo e impasible. Con la cañita del zumo entre sus labios, esperó un par de segundos más antes de mover la cabeza arriba y abajo, únicamente un par de veces.

—¿Y sabes por qué tu madre está preocupada por ti?

Sin que ninguno de los presentes pudiéramos haberlo esperado, Héctor bajó de la silla como pudo, tiró el zumo al suelo y salió corriendo del despacho en dirección a las escaleras que había en el otro extremo del pasillo.

—¡Héctor! —grité asustada. Aquella reacción nos había pillado tan desprevenidos que tardé unos instantes en reaccionar y salir corriendo tras él.

Martín, que no entendía nada de lo sucedido, se levantó también de su silla y salió apresuradamente detrás de mí. Llegamos al pasillo, justo a tiempo para ver como se cerraban las puertas del ascensor en el que el niño se había colado.

—¡Maldita sea! —exclamé sin poder evitarlo—. ¿Hacia dónde se dirige ese ascensor? —le pregunté a Martín, dado que no había ninguna pantalla que indicara el número de la planta.

—Baje usted a la planta principal, yo subiré mientras llamo a secretaria para que den el aviso por megafonía.

Asentí con la cabeza y bajé rápidamente los escalones hasta llegar al vestíbulo de la planta principal, donde esperé al ascensor que no bajaba. Al cabo de unos instantes, escuché que se encendía la megafonía y una agradable voz de mujer pronunciaba el pertinente aviso.

*“Atención, por favor. Un alumno del colegio se ha colado en el ascensor principal. Tiene tres años y responde al nombre de Héctor. Por favor, si le ven, acompáñenle a secretaria. Gracias”.*

Esperé durante algunos minutos, pero nadie bajó hasta allí. Entonces, cuando ya empezaba a desesperarme, la mujer que había tras el cristal de secretaria se asomó por la ventanilla y me llamó.

—Disculpe, ¿es usted la madre de Héctor? —preguntó dirigiéndose a mí.

Nerviosa como estaba y sin ganas de perder el tiempo dando explicaciones innecesarias, contesté rápidamente.

—Sí. ¿Le han encontrado?

—Sí. Puede regresar al despacho del señor Saavedra, está con él.

—Gracias.

Subí de nuevo por las escaleras, ya que no estaba dispuesta a perder ni un segundo más en esperar al dichoso ascensor. Cuando llegué al piso correspondiente, anduve con premura hasta el despacho correspondiente, que tenía la puerta entreabierta. Asomé la cabeza y la imagen que vi volvió a estremecerme por completo, provocando que el latido de mi corazón se acelerase todavía más y volviera a sentir ese hormigueo que había experimentado antes.

Héctor estaba sentado sobre el regazo de Martín, que lo tenía acunado entre sus brazos y le consolaba con dulzura. La imagen era tierna y evocadora, y tuve que respirar fuerte y profundo para poder tragarme el nudo que se me estaba formando en el centro del estómago. Héctor parecía tranquilizarse más con las palabras que le decía el psicólogo y jugaba con un muñeco que sujetaba entre sus infantiles dedos. Martín, sin saber que estaba siendo observado, acarició con dulzura la cabeza del niño y le dijo algo que le despertó una tierna sonrisa en los labios. Me sentía incapaz de entender lo que estaba viendo, y mucho menos de controlar lo que estaba sintiendo.

—Ya estoy aquí —dije al entrar, sin esperar a ser invitada.

—Héctor ya está algo más tranquilo. No se preocupe.

—Gracias, Martín —dije acercándome a él para cogerlo en brazos y llevarlo a la silla conmigo.

—El plan a realizar será el siguiente —continuó, antes de que yo pudiera añadir nada más—. Trataré a Héctor tres veces por semana. Las sesiones las haré a solas con él, excepto la última de cada semana, en la que usted tendrá que venir para tratar otro tipo de temas como pueden ser el entorno e influencias del niño. Le propongo los lunes, miércoles y viernes por la mañana. Usted solo tendría que venir los viernes. ¿Le parece un buen comienzo?

Lo medité durante un momento. Mi madre podría hacerse cargo de la tienda los viernes por la mañana sin ningún problema, así que no parecía haber inconveniente alguno en la decisión del subdirector.

—Me parece perfecto. A la hora que usted me diga estaré aquí.

—Le trataré en horario escolar por ahora, así que sobre las diez me iría bien —dijo consultando por encima su agenda y apuntando rápidamente algo en ella—. Quedamos así entonces.

Martín se levantó de la silla y me tendió la mano, gesto al que respondí del mismo modo ahora que ya me había puesto en pie.

—Y a ti, señorito, iré a buscarte a clase el próximo lunes. ¿Te parece bien? —dijo tendiéndole también la mano a él de forma graciosa. Héctor, sin embargo, se soltó de mi mano y se dirigió hacia la esbelta figura del hombre. Su reacción fue inesperada para nosotros dos pues el niño, se agarró de pronto a la pierna de Martín, abrazándola con fuerza —tal y como siempre hacía conmigo, Minerva o sus abuelos— y como siempre, asintió un par de veces con la cabeza, mostrando su conformidad con la decisión. Martín le guiñó un ojo y acto seguido, nos acompañó hacia la puerta del despacho.

En un gesto de caballerosidad, Martín abrió la puerta con la mano izquierda y puso la derecha sobre mi espalda, justo por debajo del omóplato. Sentí el contacto como una descarga eléctrica que puso en alerta todos mis sentidos y me provocó un vuelco en el estómago.

¿Pero en qué leches estaba pensado?

—Les espero la próxima semana. Gracias por haber venido.

—Gracias a usted por querer tratar a Héctor. Que p... pase un buen día —dije con un leve titubeo en la voz.

Aún me sentía turbada por el efecto que me había provocado el contacto de Martín. Había sido intenso, aunque se tratara de un gesto habitual y despreocupado. Sin embargo, mientras iba de camino al ascensor, me detuve en seco y me giré de nuevo en dirección al despacho, que todavía permanecía abierto.

—¿Martín? —pregunté tímidamente con la intención de no molestar.

La respuesta no se hizo esperar. Martín asomó de nuevo la cabeza y se encontró con que ya estábamos a unos pocos metros de distancia.

—Dígame, señorita Peñalver.

—Antes ha conseguido calmar a Héctor y sacarle una sonrisa. ¿Cómo lo ha hecho tan rápido?

Martín mostró una sonrisa de suficiencia que dejó entrever aquella perfecta y blanca dentadura y que logró definir aún más su prominente mandíbula. Intenté no fijarme en ese detalle, pues quería mantener el cien por cien de mi atención en la respuesta del hombre. El psicólogo miró durante unos breves segundos al niño, que esta vez bajó la cabeza hacia el suelo y a continuación, contestó a la pregunta que le había formulado segundos antes.

—Supongo que por ese mismo motivo soy yo el psicólogo y no otra persona. Que tengan un buen día.

Y así, sin más, dejándome totalmente estupefacta por la respuesta recibida y con ganas de cogerlo por el cuello y estrangularlo o como mínimo, acabar con esos aires de superioridad que mostraba —pues estaba segura de que con lo fuerte que estaba el chico, difícilmente podría ahogarle o hacerle ni siquiera un simple rasguño—, Martín entró de nuevo al despacho, desapareciendo así de nuestra vista y dejándonos allí plantados como dos estatuas.

Iniciamos una vez más el paso en dirección al ascensor, mientras trataba de quitarle hierro al asunto y le revolvía el pelo al pequeño cuando decidí —sin muchas esperanzas— preguntarle directamente a él, aunque sabía que no obtendría nada en claro.

—¿Tú sabes algo de esto, cielo? —dije refiriéndome a la misma pregunta que le había formulado a Martín.

Esta vez, al contrario de lo que hacía siempre, Héctor no me miró en ningún momento. Se limitó a negar con la cabeza dos veces, con la vista fija en los pasos que seguían sus pies. El gesto me extrañó, pues Héctor ahora parecía ausente, sin embargo, decidí no darle más importancia y para compensar el mal trago que había vivido, me lo llevé a tomar un helado antes de regresar de nuevo a casa.



## CAPÍTULO 10

—Hola, *florezilla*. ¿Hoy también tienes ganas de jugar un poco?

Me hallaba frente a la pantalla del ordenador portátil, sentada en el sofá mientras cambiaba canales en el televisor sin rumbo alguno.

—La verdad es que hoy no me apetece mucho, estoy un poco agobiada. Puedes guardarte a tu amiguito para otras —contesté sin ningún tipo de represión.

—Eh, eh. Sosiega... Que también puedo ser un caballero y escucharte.

—¿Te estás quedando conmigo? —pregunté mientras afloraba en mi rostro una incrédula sonrisa—. No tienes ni idea de lo que puede necesitar una mujer.

—Si estás tan segura... ¿Por qué no me cuentas lo que te pasa?

—Porque tampoco puedes hacer nada al respecto —contesté sin más preámbulos.

—*Mmmm*, quizá pueda hacer algo más de lo que te imaginas.

—En serio, no tengo ganas de hablar del tema. ¿No tienes a ninguna chica disponible a la que poder deleitar con tu sensualidad?

—Joder, tía, qué borde puedes llegar a ser cuando quieres.

Pensé por un momento que en realidad, me había pasado un poco con el chico, pues tan solo parecía querer ayudarme. Sin embargo, tampoco me importó lo más mínimo, pues en absoluto me sentía en deuda con él.

—Mira, dejémoslo por hoy. No tengo el día.

—De acuerdo. Hasta la próxima, pues.

Cerré la ventana del chat que me había abierto él y me dediqué a indagar un rato entre los perfiles de los que estaban conectados en ese momento. Todos tenían nombres de usuario tan sugerentes como el de *Cascanueces*, que dejaban poco lugar a la imaginación. Al final, decidí dejar de lado el ordenador, consciente de que aquella sería sin duda la mejor decisión que podría tomar, y me tumbé en la cama con la firme intención de perderme entre las páginas de alguna de aquellas novelas policíacas que tanto me gustaban, resuelta a olvidarme de todo cuanto me rodeaba, de lo vacía que estaba aquella habitación, de lo sola que me sentía cada noche al acostarme y por supuesto, dispuesta a olvidarme de aquella sonrisa que no había logrado hacer desaparecer de mi cabeza.

Los días empezaban a acortarse y la oscuridad, ahora teñía la ciudad de una temprana noche que apaciguaba las ganas de pasar un rato en el parque y convertía las calles en silenciosos paseos. Se notaba que el frío comenzaba a hacer acto de presencia, pues ya no había tantos niños correteando por ahí a media tarde, sin nada mejor que hacer que chutar un balón o más bien, compartir partidas de *Pokemon* en aquellas videoconsolas que tanto habían cambiado a las nuevas generaciones. Héctor se encontraba sentado en el suelo del salón jugando con sus lápices de colores y sus infinitas libretas. Tenía armado un gran arsenal de papeles sueltos y me sorprendí al ver ese desorden tan poco habitual en él.

—¿Pero qué ha pasado aquí? —pregunté poniendo los brazos en jarras.

El niño ni siquiera se molestó en alzar la cabeza, parecía demasiado concentrado en lo que hacía en ese momento. Me di cuenta entonces de que lo que tenía en las manos eran unas tijeras que siempre estaban en mi escritorio, totalmente inapropiadas para su edad. Sin embargo, Héctor las estaba manejando con una destreza sorprendente, algo que logró descolocarme durante un breve instante.

—¿Por qué has cogido las tijeras? Sabes que no debes tocar mis cosas sin permiso.

El niño continuó actuando como si estuviera ausente, ajeno a todo lo que le decía. Me agaché y empecé a recoger los papeles que había desperdigados por el suelo. De pronto, Héctor se levantó y se abalanzó sobre mí, impidiendo que continuara recogiendo los trozos de papel cortados que por lo visto, él había ido dejando de forma consciente. Me sorprendió mucho aquella reacción tan extraña y volví a dejarlos en el suelo amontonados. A continuación, Héctor cogió la pila y volvió a desperdigarlos siguiendo un orden concreto que solamente él entendía.

Permanecí allí plantada, sentada como un indio, observando con atención al niño y la laboriosa tarea que estaba realizando, sin lograr entender nada de nada.

—¿Qué es lo que estás haciendo, cariño? ¿Por qué tienes tantos papeles esparcidos por el suelo?

Héctor levantó su diminuta y regordeta mano indicándome que le dejara tranquilo y que esperara un poco. A continuación, cogió uno de sus lápices de colores y numeró cada uno de los trocitos de papel que estaban boca abajo. Seguía sin entender nada y dejé que continuara con lo que fuera que estuviera haciendo, tratando de no desconcentrarlo lo más mínimo. Cuando terminó de colocar todos los números, salió disparado en dirección a su habitación y lo seguí con curiosidad. Una vez dentro, vi que arrastraba con dificultades una pizarra blanca que tenía allí dentro, de las de rotuladores, y que intentaba llevarla en dirección al comedor. Entre los dos la arrastramos hasta allí y Héctor me indicó con el dedo el sofá, haciéndome saber que quería que estuviera sentada. Obedecí divertida y continué observando cada uno de sus movimientos.

Cogió un rotulador y comenzó a poner números en la pizarra de forma desordenada, o al menos eso me parecía a mí. El uno en una esquina, el dos en el centro, el tres en otro lado... Nada tenía sentido aparentemente. Cuando llegó al diez —el último número que él conocía— volvió a dejar el rotulador y entonces puso en cada uno

de los papeles un trocito de pasta adhesiva que le había regalado para que jugara con la pizarra. Cuando terminó, se dirigió hacia mí y me cogió de la mano. Me puse en pie obedeciéndole y seguí sus indicaciones mientras que con el dedo índice, me señalaba los papeles y luego la pizarra. Cuando entendí a lo que se refería, fui colocando por orden los papeles sobre los números correspondientes hasta que los tuve todos enganchados, quedando entonces totalmente asombrada con el resultado final. Había creado un puzle de piezas recortadas una por una que, colocadas según el orden que —de memoria— había establecido en la pizarra, creaban un paisaje propio de un niño de su edad: una casita, un muñequito que representaba a una persona, un sol...

Quedé alucinada con el resultado y le miré con cara de asombro.

—¿Quién te ha enseñado a hacer esto, Héctor? —le pregunté siguiendo el dibujo con los dedos.

Levantó los hombros haciéndome ver que no había nadie tras su idea y comenzó a recoger todo lo que había ido dejando esparcido por el suelo. Era metódico y muy repetitivo, siempre seguía el mismo orden. Primero los papeles, luego los lápices de colores y luego lo que faltara que hubiera cogido ese día.

Los días continuaron transcurriendo y por fin, llegó el momento de la primera consulta con Martín. Me sentía muy nerviosa, aunque no encontrara un motivo suficiente para estarlo. Esa mañana me había levantado con una sensación desconocida en el pecho, aunque me resultó muy similar a lo que creía que sería un leve rasgo de ansiedad. Me preparé una taza de café bien cargada y me dirigí al baño con ella entre las manos. Puse música en el teléfono móvil y comencé a bailar al son de la misma mientras me quitaba el pijama de forma sensual frente al espejo —un intento desesperado de seducirme a mí misma era la única explicación plausible que le encontraba a aquello—. Tras contemplar a mi reflejo imitando mis movimientos, me entró la risa tonta —como cabía esperar—. Me quedé en ropa interior y me pasé una mano por las finas piernas. No tenían apenas vello y lucían suaves. Sin embargo, decidí depilarme y repasar cualquier posible imperfección que pudiera haber quedado en ellas. Una vez lista, me metí en la ducha y me di un agradable remojón. Me enjaboné la piel con un gel con aroma de té verde y el pelo con un champú de la misma colección. Me encantaba el olor que desprendían y que permanecía intacto horas después en mi piel, siendo tan intenso que a duras penas necesitaba echarme ningún perfume luego.

Cuando hube terminado, me dirigí a mi dormitorio mientras acababa de tomarme el café que, dicho fuera de paso, se había quedado helado. Entré y rebusqué en el armario alguna prenda elegante e informal con la que vestirme. Sin embargo, después de poner patas arriba toda la ropa, no encontré nada que no fuera un arsenal de pantalones tejanos, alguna que otra falda y camisetas de algodón básicas e insulsas. Maldije mentalmente mi dejadez en cuanto al vestuario e intenté sacar de allí lo que buenamente me fuera posible. Al final, me decidí por un tejano ajustado de tipo pitillo, unos zapatos de tacón en cuña y una blusa de color crema con manga de tres cuartos que estilizaba mi espalda y mis hombros.

En un impulso repentino —de aquellos que ni yo misma me explicaba— me recogí el pelo en un moño sobre la cabeza y me solté el flequillo. Lo llevaba demasiado largo y sin ninguna forma definida. En un momento de lucidez, recordé las palabras de mi amiga y decidida a renovar algo de mi estilismo y así verme un poco mejor, anduve de nuevo hacia el baño. Me peiné el flequillo para que quedara recto y con cuidado, lo corté con las tijeras que usaba para retocarme las puntas —tener un niño en casa e ingresos justos había reducido considerablemente mi paso por la peluquería durante los últimos años—. Cuando terminé, volví a peinarme y para mi sorpresa, quedé satisfecha con el resultado. Minerva tenía razón, como siempre que me recomendaba cualquier cosa. Fui a ponerme las lentillas después de haberme perfilado los ojos y aplicado un poco de sombra muy disimulada y natural sobre los párpados, cuando recordé otro detalle que me había comentado mi amiga. Así pues, dejé el bote con las lentillas en el mismo sitio del que lo había cogido antes y volví a paso ligero hacia el dormitorio. Encima de la mesita de noche estaban mis gafas de pasta, las *modernas*, como siempre me decía ella. Me las puse y comprobé el look final frente al espejo, antes de guiñarme un ojo a mí misma entusiasmada con el resultado. Menos mal que no era una cita, de lo contrario, tendría un serio problema, me dije, como si mi reflejo pudiera contestarme en algún momento.

Satisfecha al fin con mi aspecto, eché un vistazo al reloj que colgaba de mi muñeca y vi que ya eran las ocho de la mañana —¿todavía?!—. Dejé la taza de café en el fregadero, desperté a Héctor y le ayudé a vestirse antes de regresar con él hacia la cocina y servirle el bol de leche con cereales. Mientras desayunaba tranquilo, tendí la ropa en la galería al ritmo de “*Pan y mantequilla*”, de Efecto Pasillo, sin quitarle el ojo de encima al niño, que tenía toda la concentración puesta en cada cucharada que cogía del plato. Al final, tal y como siempre hacía, regresé a su lado y terminé de ayudarle si de algún modo todavía pretendía llegar a tiempo al colegio.

Una vez lo tuvimos todo listo, cogí el bolso del mueble de la entrada, me puse un pañuelo estampado alrededor del cuello con cierta elegancia y crucé la puerta en dirección al colegio. Dejaría a Héctor a las nueve y pasaría un segundo por la tienda para comprobar que todo estuviera en orden y que mi madre no tuviera problemas, antes de regresar y acudir a la cita que tenía prevista una hora más tarde con Martín.

## CAPÍTULO 11

*Desde lo más profundo de su ser, la pequeña gritó con todas sus fuerzas, un grito desgarrador que logró alertar a todos los que había a su alrededor.*

*El hombre le tapó la boca tan rápido como le fue posible, pero no pudo evitar que tanto la princesa como su joven acompañante la oyeran.*

*La princesa, al descubrir que era su hermanita la que aquel hombre pretendía llevarse, sintió que el miedo la paralizaba y se apoderaba de cualquier resquicio de su cuerpo.*

*Sin embargo, el mozo reaccionó casi al instante y salió disparado en dirección a aquel despiadado y malvado hombre que pretendía llevarse a la pequeña.*

*Le bastó un solo golpe, certero y directo, para que el otro se desplomara en seco, soltando de paso a la niña también.*

*El joven la acogió entre sus brazos, donde la pequeña se acurrucó y lloró desconsolada. La princesa acudió también a su encuentro y abrazó a su hermana con todo el cariño del mundo mientras lloraba angustiada por culpa del miedo que había pasado.*

Me dirigí directamente a la clase de Héctor con la intención de recogerle e ir juntos hacia el despacho del psicólogo. Sin embargo, mi sorpresa vino cuando al llegar al aula, Lucía me informó de que el niño llevaba ya un buen rato en compañía del subdirector.

Sin perder más tiempo, me despedí de ella y me dirigí hacia la planta correspondiente. Mientras caminaba por el pasillo escuché la voz de Martín diciéndole algo al pequeño. Me acerqué sigilosa y los encontré a los dos sentados en el suelo, cara a cara, y si no hubiera sabido que aquello era imposible, habría jurado que estaban manteniendo alguna especie de conversación.

Como no quería molestar ni interrumpir lo que fuera que estuvieran haciendo, permanecí unos instantes más en el pasillo hasta que al final, llamé con los nudillos a la puerta y me mantuve a la espera de la orden del chico que me permitiera entrar. Tan pronto como lo hice, escuché un movimiento en el interior y supuse que Martín se estaría poniendo en pie para recibirme.

—Adelante.

Al entrar me encontré al psicólogo ya sentado de nuevo tras su mesa y a Héctor pintando de forma tranquila y apacible en un par de folios en el suelo.

—Buenos días, señorita Peñalver —dijo él tendiéndome la mano.

Tras acariciar la cabeza del niño a mi paso, me acerqué a la mesa y se la tendí desde el otro lado del escritorio.

—Buenos días, Martín.

—Dígame, ¿ha observado algún pequeño cambio en el comportamiento de Héctor durante estos días?

No negaré que me sorprendió sobremanera la rapidez con la que Martín entró en materia... No se andaba con rodeos, no.

—Pues... —contesté pensativa—. La verdad es que no he apreciado ninguna cosa extraña respecto a lo que suele ser su comportamiento habitual.

—¿Nada?

Martín desvió la vista hacia el niño, que bajó rápidamente la mirada hacia el suelo de nuevo.

—¿Ni siquiera algún juego nuevo o diferente? —insistió otra vez.

Entorné los ojos ante la pregunta. No era posible que fuera nada pactado por el psicólogo y Héctor, estaba segura de que lo del otro día con la pizarra y los papeles había sido cosa del niño.

—Bueno... El otro día le dio por crear un paisaje y montarlo en una pizarra, numerando los elementos y enganchándolos con un orden establecido, sin equivocarse ni una sola vez. Esa ha sido la única cosa extraña que he podido apreciar estos días.

—Pensaba que resultaría usted de más ayuda —contestó sin que yo pudiera haber esperado un ataque de ese calibre por su parte.

—¿Disculpe? No entiendo qué es lo que está insinuando.

—Lo que quiero decir es que la intención de estas sesiones es que usted se muestre totalmente receptiva. Tiene que estar pendiente al cien por cien de los movimientos de Héctor, pues cada pequeña modificación en su conducta habitual nos puede ayudar a tratar mejor su caso.

—Mire, señor Saavedra. Creo que no estamos aquí para discutir en qué porcentaje estoy pendiente del niño. Le estoy diciendo que no he observado en ningún momento cambio alguno en su comportamiento habitual y disculpe mi atrevimiento, pero creo que usted no es nadie para cuestionar si estoy, o no, lo suficientemente pendiente de él.

—Veo que no lleva muy bien esto de que le digan lo que tiene que hacer.

Me asombró la desfachatez de aquel hombre que tenía delante. Aún no era capaz de asimilar cómo era posible que una persona tan distinta y lejana a mí pudiera hablarme en ese tono y mucho menos todavía, con esa autoridad.

—Mire, señor Saavedra —empecé de nuevo—. Creo que nos estamos alejando de aquello que realmente es importante: Héctor. Si me permite la pregunta, me gustaría saber qué es lo que ha podido observar usted en él durante estos días en los que le ha estado tratando.

Martín me miró directamente a los ojos, sin apartar ni un solo segundo la vista de ellos. Un intenso espasmo me recorrió la columna, aunque no sabría decir si había sido a causa de la furia que contenían aquellos ojos o lo tremendamente atractivo que me resultaba en su conjunto.

—Si me lo permite, señorita Peñalver —dijo dando énfasis a estas últimas palabras—, quien hace las preguntas aquí soy yo.

Sentí que en ese momento se me tensaban todos los músculos del cuerpo y mi piel se erizaba con una descarga que me sacudió de los pies a la cabeza. Apreté los puños que estaban resguardados bajo el escritorio en un gesto de rabia que él no podría apreciar, pero que a mí me estaba costando muchísimo reprimir.

—Pues usted dirá.

Martín pasó los dedos por su frente, reflexivo, y a continuación, volvió a hablar con claridad y en el mismo tono que había utilizado hasta el momento.

—Veamos. Héctor no es un niño complicado, ni mucho menos un caso difícil de tratar, pero creo que sí necesita de atención profesional, como mínimo durante

algún tiempo.

—¿Quiere decir que el hecho de que no hable no es debido a algún tipo de alteración conductual o psicológica? —me atreví a preguntar sin hacer caso de la anterior afirmación del hombre.

—No, yo no he dicho eso. Si me hubiera dejado terminar —continuó él con un expreso matiz en la voz—, se habría respondido usted misma. Héctor no está enfermo, ni reúne los requisitos para considerar alguna clase de trastorno. Sin embargo, es bueno que siga acudiendo a mi consulta, pues debemos hallar la manera de desbloquear su barrera con el lenguaje.

Héctor levantó la vista en ese momento en dirección a Martín —sin mover apenas la cabeza— y se lo quedó mirando en un gesto interrogativo al que el psicólogo respondió de igual modo a través de sus ojos, mostrando esta vez un semblante amable y cariñoso que solo era capaz de sacar a la luz cuando se dirigía al pequeño.

—¿Y cómo cree que podemos lograr que lo haga? —me atreví a preguntar.

—Pues, por ahora no estoy seguro, pero le doy mi palabra de que encontraré la manera.

Sentí esa última afirmación como una amenaza más que como una garantía y noté que mi boca se secaba por segundos. Asentí con la cabeza y agradecí como pude el interés de Martín por resolver el problema de Héctor.

—Ahora debería de hacerle unas cuantas preguntas personales que me parecen relevantes para el caso, si me lo permite.

—Claro... Dígame.

—¿Qué edad tiene? —empezó, mientras cogía un bolígrafo y hacía con él un pequeño guión en un folio en blanco.

—Veinticinco.

Martín entornó los ojos un segundo y continuó preguntando sin querer detener el ritmo de las cuestiones que pretendía resolver.

Mis ojos, escondidos detrás de las aquellas gafas de pasta blanca, mostraban a la perfección el aplomo que pugnaba por mantener en aquel momento.

—¿Qué supuso para usted la llegada de Héctor?

Me quedé pensativa durante algunos segundos. Quería a Héctor con toda mi alma y por él sería capaz de entregar mi propia vida. Sin embargo, cuando llegó a mí, por un momento, cuando estaba lejos de todos aquellos que configuraban mi entorno, mi mundo se vino abajo. En un solo instante perdí mi libertad, la juventud y las alas, para entregar todos y cada uno de los minutos de mi tiempo a aquel bebé que acababan de entregarme y a quien, a partir de ese momento, cuidaría como el más preciado de mis tesoros.

Dirigí la vista hacia el niño que, como siempre, se hallaba absorto en sus dibujos y sus lápices de colores. A continuación, volví a girar la cabeza hacia Martín, que no me había quitado ojo de encima en ningún momento.

—Me sentí feliz.

—Miente.

—¿Cómo dice? —exclamé entonces ante la rapidez de su acusación.

—Si quiere que todo esto salga bien, debe ser totalmente sincera conmigo.

Sin poder evitar la súbita oleada de rabia que se apoderó de mí, no le di más tiempo a continuar antes de contestarle furiosa.

—Y si usted quiere que esto salga bien, no debería de hacer este tipo de acusaciones delante de Héctor. No habla; pero si algo tengo claro es que no es sordo. ¿Qué es lo que pretende con todo esto?

En ese instante, me había levantado de la silla y me disponía a coger al pequeño en brazos para llevármelo de allí y que no tuviera que escuchar más tonterías.

—Escúcheme, señorita Peñalver... —empezó Martín, poniéndose también en pie al ver que yo ya estaba recogiendo las cosas y me disponía a salir de aquella sala.

—No. Escúcheme usted, Martín —le espeté, cortándole sin ningún tipo de miramiento—. Que sea psicólogo y tenga no sé cuántos másteres en...

—Doctorados —me interrumpió, provocando que aún me pusiera más furiosa.

—Pues doctorados —continué con cierto recochineo en la voz— en psicología infantil, no le da ningún derecho a cuestionarme delante de Héctor y menos aún, de realizar suposiciones que puedan hacerle daño. Usted no es nadie para decidir si yo soy feliz o no con mi vida, ¿lo entiende?

Me hallaba frente a él, señalándole con un dedo acusatorio que casi rozaba el pecho del joven de lo mucho que me había llegado a aproximar a su cuerpo. Sostenía a Héctor en mi otro brazo mientras miraba con gran reproche a los ojos de aquel hombre que parecía no tener ningún tipo de escrúpulos.

—Seguiremos con esto en otro momento, si no le importa, señor Saavedra —continué mientras salía al pasillo con el niño todavía en brazos—. Que tenga un buen día.

Volví a girarme para iniciar el paso por el ancho corredor en dirección al ascensor y sentí la penetrante mirada del joven atravesándome por completo desde mi espalda. Pulsé el botón y las puertas se abrieron casi al instante. Justo antes de entrar, dirigí una última mirada en dirección al despacho y me encontré con que Martín todavía continuaba allí en pie, inmóvil. Permanecía en el marco de la puerta, con una mano apoyada en el otro extremo y con la mirada fija en mí. Justo antes de meterme en el interior del ascensor, vi que el joven se aflojaba la corbata y bajaba la vista hacia el suelo en un gesto que no supe interpretar.

Héctor, ahora ya en pie, me miró de reojo y me dedicó una leve sonrisa mientras se abrazaba a mi pierna en un gesto que me derritió el alma.

—No te preocupes cielo, no estoy enfadada contigo. Estoy un poco nerviosa, pero todo saldrá bien. Vayamos a tomar un par de gofres, volverás a clase el lunes.

Saltó de alegría y aplaudió sonoramente ante aquella decisión. Caminamos de nuevo hasta el aula, donde comuniqué a Lucía que Héctor no se encontraba del todo bien y que por ello me lo llevaba conmigo a casa.

Una vez salimos a la calle, sonreí al pensar en el hecho de que acababa de mentir a la maestra de Héctor delante del niño y lo peor de todo era que lo había hecho ante la mirada acusatoria que este me había dedicado.

—A veces hay que saber encontrar el lado bueno de las cosas... —añadí entonces con una sonrisa divertida—. ¡Como mínimo no delatas mis mentiras!

Héctor me miró ceñudo hasta que al final, claudicó al llegar a la puerta de su pastelería favorita donde, como por arte de magia, se olvidó de todo lo demás.

## CAPÍTULO 12

—Te digo que es un tarado, Sandra. ¡Es insoportable!

—No será para tanto, mujer. Es imposible que sea tan malo como lo pintas. Además, según lo que dices, a Héctor parece gustarle... ¿no?

—Sí, supongo... Es el único motivo por el que pienso aguantar un poco más, parece que le ha cogido cariño.

Estábamos sentadas en aquella especie de depósito perdido en medio de la montaña que tanto nos gustaba. Con el paso del tiempo habíamos hecho nuestro aquel lugar, pues casi nadie solía molestarnos allí arriba. Rara era la ocasión en la que nos cruzábamos con algún joven en bicicleta, pero no solía ser algo habitual. Cuando sucedía, nos saludábamos con un cordial “buenos días” y cada uno continuaba a lo suyo, lejos del bullicio de la ciudad.

—¿Cómo le ves? —me preguntó de forma despreocupada.

—Bien, supongo. Continúa igual que siempre.

—¿Crees que todo esto es culpa nuestra? —volvió a preguntarme con la mirada perdida en el verde horizonte.

Aquel era un lugar extraño en el que encontrarse, ambas lo sabíamos. Era por ese mismo motivo por el que lo habíamos convertido en nuestro lugar de reunión. Poca gente lo transitaba y eso nos confería aquella tranquilidad que tanto necesitábamos. Lo descubrimos una vez por casualidad, un día cualquiera en el que buscábamos un lugar donde perder parte de la mañana de un sábado. Nos habían dicho que allí arriba había una pequeña ermita, preciosa y única, escondida de las miradas de los curiosos.

Fue casualidad que acertara a la primera con el camino, no sería sensato negar la realidad. Llegué a aquel restaurante situado en la carretera que comunicaba Badalona con la Roca del Vallés, justo a la salida de *Montcada i Reixach*. Aparqué el coche allí mismo y subí el caminito de tierra que se iniciaba a la derecha, sin rumbo fijo ni mapa alguno. Mientras seguía con la mirada mis pasos de forma distraída, pensaba tranquilamente en muchas cosas en general y ninguna en particular, pues aquellos momentos en los que nos juntábamos las dos nos pertenecían únicamente a nosotras, a nuestra intimidad.

Mientras subía por el camino de tierra, me dediqué a contemplar el paisaje en silencio. No llevaba el teléfono móvil a mano ni tampoco unos auriculares con los que desconectar el cerebro. Era agradable poder sentirse tan aislada en medio de la nada pero tan cerca de todo a la vez. De pronto, en una de las curvas que iba dibujando aquel sendero de tierra, encontré un depósito de aguas municipales y me pareció un sitio agradable en el que sentarse a tomar el sol y charlar un rato con Sandra, rodeada como lo estaba de aquella calma que solo ahí se respiraba.

En su día, el lugar nos pareció curioso. Si nos sentábamos en una dirección, el paisaje no resultaba nada alentador, al contrario. Desde allí solo alcanzábamos a ver fábricas, polígonos, coches y carreteras. Sin embargo, solo con darnos la vuelta y situarnos justo del revés, de espaldas a toda aquella fuente de polución, frente a nosotras se alzaba uno de los perfiles de la montaña que se había convertido en nuestro refugio. La vida, a veces, podía resultar así de fácil: tú mismo podías escoger de qué lado ver las cosas, y nosotras nos habíamos decantado por la tranquilidad del campo, el verde de los árboles y aquel alentador silencio de la naturaleza.

—Ni siquiera deberías de pensar en esa posibilidad —dije como respuesta a la pregunta que me había formulado hacía tan solo un momento.

—Ya... Supongo que a veces resulta inevitable.

—Pues saca esa estúpida idea de tu cabeza de una vez por todas.

Sandra me sonrió con una expresión serena en el rostro. Incluso en momentos como ese era capaz de hacer alarde de aquella calma que solo ella profesaba. Jamás había llegado a conocer a nadie más con esa cualidad que tanto admiraba de ella. Aquella era su mejor sonrisa y me encantaba, pues siempre lograba transmitirme esa sensación de paz interior que el día a día se había encaprichado en hacer desaparecer. Pero allí estaba una vez más con Sandra a mi lado, dispuesta a prestarme su ayuda, a tranquilizarme, a decirme que todo terminaría pronto y que, algún día, todo aquello no sería más que una anécdota más en nuestra memoria.

Desperté algo más estable después del estado de nervios que me poseyó durante todo el día anterior. Era sábado por la mañana y Héctor, como de costumbre, se hallaba distraído con sus juguetes, momento que aproveché para ducharme y ponerme en marcha. Me extrañó el hecho de que Minerva no apareciera con el desayuno en una bolsa, tal y como solía hacer cada fin de semana, lo que me llevó a pensar que lo más probable era que hubiera pasado la noche en compañía de algún chico que hubiera conocido en la discoteca de turno. Por ese motivo, cogí el teléfono y le escribí un mensaje con tal de intentar adivinar cuál era su paradero y ya de paso, despertarla y tocarle un poquito las narices.

*«Me he quedado sin napolitana de chocolate... ¿Quién es el afortunado que me ha robado el privilegio? 11:03».*

La respuesta tardó poco en llegar, pero fue tal y como yo la esperaba.

*«No sabes qué noche más loca. ¡Fer es puro fuego! Si puedo, me paso luego por tu casa. Un besito, florecilla. 11:09».*

Pasamos la mañana distraídos y al final —tal y como ya había dado por hecho— Minerva no apareció. Por ese mismo motivo decidí ir a comer a casa de mis padres, por lo que cuando lo tuve todo listo —por culpa de Minerva no encontré ninguna excusa suficientemente aceptable para no darle un repaso al apartamento y

poner un poco de orden en casa— vestí al niño y salimos disparados para no llegar tarde, o como mínimo, no demasiado.

Al llegar, encontramos a mi padre metido en la cocina con su delantal favorito mientras removía tranquilamente una cazuela llena de macarrones con tomate y salchichas, el manjar favorito de su nieto.

—Hola, cielito —dijo dirigiéndose a mí—. ¿Cómo estáis?

—Hola, papá —contesté mientras le besaba en la mejilla con ternura—. Pues bien, Héctor está hecho un campeón en el colegio y yo sigo liadísima en la tienda. Me está entrando mucha faena estos días.

—Eso es bueno, cariño. Que no falte el trabajo.

El hombre sintió el abrazo del niño, que se había agarrado con fuerza a su pierna izquierda y por un momento, le hizo perder el equilibrio.

—¡Hola, *tiarrón!* No te había visto. A ver, deja que el abuelo te achuche un poquito.

Alzó al pequeño en brazos y le dio un fuerte abrazo también, revolviéndole de paso toda la melena que tanto me había esmerado en poner en su sitio.

—¿Dónde está mamá? —pregunté mientras ayudaba a mi padre a preparar la mesa.

—Ha ido un momento a casa de la tía Ana a llevarle no sé qué cosa.

—La comunicación sigue sin ser tu fuerte, ¿eh? —contesté sonriente.

—Ay, cielo. Es que esta mañana echaban las carreras y la cosa estaba muy reñida...

Contemplé divertida a mi padre, le quería con toda mi alma. Siempre había sido el hombre dulce y mimoso que toda mujer querría tener a su lado. De pelo espeso y canoso, mantenía una figura fornida y robusta que le convertía en un hombre de buen ver, a pesar de haber superado ya la barrera de los cincuenta. Durante toda su vida se había desvivido por mi madre y tiempo después, lo había hecho de nuevo por sus dos hijas también. Mi hermana siempre había sido la niña buena pero en cambio yo, su eterno ojito derecho —o eso afirmaban todos—, desde muy pequeña le había hecho sufrir miles de dolores de cabeza a causa de mis constantes travesuras. Por ello quizá, el vínculo que existía ahora entre nosotros era todavía mayor.

El sonido de la puerta principal se oyó en ese preciso instante y Héctor salió disparado al encuentro de su abuela.

—¡Hola, cariño! —se oyó a través de la estancia—. Dale un besito bien fuerte a la abuelita.

Entraron segundos más tarde al comedor, donde nosotros les esperábamos charlando mientras contemplábamos los macarrones con un hambre famélica. Después de saludarnos y mientras nos poníamos un poco al día, trajimos lo que faltaba de la cocina antes de sentarnos de una vez por todas alrededor de la mesa.

—¿Y a ti cómo te ha ido la semana, cariño? —quiso saber mi madre después de que le hubiera contado entre risas de las últimas hazañas de Minerva.

—Pues muy bien, aunque tengo mucho trabajo. Parece que a la gente cada vez le gusta más tener muebles y objetos de decoración únicos y originales.

—Pero eso es una gran noticia, ¿no?

—Sí, claro que sí —contesté mientras rebañaba el plato con un trocito de pan—. El problema es que empiezo a ir un poco justa de tiempo para cumplir con todos los plazos de entrega.

—¿Y no te has planteado contratar a algún ayudante?

—Sí... Pero eso supondría tener que pagar un sueldo extra, y de momento no me va tan bien la cosa como para poder asegurar ese dinero... Por ahora dedicaré tantas horas como pueda y cuando ya no me resulte posible mantenerlo, trataré de buscar a alguien para que me eche una mano. Aunque sea como colaborador, o a cambio de compartir el taller.

En ese momento, continuamos comiendo en silencio hasta que, pasados algunos incómodos segundos, fue mi padre el que optó por cambiar de tema por completo.

—¿Cómo te fue la entrevista con el psicólogo?

Decidí terminar el vaso de agua que sostenía frente a mi rostro antes de contestar, meditando mientras tanto si debía de ser sincera con mis padres, o no. Al fin y al cabo, también seguían de cerca la evolución de Héctor y no se merecían que me anduviera a medias tintas con ellos, por lo que resolví que contarles la verdad sería lo más apropiado, aunque eso me fastidiara.

—Bien. Aunque la verdad es que ese hombre no me da muy buenas vibraciones...

—¿Y eso? —se sorprendió mi padre.

—Héctor, cariño, ve un ratito a mirar los dibujos a la habitación —le indiqué.

El pequeño, que ya había terminado hacía un rato y ahora solo se dedicaba a ensuciarse los dedos con el tomate que todavía le quedaba en el plato, se levantó



feliz porque le concediera ese privilegio y se metió en el que siempre había sido mi dormitorio. Fui yo misma la que buscó alguna película y se aseguró de que el sonido del televisor distraía al niño antes de regresar al comedor y así poder continuar hablando más tranquilamente del tema con mis padres.

—No sabría decir muy bien por qué motivo pero veréis, Martín es un poco... arrogante.

—¿Por qué dices eso? —quiso saber mi padre.

—Para empezar, su manera de hablar resulta molesta... Es como si él creyera estar en posesión de la razón absoluta... siempre.

—Hombre, supongo que una persona con sus estudios sabe muy bien lo que se dice... ¿No crees? Por lo que dijiste, constituye una gran referencia en su campo.

—Ya, papá. Pero aunque sepas mucho de un tema, no tienes por qué ser estúpido y presuntuoso.

Mi padre alzó una ceja sorprendido y con disimulo, miró a su mujer, que escuchaba la conversación con la mirada fija en el plato.

—¿Y cómo le va a Héctor con él? —preguntó una vez más.

—Parece que está encantado con Martín. Es como si de algún modo, se sintiera comprendido. Pero no lo entiendo. Yo paso muchas más horas con él y no me mira de la misma manera.

—Bueno, cariño, piensa que para Héctor tú eres su madre, es normal que se sienta atraído por una persona nueva en su vida que, además, le presta una atención más especial que a los demás niños —continuó él antes de dar un sorbo a la copa de vino tinto que sostenía en la mano.

—Ya, pero me da rabia...

—¿No será que estás celosa? —preguntó mi madre, rompiendo el silencio que había mantenido hasta el momento.

—¿Celosa y o? ¿De Martín? ¡¿Pero, qué dices?! —

—No lo sé, es la sensación que me ha dado por un momento...

—No es que me sienta celosa. Tan solo se trata de que Martín parece saber en todo momento lo que hace y deja de hacer Héctor.

—No consigo entenderte... —dijo de nuevo.

—Pues verás, el otro día me preguntó si Héctor había hecho algo diferente a lo habitual durante los días previos a la consulta. Lo más curioso es que así era. Héctor había montado una especie de juego con papeles y colores que hasta ahora, nunca antes había hecho.

—¿Y qué hay de malo en eso? Parece que Martín únicamente se está interesando en lo que concierne al niño... No sé por qué lo ves tan negativo.

—No es nada malo. Solo es que... ¿Cómo pudo saber eso, eh?

—Pues porque... ¿es psicólogo? —continuó mi padre—. Yo tampoco lo veo tan extraño, cariño.

Permanecí unos instantes más en silencio, dándole vueltas al tenedor sobre el plato vacío sin querer dar mi brazo a torcer todavía.

—¿Qué es lo que realmente te molesta, Jana? —preguntó una vez más mi madre.

Continué con el mismo gesto que había mostrado hasta el momento y al final, suspiré y contesté a la dichosa pregunta.

—Martín insinuó que no estoy al cien por cien pendiente de Héctor... O por lo menos, no tanto como debería.

Mi padre apretó los labios haciendo un mohín de comprensión y acarició mi mano con cariño.

—Cielo, eso no es cierto. Héctor está muy bien atendido. Seguramente no quiso decir eso.

Sonreí ante el comentario de mi padre pero mi semblante volvió a tornarse triste de nuevo casi en el mismo instante.

—Pues, si me lo permites, yo creo que a pesar de que seguro que Martín no pretendía ser ofensivo, opino que igual lo que quiere es que ahora que estáis metidos en todo este proceso, le dediques aún más atención de la que normalmente ya le prestas.

Miré a mi madre con los ojos muy abiertos y las cejas levantadas. Abrí la boca un par de veces con la intención de contestarle, aunque aquel comentario me dejó tan descolocada que no supe muy bien qué decir hasta el tercer o cuarto intento, en el que mi cerebro ya puso un poco más en orden mis ideas.

—¿Tú también crees que no estoy tan pendiente de Héctor como debería? —pregunté subiendo un poco el tono.

—Yo no he dicho eso, cariño.

—Lo has insinuado, mamá. Eso es precisamente lo que has hecho.

—No, Jana, y no empezamos con la misma canción de siempre. Yo no digo que no estés pendiente de él. Solo pienso que igual, ahora que tienes tanto trabajo, te faltan horas para dedicarte a los ejercicios que tal vez Martín querría que practicas con Héctor. Nada más.

—Así que, según tú, tengo que decidir entre mi trabajo o el niño. ¿No es eso?

—¡Por el amor de Dios, Jana! ¡Estás sacando las cosas de quicio! —me espetó casi en un bufido—. En ningún momento he dicho eso.

—¿Entonces qué es lo que sugieres, mamá? Porque te recuerdo que la tienda es mi única fuente de ingresos. ¡No tengo elección!

—Lo que te sugiero es que, de entrada, te calmes un poco... que nadie te está acusando de nada.

—Pues yo creo que sí lo estás haciendo.

Mi padre nos miraba como si de un partido de tenis se tratara. Se encontraba sentado entre las dos y movía la cabeza de un lado a otro cada vez que una de nosotras abría la boca.

—Santa paciencia la que hay que tener contigo, hija... A ver, en ningún momento he dicho que no te ocupes del niño, ¿me oyes?

—Entonces, ¿cómo quieres que lo haga? Que yo sepa, aún no puedo multiplicarme.

—Pues deja que te ayudemos un poco. En la tienda, o con Héctor. Siempre te intentamos echar una mano, pero casi nunca nos dejas. ¡Es normal que no tengas tiempo para él! Tiene dos abuelos más que también estarán encantados de quedárselo algún día. No estás sola, ¿me oyes? Aunque parece que no quieras entenderlo...

—¡¿Ves como piensas igual que Martín?!

—¡Te he dicho que no! Lo que creo es que entre todos podemos hacerlo mejor.

—Lo que sigues pensando es que soy una cría irresponsable... ¿verdad? Que no soy capaz de hacerme cargo del niño.

Mi madre se levantó de la silla y salió de la sala en ese mismo momento, dejándonos allí sentados en silencio. Mi padre se pasó la mano por la cabeza en un gesto pensativo mientras que yo, molesta por el rumbo de aquella conversación, comencé a recoger la mesa con brío. No fue hasta que ya lo tenía casi todo metido en el lavavajillas, cuando escuché que mi madre salía del baño, lugar en el que había permanecido encerrada durante todos aquellos eternos minutos. Con paso lento, y de nuevo algo más calmada, se dirigió hacia la mesa y volvió a tomar asiento en el mismo lugar que había ocupado durante toda la comida mientras que yo, me mantuve frente a ella todavía en pie, en una abierta actitud desafiante.

—A ver, Jana, no puedes ser siempre tan susceptible, ¿sabes?

—Mamá, ya no tengo quince años para que me des el sermón —contesté de nuevo a la defensiva.

—Pues si no tienes quince años, ¡compórtate como es debido! Por el amor de Dios, Jana. Tienes un niño a tu cargo. ¿Quieres enseñarle que siempre hay que batallar por todo? —La miré en silencio tratando de asimilar lo que me estaba diciendo mientras aguantaba las ganas que tenía de contestarle. Pero ante todo, era mi madre y como tal, le tenía un respeto infinito—. Héctor necesita unos principios y unos valores que seguir el día de mañana y para ello, tú tienes que dejar de ser tan impulsiva. Tienes veinticinco años y ahora mismo eres el único referente que tiene, así que haz el favor de guardarte tu mal humor y por una vez, intenta entender lo que los demás te están diciendo.

Tragué con muchísima dificultad en ese momento. Sentía un escozor en los ojos que hacía mucho tiempo que no experimentaba, como cuando era pequeña y me tocaba aguantar las broncas de mis padres después de alguna de mis infinitas trastadas. Las lágrimas amenazaban con salir, pero hice un esfuerzo titánico y aguanté el tipo delante de ellos, pensando en que tal vez en esta ocasión mi madre tuviera algo de razón cosa que, evidentemente, me negaría a admitir.

—Puedo cuidar de Héctor sin problema, mamá —añadí como única respuesta.

—Lo sé, cariño. Nadie lo ha puesto en duda. Solo te estoy diciendo que vuelvas a hablar con Martín, escuches lo que él te diga y hagas caso de lo que crea que Héctor puede necesitar. Si cree que debes de prestarle más atención, deberás hacerlo —dijo levantando una mano para hacerme callar justo cuando yo abría la boca para reprocharle algo en ese mismo instante—. Mal te pese, no siempre harás las cosas tan bien como crees hacerlas. Ser madre cuesta mucho y en ocasiones, necesitas que alguien te llame la atención para aprender a actuar de un modo distinto.

Sin darme cuenta de ello, me había vuelto a sentar en la silla, hundí la cabeza entre las manos y permanecí así durante algunos minutos. Al final, suspiré con fuerza y levanté de nuevo el rostro en dirección a mi madre.

—¿Os podéis quedar hoy con el niño? Necesito aclarar un poco las ideas...

—Ya sabes que no hay ningún problema, Héctor puede quedarse este fin de semana con nosotros. Descansa e intenta darle la vuelta a todo este tema. No creo que Martín sea tan malo como lo pintas.

Asentí con la cabeza y me dirigí hacia la habitación donde estaba metido el pequeño. Me lo encontré tendido en la cama durmiendo la siesta de forma apacible, por lo que decidí no despertarlo y romperle el sueño. Así pues, le di un beso en la frente y regresé una vez más al comedor.

—Me voy a casa. ¿Necesitáis que os traiga ropa?

—No. Tenemos un par de mudas limpias en el armario y algún que otro pijama. No te preocupes. Ve y descansa, te sentará bien.

No fue hasta que llegué a la calle cuando, al fin, respiré hondo de nuevo un par de veces y a paso ligero, me dirigí hacia mi apartamento, situado a tan solo tres calles de allí.



## CAPÍTULO 13

Por el camino, aproveché para escribirle un mensaje a Minerva, cuya contestación —para variar— no tardó en llegar.

*«A las ocho me paso por tu casa, cenamos y salimos después. Ponte mona. Un beso, florecilla. 16:38».*

Perfecto. Podría concederme un par de horas para descansar y reponerme y luego ya me pondría en marcha. Así pues, cuando llegué a casa —y sin perder ni un solo minuto— me dirigí de cabeza hacia el sofá donde, sin darme siquiera cuenta de ello, caí rendida de agotamiento.

El estridente sonido del timbre de la portería logró cortarme el sueño y hacerme creer que me encontraba en el mismísimo infierno. Antes de reaccionar, miré extrañada el reloj sin comprender a qué venía tanto alboroto. Pero no me hizo falta mucha más información. Cuando comprobé que tan solo faltaban diez minutos para las ocho, di un enorme brinco y con un gesto todavía soñoliento en el rostro, anduve hasta el telefonillo de la entrada y apreté el botón sin preguntar siquiera quién era. Un par de minutos más tarde, escuché los tacones de Minerva que se acercaban por el rellano y abrí la puerta sin esperar a que llamara de nuevo.

—Dios... Lo de la mona, aunque se vista de seda, mona se queda... te va al pelo —dijo nada más verme. A continuación, señalándome con un dedo cargado de censura, continuó—. Dime que no pretendes salir así de casa... ¿verdad?

—Pasa, anda —sonreí—. Me he quedado dormida en el sofá. Lo siento, me arreglo en diez minutos.

—No te equivoques —continuó mientras dejaba el bolso sobre el mueble de la entrada—. Una tarda diez minutos cuando sale a tomar una cerveza. Hoy vamos a romper la noche así que, como mínimo, quiero que te dediques unos cuarenta minutos. ¿Queda claro?

Reí por la ocurrencia y le dediqué un gesto con la mano para hacerla callar.

—¿Qué llevas en esas bolsas? —pregunté al reparar en que llevaba consigo un par de bolsas de marcas de ropa hacia el salón.

—Me he tomado la libertad de traerte algo bonito. Sabía que no dispondrías de mucha cosa o que usarías ese pretexto como excusa así que, ahora que no la tienes, no puedes decirme que no hay nada que ponerte en tu armario. Toma, pruébatelo.

Cogí las prendas que me tendía y quedé maravillada de lo bonitas que eran. Conocía a la perfección mis gustos y conseguía acertar con todo cada vez que me hacía algún regalo. El atuendo era precioso. Por un lado, Minerva me había comprado una blusa blanca de tirante muy fino —y bastante corta— de Zara. Para acompañarlo, me había traído una falda larga en un tono salmón, esta vez de Mango, de las que se llevaban tanto esa temporada y que siempre había querido tener. Se ceñía a la cintura y caía en un fino y delicado vuelo hasta los pies. En ambos laterales, tenía un corte que llegaba hasta la rodilla y que dejaba entrever las piernas al caminar. Era sencilla, evocadora y sensual, perfecta para una noche en la que dejarían de existir las normas, los horarios y las obligaciones.

—Puedes acompañarlo con esos taconazos negros que te regalé el año pasado. Sé perfectamente que todavía no te has dignado a estrenarlos —comentó guiñándome un ojo.

—Pero, Minerva... Todo esto no es necesario... Tan solo te he pedido salir un rato y que me ayudes a desconectar un poco.

—Pues eso estoy haciendo, mona mía. Sacarte un ratito a ver mundo. Anda va, hazlo por los viejos tiempos...

Minerva me dedicó uno de sus estudiados pucheros y sonreí todavía más al verla. Acto seguido, me lancé a su cuello y la abracé con fuerza.

—Gracias *Ervs*, no sé qué haría sin ti —dije mientras le llenaba la mejilla de besos.

—*Quitaaaaa* —comentó la otra, también sonriente—. Guárdate esos morros suaves para otro, que hoy seguro que cae.

—Minerva, ¡no empieces!

—¿Qué pasa? —exclamó fingiendo inocencia.

—No he hablado de chicos en ningún momento... Solo te he pedido salir y pasarlo bien. ¡Nada más!

—Ya, claro, eso ya me lo dirás luego. Anda, ve a la ducha, iré calentando un par de pizzas mientras tanto.

No fue hasta pasado un buen rato que por fin cerré el grifo. Escuché que Minerva se acercaba a la puerta, se detuvo y entonces, llamó con los nudillos un par de veces.

—¿Qué pasa?

—Te has olvidado una última bolsa...

Abrí y saqué la cabeza dejando todo empapado de paso. Llevaba el pelo chorreando y estaba dejando un reguero de agua en el suelo lo cual, tampoco me importó demasiado.

—¿Qué bolsa? —volví a preguntar.

—Esta —dijo tendiéndome una bolsita más pequeña que las anteriores con el logotipo de *Oysho*.

—¿Y esto para qué es? —pregunté sin comprender.

—Bueno, no pretenderás salir de fiesta con alguna de esas cosas fosforitas que tienes por ropa interior...

—¿Y qué más da lo que lleve debajo?

—Jana, hazme un favor y háztelo a ti también. Ponte esto.

Le sostuve la mirada y la regañé mentalmente, frunciendo el ceño y apretando los labios mientras trataba —de forma infructuosa, por cierto— de esconder un amago de sonrisa en ellos. Al final, claudiqué con la petición de mi amiga y le arrebaté la bolsa de las manos, justo antes de volver a encerrarme en el baño de nuevo.

Cuando salí pasado un buen rato, me sentía radiante y espectacular. Era una sensación que, en ese instante, descubrí que había dejado de sentir hacía ya mucho tiempo. Encontré a Minerva sentada en el sofá mirando sonriente la pantalla de su teléfono móvil y esperé impaciente a que se percatara de mi presencia.

—¡¡*Uau!*! —exclamó realmente sorprendida un par de segundos después—. ¡Estás preciosa!

—Lo tenías todo planeado al dedillo, ¿eh?

—No se te escapa ni una...

Cenamos en casa y al terminar, cogimos un taxi hasta el centro de la ciudad, donde teníamos previsto dar inicio a nuestra gran noche de copas.

Íbamos ya por el segundo *Gin Tonic* cuando Minerva guardó el teléfono en el bolso, después de haber pasado unos minutos hablando con alguien por *WhatsApp* mientras yo sorbía distraída de mi copa, sin ser consciente de que mi mirada lucía algo más achispada de lo habitual. Dirigí la vista de nuevo hacia mi amiga y después de dar un sorbo más a su copa, fue ella la que habló de forma distraída:

—Jana, le dije a un amigo que podía acompañarnos esta noche. No te importa, ¿verdad?

—¿Un amigo? ¡Eso no me lo habías contado! —exclamé entre divertida y sorprendida.

—No te lo he contado por el mero hecho de que no hay nada que contar. Es solo un amigo.

—Ya, claro, ahora se les llama así... —le sonreí con picardía mientras me llevaba la copa a los labios para darle un trago—. ¿Es el del pasado fin de semana?

Pasamos un buen rato más sentadas en aquel rincón de la sala, charlando despreocupadas sobre cualquier tontería que nos venía a la cabeza. Sin embargo, algo cambió para mí pues, iba a darle otro sorbo a la copa cuando la visión que tuve en ese mismo instante consiguió paralizarme por completo. A lo lejos, distinguí a la perfección una figura masculina esbelta, robusta, fuerte y enormemente atractiva que, además, no me era en absoluto desconocida. Por primera vez, le veía sin su habitual traje y corbata, aunque la verdad era que aquel cambio le sentaba muy bien.

Martín vestía una camisa blanca que llevaba metida por dentro de la cinturilla de unos tejanos desgastados. Remataba el conjunto con unas botas *Timberland* en color camel, ligeramente desabrochadas, que le acababan de conferir aquel toque desenfadado e informal que tanto me gustaba. Para colmo, completaba el atuendo con una chaqueta de cuero negra que le sentaba de muerte. Como siempre, su barba le marcaba y definía aquellas facciones que, sin duda, debían de traer locas a muchas mujeres.

El chico caminaba solo mientras se acercaba de forma peligrosa hacia el lugar que ocupábamos nosotras. Intenté esconderme como pude detrás de la copa y giré ligeramente mi cuerpo para darle la espalda, pretendiendo con ello pasar desapercibida ante sus ojos. Sin embargo, ya era tarde. Me había visto y se había quedado paralizado, supuse que incapaz de comprender también qué hacía yo ahí, con la gran cantidad de bares que habría en Barcelona. Miré con disimulo hacia el lugar donde él debía de estar y la mala suerte quiso que nuestras miradas se cruzaran, creando con ello una explosión de sensaciones y sobre todo, una tensión capaz de partir la tierra en dos.

## CAPÍTULO 14

Minerva no tardó en percatarse de que yo me hallaba perdida en algún mundo paralelo y dirigió la vista hacia el lugar al que yo continuaba mirando embobada. Cuando descubrió a Martín —que intuí que estaba a punto de darse la vuelta y marcharse por donde había venido— una sonrisa traviesa atravesó su rostro antes de dirigirse de nuevo hacia mí.

—Ahora entiendo por qué estabas tan empanada... ¡Está que se rompe!

Asentí con un gesto de la cabeza pensando en que aquella sería la mejor forma de disimular para que mi amiga no sospechara nada y a continuación, como si en realidad no quisiera hacerlo, miré de reojo en la misma dirección en la que él se encontraba, con tal de seguirle la corriente a Minerva. Me di cuenta de que ya estaba de espaldas y sentí un gran alivio en el estómago que no me dio tiempo a disfrutar pues sin esperarlo, mi amiga me sorprendió —bueno, nos sorprendió a los dos— con un grito inesperado.

—¡Martín! —le llamó para mi absoluto asombro, pues seguía sin dar crédito a lo que estaba pasando.

Martín se quedó petrificado durante unos segundos antes de girarse una vez más hacia nosotras. Ella, ante la indecisión del joven, volvió a llamarlo y ya no pudo fingir que no la había oído. Dio la vuelta lentamente y enfocó la mirada hacia el lugar donde estaba sentada Minerva... y por ende, yo. Respiré hondo deseando que no se notara mi incomodidad mientras él se acercaba hacia nosotras, tratando de no cruzarse en ningún momento con mi mirada. Minerva, ajena a todo lo que estaba sucediendo, se acercó rápidamente a él y le plantó dos sonoros besos —uno en cada mejilla—, cargados de dulzura y emoción.

—Mira, Jana —dijo dirigiéndose ahora hacia mí—, te presento a Martín. Es el chico del que te he hablado antes.

Me acerqué a él maldiciendo mentalmente la necesidad que tenía el Karma de estropearme la noche de aquella manera. A continuación, le tendí una mano cordial a modo de saludo hasta que me atreví a alzar la vista para cruzarme de forma inevitable con su inquisitoria mirada.

—Martín, ella es Jana —prosiguió la otra como si nada de aquello fuera con ella, lo que era evidentemente cierto—, mi mejor amiga, de la que ya te he hablado.

El psicólogo correspondió a mi saludo estrechándome la mano también. Sentía la tensión a nuestro alrededor con una intensidad que podría explotar en cualquier momento si alguno de nosotros no tomaba rápido el control de la situación. Mis ojos centelleaban y sentí que me ruborizaba ante aquel hecho y que era incapaz de articular sonido alguno.

—Encantado de conocerte, Jana —dijo tuteándome por primera vez.

Asentí con timidez y me di cuenta de que mis labios se secaban sin que yo pudiera hacer nada al respecto. Necesitaba darle un trago a mi copa o hacer cualquier cosa que dispersara un poco esa tensión que se estaba acumulando por todo mi cuerpo y que amenazaba con explotar y reventar con fuerza cada obstáculo que encontrara a su paso.

—Siéntate con nosotras, estábamos tomando algo y charlando un rato —añadió Minerva en dirección a Martín.

El chico hizo un gesto afirmativo y Minerva se las ingenió como pudo para que los dos termináramos sentándonos el uno junto al otro, quedando ella frente a nosotros. El lugar era estrecho y la separación entre nuestros cuerpos quedó reducida a su mínima expresión. Minerva se giró en dirección a la sala en busca de algún camarero que pasara en ese momento por allí, mientras que Martín terminaba de acomodarse como podía en aquel diminuto sillón de apenas dos plazas. Volteó la parte superior de su cuerpo un segundo para sacar la cartera de su bolsillo trasero y al hacerlo, rozó mi brazo con el suyo, provocando que se me erizara todo el vello del cuerpo y llegara incluso a sentir el zumbido de la sangre golpeándome los oídos.

Maldita sea, tenía que dejar de comportarme como una estúpida. Creo que Martín me oyó tragar con dificultad y sin saber muy bien el porqué, aunque consciente de que yo no podía verle el rostro pues todavía me mantenía de medio lado esforzándome en mantener la mirada perdida, una sonrisa de suficiencia apareció en sus labios de forma repentina. A continuación, volvió a colocarse bien, dejando caer la mano con disimulo hacia el lado, rozándome de ese modo la parte del muslo que había quedado desnuda entre el corte de la fina tela de mi falda y consiguiendo con ello que yo diera un pequeño brinco en la silla a causa de la impresión.

—Lo siento, señorita Peñalver —dijo en un susurro enronquecido junto al oído—. No era en absoluto mi intención...

Agradecí que el local estuviera a oscuras, pues estaba segura de que el tono escarlata que ahora mostraban mis mejillas en absoluto llegaría a pasar desapercibido a plena luz del día.

Mi respiración continuaba agitada y sentía la presión en mi interior, a la vez que un ligero temblor en las manos se había adueñado del control sobre mí misma. Me costaba aparentar normalidad, tenía la boca seca y la vena del cuello me latía de forma salvaje. Odiaba a aquel chico con todas mis fuerzas por ser tan engreído, arrogante y egocéntrico. Sin embargo, era apuesto y elegante a rabiar y ejercía un efecto atrayente y magnético sobre mí que me resultaba imposible de evitar.

Minerva volvió a dirigirse hacia donde estábamos nosotros y le preguntó a Martín sobre lo que le apetecía tomar, pues tenía la firme intención de dirigirse hacia la barra y pedir allí mismo las consumiciones, con tal de no seguir esperando ni un minuto más a alguno de aquellos atareados camareros.

—Puedo ir yo, Minerva. No te preocupes... —intentó levantarse él, solícito.

—No, por favor. Así también aprovecho y pido algo para nosotras. Jana —dijo dirigiéndose ahora a mí—, ¿tú quieres algo más?

—Otro *Gin Tonic*, por favor —añadí como si necesitara esa copa con desesperación—. Cargadito.

Desapareció veloz entre el gentío, dejándonos solos, sumidos cada uno en nuestros propios pensamientos.

—Martín, no se preocupe. Cumpliré durante un rato más por cortesía y luego desapareceré para que puedan tener esa cita que habían planeado. No se moleste por mi presencia.

Escupí aquellas palabras y lo hice casi sin una pausa entre ellas y de forma atropellada. Por su parte, Martín me observaba con un semblante prudente, manteniendo esa pose calmada que solía aparentar siempre.

—No se preocupe. Aunque creo que si pretende hacer ver que no nos conocemos, lo primero que deberá hacer es dejar de tratarme de usted. Aquí no soy ni subdirector ni psicólogo, y me gustaría que continuara siendo así.

—De acuerdo. Hagamos ver que no existe ningún tipo de relación entre nosotros y terminemos ya con esta tortura.

—¿Me consideras una tortura para ti? —preguntó con una sonrisa descarada. ¿Es que acaso trataba de sonar seductor?

Me mordí el labio maldiciendo en mi interior por haber pronunciado tales palabras mientras sentía la intensidad con la que sus ojos me taladraban en una especie de duelo magnánimo de miradas.

—No... No es eso —intenté excusarme sin éxito—. Es solo que ni a mí me apetece estar aquí, ni a ti tampoco. Así que terminemos ya con esto y ambos seremos libres.

Martín se pasó una mano por la barbilla y se dio un par de toques en los labios con el dedo índice en una especie de actitud pensativa. No pude evitar dirigir la vista hacia la vena que recorría uno de los lados de su cuello, el que quedaba frente a mí, contorneándolo y ascendiendo hacia la parte trasera de su mandíbula, a través de la cual desaparecía. Joder, ese tío era un absoluto fuera de serie.

—No era consciente de que mi presencia te resultara tan despreciable —continuó manteniendo aquella media sonrisa inquietante y lasciva en el rostro. ¿Seguro que no estaba teniendo alucinaciones? No podía estar usando aquel tono conmigo... Tenía que poner fin cuanto antes al riego que alimentaba de tonterías a mi cerebro.

—Despreciable tampoco es la palabra. Impertinente, mejor dicho. —Me asombré de mi propia osadía y al mirar de reojo a mi acompañante, pude ver que él tampoco se esperaba esa reacción por mi parte lo cual, hizo que me sintiera francamente satisfecha, o al menos en parte.

## CAPÍTULO 15

Minerva apareció con las tres copas entre las manos y las dejó sobre la mesa con virtuosa agilidad —se notaban los años de experiencia en el bar de su tío—. Acerqué una de ellas hacia mí y Martín, a su vez, le dio un largo trago a la suya vaciando así la mitad de su contenido.

—Y bien, chicos. ¿Qué os parece el local? —comentó entonces la otra, tratando de encontrar algún tema del que hablar ya que comenzaba a percibir la palpable incomodidad que reinaba entre nosotros.

—No está mal... —se atrevió a comentar él—. ¿No crees, Jana?

—Sí, es un lugar agradable...

Minerva nos miraba alucinada, tal y como lo haría cualquier otra persona en su misma situación. Con una ceja alzada, nos miró a los ojos a los dos de forma intermitente hasta que se atrevió a soltar por fin lo que llevaba tanto rato guardándose para sus adentros.

—¿Será posible que no os hayáis reconocido todavía? —preguntó incrédula.

Ambos la miramos con una expresión de asombro con la que dejamos patente el hecho de que desconocíamos por completo de qué narices estaba hablando la muy tarada.

—Pues nadie lo diría después de lo acaramelados que se os vio en el karaoke...

Yo, que en ese instante sorbía el contenido de mi copa, tragué de forma abrupta quedándome pasmada e inmóvil ante lo que acababa de escuchar.

Vi que la copa de Martín resbalaba entre sus dedos justo antes de que reaccionara asiéndola con más fuerza, evitando así en el último momento que esta cayera al suelo.

—¿Cómo dices? —pregunté apenas sin voz.

Me percaté de que Minerva quedó muy sorprendida ante nuestra reacción. Supongo que habría imaginado que el reencuentro sería muy diferente pero, muy a su pesar, a sus ojos ambos parecíamos defraudados con la noticia, incluso enfadados.

—Pues eso... Pensé que sería una buena idea que os conocierais... —continuó algo cortada— Después de todo... ¡Lo vuestro fue pura química!

Incapaz de asimilar todos los pensamientos que cruzaban mi mente en ese instante, me puse en pie de un salto. Me vinieron a la cabeza muchas de las sensaciones que pude experimentar durante aquel breve encuentro que duró nuestra —¿nuestra?— actuación del karaoke. Había vuelto a soñar con ello en numerosas ocasiones e incluso, había llegado a imaginar cómo sería reencontrarme con ese chico. Pero en ninguno de mis sueños aparecía Martín, simplemente no entraba en mis planes. Su sola presencia ya conseguía alterarme de forma virulenta. No le soportaba —de eso, no había duda— pero, a la vez, me sentía conquistada por su atractivo pendenciero con un ímpetu y una fuerza desconocida, contra la que me resultaba imposible luchar.

—Lo siento, tengo que irme —dije, dejando pasmados a los otros dos.

—Pero, ¿qué estás diciendo? —inquirió mi amiga, asesinándome a través de sus ojos.

—Acabo de recordar que mañana me traen a Héctor muy pronto. Lo siento. Tal vez en otra ocasión.

Pasé con cuidado por el hueco que había entre la mesa y Martín, ya que no le di tiempo para ponerse ni siquiera en pie. Al hacerlo, debido a que la distancia entre nosotros era sumamente reducida, sentí el aliento del joven acariciándome la espalda semidesnuda y mi piel reaccionó de forma automática, provocándome una serie de descargas por todo el cuerpo, incluso por lugares en los que ni siquiera era consciente de que circulara la sangre con tal intensidad. Sin saber cómo ni por qué, me sentí estúpida por no haber sido capaz de distinguir al joven que cantó conmigo del engreído psicólogo que estaba llevando el caso de Héctor.

Cuando ya me encontraba casi en la puerta, sentí que alguien me asía de la muñeca y me giré con rapidez, no dispuesta a permanecer ni un minuto más en aquel lugar. Sin embargo, mi sorpresa fue aún mayor cuando, esperando darme de frente con Minerva, me encontré cara a cara con Martín. Nos hallábamos a una proximidad tal que me resultaba casi imposible no respirar sin sentir el roce de su cuerpo contra el mío.

—¿Por qué te marchas tan deprisa? —inquirió— ¿De veras te resulto tan insoportable?

—Mira, Martín, como comprenderás ahora no es momento para hablar de esto. Tengo cosas más importantes que hacer como para perder el tiempo discutiendo sobre si me caes bien o no.

—O sea, prefieres huir de los problemas en vez de enfrentarte de cara a ellos, ¿no?

Yo, que en ese momento ya había dado media vuelta y me encaminaba veloz hacia la puerta del establecimiento —no sin ciertas dificultades—, me detuve en seco al escuchar sus palabras y sentí que mi sangre ardía, provocándome unas ganas de estrangularle que ya no podía apenas soportar.

—Mira, estúpido y arrogante psicólogo de pacotilla. Ni se te ocurra volver a mencionar nada que no sea estrictamente profesional y aún menos, intentes analizarme o querer saber nada sobre mí que no sea rigurosamente necesario para tratar el caso de Héctor. ¡¿Entendido?!



—Me estás diciendo que ni siquiera puedo preguntarte por qué te niegas a aceptar lo que sentiste por mí en el karaoke. ¿No es así?

Tragué y lo hice sintiendo que mi garganta había sido invadida por un amasijo de puñales que rasgaban todo a su paso.

—Exacto. Lo que pasó ese día, pasó... Y punto —contesté con rabia—. Es más, ni siquiera recuerdo la mayoría de la noche así que, realmente, no sé de qué maldita química podía estar hablando Minerva.

—¿Estás segura de ello? —añadió él entonces, acercándose ahora mucho más a mí, arrinconándome contra la pared.

Sentía su cuerpo pegado al mío y era incapaz de desprenderme de sus brazos. Mi espalda había quedado apoyada contra la pared que daba al guardarropía y Martín se había colocado de forma muy sugerente, pegando su pecho contra el mío, siendo así capaz de percibir el ritmo frenético que estaba alcanzando mi respiración ante aquel contacto inesperado. Intenté no pensar en lo mucho que me atraía el aroma que desprendía su piel y que me anulaba los sentidos por momentos, así como tampoco quería dirigir la vista hacia esos labios carnosos y húmedos que tan cerca tenía de los míos y que tantas promesas de diversión salvaje traían implícitas junto a ellos. Me pareció sentir que algo duro empezaba a rozarme la pierna —a la altura de mi vientre para ser exactos— y sentí que se me agitaba aún más la respiración al pensar en la reacción que yo también le estaba provocando a él, pero que no estaba dispuesta a compartir, bajo ningún concepto.

—Totalmente —contesté al fin a su pregunta con una voz cargada de voluntaria sensualidad y a tan solo un par de centímetros de su boca, sintiendo de forma muy breve —aunque intensa— el roce de sus labios, tan suaves y tiernos como aparentaban ser.

Ante ese gesto, él reaccionó con rapidez y con un movimiento inesperado, logró posar su boca sobre la mía —de forma deliciosa y sensual—, robándome aquel beso con el que yo había pretendido tentarle. Ante tal hecho me quedé petrificada, sintiendo como sus manos se enredaban con las mías y me apretaban con fuerza contra la pared. Sentí que algo moría en mi interior y me dejé llevar por la pasión que me abrasaba en ese mismo instante. Separé los labios con cuidado, permitiéndole mayor acceso y respondiendo a ese beso que tan bien me estaba sabiendo. Sentía su lengua abriéndose paso entre mis labios, mientras el sabor de sus besos me sometía por completo a su absoluta y entera voluntad. Con lentitud, llevé mis dedos hacia su cuello y acaricié con suavidad su nuca, mientras enredaba su cabello entre estos.

Martín también se dejó llevar. Posó una de sus fuertes manos sobre mi espalda desnuda y me aproximó todavía más contra su cuerpo. Nuestros pechos se habían unido por completo y nuestros corazones latían a miles de revoluciones por minuto.

De fondo sonaba una canción de un grupo que a mí me encantaba, *Buena energía*, de Maldita Nerea. La euforia que sentía en ese momento hizo que me dejara llevar y nuestros besos, primero tímidos y deseosos, se tornaron ahora agresivos y anhelantes. Nuestros cuerpos pedían más y ninguno de los dos era capaz de separarse del otro. Sin ser apenas conscientes de lo que estaba sucediendo entre nosotros, Martín dejó de besarme durante un momento y me miró directamente a los ojos. Fue una mirada única, cargada de sugerencias y explosividad a la que, simplemente, no pude resistirme. Le habría entregado todo lo que me hubiera pedido en ese instante. Entonces, sonrió mientras nuestros labios continuaban en contacto. Fue una de aquellas sonrisas capaces de acabar con el mundo, derribar una muralla o destruirte por completo y no dejar intacto nada de la persona que un tiempo atrás solías ser. Una sonrisa de las que solo puedes observar a escasos centímetros, bajando la mirada hacia aquellos labios que tanto prometen y sin moverte apenas ni un solo milímetro. Entonces, siguiendo el compás de la música y sin borrar aquella sonrisa que todavía mantenía, comenzó a seguir la canción en un susurro que yo no podía escuchar, pero que pude leer en sus labios mientras la melodía nos llegaba desde cualquier punto a nuestro alrededor:

*Y suenan mis latidos en tu corazón, estaré detrás de ti...*

*Mírame detrás de ti.*

*Y suenan solamente con una intención...*

*Abrazarte por si no me sientes, como si pudieras verme.*

Juraría ante cualquier tribunal del mundo que jamás, en toda mi vida, había experimentado algo tan único, sensual, erótico y explosivo como lo que sentí en aquel instante. Martín derribó la poca cordura que todavía me quedaba en cuestión de segundos. Mi respiración se encontraba fuera de control y mis pensamientos —junto con el efecto tardío del alcohol en mi sangre— se dirigieron hacia una parte de mi mente que creía haber desconectado para siempre. De pronto, las piernas comenzaron a temblarme, desafiándome a mí y a mi voluntad y poniendo a prueba mi entereza. Sentí que algo en mi interior palpitaba, y no era precisamente mi corazón. Era algo distinto, único. Sentí la humedad entre mis piernas, el calor en mis mejillas y el sudor frío de mi espalda. Pero no podía dejar de mirarle a los ojos mientras él continuaba cantando a escasos milímetros de mis labios aquella canción que tanto me gustaba, como si me conociera tanto que pudiera leerme la mente en ese preciso instante.

¿Es que acaso era la única mujer del mundo a la que ver a un hombre cantando le parecía sumamente erótico? Joder, solo el movimiento de su nuez mientras seguía la canción y la forma en la que cerraba los ojos con algunas de aquellas notas estaban provocando que una parte de mí batallara por salir con violencia de algún lugar en el que me estaba obligando a mantenerla bajo llave, como un gato enjaulado al que se le mostrara un salmón entre los barrotes, torturándole con plena consciencia de ello.

*Porque quiero esperarte siempre y siempre te esperaré...*

*Por llenar de luz mi suerte... yo te seguiré.*

Sin que pudiera esperarlo, Martín me asió de la mano y sin darme tiempo a reaccionar, me condujo entre el gentío —que ahora abarrotaba el local— hasta llegar a

una puerta donde había pegado un cartel que indicaba el baño. La abrió con cuidado y miró hacia su interior. Estaba despejado. Sin pensarlo dos veces, entró conmigo al de caballeros y nos metimos en una de las cabinas cerradas, un espacio que resultaba realmente diminuto. A continuación, cerró la puerta tras él y volvió a arrinconarme contra la pared. No nos dijimos nada más, aunque tampoco nos hizo ninguna falta.

Martín levantó mi blusa con suavidad, sin dejar de besarme en ningún momento. Cuando dejó al descubierto el sujetador de encaje que lucía —regalo que agradecería de por vida a Minerva—, pude darme cuenta de que su corazón iba a salirse disparado del pecho por culpa del deseo que sus ojos reflejaban. En ningún momento rechisté, al contrario, me dejé hacer, permitiendo que terminara de sacarme la prenda con avidez. Acto seguido, sin esperar a que continuara con su juego, fui yo la que dio el paso, desabrochando a gran velocidad —y casi de un tirón— los botones de la camisa que llevaba puesta, dejando al descubierto aquel pecho, reflejo absoluto del pecado, que invitaba a perderse en él, en su contacto, para no querer regresar al mundo real jamás. Deslicé los dedos a través de su piel hasta que llegué a la pretina del pantalón, donde me detuve con deleite mientras jugueteaba con ella con tiento.

Sin embargo, cuando ya estaba a punto de bajarme la cremallera que mantenía la falda sujeta a mi cintura, oímos un par de golpes en la puerta y ambos nos detuvimos al momento. Nuestros ojos se buscaron en la penumbra de aquel cubículo, como si hasta ahora no hubiéramos sido conscientes de nada, provocando así que ambos regresáramos de nuevo a la realidad.

—Oíd tíos, me da igual lo que estéis haciendo, pero necesito pasar... ¡Abrid la maldita puerta!

Miré incrédula y asustada a Martín. No recordaba haberme encontrado jamás en una situación tan embarazosa —aunque no descartaba haberlo hecho sin que mi memoria me permitiera revivir ese momento— y aún menos a mi edad. Sentí pánico por un momento y él, como si pudiera leerme la mente una vez más, entendió aquel gesto compungido con tan solo una mirada.

—No te preocupes, ahora mismo te saco de esta... —me susurró junto al oído, rozándolo con aquellos labios que me habían poseído momentos antes, volviendo a estremecerme por completo—. Espera un momento, colega. Mi chica ha bebido demasiado y no se encuentra bien. Danos un minuto —dijo en dirección al chico que nos esperaba tras la puerta.

—Está bien. ¡Solo un minuto!

Martín se giró una vez más hacia mí y me ayudó a ponerme bien la blusa, justo antes de hundirse por última vez en mi cuello y besarme con la intensidad de un tsunami.

—Déjate el pelo revuelto, así será más creíble —me dijo en un susurro y con una sonrisa que me noqueó durante un instante.

Cuando al fin estuvimos presentables de nuevo, Martín abrió la puerta y me cogió de la mano, acompañándome hacia el exterior a gran velocidad para que al otro no le diera tiempo ni siquiera a vernos la cara.

Volvíamos a encontrarnos ya en medio de la gran sala del local, cuando vi que Martín se pasaba la mano por el pelo justo antes de dar la vuelta hacia mí de forma inesperada, lo que provocó que nuestros cuerpos chocaran con fuerza.

—Escucha, Jana... —dijo con voz ronca y con una expresión ahora muy distinta en el rostro—. Esto ha sido un error. No puede volver a repetirse.

—¿C...Cómo dices? —tartamudeé sin comprender.

—Debemos olvidar todo esto y hacer ver que nada ha sucedido esta noche. ¿De acuerdo?

Yo, que era incapaz de encontrar lógica alguna al cambio de humor repentino de aquel hombre, saqué toda la dignidad que todavía me quedaba y le contesté con toda la frialdad que pude reunir.

—Eres un cretino. Lo eras antes de esto y ahora solo has demostrado serlo aún más de lo que creía.

—Pues bien que no te has quejado en ningún momento —contestó haciendo uso de la misma actitud desafiante.

El bofetón con el que alcancé su mejilla resonó con fuerza a pesar del volumen de la música que nos envolvía.

—Vete a la mierda, Martín.

Y sin darle tiempo a decir nada más, di media vuelta y me marché en dirección a la puerta, a través de la cual desaparecí.

## CAPÍTULO 16

Dormí fatal durante el resto de la noche. Sin embargo, el timbre de la puerta no dio tregua a mi descanso. Serían las nueve de la mañana cuando empezó a sonar con estridencia, cortando de raíz mi profundo sueño y obligándome a levantarme para poner fin a aquel tormentoso sonido.

—¿Quién es?! —pregunté a gritos mientras me acercaba al rellano.

—¿Quieres hacer el favor de abrir la puerta? —contestó la voz de mi madre desde el otro lado de la misma.

Suspiré por lo bajo y abrí al fin. De pronto, me encontré de frente con la cara angustiada y enfadada de mi madre que, lejos de recibirme con una sonrisa mañanera, no le hizo falta ni un segundo más para empezar a echarme una bronca como las que solía emplear conmigo un tiempo atrás.

—¿Se puede saber dónde narices te habías metido?! —vociferó mientras entraba a toda velocidad en casa.

—Ehhh, echa el freno —dije con el cansancio reflejado en la voz—. Solo son las nueve de la mañana. ¿A qué viene tanto alboroto?

—¡Será posible! Eres... ¡Eres un desastre! Dijiste que necesitabas descansar, ¡no salir de fiesta y emborracharte!

—Mamá, ¡deja de meterte en mi vida! —contesté de nuevo pasándome una mano por la revuelta melena—. Soy joven y también necesito divertirme. Aunque tú no recuerdes lo que eso significa, es algo vital.

—Mira, Jana, no estoy para tus tonterías. Haz el favor de ducharte ahora mismo y ponerte algo decente.

—Oye, mamá, en serio... —quise continuar antes de quedarme callada de nuevo. Di una vuelta sobre mis pies y me acerqué caminando hasta el dormitorio de Héctor, que seguía igual de vacío que antes—. ¿Dónde está el niño?

—A buenas horas le echas de menos. Héctor está en el hospital, lo han tenido en observación durante toda la noche. Pero está bien, no te preocupes.

Me llevé ambas manos a la boca en una expresión de horror y miedo que consiguió paralizarme el cuerpo entero. Sentí una fuerte sacudida y un intenso sabor a bilis subiendo por mi garganta. El corazón me latía a una velocidad tal que empezaba a dificultarme en gran medida la respiración, provocándome una congoja desesperante y que temía no poder controlar.

—¿Qué le ha pasado? —conseguí articular al fin.

—Ayer noche empezó a toser mucho y a tener frío. Le puse el termómetro y no tenía mucha fiebre, pero le di igualmente el antitérmico por si acaso. Sin embargo, la fiebre continuó subiendo y antes de que fuera a más, pues se puso a treinta y nueve y medio en muy poco tiempo, lo llevamos a urgencias para que un médico le echara un vistazo.

—¿Y por qué no lo he sabido hasta ahora? Joder, mamá, ¡estas cosas se avisan! —volví a chillar dejando que el histerismo empezara a adueñarse de la situación.

—¿Cómo puedes tener tan poca vergüenza? ¡Saca tu móvil ahora mismo!

En ese mismo instante entendí a la perfección lo que eso significaba y anduve hasta la mesa del salón, donde había dejado el bolso al llegar a casa unas horas atrás. Saqué de dentro mi teléfono y vi diez llamadas de mi madre, cinco de mi padre y cuatro mensajes de texto. Los lei de forma precipitada y mis ojos se inundaron de lágrimas sin poder remediarlo.

—Lo siento, mamá... —logré balbucear al fin— ¡Lo siento mucho! Minerva y yo salimos un rato, se me fue el santo al cielo y me despreocupé del teléfono... Lo siento...

Mi madre me abrazó con cariño. Vale que yo siempre había sido su mayor quebradero de cabeza, pero una madre siempre sería una madre y como todas las demás, la mía no soportaba verme sufrir de aquella manera.

—A ver, cariño, Héctor está bien. Ya te lo he dicho. Tu padre está con él porque el médico nos ha anunciado que en un rato nos darían el alta —dijo pasándome una mano por la espesa y revuelta melena—. Se trata de un virus que está afectando a muchos niños y que solo les provoca fiebres, tos y algún que otro vómito. Tan solo hay que tenerle vigilado para que esto no vaya a más.

La escuchaba hablar mientras lloraba desconsolada por el cúmulo de emociones. Por primera vez en mucho tiempo volví a sentirme pequeña. Asumir una maternidad sobrevenida, hacerme cargo de un negocio que cada vez requería más horas, las sesiones con el psicólogo para tratar los problemas de Héctor... y lo sucedido la noche anterior con Martín. Todo se me vino encima y mi mundo se precipitó al vacío durante unos minutos.

Mi madre, con aquella comprensión solo propia de una madre, me abrazó durante todo el rato que la necesité, hasta que mi respiración volvió a calmarse de nuevo.

—¿Estás mejor? —me susurró cerca del rostro, besándome la cabeza con ternura.

—Sí... —contesté apenas sin voz.

—Pues vamos, no perdamos más tiempo. Dúchate y vístete rápido que regresamos al hospital a por Héctor.

Me levanté y me encerré en el cuarto de baño durante algunos minutos. Mientras tanto, mi madre calentó un par de tazas de café y preparó unos bocadillos para todos, pues habían pasado la noche en vela sin haber comido casi nada.

Aparecí poco después de nuevo en la cocina, vestida con unos tejanos ajustados, una camiseta básica blanca de manga larga y unas zapatillas *Converse* del mismo color.

—¿Nos vamos? —pregunté antes de beberme el café de un solo trago.

Me había visto obligada a maquillarme de forma sutil, pues los estragos de la noche anterior y el haber dormido tan solo un par de horas habían hecho mella en mi rostro y mis ojeras eran visibles a una larga distancia. Para disimular, me puse las gafas en vez de las lentillas, lo que logró en gran medida ocultar el cansancio que denotaba mi mirada.

—¿Lo tienes todo? —preguntó mi madre antes de salir por la puerta.

—Sí, sí. Vámonos ya.

Llegamos al hospital poco después y cuando entramos en la habitación, encontramos a mi padre sentado en el sillón que había al lado de la cama y a Héctor jugando a los *trileros* con un doctor que parecía realmente joven.

—Buenos días, señora Peñalver —dijo este en dirección a mi madre. Acto seguido, giró el rostro y con una radiante sonrisa se dirigió también a mí—. Buenos días, señorita, usted debe de ser la madre de Héctor.

—Soy Jana—dije tendiéndole la mano a modo de saludo—. ¿Cómo está el niño?

Me lancé rápidamente hacia el pequeño y lo abracé con fuerza llenándole la cabeza de besos. Al fin, cansado de aguantar los mimos, Héctor me apartó indicándome con la mano que lo que quería era seguir jugando con el médico.

—Como puedes ver tú misma, mucho mejor. Héctor tiene un virus muy común, tan solo tendréis que vigilarle un poquito para que no le suba tanto la fiebre, sobre todo de cara a la noche. Por lo demás, reposo y calma hasta que pase.

—Gracias, Doctor...

—Soto, soy el doctor Soto —contestó él, continuado la frase que yo había iniciado.

Sus ojos eran risueños y su expresión feliz. Se notaba que era un hombre a gusto con la vida que había escogido. Supuse que estaría en la treintena. Mientras observaba cómo ambos jugaban una última partida a aquel juego —obviamente sin dinero de por medio—, miré con disimulo al joven médico. Parecía atento y divertido y se mostraba ante nosotros de forma natural.

—No sabía que los niños de su edad dominaran tan bien este tipo de juegos... —comentó el doctor mientras movía dos de los tres vasitos en un último intento de esconder la bolita y despistar a Héctor.

—Ni yo... —comenté también asombrada por la capacidad que mostraba el pequeño para adivinar el vaso en el que aquella se escondía.

Llegado el mediodía, el doctor nos dio el alta por fin y entre los tres recogimos las pocas cosas que habían traído mis padres antes de ponernos en marcha de nuevo. A pesar de que ya casi nunca lo hacía, ese día había traído conmigo el cochecito del Héctor para evitar de aquel modo que tuviera que hacer ningún esfuerzo más de la cuenta.

## CAPÍTULO 17

*Aquel día, entre las dos, le contaron al apuesto joven su secreto y él, dispuesto a ganarse también el corazón de la pequeña, la acogió entre sus brazos y la deleitó con otra de sus historias, con la intención de borrar cuanto antes el angustioso recuerdo de aquella tarde.*

*Ambos prometieron a la pequeña que le permitirían acompañarles algunas tardes, siempre y cuando sus padres le concedieran aquel permiso.*

*Sin embargo, a cambio de ello, debería mantener aquella relación en secreto, pues sus padres todavía no eran conocedores de sus furtivos encuentros y así debía continuar siendo.*

*La chiquilla aceptó gustosa el pacto y a partir de aquel día, una vez por semana, acompañaba a la princesa y a su apuesto compañero para disfrutar junto a ellos con alguna de sus historias.*

—Jana, deja de llorar de una vez por todas.

Sandra parecía serena, como de costumbre, a pesar de que yo estuviera hecha un manojo de nervios.

—Soy lo peor, Sandra... lo peor.

—Escúchame. Deja de decir eso. No eres ni más ni menos que una chica que está aprendiendo a ser madre. ¿Acaso crees que todos nacemos enseñados?

Aquel día, Sandra llevaba la melena —de un intenso color caramelo— suelta y le ondeaba al viento de forma dulce, casi angelical. Su mirada, igual de risueña que siempre, no escondía rastro alguno de reproche por su parte hacia lo que yo le había contado. Con ella me sentía libre, pues era la única que jamás me juzgaba por nada.

—¿Crees que Héctor me odiará?

Sandra desvió la mirada y contempló el horizonte antes de responder a aquella pregunta.

—Héctor está loco por ti, y a lo sabes.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque solo existe una mirada capaz de transmitir el amor más puro, limpio y sincero del mundo. Y los niños solo saben mirar así a su madre.

—Pero, Sandra, yo... sabes que no...

—Escúchame. Tú siempre serás su madre, no debes olvidarte de ello. Tienes que creértelo y sobre todo, tienes que hacérselo saber.

—Y eso... ¿cómo se hace?

Sandra me miró de nuevo, incapaz de entender cómo todavía podía hacerle aquellas preguntas. Ella lo veía como una cosa tan natural... Era fácil, innato en el ser humano. Era como si estuviera escrito en nuestro código genético.

—El amor por un hijo no se traduce en un simple “te quiero”. De hecho, a lo largo de tu vida podrás decírselo miles de veces, pero esa no será precisamente la mejor forma de demostrárselo.

—Pero yo... He renunciado a todo por él. Ya no sé qué más podría hacer para que sepa cuánto le quiero.

—Jana, cariño, nadie podrá decirte en qué consiste ser una buena madre. —Sandra permaneció unos instantes en silencio, observándome de reojo, mientras yo me sujetaba las rodillas con fuerza entre los brazos y apoyaba la barbilla sobre los mismos—. ¿Recuerdas cuando despertabas los domingos y la casa estaba inundada de aquel aroma a bizcocho recién hecho?

Desvié la mirada y cerré los ojos, evocando en mi memoria aquel recuerdo que tanto me gustaba. Casi podía sentir aquel olor en el aire. Inspiré hondo y a continuación, hice un gesto afirmativo con la cabeza a modo de respuesta.

—¿Alguna vez te fijaste en las ojeras que lucía mamá?

Abri los ojos y la miré con un gesto de asombro y duda. Traté de construir en mi mente aquella imagen de la que Sandra me hablaba, pero no lograba dar con ella.

—Mamá trabajaba hasta tarde los sábados —continuó ella—. Solía llegar sobre las dos y media de la madrugada. Siempre me despertaba el sonido de las llaves en la cerradura. Sin embargo, ella sabía que te encantaba aquel bizcocho recién hecho y que te morías por mojarlo en la taza de leche cuando todavía estaba caliente. Para ella, despertarse a las siete para cocinar tu desayuno favorito no era un sacrificio, era lo mejor que podía pasarle cada domingo por la mañana.

No pude evitar que una lágrima resbalara silenciosa por mi mejilla. Pensé en mi madre, en lo mal que me había portado con ella en tantas ocasiones y en la forma en la que ella había hecho caso omiso de todas mis gamberradas y salidas de tono. Siempre tenía una sonrisa para mí, un abrazo cálido, una caricia capaz de curarme el alma...

—Ser madre consiste en eso mismo en lo que estás pensando, Jana. No se trata solo de cambiar pañales, dar biberones y respetar horarios infantiles. Es mucho más que todas esas cosas.

—Lo que me estás pidiendo es que me convierta en alguien que no soy...

—No. —Sandra me miró con aquellos ojos claros, capaces de traspasar la barrera de las emociones, y me obligó a sostenerle la mirada mientras continuaba diciéndome aquellas palabras—. Hace tiempo que eres su único referente, tienes que empezar a asumirlo ya.

—Sandra, yo no quiero vivir una mentira...

—¡No le estás mintiendo!

Por primera vez en mucho tiempo, Sandra alzó la voz. Aquello me hizo callar al momento, pues guardaba hacia ella una especie de respeto, del que se reserva solo a contadas personas en la vida.

—No le mientes siendo la persona que él necesita a su lado —añadió de nuevo, suavizando un poco más el tono.

Continué en silencio, meditando aquellas palabras que tan hondo me habían calado. Como siempre, ella tenía razón. En mis manos estaba hacer lo correcto.

—Venga, cabeza loca, es hora de regresar...

—Me da igual lo que pienses, *Ervs*. ¡No debiste meterme en una encerrona así!

—Vamos, Jana, de verdad. Te morías por volver a ver a ese tío, ¡me lo confesaste un montón de veces! ¡Tengo las pruebas en *WhatsApp*!

—Ya, bueno, pero una cosa es imaginarte una situación y la otra encontrarte de frente con ella cuando no te lo esperas.

Minerva puso los ojos en blanco y se dejó caer contra el respaldo del sofá. Era domingo por la tarde y al enterarse de lo que le había pasado a Héctor, corrió a nuestro encuentro para hacernos compañía. El niño descansaba en la cama mientras que nosotras nos habíamos acomodado en el sofá, dispuestas a charlar largo y tendido sobre la encerrona del viernes noche, de la que aún teníamos una conversación pendiente.

—Entonces, ¿no te gustó reencontrarte con él?

—¡Lo que no me gustó fue que me metieras en semejante lío! —dije dando un nuevo sorbo a una lata de Coca-cola.

—¡Pero si Martín está como para mojar pan y repetir! Te voy a decir una cosa... —continuó Minerva señalándome con el dedo—. Si no lo quieres tú, ¡me lo quedo yo!

Sentí que algo se removía en mi interior solo de pensar en el hecho de que pudiera darse tal posibilidad. Odiaba a Martín aún más que antes, si es que eso era posible, pero lo que había sentido por él durante ese breve instante que había durado aquel encuentro, seguía poniéndome el vello de punta, aun habiendo pasado tantas horas de por medio.

—Quédatelo entonces... —dije intentando aparentar indiferencia.

Minerva se incorporó y acercó más su rostro al mío, mirándome directamente a los ojos, escudriñándolos durante algunos segundos, con una sonrisa en los labios que no desapareció en ningún momento.

—Mientes —dijo entonces, volviendo a recostarse en el respaldo—. Te gusta Martín, y lo sabes.

—¡Cállate! Deja de inventar tonterías.

—Vamos, Jana, reconócelo. Te gusta un poquitito, así de pequeñito —dijo acompañando las palabras de un gesto con las manos que unían sus dedos índice y pulgar.

—Por favor, ¡qué pesada eres! —dije al fin sin poder contener la risa—. Y ahora dime, ¿cómo lograste dar con él?

Intenté que la pregunta sonara despreocupada o por lo menos, que no pudiera notarse la curiosidad que sentía por el hecho de que Minerva y Martín se hubieran conocido a mis espaldas.

—El día del karaoke, en el que por cierto ibas bastante pedo, sentí tanta química entre vosotros que no pude dejar pasar la ocasión. Así pues, en un momento en el que os dije que me iba al baño, me acerqué a aquel grupo de chicos que estaban disfrutando de la despedida de soltero de uno de ellos y pregunté por el tío que había cantado contigo.

Escuchaba a mi amiga con cierto interés y sorpresa. No me había imaginado que, después de aquella locura de salir al escenario, Minerva sería capaz de mover tantos hilos para juntarnos de nuevo.

—Como te decía, los chicos también habían notado el *feeling* que hubo entre vosotros y entre todos, obligaron a Martín a que me diera su número de teléfono para que pudiera volver a contactar con él. Sin embargo, Martín iba bastante borracho esa noche también... Supongo que lo de ser el padrino de boda y el que organizaba la despedida influyó un poco en ello.

Me sorprendió escuchar aquella última afirmación. ¿Martín el padrino de boda? Y para colmo, ¿organizando una despedida con lo sieso que era? La imagen que tenía de él no encajaba para nada con la de aquel joven divertido, seductor y dicharachero del que mi amiga me estaba hablando. Aunque, sin embargo, había demostrado ser un hombre de gran fogosidad, al menos durante el breve instante que compartimos en el interior de aquel baño público.

—Esperé un par de días antes de contactar de nuevo con él —continuó explicando Minerva— y la verdad es que, a pesar de que no recordaba nada de lo sucedido, le llamó mucho la atención el hecho de que yo conociera a esa chica de la que le estaba hablando.

—¿Y por qué no me reconoció en ningún vídeo ni nada? ¿Es que ninguno de sus amigos hizo fotos de ese momento?

—¿Y por qué iba a reconocerte?

En ese momento fue cuando me di cuenta del error que acababa de cometer. Me había destapado sin darme cuenta y Minerva había cazado al vuelo esa repentina curiosidad.

—Dime, Jana... ¿Cómo iba a reconocerte si no os conocíais de nada?

—Esto... Verás... A lo que me refería era que...

—Al grano, Jana. Ve al grano —me cortó una vez más.

—¡Joder!

—¡Cuéntamelo! —volvió a insistir.

—Martín es el subdirector del colegio de Héctor... y su psicólogo.

—¿¡CÓMOOOO?! —exclamó de pronto sin dar crédito a lo que estaba oyendo.

La hice callar haciendo aspavientos con las manos ya que no quería que Héctor despertara a causa del alboroto. Me puse en pie y comencé a dar vueltas por el salón sin ningún rumbo fijo, mientras me masajeara la sien con los dedos.

—Pues eso —dije a continuación—. Martín es el maldito psicólogo del que te he hablado estos días.

—Es imposible...

—Sí, claro, porque tú lo digas. ¡Ojalá fuera imposible!

—¡Pero eso es genial! —exclamó de pronto.

—¿Tú estás loca? ¿Qué parte de todo lo que te he contado sobre él no has entendido?

—A ver, Jana, tranquilízate... Esto es mejor de lo que piensas.

—No te lo crees ni tú —contesté volviendo a tomar asiento frente a ella.

—A ver... Si entre vosotros hubo esa química...

—Y dale con la maldita química —la corté poniendo los ojos en blanco.

—Como te iba diciendo —continuó, haciendo caso omiso de mi respuesta—, si entre vosotros hubo ese *feeling*, es porque realmente existe. La tensión que mantenéis en el despacho es fruto de lo atraídos que os sentís el uno por el otro. Ni más, ni menos.

—Definitivamente, estás como para que te encierren.

—Jana, por favor. Intenta centrarte por un momento.

Traté de entender lo que mi amiga me estaba diciendo y la realidad me golpeó como un duro mazo. La primera vez que estuvimos juntos en ese escenario, me sentí realmente atraída por Martín. Era algo que no esperaba y que era imposible fingir que no sentía. Había soñado con él casi todas las noches. Con sus manos, su barbilla, su voz... Por otro lado, cada vez que salía del despacho de Martín, sufría una sensación similar. Se removía algo en mi interior y sentía unas cosquillas que me llevaban a tener pensamientos un tanto... subiditos de tono. Sin embargo, su carácter me podía. Su soberbia era insoportable y mucho peor todavía la autoridad e indiferencia con la que me hablaba.

—Es imposible.

—Tú di lo que quieras, pero no podéis negar lo que os hace sentir el otro —volvió a insistir Minerva.

—Mira, haz lo que te dé la gana, pero no vuelvas a hablar con él sobre mí. ¿Entendido? —continué esta vez en un tono más autoritario y visiblemente afectada.

—De acuerdo. Pero te pongas como te pongas, el viernes que viene tienes que volver a verle la cara y vais a tener que solucionar vuestros problemas. Os guste o no.



## CAPÍTULO 18

*El primer año pasó deprisa y lo que en un principio había parecido un romance adolescente, se convirtió en algo mucho más profundo, que ahora se encaminaba hacia una única dirección.*

*Un buen día, la princesa decidió presentarle a sus padres aquel joven que robaba todos y cada uno de sus suspiros.*

*Tal y como esperaba, la acogida fue maravillosa y sus padres se sintieron orgullosos de la elección de su hija.*

*A partir de aquel momento, el joven pasaba como mínimo una vez por semana por su casa y compartía un buen rato con ellos, deleitándoles con sus anécdotas y ganándose sus corazones, tal y como lo había hecho con los de sus hijas.*

*Los años pasaron y la princesa, junto a su amado y particular caballero, pues ya se había ganado con honor aquella noble distinción, acabaron sus respectivos estudios superiores. Ella se convirtió en una maravillosa enfermera y él, en un intrépido y distinguido periodista.*

La semana pasó deprisa y sin grandes sobresaltos. El mismo lunes avisé a Lucía de que Héctor no asistiría al colegio durante unos días. El niño no dio síntomas de empeorar, pero apenas salió de la cama más que para comer y acurrucarse algún ratito en el sofá junto a sus abuelos.

Lo dejé en casa de mis padres aquella mañana, pues tenía muchísimo trabajo en la tienda que no podía desatender, por mucho que me doliera. Le iba a ver sin falta cada tarde después de cerrar el local y cenaba con ellos para que no padeciera tanto mi ausencia.

Durante esas noches de soledad, aproveché para dedicarme un poco de tiempo a mí misma. Pensé todos y cada uno de los días en el insoportable de Martín y en lo atraída que había llegado a sentirme por él y maldije mentalmente al destino por haber permitido que tal coincidencia sucediera. Sin embargo, me resultaba inevitable dejar de pensar en el chico del Karaoke, al que seguía negándome a poner el rostro de Martín.

Para mí continuaba siendo algo imposible y totalmente inconcebible.

Llegó el jueves y ya no pude alargarlo más. Tenía que hablar con él para saber qué pasaba con las consultas de esa semana y en concreto, con la del viernes. Así pues, cogí el teléfono móvil y abrí la aplicación de correo electrónico. A continuación, busqué en la agenda la dirección del psicólogo y le escribí de forma breve.

*De: Jana Peñalver*

*Para: Martín Saavedra*

*Asunto: Consulta Viernes.*

*Buenos días, Martín. Te escribo porque Héctor, como ya te habrán comentado, no ha podido asistir al colegio durante toda la semana. Por ello, me gustaría saber cuáles son las indicaciones en cuanto a lo que a la reunión de mañana se refiere.*

*Muchas gracias.*

*Jana.*

La respuesta no tardó en llegar más que un par de minutos y el teléfono emitió un leve pitido que indicaba que había un nuevo mensaje en la bandeja de entrada esperando a ser leído.

*De: Martín Saavedra*

*Para: Jana Peñalver*

*Asunto: RE: Consulta viernes.*

*Buenos días.*

*La espero mañana a las 10:30 horas sin falta en mi despacho. No es necesaria la presencia de Héctor. Aprovecharemos para tratar otros temas que resultan igualmente importantes para el caso.*

*Saludos,*

*Martín Saavedra Gálvez*

*Gabinete especializado en psicología infantil.*

Me quedé atónita frente a la pantalla. La frialdad con la que había sido escrita aquella respuesta era incluso palpable desde el sillón en el que estaba sentada.

Maldito seas, estúpido psicólogo.

El resto del día lo pasé de mal humor, alternando diferentes encargos en la tienda. Era incapaz de concentrarme en nada mientras continuaba pensando minuto tras minuto en qué narices consistiría la visita del día siguiente. Al fin, cuando llegó la hora de meterme en la cama, decidí perderme entre las páginas de alguna novela o comedia, cualquier cosa que me invitara a desaparecer en otra realidad y así poder olvidarme durante un rato de lo furiosa que podía llegar a ponerme el dichoso subdirector.

Llegué al despacho un par de minutos antes de la hora convenida. Oí voces que procedían de su interior y preferí esperar y no interrumpir la conversación. De pronto, unas risas fueron distinguibles desde fuera y yo, incapaz de soportar la curiosidad que me causaba el origen de ese buen ambiente, me acerqué un poco más y me coloqué de forma que pudiera escuchar lo que estaba sucediendo dentro.

—No me puedo creer que hicieras eso —dijo la masculina voz de Martín entre risas—. Eres de lo que no hay.

—Sí, sí. Pues espérate que esto no acaba aquí... —contestó esta vez una voz dulce y femenina.

En ese momento, el bolso que llevaba colgado del hombro se me resbaló y tocó sin querer la puerta del despacho. Segundos más tarde, aunque esperaba que no lo hubieran oído, escuché la voz de Martín dirigiéndose a la chica de nuevo.

—Son las diez y media, me están esperando para una cita. Ya me contarás el resto en otro momento. ¿Te parece?

—De acuerdo. Nos vemos el lunes —dijo la voz femenina, esta vez más bajito.

—Claro. *Ciao*.

Me aparté de la puerta al escuchar unos pasos acelerados que se acercaban hacia mí. Así pues, me apoyé en la pared tratando de disimular haciendo ver que no había escuchado nada mientras fingía teclear algo interesante en mi teléfono móvil. Sin embargo, no pude evitar que mi cara reflejara cierta sorpresa al descubrir quién era la chica que salía justo en ese momento por la puerta del despacho.

—Buenos días, Jana. ¿Cómo se encuentra Héctor?

—Hola, Lucía —contesté intentando aparentar normalidad—. Bien, bastante mejor. Gracias.

—Me alegro. Espero poder tenerlo de vuelta el lunes, entonces. Nos vemos.

—Espero que sí... Adiós, Lucía.

Después de una cordial sonrisa, la tutora de Héctor desapareció por el pasillo que conducía hacia el ascensor y yo, después de oír la voz de Martín indicándome que ya podía pasar, entré al despacho y cerré la puerta a mis espaldas.

## CAPÍTULO 19

—Buenos días, señorita Peñalver —dijo sorprendiéndome con el uso de ese trato tan frío y distante después de lo que había sucedido entre nosotros tan solo una semana atrás.

—Buenos días, Martín —contesté entonces, buscando de ese modo recortar de nuevo la distancia.

—Siéntese y póngase cómoda. Hoy hablaremos un rato sobre algunos aspectos de su vida personal que pueden ser relevantes para el desarrollo de Héctor.

—De mi... ¿De mi vida personal?

—Eso mismo he dicho —contestó, tan arrogante como siempre, mientras evitaba mirarme directamente a los ojos.

—No sé qué puede ser eso tan importante de mi vida que pueda afectar en la capacidad lingüística de Héctor.

—En todo caso, eso tendré que decidirlo yo —dijo haciendo una significativa pausa antes de continuar—. O acaso, ¿prefiere que intercambiamos los papeles y así pueda hacer usted las preguntas?

—Pues no estaría nada mal. Así podrías contarme de una maldita vez por qué eres tan gilipollas. ¿Se puede saber qué narices te pasa? —estallé sin más, cogiéndole totalmente desprevenido con mi reacción.

Martín levantó la cabeza y me lanzó una mirada furibunda, tan fría como el hielo, mientras permanecía inmóvil en esa misma posición durante unos interminables segundos.

—¿Cómo has dicho? —dijo de nuevo, tuteándome por primera vez en el interior de aquel despacho.

Esta vez fui yo quien le sostuvo la mirada sin apartarla en ningún momento. La tensión podía cortarse con un cuchillo y no estaba dispuesta a dar mi brazo a torcer ante aquel tipo que intentaba impresionarme con su altanería.

—Te he dicho que empiezas a tenerme un poco hasta las narices con tus salidas de tono. ¿Ahora me has entendido mejor?

—Me parece que no has comprendido todavía las reglas del juego...

Me levanté del asiento y Martín hizo exactamente lo mismo. Nos hallábamos cara a cara, retándonos con la mirada en una lucha de egos que difícilmente acabaría con algo en claro. Tan solo nos separaba su escritorio, pero parecía que entre nosotros no pudiera pasar ni el aire.

—El problema es que tú crees que esto es un juego, pero yo no soy la ficha de nadie.

Dicho esto, di la vuelta y cogí el bolso que había colgado del respaldo de la silla, justo antes de comenzar a caminar hacia la puerta del despacho con dignidad. Oí a mis espaldas que Martín también se movía, pero no hice el menor intento para girarme y ver qué era lo que estaba haciendo. Sin embargo, me vi obligada a detenerme cuando la fuerte mano del joven me agarró por el brazo, haciéndome girar, quedándonos así de nuevo el uno frente al otro.

—¿Es que no se te puede decir nada sin que saltes a la defensiva? —dijo él a escasos centímetros de mi rostro.

—¿Y tú no puedes dejar de ser tan jodidamente petulante? —contesté esta vez, sin poder evitar ser tan directa con él.

Lo que vino a continuación sucedió demasiado deprisa como para que lo pudiéramos haber esperado ninguno de los dos. Martín puso su mano en mi nuca y se acercó a mi rostro salvando los pocos milímetros que todavía nos separaban. Me besó con pasión, con deseo, casi con fuerza. Sorprendida por ese movimiento atrevido, me dejé hacer del mismo modo en que me había dejado el fin de semana, permitiendo el acceso del joven a mis labios y respondiendo a aquel beso con el que no había dejado de soñar, aunque me esforzara en evitar que así fuera. Sin dejar de besarle, llevé las manos a su cintura, por debajo de la americana, acariciando la suave tela de aquella camisa blanca, totalmente planchada e impoluta, para variar. Seguí con suavidad cada uno de los músculos de su espalda, trabajada sin lugar a dudas con muchas horas de gimnasio —¿los psicólogos también iban al gimnasio?— y aquel beso subió la intensidad.

Martín, que tenía una mano enredada en mi pelo, dejó caer mi bolso al suelo y puso la otra en mi espalda, bajándola con cuidado y produciéndome a su paso una fuerte sacudida en el estómago. Cuando ya no podía bajarla más, me sujetó con fuerza y me levantó a horcajadas, caminando conmigo colgada de su cintura hasta el escritorio, donde me sentó con cuidado. Loca de deseo por lo que estaba sucediendo y ajena a cualquier consecuencia que pudiera venir después de aquello, sentía el corazón palpitando a un ritmo trepidante, lo que empezaba a causar estragos de nuevo en mi respiración. Martín se colocó frente a mí, de pie, habiendo quedado ahora su cuerpo entre mis piernas. Nuestros rostros, el uno frente al otro, se miraban anhelantes, pidiendo más sin pronunciar ninguna palabra, pues aquellos besos hablaban por sí mismos sin necesidad de explicaciones aparte.

Nos hallábamos tan ausentes de todo cuanto nos rodeaba que ni siquiera oímos que alguien llamaba a la puerta. Sin embargo, tras unos segundos de espera, esta se abrió y una joven entró sin poder imaginar lo que estaba sucediendo ahí dentro.

Ambos escuchamos el grito de sorpresa de la chica que, avergonzada por lo que acababa de interrumpir, se apresuró a dar media vuelta para salir cuanto antes del despacho del subdirector mientras se tapaba el rostro con un portafolios que llevaba en las manos.

—Elsa, ¡espera! —dijo Martín en un intento fallido de aparentar normalidad—. ¡Mierda!

—¡Joder, Martín! —exclamé.

Bajé de un salto de la mesa y me pasé ambas manos por el pelo, tratando de recomponerme y que pareciera que ahí no hubiera pasado nada.

—¿Quién es? —quise saber mientras le miraba con un gesto acusatorio—. ¿Por qué narices ha entrado sin llamar?

—Es Elsa, la coordinadora de educación infantil. Siempre llama antes de entrar, pero no debo de haberla escuchado.

—Y entra así, ¿como Pedro por su casa? —contesté aún alterada.

—A ver, calmémonos, por favor. Déjame que arregle esto, confía en mí.

Observé como Martín se dirigía hacia la puerta de nuevo. Por mucho que lo intentara, no podía quitarle el ojo de encima. Su espalda me tenía embelesada, su constitución fuerte y robusta invitaba a perderse en ella y el traje que llevaba puesto, entallado a la perfección, no hacía más que incrementar mis ganas de volver a saltar sobre él.

Intenté acercarme con disimulo con la intención de escuchar qué era lo que estaba sucediendo allí fuera entre Martín y la otra chica a la que no había visto jamás.

—Lo siento, Martín, de verdad. Pensé que estarías distraído con el ordenador como siempre. No pretendía meterme donde no me llaman... —susurró la joven con un ligero tono de vergüenza en la voz.

—Solo te pido que guardes discreción. Sabes que esto no me había pasado nunca y te juro que no volverá a suceder... —dijo esta vez un suplicante Martín.

Tragué costosamente e intenté asimilar lo que esas palabras podían significar. No volverá a suceder... me repetí mentalmente.

—Martín, de verdad que no tienes que darme explicaciones...

—Pero quiero dártelas. Ha sido un error, Elsa, y yo mismo me avergüenzo de ello. Por favor, te juro que no volverá a suceder. ¿Puedo confiar en que me guardarás el secreto? Esto podría costarme el puesto...

No me hizo falta mirar a través de la puerta para saber que en ese momento, Martín estaba haciendo uso de sus dotes masculinas y ponía ojitos de cordero degollado para ganarse el silencio de su compañera y subordinada.

Tan solo ha sido un error... Volví a mortificarme para mis adentros.

—Gracias, Elsa, estoy en deuda contigo —dijo una vez más.

—No te preocupes, somos humanos. Estas cosas pasan. Hablamos luego, ¿de acuerdo?

—Te aviso en cuanto tenga un momento y nos reunimos. Gracias, de verdad.

Me aparté de la puerta al oír el movimiento y los pasos de los otros dos. A los pocos segundos, Martín entró de nuevo al despacho con cara de estar pasando un verdadero calvario. Se pasó una mano por el pelo y con la otra se aflojó el nudo de la corbata antes de dirigir la vista hacia mí.

—Jana, necesito que te vayas de aquí. Hemos terminado por hoy.

—Pero... —intenté rechistar de entrada ante su petición. Sin embargo, entendí que se encontraba en un momento complicado y preferí no generar más problemas, al menos por el momento.

—Nos vemos el próximo viernes.

Y así, sin decir nada más, cogí de nuevo el bolso, lo colgué de mi hombro y anduve hacia la puerta del despacho, a través de la cual desaparecí.

## CAPÍTULO 20

*Fue ese mismo año en que ambos terminaron los estudios, cuando el joven se presentó una noche en casa de su amada princesa, aun a sabiendas de que ella no estaría presente, pues se encontraba de viaje durante unos días.*

*La sorpresa se instaló en el rostro de sus padres, quienes le invitaron a entrar con cortesía, dispuestos a escuchar lo que aquel chico había acudido a contarles.*

*Entre lágrimas de felicidad, el padre de la princesa aceptó la petición del caballero, que pedía en matrimonio la mano de su amada princesa.*

*Los tres se abrazaron felices e ilusionados, dando por iniciada aquella nueva relación que, a partir de aquel día, les convertiría en una nueva familia.*

*Como era de esperar, días más tarde llegó el momento en el que la princesa regresara de su viaje y el caballero tenía que recibirla de la forma más especial que ningún hombre lo hubiera hecho jamás.*

Esa misma noche me encontraba tumbada en el sofá viendo tranquilamente una película. A pesar de que intentaba distraerme con la historia de aquellos protagonistas que ni siquiera me habían hecho una pizca de gracia, no podía sacarme de la cabeza lo que había sucedido horas atrás en el despacho. El recuerdo era demasiado reciente, palpable todavía por todos mis sentidos, y la imagen —y su aroma— parecían haberse grabado en mi piel.

Los besos de Martín me habían sabido a gloria. Su perfume —delicioso, dulce y varonil—, se había quedado impregnado en mi ropa y a pesar de que habían pasado ya muchas horas, aún no había logrado desprenderme de ese aroma tan intenso y embriagador. Cada vez que recordaba su mirada, de una forma tan nítida que parecía que aún le tuviera delante, un escalofrío recorría todo mi cuerpo, me sacudía con fuerza y se adueñaba del control de mis emociones. En ese momento, los protagonistas de la película comenzaron a besarse con un deseo y una pasión irrefrenables y yo, con los sentidos alterados por el cúmulo de todo lo vivido, sentí un cosquilleo en el estómago que se intensificó de forma descontrolada.

Me levanté con avidez del sofá y apagué el televisor con el mando a distancia. A continuación, me recogí el pelo en una coleta y me dirigí al cuarto de baño donde me refugié bajo el chorro de agua fría de la pica, en la que me lavé la cara y me refresqué la nuca tratando de calmar mi respiración. Sin conseguir frenar el sofoco que me había poseído, cerré el grifo y anduve veloz hasta mi dormitorio. Héctor se había quedado esta vez en casa de sus abuelos paternos, por lo que ese fin de semana volvía a estar sola.

Cuando llegué al dormitorio, me tumbé sobre la cama y encendí el ordenador portátil. Sin pensarlo dos veces, navegué a gran velocidad hasta la página de contactos y abrí mi perfil. La respuesta no tardó en llegar. Una vez mi icono señaló la lucecita verde que indicaba que me encontraba en modo conectado, se abrió una ventana emergente de chat con un interlocutor que ya no me resultaba tan desconocido.

—Hola, *florezilla* —escribió el otro.

—Hola, *Cascanueces*.

—Veo que volvemos a encontrarnos.

—¿Es que siempre estás conectado? —continué sin saber por qué hacía esa pregunta tan estúpida.

—¿Acaso no te has conectado tú para lo mismo? —contestó él con certeza.

—Supongo que sí.

—Pues, en ese caso estamos igual.

Continuaba acalorada y no tenía ningún interés en mantener una conversación con aquel tipo por el que no albergaba sentimiento alguno. Me dejé llevar por mis instintos más primarios y conduje la conversación en la única dirección que había buscado al encender el portátil.

—Enciende tu webcam —le ordené sin más preámbulos.

—Vaya, veo que hoy vamos fuertes. ¿Un mal día?

—Eso a ti no te incumbe. ¿Quieres jugar, o no? —contesté con cierto tono agrio.

—Un segundo —añadió él como única respuesta.

Al instante, una nueva pantalla emergió y pude observar el torso de aquel chico al que ya había visto en alguna otra ocasión. Se encontraba ya sin camiseta y, a pesar de que no era un cuerpo fibroso y trabajado, dejaba ver que se trataba de un hombre fuerte y corpulento.

—¿No vas a deleitarme con tus vistas? —añadió juguetón.

Me lo pensé durante un par de minutos. Hasta ahora había jugado siendo yo la única que observaba, sin embargo, Martín había conseguido alterarme de un modo abrumador hasta conseguir dejarme traspuesta y con ganas de saciar aquel voraz apetito que se había apoderado de mí.

—Ok —añadí como única respuesta.

Saqué la pegatina que la protegía y encendí por primera vez la webcam, dejándome llevar por la locura a la que el deseo por el psicólogo me había llevado.

Estaba nerviosa por cómo iba a ser el encuentro. Jamás había hecho nada parecido y, a pesar de encontrarme a cierta distancia y poder parar en cualquier momento, quise continuar experimentando con aquella especie de juego sexual cibernético. Después de unos minutos, accedí a quitarme la camiseta, sin dejar que el otro pudiera ver mi rostro en ningún momento. Así pues, me quedé en ropa interior delante de la pantalla, esperando a dar más pasos conforme mi cuerpo me lo pidiera.

Justo cuando me había quitado el sujetador —hecho que me hizo sentirme increíblemente liberada y sexy al descubrir que la reacción del hombre de la pantalla no tardó en hacerse notable— me pareció escuchar un ruido en el salón. Resté inmóvil durante un momento tratando de descubrir si aquello había sido producto de mi imaginación o no. Pero entonces, lo volví a escuchar. Era el timbre de mi casa, ni más ni menos, justo el que indicaba que había alguien esperando en el portal. Aparté el portátil de la cama y lo dejé sobre la mesilla de noche un momento. Me puse rápidamente una camiseta ancha por encima y corrí hacia la puerta mientras maldecía a Minerva y su maldita manía de escoger mal el momento de aparecer por sorpresa.

—¿Quién es? —dije a través del telefonillo en un tono no muy amigable.

—Vaya, veo que llego en mal momento... —dijo una voz conocida.

Tardé unos instantes en reaccionar. La había escuchado en numerosas ocasiones durante las últimas semanas pero bajo ningún concepto la ubicaba en la puerta

de mi casa.

—Martín... ¿Eres tú? —dije con la voz entrecortada mientras sentía cómo volvía a acelerarse el ritmo de mi corazón.

—¿Puedo pasar? —contestó el psicólogo.

—¿Cómo has...? —volví a preguntar mientras maldecía el aspecto que tenía—. ¿Qué haces aquí?

—¿Puedo, o no?

Pensé durante unos breves segundos qué debía de hacer a continuación y dejándome llevar por un impulso, pulsé el botón que abría la puerta y colgué el telefonillo de nuevo. En ese mismo momento entré en pánico. Estaba semidesnuda, despeinada y para colmo, me había desmaquillado hacía ya un par de horas. Calculé que Martín tardaría como mucho un minuto más en llamar a la puerta de mi casa y sentí que el estómago me daba un vuelco.

¿Qué narices era lo que acababa de hacer?

Entonces, el timbre sonó. Me pasé una mano por el pelo y solté la coleta que me había hecho un rato atrás, dejando la melena suelta y revolviéndola con gracia para que cogiera un poco de elegancia y volumen. Me miré un instante en el espejo de la entrada y respiré un par de veces antes de abrir la puerta de mi casa.



## CAPÍTULO 21

—¿Qué haces aquí, Martín? —dije nada más abrir, pretendiendo con ello aparentar una serenidad que no poseía.

—Creo que tenemos algo pendiente... —contestó al tiempo que ponía una mano sobre la puerta mientras sostenía con la otra un casco de moto.

—Y yo creo que lo mejor es que te vayas por donde has venido —le espeté con cierto tono de reproche en la voz, aunque maravillada por haber sido capaz de no ceder a la primera.

—No pienso irme hasta terminar aquello que me ha traído hasta aquí. Así que tienes dos opciones: me dejas pasar, entro como una persona civilizada y solucionamos esto o...

—¿O qué? —le corté tajante.

—O no me dejarás otra opción que hacerlo a las malas —dijo él con solemne seriedad, aunque con una insinuante sonrisa en los labios.

—Te he dicho que te vayas a la mierda, Martín —contesté mientras comenzaba a cerrar la puerta para evitar que pudiera pasar.

—Y yo te he dicho que tenemos algo pendiente.

Y así, sin más, dio un paso al frente y me besó. Un beso robado que no esperaba pero que, pasadas las décimas de segundo que duró mi sorpresa, acepté y recibí como si aquella fuera la única cosa que hubiera estado esperando durante toda la noche. Dio un paso más y cuando ya se encontraba totalmente dentro del apartamento, cerró la puerta con el pie sin dejar de besarme ni un solo instante. Envueltos en el deseo que nos poseía, el joven tiró el casco al suelo junto con las llaves de la moto y me cogió en volandas, enrollando mis piernas alrededor de su cintura. A ciegas, me dejé guiar por el apartamento hasta la única habitación en la que había una pequeña lucecita encendida: mi dormitorio.

Cuando llegamos allí, me dejó caer con cuidado sobre la cama y se tumbó sobre mí. Nuestros cuerpos quedaron pegados el uno junto al otro y su respiración acelerada ya era lo único que yo podía escuchar. Sentía una oleada de calor invadiendo todo mi cuerpo y no era capaz de procesar la inmensidad de lo que estaba sucediendo en ese momento y menos aún de preguntarme cómo Martín había llegado hasta mi casa.

Comenzó subiéndome la camiseta y enloqueció de placer cuando, al meter la mano por debajo de la misma, se dio cuenta de que no llevaba ninguna prenda más que pudiera entorpecer su contacto con mi piel. Sus besos comenzaron a recorrer mi cuello, se deslizó a través de mi cuerpo con una estratégica lentitud y a ritmo pausado, fue rozando con sus labios cada poro de mi piel. Sentía que me iba a estallar el pecho por el cúmulo de sensaciones que estaba experimentando, pero me dejé hacer... Tal y como lo había hecho cada vez que Martín se había abalanzado sobre mí con aquella lujuria instalada en su mirada. Deseaba a aquel hombre como si fuera lo último que pudiera hacer en la vida y lo deseaba de una forma irracional, primitiva y muy fuera del alcance de cualquiera.

Martín se puso en pie con un movimiento ágil y con rapidez, se desabrochó la corbata, la tiró al suelo y a continuación, hizo exactamente lo mismo con la camisa. Le observaba sin perder detalle de cada uno de sus movimientos. El pantalón del traje le quedaba entallado a la perfección y hacía de aquella imagen una verdadera delicia. Su pecho al desnudo era aún mejor que como lo recordaba. Estaba cubierto por una fina y suave capa de vello que le daba un toque muy varonil, y sus abdominales dejaban claro que era un hombre que se cuidaba y hacía deporte de forma habitual, tal y como pensé en la anterior ocasión. Continué alzando la mirada hasta encontrarme de nuevo con aquellos ojos fríos y calculadores, capaces de sacar de mi interior a la tigresa que llevaba dentro y que hacía mucho tiempo que permanecía dormida, aguardando su momento.

Volvió a tumbarse sobre mí y mientras me besaba, sin separar sus labios ni un solo momento de los míos, fue quitándose lo que me quedaba de ropa, esparciéndola sin miramientos por el suelo del dormitorio, siendo aquello el preludio de una noche que no había hecho nada más que empezar.

Me hallaba totalmente desnuda bajo su cuerpo, a su plena y entera disposición. Mi pecho oscilaba arriba y abajo, al compás de aquella respiración agitada que solo el deseo más puro y ardiente podía provocar. No era asfixia. Simplemente, eran ganas de más. Ganas de que aquello no terminara, de sentir su cuerpo dentro del mío y unimos en uno solo. Eran ganas de sentir su esencia en mi interior a través de aquellas acometidas que estaba recibiendo.

Martín me miró a los ojos y volvió a penetrarme con fuerza y dulzura a la vez, algo difícil de conseguir pero que, por lo visto, él dominaba con una habilidad muy fuera de lo común. O tal vez, simplemente yo ya no recordaba lo que era sentir a un hombre dentro de mí. Percibí la suavidad de su miembro en mi interior, protegido previamente con un preservativo que él había sacado del bolsillo de la americana y dejé que mi cuerpo se acoplara al de aquel hombre que me poseía con fulgor, con deleite, con una pasión que me ardía por dentro y que no creía poder apagar.

Me abandoné por completo al cabo de pocos minutos y sentí que él también se liberaba en mi interior en un silencioso y gutural gruñido. A través de aquellos ojos entrecerrados, pude distinguir la expresión de Martín. Era intensa y demoledora... lo más morboso que hubiera tenido el placer de contemplar jamás. Podría volverme adicta a aquella imagen y no desear ver nada más en lo que me quedaba de vida, como si fuera una de aquellas drogas de última generación que arrasan con todo a su paso y te convierten en un adicto sin control. Estaba segura de que no podría llegar a cansarme de contemplar aquella expresión en el rostro de Martín, porque jamás había visto nada más sensual y erótico que aquello. Tenía los ojos cerrados y su barbilla quedaba ahora a la altura de mi rostro. Estiró el cuello cuando sintió que todo su ser se liberaba por completo en mi interior mientras continuaba poseyéndome, ahora ya con una lentitud magistral. Me deleité con el movimiento de su nuez, que subió y bajó muy lentamente cuando Martín tragó tras un último espasmo, demostrando que ya no podía más, justo antes de dejarse caer con mucho cuidado sobre mí.

Nuestros pechos sudorosos quedaron unidos, pasándose de uno al otro aquel hormigueo tan especial e íntimo que solo puedes sentir con algunas personas en la vida —y solo si tienes mucha suerte—. Hundió la cabeza en mi cuello y sentí que aspiraba el aroma que desprendía mi melena, empapándose de mí mientras nuestros cuerpos continuaban unidos, temblando y vaciándose por completo.

Habían pasado ya un par de horas y ambos yacíamos ahora tumbados en la cama, abrazados y sumidos en el placer y la calma que nos envolvía.

—¿Por qué has venido? —pregunté de nuevo, aprovechando que ahora estábamos los dos más calmados después de dos intensas sesiones más de cuerpo a cuerpo.

—Ya te he dicho que teníamos algo pendiente... Y no soporto dejar las cosas a medias.

—Ah... ¿Y cómo has descubierto dónde vivo?

—Parece mentira que me estés preguntando esto... Soy el subdirector del colegio de Héctor y además, le estoy tratando personalmente... En el archivo constan todos los datos de los alumnos, o lo que es lo mismo, tengo tanto tu dirección como tu teléfono ya que tú misma nos los facilitaste a principio de curso.

—Ya... Pero no con esta finalidad... —añadí con una sonrisa juguetona en los labios mientras volvía a besarle de nuevo.

—Cierto... Aunque no ha parecido molestarte mucho que haya sido de este modo.

Me tumbé sobre él y Martín, más juguetón de la cuenta, empezó una guerra de cosquillas que acabó llenándome el rostro de lágrimas por culpa de la risa. De pronto, el joven me sacó de encima suyo con delicadeza y me tumbó a su lado. A continuación, se giró y me dio la espalda con la intención de poner un pie en el suelo, pues necesitaba levantarse para ir al baño. Sin embargo, en ese momento vio algo que le llamó la atención y que, en cuestión de segundos, logró terminar con todo el buen humor que habíamos mantenido hasta ese instante.

—¿Qué es eso, Jana? —preguntó en un tono que me puso en guardia de forma automática.

—¿Qué es el qué? —contesté mirando distraída la hora en la pantalla del teléfono móvil.

—Ese tío que está en la pantalla. ¿Quién es?

Sentí el terror apoderándose de mí en ese mismo momento. No podía ser verdad... Aquello no me podía estar pasando. Me levanté de un salto, cogí el portátil y miré la pantalla, justo a tiempo para ver a ese tal *Cascanueces* haciendo honor metafórico a su nombre de usuario.

—Oh, joder... ¡Mierda! —farfullé esta vez en un tono mucho más elevado mientras apretaba teclas como una loca con la intención de cerrar aquella pantalla.

—Dime, por favor, que esto no es lo que parece...

—No... No es lo que parece... —añadí de forma entrecortada en un susurro mientras seguía tratando de desconectar todo aquello.

—¡Jana! —exclamó entonces poniéndose nervioso por momentos.

—¡¿Qué?! —grité todavía más alterada.

Martín respiró hondo y dio un par de vueltas a la habitación, intentando serenarse y así encontrar la manera de solucionar lo que intuía que estaba pasando.

—Dime que eso no es una página de contactos...

—Sí, sí que lo es... —contesté sintiendo que el rubor me teñía el rostro de un intenso color rojo carmín—. ¿Algún problema?

—¡No tendría ningún maldito problema si no hubiera visto a un tío en la pantalla descargando todo su amor propio a nuestra salud!

—¡Lo siento, maldita sea! No... ¡No quería que esto pasara! —exploté justo en el momento en que logré desconectar del todo el ordenador.

—¿Qué narices hacías con ese? —preguntó desde la otra punta de la habitación.

—¡¿Y a ti que te importa lo que yo haga o deje de hacer con mi vida?!

—Me importa desde el momento en el que te estás exponiendo a un mundo desconocido lleno de depravados y pervertidos, que lo único que quieren es ponerse cachondos mientras observan a jovencitas como tú.

—Repito, Martín —dije conteniendo la rabia y ahora en un tono mucho más grave—. ¿Y a ti qué más te da lo que yo haga en mi casa y con mi cuerpo? ¡Eres tú el que ha aparecido sin previo aviso!

—No cambies de tema. ¿Tú eres consciente del lío en el que nos has podido meter a los dos?

—Joder, Martín, ¡no me he dado ni cuenta! Ni siquiera recordaba que estuviera encendida... —señalé ahora suplicante, pues por difícil que pareciera, podía entender gran parte de su disgusto.

—Jana, por favor. Si nos han grabado, el vídeo puede acabar colgado en cualquier maldita página pornográfica. ¿Entiendes lo que eso significa?

—No... Eso no es posible...

—¿No? ¿Y por qué no?

Exploté en ese instante, asustada como una niña a la que dejan sola en una habitación oscura. Me senté al borde de la cama, con la mirada perdida en algún punto, y sequé con el dorso de la mano las lágrimas que caían sin control por mis mejillas.

—Mira, más te vale solucionar este entuerto en el que nos acabas de meter porque con mi currículum no puedo permitirme un desliz de este calibre. Trabajo con niños, ¡por el amor de Dios!

Asentí en absoluto silencio, rendida ante la evidencia de lo que él me estaba diciendo, y permanecí allí plantada incluso cuando Martín desapareció por la puerta, después de haberse vestido a toda prisa.

## CAPÍTULO 22

—¿Por qué acudes a este tipo de páginas?

—No lo sé... Minerva me inscribió en una y me pudo la curiosidad, supongo.

—Bueno, tampoco es tan grave, no deberías flagelarte por ello.

Aquel día gozábamos de una temperatura ideal en esa parte de la montaña. De hecho, yo llevaba poca ropa para estar en octubre, pues vestía únicamente una camiseta con manga de tres cuartos y a pesar de ello, en ningún momento sentí que pudiera necesitar algo más.

—¿Crees que Martín podrá perdonarme?

Sandra me miró con una expresión divertida en el rostro.

—Claro que lo hará. Los hombres suelen ser más temperamentales e impulsivos que nosotras, sobre todo con lo que les importa de verdad. Pero si siente algo por ti, no necesitará muchos más días para regresar a tu lado.

Aquellas palabras consiguieron hacer aflorar en mí un atisbo de sonrisa, que para nada pasó desapercibida para mi hermana. El leve rubor de mis mejillas dejaba claro que aquello me había hecho sentir mejor e incluso, me había llevado a pensar que todavía existía la esperanza de que pudiera darse alguna clase de reconciliación con Martín.

—¿Por qué crees que Minerva te inscribió en una página de esas?

En ese instante, un avión sobrevolaba el cielo y ambas lo seguimos con la mirada, perdidas en la majestuosidad de aquel objeto capaz de volar con tantas toneladas de peso.

—Es Minerva... En su cabeza solo hay lugar para sexo y testosterona. Cuanto más pura, mejor.

—Bueno, es normal. Tiene tu edad y ganas de disfrutar la vida. No veo nada malo en ello. De todos modos, eso no responde a mi pregunta.

Me llevé una mano hacia el pelo, seleccioné un mechón y jugueteé con él entre los dedos, dándole vueltas a aquella cuestión. Sin embargo, Sandra, conocedora como lo era de mi carácter, supo a la perfección que yo no quería responder a aquella pregunta de la que tan clara tenía la respuesta.

—Sabes que el hecho de tener un niño y el haber vivido tantas situaciones en los últimos años no significa que debas renunciar a tu vida de mujer, ¿verdad? ¿Cuántas veces tendré que repetírtelo?

—Ahora voy muy liada con la tienda... y Héctor me necesita más que nunca.

—Deja de poner excusas...

—¡No son excusas!

—Por favor, Jana, ¡solo tienes veinticinco años!

—¿Y qué? Tengo otras cosas de las que ocuparme.

—¡Tú también eres una de esas cosas de las que deberías ocuparte!

—¡Pues hábertelo pensado mejor antes de tomar aquella decisión! —Escupí aquellas palabras con una rabia que no supe ni de dónde provenía y que hasta el momento, había permanecido aguardando a la sombra durante muchos meses, camuflada bajo el deseo y la esperanza de que al final, todo acabara yendo a mejor—. ¡Convertiste mi vida en algo que yo no deseaba!

Me arrepentí de aquellas palabras tan pronto como las hube pronunciado. Sandra me observaba atónita, incapaz de creer lo que acababa de decirle. Sabía que quería responder algo al respecto y que hacía esfuerzos sobrehumanos por comprender a qué venía aquel arrebato de furia, pero también podía percibir sin problema la intensidad del dolor que sentía en ese momento. Intenté transmitirle a través de la mirada cuán arrepentida me sentía, implorándole el perdón por esas palabras que jamás debí pronunciar.

Estoy segura de que Sandra jamás pensó que llegaría un día en el que yo pudiera llevar tan mal su decisión o incluso peor, que pudiera arrepentirme de haberla aceptado. De hecho, estaba segura de que lo que nunca pensó fue el hecho de que yo, en algún momento, tuviera que saber ni siquiera de su existencia. Sin embargo, el destino así lo había querido y había sucedido de aquel modo y lo más importante de todo: ella había confiado en mí.

Sandra sabía que yo cumpliría con su voluntad sin oponer ninguna objeción al respecto, pero creo que jamás llegó a imaginar que aquello pudiera llegar a hacerme sentir de aquel modo, y mucho menos todavía, que algún día pudiera llegar a reprochárselo de la forma en la que acababa de hacerlo.

En ese instante, Sandra se puso en pie manteniendo el mismo silencio que había guardado hasta ahora y se encaminó con decisión hacia el sendero de tierra por el que habíamos venido.

—Sandra, ¡espera! ¡No te vayas!

Me levanté y traté de seguirla tras ver que hacía caso omiso de mis gritos, pero me llevaba algunos metros de ventaja. Bajé del depósito lo más rápido que pude y llegué a los arbustos que separaban aquel lugar del caminito de tierra. La busqué sin éxito con la mirada. El camino era largo y era imposible que hubiera desaparecido por él tan deprisa... Simplemente, ya no estaba.

Me había vuelto a dejar sola...

Lo había hecho una vez más.

Desperté agotada. A lo largo de la noche no había logrado conciliar el sueño de forma continuada ni siquiera durante una hora. Sentía que todas mis extremidades pesaban el triple de lo habitual y me estaba costando horrores dar el primer paso para salir de la cama. Sin embargo, tal y como sucedía en la gran mayoría de sábados, el timbre de casa sonó anunciando de ese peculiar modo que Minerva me esperaba con un par de bollos recién salidos del horno.

—Ya voy... —dije todavía desde la cama, aun sabiendo que nadie me podría oír.

A los pocos segundos, nos encontrábamos en silencio en la puerta de casa mientras Minerva me observaba igual que si de un fantasma se tratara, agudizando todos sus sentidos sin quitarme el ojo de encima.

—Jolines, tía... Cada día te pareces más a la reencarnación de alguno de los *Addams* —dijo al fin con cara de circunstancia, todavía desde el umbral de la puerta.

—Gracias, yo también te quiero. Pasa, anda, tengo hambre y necesito algo dulce —contesté invitándola a entrar con un ademán de la mano.

Cerré la puerta tras ella y la seguí hasta la mesa del comedor donde en apenas un par de minutos montamos nuestro campamento base particular a base de café, bollería y alguna que otra rebanada de pan.

—¿Me vas a contar ya qué es lo que te pasa? —preguntó cuando ya llevaba un par de minutos sentada frente a mí en actitud interrogativa.

—He metido la pata, *Ervs*... Y además, hasta el fondo —sentencié abatida.

—¿Qué has hecho esta vez? No puedes estar culpándote siempre por todo lo que sucede a tu alrededor —me consoló mientras se metía un trozo de napolitana de crema en la boca.

—Esta vez sí que es culpa mía. Verás, últimamente no he sido del todo sincera contigo... —comencé de nuevo sin saber muy bien cómo continuar.

—¿Y ahora qué pinto yo en todo esto?

—Pues... Ahora lo entenderás... —Hice una pausa significativa y di un nuevo trago al café antes de continuar—. ¿Te acuerdas de Martín? Pues bien...

—¿Os habéis acostado?!

—Martín y yo... En fin —traté de seguir con la explicación mientras suspiraba más fuerte de lo normal—. Martín y yo nos acostamos, efectivamente.

Minerva se detuvo al escuchar aquellas palabras. A continuación, cogió su taza de café y le dio un largo y silencioso sorbo a su contenido antes de contestar lo primero que le viniera a la cabeza acerca del bombazo que acababa de soltarle.

—Supongo que estás tratando de quedarte conmigo... ¿No?

—Te juro que no, *Ervs*. Ojalá fuera así...

—Me estás diciendo que el arrogante y estúpido hombre de hierro con el que tienes que verte cada viernes, aquel que afirmabas no soportar, es el tío con el que vas... ¿y te metes en la cama?

—Eso parece... —comenté sintiéndome la mujer más estúpida del planeta.

Minerva aguardó pensativa y en una fracción de segundo, su cara pasó de la más absoluta estupefacción a reflejar una alegría a la que yo no lograba dar crédito.

—¡Eso es genial! —exclamó de pronto, cogiéndome aquello totalmente por sorpresa.

—¿Pero, qué estás diciendo?!

—Pues lo que oyes —volvió a añadir con una sonrisa aún más grande en el rostro—. Si Martín es capaz de llevarte a la cama, significa que no es una persona tan fría como aparenta ser en la consulta. Ahí dentro solo está interpretando un papel, Jana, pero fuera de esas cuatro paredes es el tipo más encantador del mundo. Te lo digo de corazón, he hablado con él un par de veces por teléfono y es un cielo de chico. No entiendo a qué viene esa cara tan larga...

—Viene a que todavía no he terminado de contarte toda la historia... —añadí sin ningún tipo de entusiasmo en la voz.

—¡Ah! En ese caso, perdona. Sigue, anda, que me tienes muy intrigada.

Inspiré de nuevo y comencé a relatar toda la historia de lo sucedido, tanto en el despacho como en casa. Cuando estaba describiendo lo que había vivido en el interior de mi dormitorio —sin entrar en detalles, a pesar de que mi amiga imploró la descripción de algunos aspectos un tanto íntimos de la anatomía del psicólogo—, Minerva empezó a dar pequeños saltitos de alegría mientras cruzaba sus manos con fuerza, avanzándose así a los hechos que habían acontecido justo al final de la noche y que dieron por zanjada aquella velada improvisada de una forma funesta y amarga.

—Digas lo que digas, ¡sigue siendo fantástico! —volvió a interrumpirme—. Todo esto tan solo significa que entre vosotros existe muchísima tensión. ¡De aquella que solo ves en las películas!

—Minerva... calla. Todavía no he terminado.

—De acuerdo. Cuenta... —añadió con voz cansina.

Sin darle opción de volver a interrumpirme, le conté lo del ordenador, lo de la página de contactos y la desafortunada aparición del *Cascanueces* en plena acción, por si no hubiera habido ya suficiente.

—Vale, ahora sí que me estás tomando el pelo... ¿verdad?

—Joder, Minerva. ¿Acaso te parece que esté de broma? —estallé entonces, poniéndome en pie y alzando un poco más el tono de voz—. ¡¿Realmente crees que me estoy quedando contigo?!

—Vale, vale. Lo siento, cielo. A ver, siéntate. Encontraremos una solución a esto.

—¡No hay ninguna solución! Lo he estropeado todo y con esto solo he conseguido que Martín me odie aún más de lo que ya lo hacía. ¡Maldita sea!

—¡Eh, eh! Deja de maldecir ahora mismo —apuntó tratando de apaciguar el dolor que me poseía—. Punto número uno: un error puede cometerlo cualquiera así que tranquilízate, encontraremos una solución. Y punto número dos —continuó mirándome directamente a los ojos—: Martín no te odia, en absoluto. Todo lo contrario.

—Ya, claro. Y el cielo es de color rosa y tú y yo somos un par de nubecillas esponjosas cabalgadas por unicornios y duendecillos con sombrero. ¡¡Deja de decir bobadas!! —estallé una vez más sin poder evitar llevarme las manos a la cabeza.

—¡Pero bueno! Haz el favor de dejar de pensar como una víctima y pon los pies en la tierra de una vez por todas —farfulló en un tono más elevado que antes—. Martín está prendido de la chica del karaoke que, casualmente —añadió dando un énfasis especial a esta última palabra—, eres tú. ¿Se puede saber dónde está el problema? Le llamas, hablas con él, le pides perdón y dejáis de perder el tiempo discutiendo cuando lo que realmente os apetece es conoceros mejor. ¿Tan difícil os resulta? De verdad, sois imposibles los dos.

Era consciente de que continuaba boquiabierto observando a mi amiga desde que había pronunciado unas palabras en concreto, a partir de las cuales, había dejado de escuchar todo lo demás.

—¿Martín está enamorado de mí? —pregunté con un deje de indecisión en la voz.

—No —puntualizó con rotundidad—. He dicho que Martín está prendado de la chica del karaoke. Ahora solo tienes que convencerle de que aquella con la que sintió esa magia tan especial que él a duras penas recuerda, eres tú. Tiene una imagen mental gracias a lo que todos le hemos explicado y a ciertas lagunas que, por suerte, el alcohol te permite recordar a veces.

—¿Y tú cómo sabes eso? —pregunté a la defensiva.

—A ver, hija mía: ¿Quién fue la que os puso en contacto? —dijo mientras se señalaba a ella misma con el dedo índice.

—Y pretendes que me crea que te lo confesó así, sin más... ¿No?

—No. Cuando hablé con él del tema, quedamos en vernos en una cafetería y así poder conocernos un poquito mejor. La verdad es que por *WhatsApp* era todo un poco frío... No nos engañemos. Pues bien, llevábamos muy poquito rato charlando cuando nos dimos cuenta de que entre nosotros se había creado una conexión curiosa, poco común. Nos caímos muy bien desde el primer momento y al cabo de un rato me confesó que, a pesar de que no podía recordar a aquella chica, no pasaba ni un solo día en que no pensara en ella. Se acordaba de haber sentido una química especial y solo pensaba en el momento en el que pudiera volver a verla y sentir lo mismo junto a ella una vez más... Aunque fuera solo para descubrir si aquello había sido algo real o simplemente, fruto de su imaginación y su étlico estado. Me juró que era algo que jamás había sentido antes por nadie, pero que estaba seguro de que el alcohol había hecho gran parte del trabajo, pues creía realmente imposible poder conectar así con alguien de quien ni siquiera conocía el nombre.

Sentí un fuerte cosquilleo en mi interior al escuchar aquellas palabras en boca de mi amiga. No era posible que estuviéramos hablando de la misma persona.

—No te creo, *Ervs*. Eso que dices no tiene nada que ver con lo que está sucediendo entre nosotros dos. Martín no puede ni verme. Si realmente estuviera enamorado de mí, no me hablaría con esa soberbia que le caracteriza —afirmé abatida por mi propia deducción.

—Martín se ve obligado a mantener una distancia contigo debido a su profesión. Héctor es paciente suyo, ¿recuerdas?

—Eso no significa que deba ser tan insufrible conmigo, y lo sabes —sentenció categórica.

—Ya. Sin embargo, ayer le tenías como un loco en la puerta de tu casa esperando a pasar una noche salvaje contigo. Vamos, Jana, piensa con claridad, por favor. Lo único que le pasa es que no sabe gestionar todo lo que tú le haces sentir.

—Entonces, qué es lo que debería de hacer ahora, ¿eh?

—En primer lugar deberías darte una buena ducha, eso no te haría ningún daño —afirmó mientras observaba impertérrita las muecas de burla que yo le dedicaba—. En segundo lugar, coge el teléfono, le llamas, quedas con él, le pides perdón y aquí paz y después gloria.

Sonreí por primera vez en toda la mañana ante la expectativa de volver a pasar una noche junto a Martín. No sabría decir muy bien por qué tenía tantas ganas de estar con él después de todo. Quizá fuera por su cuerpo de escándalo o tal vez por la manera en que me había hecho vibrar la noche anterior. No obstante, lo que más me apetecía por encima de todo eso era conocer esa faceta de Martín de la que mi amiga acababa de hablarme. Él siempre se había mostrado en cierto modo hostil conmigo, por eso no era capaz de entender cómo una persona así podía haber conectado tan bien con Minerva y mucho menos, cómo había podido confesarle tales sentimientos de buenas a primeras.

Así pues, renovada con la inyección emocional proporcionada por mi amiga, me encerré en el cuarto de baño dispuesta a darme una ducha reconfortante, justo después de quedar en verno en otro momento y así ponernos al día de los posibles avances.

## CAPÍTULO 23

*Con la intención de sorprenderla, fue a su encuentro con el coche y la llevó hasta el mismo parque donde habían pasado casi todas las tardes de su feliz adolescencia. Le vendó los ojos y le hizo caminar a tientas por aquel prado, teñido de un otoñal aroma y paisaje.*

*Las hojas crujían a su paso y él sentía como el corazón de su amada latía desbocado.*

*Le hizo apoyarse contra el tronco del árbol que les había servido de cobijo durante infinitas horas y ella sintió a la perfección el temblor de sus manos.*

*En ese instante, el joven caballero hincó la rodilla en el suelo y cogió con todo su amor la mano de su amada, después de pedirle con cariño que se quitara la venda de los ojos.*

*La princesa, al verle allí plantado, vestido con el mejor de sus trajes y mirándole con aquellos ojos que solo desprendían pasión, escuchó feliz la declaración más bonita que un hombre pudiera haber escrito jamás.*

*Tan solo le interrumpió una única vez, y lo hizo para decirle que sí, que con todo el honor del mundo, aceptaría ser su esposa durante el resto de sus días.*

*Sellaron aquella promesa de amor verdadero cuando él deslizó por su dedo el maravilloso anillo del que nunca más se volvió a desprender, jurándose un amor eterno que ya nada podría destruir. Tan solo la muerte se encargaría, llegado el día, de poner fin a aquella historia que, a partir de aquel momento, les uniría para siempre.*



Pasé aquella semana de muy buen humor mientras que un único pensamiento se había apoderado de mi mente. El fin de semana anterior, después de que Minerva me confesara los sentimientos de Martín hacia la supuesta chica del Karaoke, me sentí feliz y capaz de poder afrontar aquella situación. Por eso mismo, quería estar radiante para la cita que teníamos esa mañana en su despacho, pues quizá —y con suerte— se repetía la misma escena de la sesión anterior. Fue por ello que decidí vestirme de forma elegante, aunque informal, pues tampoco quería dejar al descubierto de buenas a primeras todo lo que Martín me hacía sentir.

Llegué al despacho cinco minutos antes de la hora pactada. Me acerqué sigilosa —como empezaba a ser costumbre— y sacudí con elegancia la cabeza un par de veces para darle así un poco más de vuelo a la melena. Cuando fui a llamar a la puerta, sin embargo, escuché unas voces que provenían del interior, alegres y cordiales. Una oleada de celos se apoderó de mí por completo en ese momento al volver a imaginar a Lucía allí dentro cuchicheando con él, mientras quedaban en verse el próximo fin de semana. Sentí un fuerte cosquilleo en el estómago y sin pensarlo más, llamé a la puerta con la firme intención de dar carpetazo a aquella situación que tan furiosa me estaba poniendo.

—¡Adelante! —dijo la voz de Martín desde el interior.

Abrí con cuidado la puerta y casi tropecé con mis propios pies al descubrir quién era la otra persona que había allí dentro junto a él y Héctor.

—¿Mamá? —conseguí articular todavía desde la puerta— ¿Qué haces aquí?

—La he llamado yo —contestó Martín recuperando esa seriedad que le caracterizaba—. He creído conveniente que estuviera aquí la otra persona que también se encarga de la educación y el cuidado de Héctor.

—Mamá —dije esta vez en dirección a mi madre, que ahora estaba sentada justo a mi lado—. ¿Por qué no me has avisado de que venías?

—Porque así se lo he ordenado yo —contestó Martín de nuevo, adelantándose a la respuesta de la otra.

Le dediqué una mirada extraña que él sostuvo estoicamente, sin apartar la vista de mis ojos ni un solo instante. A continuación, volví a girar la cabeza hacia mi madre y me dirigí de nuevo a ella.

—¿Quién está en la tienda?

—Tu padre se ha quedado al mando. Es capaz de atender a los clientes sin ningún problema. Además, tan solo será un ratito, luego regresará al despacho.

Asentí con la cabeza y dirigí una mirada fugaz a Héctor que en ese momento, se hallaba sentado en un rincón construyendo un castillo de naipes infantiles. Me sorprendí de tal hecho y olvidándome por un momento de la rabia que me había poseído al entrar, me dirigí a los otros dos en busca de alguna respuesta lógica a la situación.

—¿Quién le ha enseñado a hacer eso? —quise saber.

—Él solo lo ha aprendido.

—¿Y tú cómo sabes eso? —ataqué a Martín, aunque sin separar la vista del pequeño.

—La cuestión no es esa, sino al contrario. ¿Por qué no lo sabías tú? —volvió a añadir el psicólogo.

—Pues porque no lo había hecho nunca hasta ahora o por lo menos, no delante de mí.

—¿Has probado de jugar con él con otras cosas que no sean sus juguetes habituales?

Permanecí pensativa durante unos instantes antes de contestar. Primero pensé en que la pregunta no iba dirigida con un exceso de mala fe sino que, por el contrario, parecía hecha únicamente para conocer lo que yo hacía con Héctor. A continuación, decidí dejar de pensar en el tono de Martín para centrarme en lo que acababa de pedirme, pues no recordaba haberle dejado al niño otras cosas que no fueran sus propios juguetes.

—No... Entiendo que un niño de tan solo tres años no debe perder el tiempo con cosas de mayores. De lo contrario, ¿para qué servirían los juguetes con edad recomendada?

—Esos juguetes están pensados para la inmensa mayoría de niños. Pero Héctor se aburre con ellos y en mi opinión, creo que necesita algo más. No se trata de perder el tiempo, sino de darle un uso distinto.

—¿Cómo puedes saber si él se aburre con ellos?

—Observándolo. Ésa es la única manera —afirmó con serenidad—. Fíjate ahora mismo. Está distraído encontrando la manera de alzar un castillo con las cartas que yo he dejado junto a dos juguetes que en teoría, están recomendados para su edad. Lleva conmigo una hora y todavía no se ha dignado ni a mirarlos.

—¿Y qué juguetes debería comprarle entonces? —quise saber, preocupada por el desarrollo del niño.

—Héctor necesita cosas que estimulen su mente. Quizá no sean únicamente juguetes lo que él deba tener, sino cosas que para su cerebro supongan un nuevo reto diario.

—Martín... —añadí en un tono algo más grave— ¿Estás intentando decirme que Héctor es superdotado?

—No. Por ahora no puedo confirmar nada, pero creo que Héctor posee lo que algunos psicólogos han venido denominando Altas Capacidades. No tiene nada que ver con ser superdotado, aunque mucha gente dé por hecho que así sea, obviamente de forma equivocada.

—¿Y qué significa eso? —pregunté sorprendida por lo que acababa de revelarme.

Mi madre continuaba en silencio, escuchando la conversación con gran interés y dejando que fuera yo la que llevara la voz cantante con el psicólogo.

—A ver, te lo explicaré de forma muy sencilla para que puedas hacerte una ligera idea de lo que es y en qué consiste a *grosso modo* —dijo Martín, entrelazando sus dos manos por encima del escritorio e inclinándose un poco sobre este, acercándose más a mí—. Los niños con Altas Capacidades son niños que responden a ciertos estímulos intelectuales de forma muy distinta a lo que correspondería a su edad. Son personas curiosas, inteligentes, independientes, con alta capacidad para la retención y procesamiento de la información. También pueden resultar algo asociales respecto a su entorno, aunque normalmente poseen un extenso vocabulario y una ligera capacitación verbal, pudiendo almacenar gran información sobre temas complejos. Son inquietos y altamente organizados y habitualmente, son muy reticentes a las relaciones humanas, pues les resulta complicado manejarse en sociedad.

—Ahora sí que no entiendo nada... —afirmé entonces, abatida tras aquella explicación.

—¿Qué es lo que no entiendes, Jana?

—No entiendo por qué motivo, si crees que Héctor posee Altas Capacidades como dices, no es capaz de pronunciar ninguna palabra.

Martín miró en ese momento a Héctor que, como hacía muchas veces, levantó los ojos justo a tiempo para cruzarse con los del psicólogo, aunque sin moverse del sitio ni levantar apenas la cabeza. Le sostuvo la mirada durante algunos segundos y después volvió a bajarla, centrándose de nuevo en mantener en pie el primer nivel de su castillo de naipes.

—Todo a su tiempo, Jana. No debes presionarle con ello ni obsesionarte tampoco. Además, todo lo que te he contado hoy no es más que una aproximación mía, lo que yo creo que sucede aquí, pero no algo definitivo. Todavía me falta mucho camino que recorrer con Héctor pero, para ello, necesito tu más absoluta dedicación al caso.

—Martín, te juro que estoy lo más atenta e involucrada que puedo.

—No te estoy culpando de nada ahora, Jana. Lo de la otra semana ya ha pasado y debe servirte de escarmiento. Héctor te necesita, a ti y a sus abuelos —dijo mirando a mi madre con amabilidad—. Así que, para esta semana, os pondré algo de deberes.

Ambas asentimos y escuchamos con atención sus recomendaciones.

—Durante estos días, tenéis que buscar la manera de distraerlo con otras cosas que no sean juguetes. Sea lo que sea. El viernes que viene nos volveremos a encontrar y me pondréis al día. Si estoy en lo cierto, podremos comenzar a encaminar estas sesiones de una forma mucho más focalizada.

—Así lo haremos entonces, Martín —se adelantó esta vez mi madre con una sonrisa en el rostro.

El joven se puso en pie y ambas le imitamos al momento. Martín estrechó primero la mano de mi madre, agradeciéndole su presencia con una sincera sonrisa. A continuación, cuando la mujer se giró para coger el bolso y dirigirse hacia la puerta, Martín me tendió la mano a mí, esperando a que yo se la estrechara también a modo de despedida. Miré primero su mano y lentamente, fui alzando la vista por su cuerpo hasta encontrarme de lleno con su mirada. Sus ojos desprendían deseo y un sinfín de imágenes de la última noche que pasamos juntos me invadieron por completo. Cuando por fin se la estreché, un escalofrío me recorrió entera y Martín fue testigo de ello. Sus ojos centelleaban expectantes, con un brillo inhóspito y peculiar. Ninguno de los dos despegó los labios, ni tampoco se atrevió a decir nada más. Nuestras miradas seguían clavadas en el otro y de pronto, el rostro de Martín se tornó ardiente y oscuro y me sentí incapaz de poder soportarlo más.

Martín tragó con dificultad, apretó los labios y me dio la sensación de que aguantaba algo que se moría por decirme —y que yo ansiaba escuchar— pero se mantuvo en silencio. Miró con disimulo hacia la puerta y vio que mi madre ya se encontraba en el pasillo, fuera de nuestro alcance. Así pues, se acercó un poco más a mí, lo suficiente como para hablarme al oído sin que Héctor pudiera escuchar lo que fuera que quisiera decirme.

—Espero que hayas podido solucionar lo del otro día. Llevo sin poder sacármelo de la cabeza desde entonces... Pero no veo el momento de volver a estar contigo. No dejo de pensar en ti, en tu mirada, en tu cuerpo tumbado sobre el mío...

Le miré a los ojos y vi algo en ellos totalmente diferente. No supe si era rabia, deseo, furia o anhelo. Pero de nuevo, aquella descarga eléctrica que él me provocaba en cada uno de nuestros encuentros volvió a cruzarme la espalda entera, erizando a su paso toda mi piel.

—Martín, lo siento mucho, de verdad. Nunca quise que aquello sucediera —dije también en un susurro apenas audible por nosotros dos.

—Héctor, sal a despedirte de tu abuela y regresa luego —dijo esta vez dirigiéndose al niño, aunque sin dejar de mirarme a los ojos.

El pequeño se levantó corriendo, como si hubiera sido impulsado por un muelle y salió al pasillo en busca de mi madre.

—No sé cómo narices puedes dejarte engatusar por páginas de ese tipo, de verdad —dijo de nuevo, pasándose ahora una mano por el pelo—. Por favor, Jana. Eres preciosa, tienes un cuerpo increíble y ese aspecto irresistible tan difícil de olvidar. No pareces ese tipo de chica a la que le gusta el sexo por internet, maldita sea.

—Tú no me conoces, Martín. No sabes nada sobre mí, ni tampoco sobre lo que me gusta —añadí consciente de que me estaban subiendo los colores y que nada iba a poder hacer al respecto.

—Pues déjame intentarlo. Pero apártate de ese mundo de depravación. Si necesitas una caricia, pídemela. Si necesitas lo que sea, dímelo. Pero aléjate de aquello cuanto antes.

Le miré con una expresión extraña en el rostro. Era la primera vez que le veía de aquella manera. Parecía triste e incluso afectado, y mi corazón no pudo más que dar un vuelco al pensar en la realidad que se escondía tras sus palabras.

## CAPÍTULO 24

Habían pasado ya tres semanas desde la última reunión con Martín; tres semanas en las que, por cierto, no había vuelto a haber ningún tipo de contacto entre nosotros. De hecho, él mismo fue quien había cancelado las dos citas anteriores, alegando que tenía otros asuntos de urgencia que debía atender con absoluta prioridad. Me desconcertó la excusa, pero tampoco quise preguntarle nada al respecto, por si acaso yo tenía algo que ver en su decisión.

Héctor, por su parte, a excepción de aquel viernes, había continuado acudiendo a las sesiones que tenía previstas con él. Sin embargo, eso a mí me servía de muy poco, puesto que el pequeño tampoco me explicaba nada de lo que sucedía en ellas.

Era sábado por la mañana, pero Minerva ya me había avisado de que no podría acercarse a desayunar con nosotros, pues tenía que viajar ese fin de semana por cuestiones de trabajo. Así pues, había decidido llevar a Héctor al Acuario y cuando le di la noticia al niño, se puso tan contento que poco le faltó para tirar al suelo el bol de leche, los cereales, los cubiertos e incluso, su propia cabeza.

Durante la mañana, salimos a la calle acompañados únicamente por el carro de la compra, ya que hacía unos días que no había podido ir al supermercado por culpa del trabajo y ahora me tocaba aprovechar cualquier momento que tenía libre para hacer todas aquellas cosas de casa que tanto detestaba. Algún día llegaría a ser rica y tendría a alguien que hiciera todo eso por mí. Además, pasaron unos días en los que tampoco me había encontrado muy bien, incluso había sentido náuseas y algún que otro vómito había conseguido paralizar mi ritmo diario.

Mi madre se había preocupado por mí en alguna de las ocasiones en las que palidecía por momentos en la tienda, pero lo achaqué a una gripe intestinal que debía de haberme contagiado en una de las constantes visitas al colegio —o mejor dicho, el infernal nido de bacterias y virus que era aquel lugar, como siempre decía Minerva—.

Cuando regresábamos a casa con el carro cargado hasta arriba de comida y productos de limpieza, algo importante me vino a la memoria al pasar por delante de un bazar chino, de aquellos tan típicos que había repartidos por todas las calles de la ciudad. En ese instante recordé las palabras de Martín respecto a los juguetes de Héctor y decidí entrar para comprobar qué sería lo que conseguiría llamar la atención del pequeño de entre toda la inmensidad de cosas que podía llegar a haber allí dentro. Le di libertad para buscar lo que quisiera y Héctor comenzó a caminar por todos los pasillos, mirando uno por uno los estantes, en busca de algo que ni siquiera él mismo sabía qué era. Mientras deambulaba sin prisa, le esperé al lado del mostrador sin perderle de vista, pues me sentía fatigada y ligeramente mareada —en ocasiones como esa me maldecía a mí misma por no pedir el envío de la compra al domicilio, obligándome con ello a cargar aquel carro infernal las tres manzanas que nos separaban del supermercado— seguramente por culpa del esfuerzo. Pasados unos interminables minutos de espera que se me hicieron eternos, Héctor apareció de nuevo cargando un xilófono de colores cuya edad recomendada era a partir de dos años. No me lo podía creer... Martín, el erudito de los psicólogos, no había dado pie con bola en su diagnóstico.

—¿Te gusta el xilófono, cielo? —pregunté con dulzura ante la iluminada mirada del pequeño.

Héctor movió la cabeza arriba y abajo con efusividad, agarrando con fuerza el instrumento entre sus brazos. Así pues, pagué el importe del juguete, agarré al pequeño por el brazo —pues tenía ambas manos ocupadas procurando que su nueva adquisición no cayera al suelo— y volvimos a encaminarnos hacia casa.

—¿Por qué has escogido esto? —pregunté, tratando de que él no percibiera mi sorpresa mientras cruzábamos la puerta que daba acceso al portal.

El niño alzó los hombros, dándome a entender que no sabía muy bien cuál era el motivo de su elección, simplemente había sido así. Llegamos por fin a casa pocos minutos después. Dejé el carro en la cocina y a continuación, comencé a sacar las cosas de dentro para después colocarlas una por una en su sitio. Sin embargo, cuando había metido únicamente los yogures en el frigorífico, una náusea aún más fuerte que las de los últimos días se apoderó de mí y me vi obligada a correr hacia el baño, donde no me dio ni siquiera tiempo de cerrar la puerta antes de devolver todo el desayuno en el retrete. Héctor, que se había asustado al verme correr de aquella forma por el pasillo, asomó la cabecita por la puerta justo a tiempo para encontrarme sentada frente al váter, agarrándome el pelo con una mano y con la otra haciendo presión en el estómago. Sin decir nada, cogió una toalla que había en el mueble del baño, se subió al taburete para llegar al grifo y la empapó con agua fría antes de entregármela, cosa que recibí de buen grado antes de llegar a sorprenderme incluso por la madurez que denotaba aquel gesto.

—Gracias, cariño. No te preocupes, estoy bien —le dije al percibir el reflejo del miedo en sus ojos.

Héctor se sentó en el suelo a mi lado, haciéndome compañía a la espera de que me recuperara un poco de aquella estúpida e inesperada molestia intestinal. Con sus diminutos dedos, me iba acariciando la pierna, la única parte a la que llegaba desde su posición, imitando así los mimos que normalmente yo le hacía cuando era él el que se ponía enfermo.

Le sonreí agradecida y le revolví la melena queriendo aparentar normalidad, a pesar de que no conseguía quitarme de encima esa sensación angustiada que se había apoderado de mi estómago. Al final, agotada por el esfuerzo, me dirigí hacia el salón y decidí tumbarme unos minutos en el sofá con tal de recuperar el aliento. Héctor me siguió hasta allí y se sentó en posición de indio sobre la alfombra, muy cerca de donde yo estaba, mientras seguramente deseaba con todas sus fuerzas —y en absoluto silencio— que me recuperara pronto y eso nos permitiera ir al Acuario juntos.

Abrí los ojos y tras echarle un vistazo al reloj de la tele, me di cuenta de que había pasado una hora desde que me había tumbado, lo que hizo que me levantara con un gran sobresalto. Me había despertado un leve tintineo y mi primer pensamiento fue para Héctor.

—¡Héctor! —grité sin haberme puesto ni siquiera de pie.

El pequeño apareció de detrás del sofá con el xilófono entre las manos y me miró con una expresión serena y temerosa a la vez.

—Cariño, lo siento mucho. Me he quedado dormida —dije besándole la cabeza repetidas veces—. ¿Estás bien? ¿Te ha pasado algo?

El niño negó con la cabeza y me sonrió, mostrando sus dientecillos de ratón. Sin embargo, en ese momento me sentí el ser más irresponsable de la tierra, pues me había permitido quedarme dormida sin poder evitarlo, dejando de aquel modo al niño desatendido. Tratando por todos los medios de evitar que Héctor se diera cuenta de las lágrimas que amenazaban por deslizarse a toda prisa por mis mejillas, corrí de nuevo al baño donde me encerré y lloré durante unos minutos en silencio. No era capaz de entender qué me estaba pasando y eso no hacía más que incrementar mi estado de frustración y ansiedad. ¿Cómo podía llegar a ser tan irresponsable? ¿Cómo no era capaz de controlarme a mí misma?

Me miré al espejo con detenimiento y afirmé ante mi entristecido reflejo que no podía volver a dejar que aquello sucediera. Me lavé la cara con agua fría y cuando me la hube secado bien, salí de nuevo al encuentro de Héctor. Una vez más, lo encontré en el salón sentado frente al televisor con toda la atención puesta en su xilófono. En ese momento, salía en pantalla un anuncio de detergente para la ropa y Héctor estaba reproduciendo la pegadiza —y simple— melodía en el infantil instrumento. No falló ni una sola tecla.

—¿Cómo lo has hecho? —pregunté desde la otra punta del salón.

El niño volvió a encogerse de hombros y me miró con un gesto dubitativo.

—Repítelo, vamos.

Sonrió, volvió a repetir la melodía que había escuchado en el anuncio y de nuevo, lo hizo a la perfección. Aplaudí embriagada por la emoción —a pesar de que fuera una de aquellas melodías que no debía de contar con más de cinco o seis notas— y corrí hacia el sofá para sentarme junto a él y volver a ponerle a prueba.

—Ahora inténtalo con otra canción.

Héctor esperó a que emitieran algún otro anuncio con una melodía que pudiera reproducir y el ganador fue uno de paté. Asombrada una vez más por la capacidad del niño, me tiré al suelo y le abracé con fuerza, feliz por lo que acababa de descubrir. Héctor se dejó hacer y aguantó los mimos sonriente, pues eso solo podía significar que había buenas noticias para esa tarde. Sin embargo, al igual que había sucedido un rato antes, las nauseas reaparecieron con fuerza y me vi obligada a correr hacia el baño antes de volver a echar lo poco que debía de quedarme en el estómago.

Cuando aparecí de nuevo unos minutos más tarde con cara de encontrarme seriamente afectada, Héctor decidió entonces darse por vencido. Aquel no iba a ser su día. Así pues, cuando volví a sentarme en el sofá, corrió hacia su dormitorio antes de regresar con un juego de mesa que le habían regalado sus abuelos aquella última semana.

En ese momento me sentí la mujer más culpable y miserable del mundo por no ser capaz de poder cumplir mi promesa y para recompensarle de algún modo, decidí llamar a la pizzería más cercana para que pudiera disfrutar al menos de una buena pizza —si como decían, a un hombre se le conquistaba por el estómago... aquella afición debía de empezar desde la más tierna infancia, ¿no?—.

A media tarde, nos hallábamos enfrascados en una nueva partida cuando el teléfono comenzó a sonar de forma estridente.

—¡Hola, *Ervs!* —dije al descolgar tras haber leído el nombre de mi amiga en la pantalla.

—Hola, cielo. ¿Cómo va por el Acuario? ¿Está disfrutando el enano?

—Pues al final no hemos podido ir...

—¿Y eso por qué? —quiso saber la otra, ahora extrañada.

—Pues porque llevo todo el día agotada y vomitando hasta mis primeras papillas... Debe de ser una pasa intestinal.

—¡Ja! ¡A ver si vas a estar embarazada! ¿Te imaginas? —añadió sonriente y en tono de burla.

Sin embargo, nada más oír esas palabras sentí un nudo en lo más profundo del estómago. El miedo se apoderó de mí y la posibilidad que acababa de plantear mi amiga se materializó de forma instintiva en mi cabeza, provocando que todo mi cuerpo se estremeciera y se contrajera convulso.

—¿Jana? —preguntó de nuevo sin obtener respuesta alguna por mi parte—. Jana, ¿estás ahí?

—¿Qué día es hoy? —añadí como única respuesta.

—Sábado.

—No, joder. ¿Qué número?

—Veintiocho. ¿A qué viene todo esto? Era solo una broma...

—Oh, no... Mierda, mierda... ¡Mierda! —farfullé alzando esta vez más la voz.

Héctor se giró extrañado al escuchar aquella verborrea de groserías, tratando de descubrir qué había sucedido para que estuviera armando tanto alboroto.

—Tengo que dejarte, hablamos en otro momento —dije al fin, justo antes de colgar el teléfono.

Miré de nuevo a Héctor, que continuaba sentado en el suelo contemplándome con cierta curiosidad.

—Quédate aquí un momento —le ordené señalándole con el dedo ante la cara de sorpresa que todavía mantenía.

Corrí hacia el baño por cuarta o quinta vez en apenas unas horas y me encerré en el interior.

A ver, Jana, usaste preservativo... No puedes estar embarazada. Sin embargo, algo me decía que aquello no era del todo cierto. Saqué el teléfono móvil del bolsillo trasero del tejano y busqué en él la aplicación en la que tenía registrado todo mi calendario menstrual. Deslicé el dedo por la pantalla con cuidado y busqué el mes anterior: Septiembre. Ojeé rápidamente la pantalla en cuanto esta se abrió y mi mundo se vino abajo al momento.

—Esto no me puede estar pasando a mí... —susurré apenas sin voz y con la mirada totalmente desenfocada.

## CAPÍTULO 25

Pasé el resto de la tarde junto a Héctor, aunque mi cabeza se había perdido en otro lugar que nada tenía que ver con lo que sucedía en el salón desde hacía un buen rato. La posibilidad de estar embarazada era mínima, casi inexistente, pero factible. No había tenido muy presente el retraso de una semana —de hecho, no me había dado ni cuenta—, pues llevaba tres años sin acostarme con un chico por lo que, hasta el momento, me había sido relativamente indiferente que mi menstruación no llegara del todo puntual.

Sin embargo, ahora estaba aterrada ante la posibilidad de que no se tratara de un simple retraso y nada más. No me atrevía a contárselo a nadie, pues estaba segura de que incluso Minerva pondría el grito en el cielo tan pronto como se lo dijera, aunque luego me ayudara sin dudarlo ni un segundo. Pensé en Martín y mi miedo se intensificó al instante. Sentí una fuerte sacudida al tratar de imaginar qué sucedería si se me ocurría decirle que estaba embarazada y la convulsión que sentí en lo más profundo del abdomen confirmó mis sospechas... no podía salir nada bueno de ahí.

Después de darle vueltas al tema durante un par de horas, me tumbé de cualquier forma en el sofá, agotada e incapaz de pensar en nada más que no fuera la posibilidad de estar embarazada. Héctor se había quedado dormido en el otro extremo del mismo, con aquel pijama de las tortugas ninja que tanto le gustaba y con las zapatillas en forma de garras de dinosaurio puestas. Sin duda, aquel era el momento más idóneo para hacer lo que me estaba pasando por la mente. Así pues, decidí no darle más vueltas y sacarme de encima cuanto antes aquella duda que me mortificaba y que estaba segura de que no me iba a permitir pegar ojo en toda la noche.

Cogí al pequeño en brazos y le puse la chaqueta por encima, sin que este se despertara en ningún momento. Con el tiempo había desarrollado una habilidad natural para hacer cualquier cosa sin cortarle el sueño. Cogí las llaves del coche y anduve hasta el parking que estaba situado en la acera de enfrente. Entré con el niño todavía en brazos —que empezaba a pesarme una barbaridad— y llegué al coche justo cuando notaba que mis brazos iban a desfallecer bajo el peso muerto del pequeño. Lo coloqué con cuidado en su sillita y le abroché el cinturón sin que se inmutara. Acostumbraba a dormir con profundidad, tanto, que podría caer un rayo a su lado que estaba segura de que Héctor ni se enteraría.

Circulé por la ciudad durante algunos minutos hasta estar segura de haberme alejado lo suficiente del barrio en el que vivía. Atravesé con tranquilidad las calles en busca de alguna farmacia que todavía estuviera abierta, o a la que esa noche le tocara el turno de guardia. Al final, pasados unos diez minutos más, di por fin con una, situada en una de las calles más céntricas.

Detuve el vehículo en el vado que había justo enfrente y bajé del coche después de respirar profundo unas cuantas veces. Ensayé lo que iba a decirle a la farmacéutica y cuando lo tuve claro, cerré el coche con cuidado y recorrí los escasos cuatro metros que me separaban de la ventanilla de la farmacia.

No obstante, lejos de encontrarme con una farmacéutica mujer —lo que me habría facilitado mucho más las cosas— mi sorpresa vino cuando fue un chico joven el que salió a atenderme.

—Buenas noches, señorita. ¿En qué puedo ayudarle?

—Buenas noches... —dije sin apenas fuerza para despegar los labios.

Dirigí una mirada fugaz hacia el coche, controlando así que Héctor continuara en su sitio dormido como estaba, y apreté los labios con fuerza antes de volver a girarme de nuevo hacia el joven.

—Esto... Me gustaría comprar un test para... ya sabe... —añadí sin atinar a recitar lo que había memorizado durante el trayecto.

—¿Un test de embarazo?

Sentí como si un puño me golpeara el estómago con violencia en ese momento. Sabía perfectamente lo que había ido a comprar, pero oírlo en boca de otro era muy distinto.

—Sí, eso.

El chico desapareció en el interior de la farmacia durante unos segundos. Regresó más tarde con tres o cuatro cajitas distintas y las puso delante de mí a través de la ventanilla.

—Mire, este de aquí es el último que nos ha llegado. Es de la marca...

—Déjelo —dije cortándole con aspereza—. Deme el más barato pero que sea capaz de acertar con la respuesta.

El farmacéutico se sorprendió ante mi respuesta, aunque estaba segura de que no sería la primera —ni la última— vez que una mujer hubiera acudido a él con tal estado de nervios. Por desgracia, los embarazos no deseados no eran casos aislados en la sociedad actual.

El chico lo envolvió con cuidado en uno de aquellos papeles tan finos y típicos que llevan el logotipo de la farmacia en cada centímetro del mismo. A continuación, lo puso en una bolsita y me habló de nuevo a través de la ventanilla.

—Si diera positivo, me veo en la obligación de comentarle que existen centros de planificación familiar que pueden ayudarla en...

La mirada que le dediqué en ese mismo instante consiguió silenciarle al momento. Juro que no era mi intención, pero si aquel chico continuaba hablándome de embarazos, pastillas, bebés o formas de entrar al infierno por la puerta grande, conseguiría acabar con la poca paciencia que me quedaba.

—Serán nueve con noventa, por favor —añadió al fin, desviando un segundo la mirada de mis ojos.

Saqué el monedero del bolso que llevaba colgado y le tendí un billete de diez euros.

—Joder, ni que fuera a decirme si será rubio o moreno...

—Pues más caro le saldrá como el test dé positivo —dijo una vez más el joven con un intento de sonrisa en los labios que no fue para nada bien recibido.

—Veo que hoy estamos graciosos... ¿eh?

El farmacéutico, consciente de la metedura de pata que había cometido —seguramente fruto de su juventud e inexperiencia—, se disculpó rápidamente después de que sus mejillas se hubieran teñido de un intenso color rojizo que no logró pasar desapercibido, a pesar de la oscuridad de la noche.

—Lo siento. No ha sido mi intención ofenderle.

—No te preocupes. Pero dámelo ya, necesito desaparecer del mundo cuanto antes.

Me lo entregó tan rápido como pudo en una bolsita junto con el cambio y se despidió de mí sin apenas mirarme a la cara. Tan pronto lo tuve en mis manos, anduve de nuevo hacia el coche como si alguien me estuviera persiguiendo y solo me quedara una opción: huir.

## CAPÍTULO 26

*La boda tuvo lugar un año más tarde. Todos estaban eufóricos aquel día y sin duda, fue uno de los mejores de sus vidas.*

*Unos cuantos meses más tarde, fruto del amor que ambos se profesaban, aunque con ciertos temores y miedos propios de unos padres inexpertos y jóvenes, nació su primogénito. Era el bebé más bonito que hubieran visto jamás. Tenía la divertida y atenta mirada de su padre y la especial sonrisa de su madre.*

*Los primeros meses de vida fueron tan felices como agotadores. Ambos eran primerizos en los cuidados de un bebé, pero le dedicaban todas y cada una de sus muestras de cariño para que siempre supiera, cada uno de los días de su vida, que sus padres le amaban con todo su corazón.*



Al llegar a casa, metí a Héctor en su cama y lo arropé para que no cogiera frío. Permanecí a su lado sentada más tiempo del habitual. ¿Qué iba a hacer con otro? Si a duras penas era capaz de criar a uno solo...

Pasado un rato, regresé al salón y me senté en el sofá sin dejar de jugar con el test de embarazo entre los dedos. Por un momento, estuve tentada de llamar a Minerva, pero deseché la idea de hacerlo casi en el mismo instante en que se me había ocurrido, pues me sentía tan abrumada que me veía incapaz de mantener siquiera una conversación con entereza.

Unos minutos más tarde, al fin decidida, me dirigí al baño y me encerré en el interior. Leí con la mente dispersa las instrucciones de uso y buscando no alargar más lo inevitable, seguí el procedimiento indicado.

La espera resultó eterna. Sostenía el palito entre los dedos hasta que al fin, el resultado apareció. En ese momento, el objeto cayó de mis manos de forma silenciosa y me desmoroné en cuestión de segundos. Lloré de forma desconsolada no supe durante cuánto tiempo, encerrada en aquella pequeña estancia que ahora me ahogaba y me oprimía hasta la desesperación. No podía creer que aquello estuviera sucediendo de verdad, tenía que tratarse de un error.

Cuando al final logré recomponerme lo suficiente como para ponerme en pie y caminar algunos metros, salí del baño y me dirigí directamente hacia mi dormitorio. A continuación, me tumbé en la cama y me envolví en las sábanas, ansiando hallar en ellas la calidez con la que mi tristeza y pesar necesitaban encontrarse.

Aquellos gritos se clavaron en mi mente de forma violenta. Eran unos gritos desconocidos, terroríficos, horrorosos. Mis padres lloraban desconsolados al otro lado de la línea y yo oía cada uno de sus sollozos, pero no lograba entender nada de lo que estaba sucediendo. Me vestí rápidamente, con una sensación que jamás había experimentado antes y salí disparada a su encuentro. Cuando el taxi se detuvo en la puerta del hospital, supe que todos mis temores se acababan de confirmar. Corrí tan rápido como mis piernas dieron de sí y entré con la mirada perdida, buscando la planta que momentos antes me habían indicado. Cuando llegué a la pequeña sala, encontré en el interior a mis padres junto con los del marido de mi hermana. Los cuatro parecían desencajados y yo creí morir en aquel mismo instante. Les habían ingresado de urgencia, pero ya no sabían nada más. Abracé a mis padres y sin atreverme a preguntar, lloré como si volviera a tener cinco años.

Los minutos no pasaban y la espera se hizo eterna. De vez en cuando, una enfermera pasaba por ahí y nos ofrecía a los presentes algún tipo de tranquilizante, infusión, o algo con lo que coger fuerzas, aunque todos sus intentos eran desestimados.

Tras cuatro horas de intensa y dolorosa espera, uno de los doctores que se había hecho cargo del caso, apareció en la sala con el rostro desencajado. No pude soportarlo más y huí despavorida de la sala en busca de mi hermana, mi pilar, mi sustento. El sudor me empañaba la frente y las lágrimas recorrían mi rostro sin control. A partir de ese momento, todo se nubló y se convirtió en algo disperso. Sentí que un par de enfermeros me sujetaban con fuerza y me llevaban con ellos hacia otra sala, donde hicieron falta un par de tranquilizantes y algunos minutos para que yo recuperara parcialmente el conocimiento.

—Quiero ir con mi hermana... Llévame con Sandra... por favor. Llévame con ella —dije apenas sin aliento.

—Mi vida... —oí la voz desencajada de mi padre en una distancia que no reconocía mientras sus cálidos brazos me envolvían, esta vez sin fuerza, en un sentimiento que solo alguien por quien darías tu propia vida podía profesar.

Desperté empapada en sudor frío. Me incorporé con un sobresalto a causa del impacto y me llevé las manos al rostro, deseando que nada de aquello hubiera ocurrido. Estaba helada y sentía mi respiración agitada y compungida. Sandra..., repetí mentalmente. Me levanté de la cama y volví a dirigirme al baño, donde me metí en la ducha con la intención de entrar de nuevo en calor. Aquella pesadilla había sido demasiado intensa, nítida y real. Lloré de nuevo sin consuelo bajo el chorro de agua caliente y por unos instantes me sentí igual de pequeña y necesitada que Héctor, aunque yo fuera plenamente consciente de todo cuanto sucedía a mi alrededor.

Después de media hora y ya algo más calmada, me puse un pijama limpio —pues el otro había quedado empapado en sudor— y me tumbé en el sofá. Me costaba respirar y tenía miedo de volver a quedarme dormida. Por un momento pensé en llamar a Minerva, pero no me sentía con fuerzas para ello. Minerva era puro humor y alegría, y a pesar de que era mi amiga del alma, en ese momento necesitaba otro tipo de atención. Entonces, pensé en llamar a mis padres, su consuelo sería sin duda de gran ayuda, pero cuando estaba a punto de hacerlo, creí que hablarles de aquello sería volver a sumirlos en aquel estado de tristeza y depresión en el que habían estado inmersos un tiempo atrás y del que con tanto esfuerzo les había costado salir.

Entonces, sin saber por qué hacía aquello, cogí el teléfono móvil y busqué el número de Martín. Como si de una autómatas se tratara, teclé sin detenerme un mensaje para el psicólogo. Era la una de la madrugada de un sábado noche y supuse que él estaría tomando algo con sus amigos. Pero no me importó, tan solo necesitaba escribirle sin esperar una respuesta a cambio.

*«Te extrañará que te escriba a estas horas, o mejor dicho, te extrañará que te escriba si hasta ahora no lo había hecho. Siento molestarte, de verdad. Pero necesitaba hacerlo. No sé si es un psicólogo lo que necesito, o tal vez, una infusión de valeriana. Pero no podía dormir y pensé que... no sé ni lo que pensé. Siento haberte molestado. 01:12».*

A pesar de saber que no debía de enviar aquel mensaje, mis dedos pulsaron de forma automática la tecla verde y este apareció como recibido. Las lágrimas volvieron a resbalar por mis mejillas sin control y me llevé una mano al rostro para ahogar los sollozos y evitar así que Héctor pudiera despertarse y descubrirme en aquel estado.

Habría pasado tan solo media hora cuando el teléfono móvil notificó la entrada de un mensaje. Abrí la aplicación y me sorprendí al ver que se trataba de Martín.

*«¿Estás bien? ¿Le ha pasado algo a Héctor? 01:45».*

Me asombró aquella respuesta, pues no sabía cómo pero, incluso en la distancia, Martín había sido capaz de detectar mi estado —aunque después de releer mi mensaje, tampoco era algo muy difícil de intuir—. Así pues, para tranquilizarle y que no se asustara, contesté con la mayor naturalidad que fui capaz de fingir.

*«No pasa nada, tranquilo. Ha sido una tontería mía. Héctor duerme plácidamente. Gracias por tu preocupación. 01:47».*

Sin poder evitarlo, un par de lágrimas volvieron a rodar por mi rostro y cayeron sobre la pantalla del teléfono. La imagen de aquella pesadilla seguía viva en mi cabeza y yo me sentía triste y abatida, como no me había sentido en muchísimo tiempo. Martín me había dado la oportunidad de explicarle lo sucedido, pero preferí esconder mis sentimientos y guardar para mí sola lo que sentía en aquellos momentos. No debía engañarme, él continuaba más pendiente de Héctor que de mí...

En ese instante, una nueva notificación en mi teléfono me hizo temblar y abrí el mensaje, segura de quién se encontraba al otro lado de la línea.

*«Abre la puerta, por favor. No quiero despertar a Héctor con el timbre. 02:08».*

Tuve que leer un par de veces aquellas palabras puesto que me había quedado petrificada por el impacto. Mi respiración se cortó y mi corazón se aceleró de forma considerable. No podía ser, Martín no podía estar allí. Me acerqué sigilosa hacia el recibidor y una vez en él, me miré en el espejo que había en un lado del mismo. Mi reflejo me golpeó con dureza, pues era la imagen del más absoluto y desconsolado pesar. De pronto, escuché un leve movimiento tras la puerta y aquella voz masculina que tanto necesitaba oír habló a través de la misma.

—Abre, sé que estás ahí —dijo Martín en un tono muy distinto al que siempre usaba en el despacho, aunque manteniendo parte de su perenne autoridad.

—Martín, vete... por favor. No es un buen momento. —Apoyé la espalda contra la puerta y sentí que volvían a aparecer las lágrimas en mi rostro cuando me llevé de forma instintiva la mano hacia el vientre.

—Jana, no me iré hasta comprobar que está todo bien. Abre la puerta, por favor —volvió a insistir con aquella voz que ahora parecía tan dulce.

—Martín... —empecé a decir, pero mi voz se quebró en ese instante y un nuevo sollozo ahogó mis palabras dejándolas a medias.

—Jana, abre o tiro la puerta abajo. No te lo repetiré más.

Al fin, rendida ante la evidencia, abrí como pude y sentí que Martín empujaba para poder colarse en casa antes de que decidiera cambiar de opinión. De pronto, caí derrumbada hasta quedar sentada en el suelo, con el rostro hundido entre las manos mientras lloraba con desconsuelo. Su reacción fue automática y rápida. Dejó sus pertenencias de cualquier modo sobre el mueble, cerró la puerta con llave y me cogió con toda la delicadeza que poseía. Me agarré a él y hundí la cabeza en su cuello, acoplándome a su hombro como si este hubiera sido creado especialmente para mí, mientras aspiraba aquel aroma que ahora tanto me reconfortaba. Caminó conmigo en brazos hasta el dormitorio, totalmente en silencio, y encendió únicamente la luz de la mesilla una vez hubo cerrado la puerta tras él. Me ayudó a sentarme con cuidado sobre la cama y se agachó frente a mí, quedando así cara a cara. Con una absoluta y considerada suavidad, me acarició el pelo y me besó en la frente. Sin poder evitarlo, volví a abrazarme a él, sollocé de nuevo y cogí aire, intentando reponerme del disgusto.

—Martín... lo siento. Yo... —empecé a decir con la voz entrecortada.

—*Shhhhh* —añadió sin dejar de acariciarme el pelo—. No hace falta que me cuentes nada. Estoy aquí contigo y no pienso marcharme de tu lado.

Sorprendida de la persona que ahora tenía frente a mí y que nada tenía que ver con el Martín al que estaba acostumbrada, me dejé mimar sin volver a añadir nada más al respecto. A pesar de que aquella afirmación me hubiera resultado extraña, pues esperaba sinceramente que pidiera algún tipo de explicación, agradecí en lo más profundo de mi alma no tener que hablar del tema, pues para nada me sentía con fuerzas para ello.

No supe en qué momento de la noche sucedió, ni tampoco cómo fue pero, finalmente, caí rendida por culpa del agotamiento y sin separarme de Martín, logré dormir del tirón durante el resto de la noche.

## CAPÍTULO 27

Al despertar, dudé por un momento sobre mi paradero hasta que mis ojos se acostumbraron al fin a los pocos rayos de luz que se filtraban a través de los agujeros de la persiana y pude distinguir que se trataba como siempre de mi dormitorio. De forma instintiva y como si mi mente continuara sumida en un extraño sueño, miré a la izquierda para comprobar que Martín todavía se encontraba allí, junto a mí. Su rostro descansaba a pocos centímetros del mío y mi corazón volvió a latir descomulgado. Giré sobre mi cuerpo con mucho cuidado y me quedé frente a él algunos minutos. Le observé con detenimiento y me maravillé de lo atractivo que podía llegar a ser, incluso estando dormido. Sobre su mandíbula asomaba una barba incipiente que le hacía resultar tremendamente sexy. Su pelo revuelto era casi hipnótico y la sonrisa que mantenía inquietantemente perfecta. Sentí que todo mi cuerpo palpitaba y que un nuevo escalofrío me recorría por completo. Tragué con dificultad y me tapé un poco más con las sábanas. A continuación, cerré los ojos durante algunos segundos para tranquilizarme, pues la sola presencia de Martín ya conseguía turbarme de forma abrumadora.

Cuando logré dejar de respirar de forma agitada me atreví a acercarme un poco más a él. Descubrí de aquel modo que Martín no llevaba puesta la camisa con la que había llegado la noche anterior y que se había quedado en ropa interior antes de introducirse conmigo en la cama.

Sin saber muy bien si aquello era correcto, me acerqué todavía más y me acurruqué junto a su musculoso abdomen, dándome cuenta de que nuestros cuerpos se acomodaban a la perfección el uno al otro. Mi rostro quedó a la altura de su pecho y con cuidado, inspiré aquel aroma que tanta fuerza me daba. Olía a limpio, a hombre, a vitalidad... a protección.

Sin que yo me lo esperara, Martín se movió y con suma delicadeza, pasó su brazo alrededor de mi cuerpo, abrazándome con cariño, quedando ahora pegados el uno junto al otro. Tuve una sensación muy extraña pues, en el fondo, continuábamos siendo solo dos desconocidos. Sin embargo, el recuerdo —aunque ligero— del chico con el que compartí aquel instante tan mágico en el karaoke, inundó toda mi mente y por un momento llegué a sentirme como si llevara compartiendo con él toda una vida. No obstante, aquel chico era Martín y temía que el psicólogo con el que me reunía cada viernes pudiera hacer acto de presencia de un momento a otro, hecho que, para ser sincera, me aterraba.

Sorprendiéndome por completo con lo que hizo a continuación, Martín me besó con cariño en la frente cuando todavía continuábamos sin haber cruzado palabra alguna. Cerré los ojos al sentir el contacto del joven y me estremecí entera, creyendo que podría llegar a desfallecer en cualquier momento. Entonces, algo se movió a la altura de mi vientre y aquella reacción tan pura e innata de la masculinidad del joven —y que crecía por segundos— me hizo sentirme deseada y pletórica. No obstante, la realidad volvió a aplacar aquellos sentimientos tan instintivos y primarios cuando recordé que justamente en esa parte de mi cuerpo estaba gestándose una porción de él mismo, que todavía no me sentía con fuerzas de aceptar como real.

Con cuidado, alcé el rostro y me crucé con la mirada de Martín, que me observaba con una expresión curiosa. Por una parte quería explicarle lo sucedido y disculparme por ello, pero había algo en mi interior que me impedía decirle la verdad.

—¿Estás mejor? —se atrevió a preguntar entonces.

Asentí con un movimiento de cabeza y agradecí sobremanera que no continuara haciendo más preguntas acerca de lo acontecido la noche anterior.

—Gracias por todo, Martín.

Volvió a besarme en la frente con ternura y me apretó de nuevo contra su cuerpo. Sentí aquel reconfortante contacto y me dejé llevar por el calor que emanaba de su cuerpo y de su piel y sin darme cuenta, volví a caer rendida en los brazos de Morfeo.

Desperté una vez más sin saber cuánto tiempo habría pasado desde aquel momento de cariño que había compartido junto a Martín, sin embargo, me sorprendí al descubrir que él ya no estaba a mi lado. Por un instante, pensé que debía de tratarse seguramente de otro sueño y la tristeza me invadió, no obstante, dispuesta a demostrar que no estaba loca, miré mi teléfono móvil y encontré un mensaje suyo en él.

«Descansa tanto como puedas, te sentará bien. Me he marchado para que Héctor no pudiera descubrirme. Si necesitas cualquier cosa, no dudes en llamarme. 08:20».

## CAPÍTULO 28

La semana pasó de forma ajetreada y el viernes llegó de nuevo sin apenas darme cuenta. No había vuelto a ver a Martín desde la noche del sábado y tampoco había vuelto a hablar con él, ni a escribirle. Me sentía nerviosa por cómo iría la reunión de hoy pues, una vez estuviera en su despacho, no sabía muy bien cuál sería la forma más correcta de comportarme junto a él.

Durante todos aquellos días las pesadillas habían aparecido de forma continua durante la noche y las náuseas producidas por el embarazo no cesaban. Mi rostro era el fiel reflejo del agotamiento y mis ojeras denotaban un estado que empezaba a preocupar tanto a mis padres como a Minerva. Cada vez me costaba más disimularlo y las excusas comenzaban a agotarse por momentos.

Llegué al despacho a la hora pactada y llamé a la puerta tal y como siempre hacía. Sin embargo, mi sorpresa fue descubrir al entrar que, en vez de encontrarse Martín tras el escritorio, era la coordinadora de educación infantil la que se hallaba tras él.

—Hola... —saludé un tanto descolocada.

—Buenos días, señorita Peñalver —añadió la otra sonriente—. El señor Saavedra ha tenido que ausentarse esta mañana por unos asuntos que requerían de extrema urgencia. Así pues, me ha dado unas indicaciones para la sesión de hoy, que llevará a cabo conmigo. Mi nombre es Elsa Martín.

—Ah... Esto,... Un placer, Elsa —dije al tiempo que le estrechaba la mano con cierto pesar.

—El señor Saavedra me dijo que ahora mismo estaban centrados en los juegos y el entretenimiento de Héctor, ¿no es así?

—Sí... Así es —añadí de nuevo con la mente un tanto dispersa.

—¿Qué puede explicarme de los últimos días? ¿Ha habido algún hecho destacable que le haya llamado la atención?

De pronto, me sentí abrumada e incapaz de discernir con claridad. Pensé en la posibilidad de que Martín hubiera descubierto algo del embarazo, o de que se arrepintiera de haber pasado la noche conmigo y por ello hubiera buscado cualquier excusa para no presentarse sin haberme siquiera avisado del cambio. En ese instante, sentí una nueva náusea y me puse en pie de un brinco.

—¿El baño? —pregunté con una mano en el estómago y la cara desencajada.

Al ver el estado en el que me encontraba, Elsa corrió a mi lado y me acompañó hasta el baño de dirección para comprobar que no me hacía daño.

—¿Estás bien? —preguntó dejando de lado los formalismos del despacho.

Sin embargo, yo no estaba dispuesta a contarle nada de lo que verdaderamente me sucedía y usé aquella situación como pretexto para poder marcharme cuanto antes de ahí.

—Sí... Debo de haber cogido alguna pasa intestinal. Lo mejor será que regrese a casa para reposar, si no le importa... Avise a Martín de que acudiré a la cita de la semana que viene.

—Descuide... No se preocupe por nada. Espero que se mejore pronto.

Asentí con un gesto de cabeza y sin querer añadir nada más, desaparecí por aquel pasillo sin echar la vista atrás.

Me encaminé directa hacia el taller con la firme intención de ausentarme de mis pensamientos por medio del trabajo y al llegar, encontré a mi madre tras el mostrador entretenida con un libro infantil que tenía entre las manos.

—Hola, cariño. ¿Cómo ha ido la reunión? —dijo mientras apartaba la vista de las coloridas páginas. De pronto, al descubrir mi rostro, se puso en pie rápidamente y se acercó a mí con pasos largos—. Cielo, ¿qué es lo que sucede? Tienes muy mala cara.

—Nada, mamá... Llevo unos días sin dormir bien... —añadí suplicando a los dioses para que mi madre creyera aquella mentira.

—¿Ya comes bien? —quiso saber mientras me ponía la mano sobre la frente en un instinto maternal con el que pretendía medir la temperatura de su pequeña. Como siempre decía, una madre siempre sería una madre, aunque tuvieras tu propio negocio, un niño a tu cargo, otro en camino y una casa de la que ocuparte.

—Sí, mamá. Tan solo es falta de sueño...

No me dio ni siquiera tiempo de terminar aquella frase cuando una nueva náusea se apoderó de mi voluntad. Fue tan rápida que no pude ni encerrarme en el baño y terminé devolviendo en el interior de la papelera que había tras el mostrador.

—Pero, hija, ¿qué te sucede? —preguntó entre extrañada y asustada.

—Nada, mamá... Ya te he dicho que no he dormido muy bien estos días...

Me miró a los ojos y ambas nos sostuvimos la mirada, tal y como habíamos hecho durante muchos años cuando entre las dos se interponía algo que una de nosotras quisiera esconder. Finalmente, al ver que no estaba dispuesta a soltar prenda, me insistió para que me marchara a casa, pues ella podía hacerse cargo de la tienda hasta el mediodía, momento en que cerraría la persiana hasta el próximo lunes. Agradecí el gesto de mi madre y me marché de allí a gran velocidad, antes de que mi

estado terminara revelando la realidad de toda aquella situación.

Al llegar a casa, me fui directa hacia el sofá y me tumbé sin ni siquiera sacarme los zapatos antes de caer rendida por el cansancio casi en el instante.

—No estoy preparada para esto... Un bebé ahora... ¿Cómo lo voy a hacer? —le dije a mi hermana entre sollozos.

—Nos tienes a todos contigo. Papá y mamá te ayudarán sin pensarlo ni un segundo, pero tienes que decírselo ya. Porque... no habrás pensado en perderlo... ¿no?

—Jamás podría hacerlo... Pero estoy muy asustada. ¿Qué hago? No estoy preparada para ser una buena madre.

Mi hermana me acarició el pelo con ternura y logró calmar aquel estado de nervios en el que me hallaba sumida desde hacía días y además, lo hizo con aquellas grandes dosis de su comprensión y compañía, únicas en el mundo.

—Eres y serás la mejor madre del mundo, y lo verás... —dijo entonces con voz tranquila.

—Estarás a mi lado... ¿pase lo que pase?

—Eso siempre. Estaré siempre contigo, pase lo que pase.

Desperté una vez más empapada en sudor. Había perdido la cuenta de todas las veces que había experimentado aquella clase de sueños durante esa última semana. Sabía cuál era el motivo pero, a pesar de ello, aquellas imágenes continuaban martilleándome y resultándome insoportables. La echaba muchísimo de menos. Aquellos dos años de ausencia me habían resultado los más difíciles de toda mi existencia y por encima de todo, los más dolorosos, a pesar de que el día a día me obligaba a afrontar la vida con un impulso que todavía no sabía de dónde sacaba. Por un momento, deseé con todas mis fuerzas poder llamar a Sandra y así pedirle ayuda de verdad, pero aquello no era posible. Estaba segura de que ella habría sabido cómo enfocar el tema del embarazo, qué hacer con el bebé, con Martín y cómo ayudar a Héctor.

Héctor...

Pensé en el niño y una sensación de extraño pesar se instaló en mi estómago. ¿Por qué me lo ponía tan difícil? Martín me había dicho que estaba barajando la opción de que fuera poseedor de Altas Capacidades. ¿Por qué motivo entonces, no conseguía hablar? ¿Por qué no me ponía las cosas más fáciles? ¿Por qué no era capaz de pedirme algo para comer o un juguete nuevo? Por un momento, me dejé llevar por aquellos pensamientos negativos y sentí que la rabia y la impotencia se apoderaban de mi mente. La vida había sido injusta conmigo al llevarse de mi lado a la persona que más había querido en el mundo, dejándome sola con un niño al que ya no sabía cómo tratar. Lo había intentado de todas las maneras posibles, pero aquello era algo que escapaba de mi absoluto control.

Me levanté del sofá y con una tremenda pesadez en las piernas, me dirigí al baño y me lavé la cara con agua fría, eliminando de paso el reguero de lágrimas de mis mejillas.

A continuación, fui a la cocina y me preparé un sándwich vegetal que me comí casi con indiferencia, pues tan solo lo hacía porque sentía que así debía de ser. De forma instintiva, me llevé la mano hacia el vientre y lo acaricié con dulzura, aunque una parte de mí podría asegurar que había mucho más miedo que ternura detrás de ese gesto tan natural.

Al cabo de una hora el timbre sonó y tras echar un vistazo al reloj, supuse que serían mi madre y Héctor, que ya habría salido del colegio. Sin embargo, al abrir la puerta, fue a Minerva a quien encontré junto al pequeño, que parecía feliz con aquella palmera de chocolate entre los dedos.

—Hola, *florechilla* —me saludó animada mientras cruzaba el umbral de la puerta—. Hace días que no nos vemos y tampoco me has contestado a los mensajes. He pasado por la tienda para ver si estabas pero, al no localizarte, le he preguntado a tu madre y me ha dicho que no te encontrabas bien. Así que le he sugerido ser yo la que fuera a por el enano y así también pasaba la tarde contigo. ¿Te apetecen unos *Donettes*? —dijo mientras sostenía un paquete frente a mí, sonriente.

En ese momento sentí que se me abría un apetito voraz desde lo más profundo de mi ser y lo cogí a gran velocidad, besé la cabeza del pequeño y me dirigí hacia el salón, donde empecé a engullir aquellas pequeñas rosquillas casi sin apenas respirar.

Mi amiga, atenta a todos mis movimientos, me observaba con cautela, sorprendida por aquel súbito apetito tan desproporcionado e impropio en mí. Tras sacarle la mochila al pequeño, la dejó junto a su bolso en una de las sillas del comedor y envió a Héctor a su habitación para que jugara con lo que más le apeteciera. El niño no se lo pensó demasiado y salió corriendo en aquella misma dirección, dejándonos solas a las dos, mientras continuábamos sumidas en un extraño silencio.

—Cuéntamelo... —dijo entonces Minerva mientras seguía observando cómo devoraba sin pausa apenas entre bocado y bocado.

—¿Qué quieres que te cuente? —contesté pasándome una servilleta por el rostro con cierta timidez.

—¿Qué está pasando contigo? Hace días que no me llamas, comes chocolate casi con desesperación y tu madre me ha dicho que no te encuentras bien y que no puedes dormir. ¿Qué sucede?

La miré de soslayo y me pasé una mano por la frente. Me debatía entre contarle la verdad o continuar con aquel secreto en el que se había convertido mi vida y del que, por ahora, nadie más sabía nada.

—Dio positivo... ¿verdad? —afirmó entonces, dejándome totalmente fuera de juego.

Evité a toda costa el contacto visual y sentí aquel torrente de lágrimas que me invadían y que no podría lograr evitar. Se me formó un nudo en la garganta y por un momento fui incapaz de decir nada más. Me levanté del sofá y me dirigí corriendo hacia mi dormitorio donde me encerré para que Héctor no pudiera sorprenderme en ese estado si le daba por aparecer sin previo aviso. Minerva cerró los ojos y se apoyó en el respaldo de la silla, mientras supuse que intentaba hacerse una idea del infierno al que yo me había precipitado. Entonces, pasados unos instantes, se puso en pie y tras comprobar que Héctor jugaba distraído con sus muñecos, anduvo sigilosa hasta mi dormitorio y entró después de no obtener respuesta alguna tras llamar varias veces a la puerta.

—¿Por qué no me habías dicho nada hasta ahora? —quiso saber mientras me acariciaba con cariño la espalda.

—No puedo volver a pasar por esto, Minerva. ¿Qué debo hacer?

—¿Se lo has dicho a Martín? —preguntó justo antes de detenerse y mirarme a los ojos—. Porque estás segura de que es suyo, ¿no?

Asentí con la cabeza y a continuación, escondí el rostro entre las manos en un intento desesperado de ausentarme de la realidad.

—No puedo decírselo. Apenas nos conocemos... ¿Cómo crees que reaccionaría si le digo que espero un hijo suyo?

—Mira, Jana. Esta es una decisión que, muy a tu pesar, también le concierne. Tiene derecho a saberlo y a opinar, ¿no crees?

—No puedo decírselo, Minerva. No puedo...

Rompí a llorar una vez más y mi amiga dejó que me desahogara durante un par de minutos. Cuando de nuevo volví a recuperar la compostura, me pasé una mano por los ojos y sentí un vuelco en el estómago al evocar la imagen de mi hermana.

—Minerva... Te agradezco todo lo que estás haciendo por mí, pero me gustaría estar sola... ¿Lo entiendes, no?

Afirmó con un gesto de cabeza y se levantó de mi lado. Con cariño, me besó en la frente y me hizo una última caricia en el pelo antes de dar media vuelta y salir de la habitación en silencio. Pasados unos segundos, escuché el sonido de la puerta principal al cerrarse y entonces, una vez pude comprobar que me sostenía en pie, me levanté, volví a lavarme la cara y me dirigí hacia el dormitorio de Héctor.

Jugamos durante el resto de la tarde casi en absoluto silencio, lo que, a pesar de que en la vida de Héctor era más que habitual, para mí era algo muy fuera de lo común, pues siempre solía mantener conversaciones con él para estimularle y tratar de vencer esa barrera del lenguaje. Sin embargo, ese día jugábamos a un juego en el que teníamos que sacar palillos de una palmera evitando que los monos cayeran de la misma y parecía que entre nosotros se hubiera instaurado una atmósfera muy diferente.

De tanto en tanto, observaba a Héctor con detenimiento. Sentí más de una vez que mi vientre se contraía convulsionado e hice acopio de todas mis fuerzas para vencer las ganas que tenía de salir corriendo y huir de todo aquello.

Al final, después de haber cenado y duchado al pequeño, lo metí en la cama y me despedí de él con un dulce beso en la frente, sintiéndome incapaz de continuar por primera vez con aquel cuento que cada noche le contaba.

## CAPÍTULO 29

Serían las once de la noche cuando escuché que alguien llamaba con delicadeza a la puerta. En un principio decidí no moverme y hacer ver que no lo había oído, pero los golpecitos se repitieron y no pude evitar que me invadiera la curiosidad. Llevaba puesto el pijama, unas zapatillas de andar por casa y el pelo recogido en una coleta. Antes de abrir, eché un vistazo a través de la mirilla y sentí que mi corazón se aceleraba en décimas de segundo.

—Déjame entrar, por favor... —dijo su masculina voz a través de la puerta.

Sentí que mi respiración también se aceleraba y me miré en el espejo para darme cuenta de que, una vez más, tenía un aspecto horrible.

—Vete, Martín... No es un buen momento —dije tratando de no alzar la voz.

—Siento lo de esta mañana... —continuó entonces—. Me surgió un asunto urgente y tuve que ausentarme. No quería que perdieras la sesión y por eso le pedí el favor a Elsa...

—No pasa nada... Lo entiendo —añadí en un tono apático que no logré disimular.

—Siento no haberte avisado... Debí hacerlo.

Tragué con dificultad dándole la razón mentalmente y me mantuve en aquella posición, con la espalda apoyada en la puerta, mientras albergaba esa sensación tan contradictoria en el cuerpo.

—No te preocupes, Martín. Está todo olvidado. Puedes volver a casa tranquilo...

Escuché en silencio los movimientos, esperando a que se diera por vencido y se marchara por donde había venido. Sin embargo, nada de aquello sucedió y podía escuchar casi la respiración del joven que, al igual que yo, continuaba apoyado al otro lado de la puerta.

—Déjame entrar... necesito... —empezó a decir antes de hacer una pausa significativa y continuar—. Necesito verte.

—Martín...

—Por favor —suplicó cortándome antes de que pudiera añadir nada más.

Al final me resigné y abrí la puerta. Encontré a Martín apoyado en el quicio de la misma, emanando sensualidad por todos los poros de su piel. Su fragancia me envolvió y aquella visión consiguió que me temblaran las rodillas. Traté de mantener el tipo pero me vi obligada a bajar la cabeza, pues me sentía incapaz de sostener aquella mirada tan oscura y penetrante.

—Martín, no es buen momen...

Se movió a una velocidad tal que no tuve tiempo ni de terminar la frase. Puso una mano en mi nuca y me besó con una fuerza que logró anularme todos los sentidos. Sentí su mano buscando el contacto de mi piel, acariciando mi espalda y quemándola como si de fuego se tratara. Mi corazón latía desbocado y mi piel reaccionó al entrar en contacto con aquellos labios. Martín se hundió en mi cuello y me levantó del suelo con una facilidad pasmosa. Sentía sus manos recorriéndome sin descanso, casi con necesidad y desesperación. Busqué con la mirada la puerta del dormitorio de Héctor, que continuaba entrecerrada tal y como la había dejado. Suspiré entonces tranquila aunque aquella sensación apenas duró unos instantes, pues mi cuerpo reaccionaba cada vez más rápido al contacto de aquel hombre que conseguía nublarne el sentido con tan solo una mirada.

—Al dormitorio... —logré decir de forma entrecortada y casi en un gemido—. Héctor...

Martín entendió lo que estaba intentando decirle y me llevó hasta allí todavía a horcajadas. Me tumbó en la cama con delicadeza y fuerza a la vez y me sacó la ropa sin apenas darme cuenta. Respiraba de forma agitada por el cúmulo de sensaciones y creía que terminaría desmayándome si el corazón continuaba laténdome a ese ritmo. Martín, con los nervios a flor de piel también, se desabrochó la camisa y se sacó las pocas prendas que todavía llevaba puestas. Tras ponerse un preservativo a gran velocidad, se hundió en mí sin separar la cabeza de mi cuello, incapaz de alejarse de aquel bálsamo que tanto necesitaba. No entendía muy bien lo que estaba pasando y sentí las acometidas de Martín como una necesidad. Una tras otra sentía aquella presión en el interior, mientras se adentraba en mí y me llenaba de infinitas maneras a la vez.

No obstante, en ese momento miles de imágenes se arremolinaron en mi cabeza, atormentándome con cientos de recuerdos que me oprimían desde hacía días. Mi hermana, Héctor, el test de embarazo, el accidente, las peleas, el bebé...

Sentí que mi respiración alcanzaba un ritmo vertiginoso y me faltaba el aire. Traté de acompasar el ritmo de mis pulmones y de tranquilizarme, pero todo aquello me sobrepasaba por momentos. Martín, ajeno a todo lo que invadía mis pensamientos, me besó lentamente sin que cedieran su acometidas, intensas y suaves a la vez. Con una delicadeza casi sorprendente, llevó sus labios hasta mi oído y tras besar con suavidad el lóbulo, me habló en apenas un susurro.

—No voy a resistir mucho más...

Entonces, me miró a los ojos esperando a llegar juntos a ese estado de placer que tanto ansiaba y distinguió un par de lágrimas que caían lentamente por mis mejillas. Se detuvo al instante y pude ver que el pánico se apoderaba de él en cuestión de segundos. Su expresión cambió por completo, sintiendo que el miedo se hacía con el poder y control de la situación.

—Jana... Jana, ¿qué sucede? —preguntó alarmado e incluso horrorizado por haber podido causarme algún tipo de daño—. Jana, lo siento. ¿Te he hecho daño?

Dime algo, por favor...

Tragué con dificultad y sentí que continuaba sin poder controlar el ritmo de mi respiración. Me llevé la mano al pecho, en un intento desesperado de aplacar el intenso dolor que sentía en esa parte del cuerpo mientras continuaba llorando en silencio, sin lograr articular palabra o sonido alguno. Era como si mi voz y mi voluntad hubieran escapado por completo de mi control. Martín, con sumo cuidado, salió de mi interior y se puso en pie, sin dejar de observarme en ningún momento. Se puso el bóxer en apenas un segundo y sin dejar de mirarme, pudo apreciar que temblaba de los pies a la cabeza. Supongo que buscó los síntomas que estaba manifestando en su mente y me puso la mano en la frente con la intención de descartar una fiebre alta.

—Jana, escúchame —me pidió mientras me ayudaba a levantarme con sumo cuidado y me sujetaba por la barbilla con suavidad—. Jana, tienes que escucharme. Estoy aquí y no pienso irme. No estás sola.

Le miré como iba, sintiendo que mi pecho me oprimía y me producía un dolor hasta ahora desconocido. Continuaba sin poder hablar y sentía un agudo dolor de cabeza que llegó a provocar que me mareara por momentos.

Martín me fue vistiendo con cuidado, sin dejar de observarme bajo ningún concepto.

—Jana, no te va a pasar nada. Debes escucharme. Estaré contigo y no me iré. ¿Puedes oírme?

Volví a mirarle con una expresión aterrada en el rostro mientras continuaba luchando por mantener el ritmo de mi respiración. Con un delicado y casi imperceptible movimiento de cabeza, afirmé una sola vez para que él pudiera saber que una parte de mí continuaba allí.

—Jana, te voy a hacer unas preguntas y necesito que me respondas con la cabeza. No hables. Y sobre todo, no te asustes. No pienso dejarte sola.

Yo, que unos minutos atrás me había agarrado a su muñeca, la apreté con una fuerza impropia de mí, horrorizada por lo que estaba viviendo. Me sentía aterrada. Miles de imágenes de mi hermana me atormentaban, de Héctor, del embarazo, del miedo que sentí cuando Sandra se fue. Apreté los labios con fuerza y miré a Martín implorándole ayuda con los ojos, deseando que él pudiera detener ese dolor que me estaba poseyendo y que por mí misma no podía controlar.

—Jana, ¿te duele el pecho?

Afirmé una sola vez, tal y como había hecho antes con un delicado gesto de la cabeza, sin dejar de mirarle a los ojos.

—¿Y la cabeza?

Repetí el gesto a la espera de que eso pudiera calmar ese dolor, aunque no fue así.

—Estás mareada y te cuesta respirar, ¿verdad?

De nuevo afirmé y él, instintivamente, se pasó una mano por el pelo y continuó mirándome con aquella expresión tan suya.

—Dime de qué tienes miedo, te ayudaré a vencerlo. Entre los dos podemos lograr que esto termine. Estaré contigo en todo momento.

No sabía por qué me decía eso, y mucho menos por qué sabía que me sentía aterrada. Presioné aún con más fuerza su muñeca y sentí que los temblores se incrementaban y que mi respiración continuaba oprimiéndome. Y si yo también fallecía, ¿qué sucedería con el bebé? ¿Y con Héctor?, pensaba mientras continuaba llorando en un silencio terrorífico.

—Jana, estás sufriendo un ataque de pánico. Debes escucharme. No te va a pasar nada. Sea lo que sea, yo estoy contigo y te ayudaré. Nada malo va a sucederte porque estoy aquí, a tu lado, ¿me oyes?

Pareció que esas palabras surtían un mínimo efecto en mí, pues la mano con la que asía su muñeca redujo la intensidad de su fuerza. En ningún momento dejé de mirarle a los ojos, tratando de buscar en ellos el equilibrio y ayuda que necesitaba para controlar la respiración. Como si la vida pudiera escapárseme en el único instante que perdiera de vista aquellos ojos que ahora eran mi fuerza, mi único horizonte.

—Escúchame, Jana. Vamos a salir de esta habitación para que puedas ver que nada de lo que sientes es real. Estás en casa y estás a salvo. Héctor está bien y yo no pienso alejarme de ti. ¿De acuerdo? Y ahora, escúchame. Coge aire y cuenta hasta tres. Luego suéltalo y vuelve a repetirlo.

Volví a afirmar con la cabeza y permití que Martín me ayudara a ponerme en pie. Anduvimos juntos hasta el comedor. Encendió la luz para que yo pudiera controlar que ninguna de las imágenes que mi cabeza estaba recreando estaba sucediendo en realidad. Sin embargo, aquellas instantáneas no paraban de cruzarse por mi mente, atormentándola sin contemplaciones. Martín. El día del karaoke. La manera en que me sonrió. La primera consulta. El beso que me robó en aquel local... Su indiferencia, su arrogancia... Aquel no podía ser el mismo hombre que ahora tenía delante.

Me llevó con cuidado hasta el baño y una vez dentro, me lavó la cara con agua templada. Lentamente, parecía que iba recuperando el ritmo de mi respiración y, a pesar de que continuaba sintiendo aquel intenso dolor en el pecho, comencé a respirar mucho más tranquila.

—Q... quiero ir a la cama —logré articular al fin en apenas un susurro.

—De acuerdo. Te llevaré a la cama y me tumbaré a tu lado. Estoy contigo para lo que necesites, ¿me oyes?

Asentí con la cabeza y me dejé acompañar por él hasta el dormitorio. Una vez allí, me tumbé en la cama y cerré los ojos, a la espera únicamente de que el sueño me venciera y pudiera dejar de pensar durante al menos unas horas en todo aquello que amenazaba con destruirme.



## CAPÍTULO 30

—A ver, mamá. No te lo pienso repetir más veces. El documento es más que claro en este sentido. No intentes volver a ponerme entre la espada y la pared.

—Cariño, no estás preparada... —contestó mi madre agarrándome por los hombros.

Me desprendí de sus brazos con habilidad y me llevé una mano a la cintura mientras me pasaba la otra por el pelo.

—No me vuelvas a decir que no estoy preparada —solté entonces, señalándola con un dedo acusatorio.

—Por el amor de Dios... ¡Pero si todavía estás estudiando! —me acusó ella, comenzando a alzar la voz más de lo que me gustaba.

—¿Y qué más da, mamá? ¿Acaso piensas que voy a dejar que se muera de hambre?

Me detuve en seco a pocos centímetros de mi madre. Estaba muy alterada y sentía el ligero temblor del labio inferior debido al estado de nervios al que me había sometido aquella situación.

—Si entramos ahí —dijo señalando con su mano izquierda hacia la puerta que había situada a sus espaldas— ya no habrá vuelta atrás. Luego no vas a poder arrepentirte y regresar llorando a casa para que te solucionemos el problema.

—Mamá, pienso hacerlo, digas lo que digas —sentenció por última vez.

—¿Señores Peñalver? —dijo de pronto una voz que provenía de nuestras espaldas, cortando de raíz el motivo de aquella discusión—. Ya pueden pasar, el juez les espera dentro.

Nos miramos por última vez antes de comenzar a caminar hacia la sala donde se decidiría el futuro de nuestra familia. Estaba segura de que nuestros corazones palpaban a un ritmo trepidante —o por lo menos eso hacía el mío— manteniéndonos a los tres bajo una gran tensión. Mi padre seguía nuestros pasos en absoluto silencio. Hacía días que no le había vuelto a escuchar. Su corazón ya no tenía fuerzas para discutir, únicamente lloraba en un sepulcral y distraído silencio que producía un dolor tan espantoso que jamás hubiera deseado para nadie.

Los tres ocupamos nuestros correspondientes asientos: mis padres en un extremo mientras que yo me senté en el otro. El juez inició su discurso y de aquel modo, el juicio dio comienzo en ese mismo instante.

Llevábamos aproximadamente una hora discutiendo los pros y los contras de aquella decisión cuando el juez —un anciano con cara de buena persona—, dirigió la vista hacia mi padre y se lo quedó mirando profundamente.

—¿Cuál es su opinión al respecto, señor Peñalver?

Mi padre levantó la cabeza por primera vez en el tiempo que llevábamos allí dentro y dirigió la vista hacia el hombre que tenía delante. La mantuvo así durante unos eternos segundos y a continuación, volvió a bajarla de nuevo. Con los codos apoyados sobre sus piernas, se tapó la cara con las manos y permaneció inmóvil en esa misma posición.

—Señor Peñalver, ¿está usted bien? —preguntó de nuevo el juez.

Ví que mi padre respiraba hondo en su sitio y después de otro interminable lapso de tiempo, volvió a levantar la cabeza dirigiendo la mirada únicamente hacia el juez.

—¿Podría decirme cuál es su opinión en todo este asunto? —repitió este con extraordinaria paciencia.

Mi padre tragó con dificultad y se negó a mirar a ningún otro lado que no fuera aquel rostro. Amaba a su esposa por encima de todas las cosas y yo era parte de él mismo, su niña, su princesa, su tesoro. Aclaró la garganta un par de ocasiones antes de volver la vista nuevamente hacia sus pies y apretó los labios con firmeza antes de abrirlos por primera vez en el transcurso del último mes.

—Yo no seré quien se atreva a contrariar la voluntad de mi hija —dijo entonces levantando de nuevo el rostro y ante la asombrada y fulminante mirada de mi madre—. ¿Quién soy yo ahora para cuestionar tal decisión? En todo caso, mi voluntad pasará por volcarme de lleno en la vida de mi otra hija y la de mi nieto, en ayudarles en cualquier cosa que puedan necesitar y en ocuparme de que nunca se queden desvalidos. Pero jamás actuaré en contra de las palabras de mi hija... Sea lo que sea lo que yo opine al respecto de su decisión.

El juez, sorprendido por lo que acababa de escuchar, asintió ligeramente un par de veces antes de continuar hablando.

—Pueden salir de la sala, el tribunal procederá a deliberar.

Los tres implicados nos levantamos y por orden, fuimos saliendo al exterior.

—¿Cómo has podido, Arturo? —exclamó mi madre tal y como la puerta se cerró tras ella—. La niña no está preparada... ¡Tú lo sabes!

—Adela, si la niña no está preparada, nuestra obligación entonces será ayudarla, ¿no crees? —contestó el hombre acercándose a su mujer—. Pero no. Para ti es

más fácil pensar en lo que tú crees oportuno, sin importarte la decisión que, por algún motivo, aunque a nosotros se nos escape, tomó nuestra hija. ¡No pienso actuar en contra de sus deseos!

Mi padre me miró de reojo y descubrió que yo les observaba con lágrimas silenciosas que resbalaban por mi rostro, fruto de la tensión, del orgullo o quizá del miedo. Sin embargo, me sonrió con melancolía y volvió a dirigirse a mi madre, esta vez más calmado.

—Ayudaré a Jana pase lo que pase, pero no voy a luchar en contra de algo que, por derecho, le ha sido a ella atribuido. Ahora solo falta que tú también decidas pensar en lo que ella desea y aceptes formar parte de la vida de tu hija y de tu nieto.

Mi madre miró a su marido con fiereza, mientras luchaba por aguantar las ganas de gritar y de llorar que la poseían. Sabía que me quería con todo su corazón y justamente por ese motivo estaba actuando así. Era consciente de que yo nunca había sido precisamente un modelo a seguir para un niño. Alocada, distraída y divertida, andaba siempre metida en todas las fiestas que encontraba a mi paso, sin atarme a nada que supusiera un mínimo de compromiso por mi parte. ¿Cómo iba a poder cuidar de un bebé? Sin embargo, lo que mi madre no sabía era precisamente eso mismo, no podía decirle que me sentía aterrada por asumir aquella decisión. Pero tenía que hacerlo... No disponía de más alternativas.

Así lo había querido Sandra.

Sin añadir nada más, mi madre dio media vuelta y se encaminó hacia el baño, donde se encerró para refrescarse la nuca e intentar pensar con claridad.

Habrían pasado unos quince minutos cuando al fin, la puerta que daba acceso a la sala se abrió y los tres volvimos a ser llamados al interior.

—Señores Peñalver —dijo de nuevo la voz calmada del juez—, pueden volver a entrar. La decisión ya está tomada.

## CAPÍTULO 31

Desperté a la mañana siguiente, de nuevo con aquella sensación de opresión instalada en el pecho y me mantuve en silencio mientras revivía en mi mente aquellos fatídicos días en los que todo se volvió borroso y oscuro. Aquel recuerdo, esa batalla contra la voluntad de mi madre, seguía grabada en mi memoria. La lucha fue difícil, pero mucho más lo fue asumir una maternidad cuando aún no estaba preparada para ella. Respiré hondo y a pesar de que no sentía la misma sensación de ahogo que había experimentado unas horas atrás, continuaba sintiendo que me faltaba el aire.

—¿Estás mejor? —me sorprendió entonces la voz ronca y suave de Martín.

Giré la cabeza hacia la izquierda y me encontré de frente con el rostro del chico. Estaba tumbado de lado, apoyado sobre su mano, y me contemplaba con una extraña expresión de serenidad en el rostro. Yo, que todavía sentía los estragos de la noche anterior, afirmé con la cabeza e hice el intento de esbozar una sonrisa. Sin embargo, Martín, que parecía saber algo que yo desconocía, me devolvió la sonrisa y con una suavidad que continuaba resultando impropia de él, me besó con ternura. Un beso que esta vez no escondía más intenciones que aquella.

—Siento lo que sucedió anoche. No sé si fue por mi culpa, pero quiero que sepas que lo siento muchísimo. De verdad.

—No... No fue culpa tuya... —añadí mirándole directamente a los ojos—. Gracias por haber estado ahí, de no haber sido por ti, seguramente hubiera terminado en el hospital.

Me abrazó y sentí aquel contacto como algo extraño. ¿Qué estaba sucediendo? Parecía un hombre totalmente distinto al que había conocido en la consulta unas semanas atrás. En las pocas horas que habíamos compartido, no había aparecido ni rastro de su peculiar arrogancia, y eso no hacía más que alterarme y descolocarme. Temía que de un momento a otro aquel tipo que tanto odiaba pudiera aparecer, llevándose a su paso todo lo bueno que el Martín que ahora estaba en mi cama había traído consigo. Sin embargo, me sentía incapaz de resistirme a uno solo de sus besos, al sabor de sus labios, a la calidez de sus caricias... Por un segundo, me dio la sensación de que el psicólogo hubiera estado pensando detenidamente en el tema y quisiera, por todos los medios, volver a sentir junto a mí aquello que afirmó sentir la noche del karaoke. De lo único que no estaba segura, no obstante, era del hecho que fuera yo la mujer indicada para volver a proporcionarle aquella sensación.

Martín volvió a besarme y ambos nos fundimos en un abrazo dulce y embriagador. Con cuidado, se colocó sobre mí. Vibré con el contacto del chico y sentí de nuevo que algo en mi interior se removía cuando continuó construyendo un camino de besos que bajaban desde mi cuello en dirección al pecho. Se metió en el interior de las sábanas, quedando cubierto por aquel amasijo de tela y continuó bajando, deslizándose con dulzura y complacencia por mi cuerpo hasta rozar con su áspera barbilla la zona del ombligo, donde se detuvo remolón para mi absoluto goce y disfrute.

Sin embargo, ese momento de tranquilidad duró poco pues de golpe, me di cuenta de que la puerta de mi dormitorio estaba abierta y una pequeña cabeza asomaba ahora por un lado de la misma.

—¡Mierda! —exclamé en un susurro—. Héctor, cariño, ve al sofá un momento. Ahora mismo te preparo el desayuno.

Héctor me dedicó una mueca extraña y acto seguido, obedeció la orden sin dar muestras de reproche.

—Joder. ¡Esto no debería de haber sucedido!

Martín respiró hondo y se incorporó de nuevo, visiblemente afectado por el descubrimiento del niño, aunque fueran prácticamente nulas las posibilidades de que este se hubiera percatado de su presencia.

—Tranquilízate, podemos arreglarlo.

—¡Es imposible arreglar esto! —exclamé todavía afligida.

Nos pusimos en pie, uno a cada lado de la cama, y tratamos de buscar una solución a aquel problema que se nos planteaba mientras deambulábamos inquietos por el pequeño espacio que quedaba libre.

—Hagamos una cosa, me meteré con él en el cuarto de baño para lavarle los dientes y tú desaparecerás en ese momento sin hacer ruido.

—¿No crees que sería mejor mostrar un poco de naturalidad?

—¿Naturalidad? ¡Si ni siquiera tengo claro qué quieres de mí!

Martín pareció ofendido por aquella acusación y dada la noche que habíamos pasado, decidió no protestar.

—De acuerdo, tú mandas. No soy el indicado para decidir nada al respecto. Pero déjame darte un consejo, ahora como psicólogo de Héctor. Deberías empezar a mostrar más naturalidad con él. Entiende las cosas mucho mejor de lo que puedes llegar a imaginar.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—¿De verdad estás cuestionando la terapia? —exclamó atónito ante aquel hecho.

—No, no... Supongo que no. Por favor, Martín. Deja que solucione esto a mi manera ahora mismo. Ya hablaremos de ello en tu despacho.

Era consciente de que Martín no quería discutir más y ambos nos sostuvimos la mirada durante unos instantes. Al final se resignó, me indicó con un gesto de cabeza que así lo haría y esperó a que yo desapareciera por la puerta para instantes después, encerrarme en el baño con el pequeño.

Llegada la tarde, Héctor y yo habíamos decidido tumbarnos en el sofá y disfrutar juntos con alguna película de dibujos animados. En la calle hacía el frío propio de principios de noviembre y no me apetecía lo más mínimo salir a pasear.

Cuando la película en cuestión terminó —malditos estudios Pixar y su fácil forma de conseguir que se te saltaran las lágrimas—, jugamos un par de partidas al cocodrilo sacamuelas y Héctor logró arrancarme más de una carcajada con sus payasadas y su eterna sonrisa de ratoncillo, aunque era consciente de que aquello no era más que una forma de engañar a mi cerebro y a mí misma, pues lo que menos sentía en aquellos momentos eran ganas de sonreír... y mucho menos aún de respirar. Aquellos días nada era suficiente para mí.

El día terminó para Héctor cuando, después de acicalarlo y ponerle su pijama favorito, le acompañé hasta su dormitorio. Una vez ya estuvo tumbado en la cama, le besé en la frente y le deseé buenas noches. Héctor, que aquella vez fue más rápido que los días anteriores, se levantó de su cama y cogió aquella libreta que yo hacía ver que leía cada noche pero que, en realidad, no contenía nada más que páginas en blanco.

—Héctor, cielo, hoy no tengo fuerzas para continuar con el cuento...

El semblante del niño, que entendió a la perfección lo que aquello significaba, se tornó triste y una mueca que amenazaba en acabar en puchero apareció en su rostro de forma visible. Casi nunca había observado aquella expresión en su rostro, por lo que me vi obligada a escoger otro de los cuentos de la estantería y me senté a su lado con la intención de distraerle unos minutos más, tal y como pedía.

Comencé a leer con parsimonia las primeras palabras del mismo cuando Héctor, enfadado como nunca, decidió dar media vuelta sobre su cuerpo, dándome ahora la espalda, y se tapó los oídos para evitar escuchar nada de lo que yo dijera.

—Héctor, ¿no quieres que te lea este cuento?

El niño ni siquiera se inmutó, aunque estaba segura de que me había escuchado.

—Si no quieres que te lea este, esta noche no habrá cuento.

De nuevo, esperé una reacción por su parte que no llegó. Disgustada por el comportamiento que estaba mostrando y no dispuesta a ceder a su capricho, cerré el libro y volví a colocarlo en su sitio. Acto seguido, le di un beso en la cabeza y le deseé una vez más que pasara unas buenas noches, a lo que el niño, tampoco reaccionó.

Me marché de la habitación afligida, después de haber dejado encendida la pequeña lucecita en forma de luna que siempre le dejaba para que no tuviera miedo a la oscuridad. A continuación, me tumbé en el sofá molesta, pues no conseguía entender por qué motivo el niño se había comportado de aquel modo. No tenía sentido nada de todo aquello. ¿Acaso no le había dejado ver la tele más rato de la cuenta? Finalmente, cansada de todo el ajetreo mental de ese día y del de todos los anteriores, me metí en la cama y decidí dejar de pensar en nada más por unas horas, aunque tal y como podía prever, me fuera a resultar una tarea imposible de llevar a cabo.

## CAPÍTULO 32

Los días pasaban más lentamente de lo que me hubiera gustado. Tan solo era martes y en ese momento, me encontraba absorta en mis pensamientos en el interior del taller cuando Minerva apareció por la puerta con una sonrisa angelical y diabólica a la vez.

—He encontrado una solución para todos tus quebraderos de cabeza —dijo a modo de saludo.

—Sorpréndeme... —añadí un tanto apática, sin levantar siquiera la vista de la mesa a la que estaba dando unas últimas pinceladas de color.

—Mira esto —añadió entonces, dejando un papel sobre el mostrador.

Cogí el folio y lo leí atentamente. Mi expresión fue cambiando por momentos según avanzaba la lectura de aquellas pocas frases que contenía como información, pasando de la sospecha a la sorpresa en cuestión de segundos.

—Te he inscrito al concurso —afirmó de pronto antes de que yo dijera nada al respecto.

—¿Cómo dices?!

—Jana, necesitas despejar la mente y la decoración ha sido siempre tu mayor fuente de evasión. El concurso es dentro de dos meses, tienes tiempo de sobras. Eres endemoniadamente buena en lo tuyo y sé que puedes hacerlo.

—Minerva, tengo suficientes problemas en la cabeza como para añadir uno más. ¿No crees?

—¿Por eso mismo necesitas hacer esto! ¿Es que no lo ves? Te estás encerrando con todo lo que estás viviendo. Has perdido peso en cuestión de semanas, por el amor de Dios, ¡estás embarazada! No puedes continuar así o terminarás enferma y en un hospital. ¿Acaso es eso lo que quieres?

Negué con la cabeza sin atreverme a rebatir ni uno solo de los argumentos de mi amiga. Aunque barajando aquella última posibilidad, resultaría tan fácil dejarse llevar...

—Jana, cariño. Necesitas pensar con claridad y mientras tus manos trabajan, tu mente es capaz de hacerlo también, pero de forma ordenada. Escúchame —dijo asiéndome del brazo y llevándome casi a rastras hasta el taburete que había tras el mostrador—, piénsatelo. La inscripción está pagada y no debes preocuparte por el dinero. Pruébalo. Tienes materiales suficientes para hacerlo. Si no te ves capaz, no continúes. No habrás perdido nada. Pero inténtalo. Tienes que recuperarte de nuevo y volver a coger al toro por los cuernos. Lo hiciste una vez, puedes volver a conseguirlo. Estoy contigo, lo sabes, ¿no?

Afirmé con la cabeza y abracé a mi amiga. La quería con toda mi alma y envidiaba la capacidad de reponerse de todo cuanto la afectaba y así, sacar siempre el lado bueno de las cosas.

—Lo pensaré... —dije al fin como única respuesta.

—Jana, el premio son cincuenta mil euros para el diseño ganador, en metálico... y al momento. ¡Ah, sí! Y la compra y distribución del diseño por una gran multinacional dedicada a la decoración del hogar.

—¡¿Cincuentaqué?! —exclamé con los ojos casi fuera de sus órbitas.

—Como has oído. Cincuenta mil. Al momento.

—¡Pero eso es muchísimo dinero! Me ayudaría sobremanera con todo esto y podría ir más desahogada de trabajo y así poder centrarme en la terapia de Héctor.

—Y con tu *alien*... No te olvides de él —añadió con una sonrisa cómplice en los labios.

—Mi parásito, dirás... Se está encargando de robarme todas mis energías.

—Pues eso —añadió de nuevo. Entonces, después de hacer una pausa significativa, volvió a mirarme a los ojos y continuó—. ¿Has pensado ya qué vas a hacer con el parásito?

Negué con la cabeza y no supe muy bien qué contestar.

—Sabes que deberías contárselo, ¿verdad?

—Tengo miedo, Minerva. Martín es tan voluble... —por un momento, estuve a punto de contarle lo de las últimas noches en las que había recibido su visita pero al fin, preferí omitir aquel detalle hasta estar verdaderamente segura de qué era lo que existía entre nosotros—. Necesito pensarlo un poco más.

—Sabes que el tiempo apremia... ¿verdad? —dijo esta vez con una mueca distinta en el rostro.

—Sí... Lo sé —añadí con desdén al entender a la perfección lo que mi amiga había querido decir con aquello.

—¿Quieres que te acompañe al ginecólogo? No quiero que vayas sola...

—Déjame que lo piense un poco más. Necesito aclararme antes de ver por primera vez al parásito en una pantalla.

—De acuerdo, pero no esperes mucho más tiempo.

De pronto, la puerta de la tienda se abrió y mi madre entró con el niño cogido de la mano.

—¡Hola, cariño! —dije mientras esperaba a recibirle con los brazos abiertos.

Sin embargo, Héctor no hizo intento alguno de acercarse a mí, al contrario, ni siquiera parecía que se alegrara de verme. Para más inri, se lanzó directo a los brazos de Minerva, que lo achuchó durante algunos segundos y le llenó la cabeza de besos y marcas de pintalabios.

—Cielo, Martín me ha dicho que este viernes la reunión tendrá que ser a las nueve. Más tarde le resulta imposible. ¿Te va bien?

—¿Cuándo le has visto? —quise saber, extrañada y dolida por el hecho de que él no hubiera sido capaz de enviarme un mensaje después de todo lo sucedido.

—Me lo he encontrado cuando he ido a recoger a Héctor. Me ha dicho que creía que irías tú a por él y que pensaba decírtelo entonces, pero que si yo te iba a ver ahora, no había problema.

Sentí un vuelco en el estómago y Minerva fue testigo de ello. Me apretó con delicadeza el hombro para hacerme saber que todo iría bien y a continuación, tras darme un beso en la mejilla, se despidió de los otros dos con su habitual sonrisa.

—¿Qué le pasa al niño que no quiere ni saludarte? —preguntó mi madre una vez nos habíamos vuelto a quedar solas.

—No lo sé, lleva desde el domingo así.

—Algo habrá tenido que pasarle... digo yo.

—Ni idea, mamá —añadí, aun sabiendo que eso no era del todo cierto. En ese momento, Héctor giró la cabeza hacia mí con el semblante serio y me sostuvo la mirada de forma desafiante durante algunos segundos, como si quisiera retarme con los ojos. A continuación, se dirigió hacia su rinconcito, se sentó en su silla y comenzó a pintar tal y como hacía cada una de las tardes que se quedaba conmigo en la tienda.

—Bueno, si sigue así tendrás que hablarlo con Martín. No es normal que actúe de ese modo. ¿Quieres que me lo quede yo esta semana?

—No, por ahora no. Intentaré averiguar qué es lo que sucede. Gracias, mamá.

## CAPÍTULO 33

—Buenos días, Señora Peñalver. ¿A qué debo esta repentina visita?

—Buenos días, Martín. ¿Le importa que me sienta?

—En absoluto —dijo indicándole uno de los asientos a la abuela de Héctor, justo después de estrecharle la mano con educación—. Dígame, ¿ha sucedido algo por lo que deba alarmarme?

—Verá, Martín... No sé muy bien por dónde empezar.

—Por donde crea que pueda hacerlo, luego ya ordenaremos las ideas.

—Me preocupa Héctor... Hace días que apenas quiere comer, ni jugar, tan solo se dedica a pintar en sus libretas y ni siquiera sigue un orden lógico como lo hacía hasta ahora. Únicamente llena páginas de algún color, una tras otra.

—¿Y qué es lo que cree que puede haber pasado?

—Creo que Jana tiene algo que ver en ello, estoy segura. Hace días que parece otra. Se hace cargo del niño, pero hay algo que la atormenta y no es capaz de contárselo a nadie, por mucho que intentemos acercarnos a ella.

Martín observó a Adela con detenimiento mientras le daba vueltas a todo lo que había vivido con Jana en las últimas semanas. Era innegable que algo le sucedía, pero a él tampoco le había contado nada, a pesar de haber sido el único que había estado presente durante aquel ataque de pánico.

—¿Puedo pedirle ayuda? Sé que usted es especialista en niños pero, dado que es quien está llevando la terapia de mi nieto, me gustaría pedirle alguna recomendación sobre cómo actuar con Jana. A veces me resulta muy difícil abrirme con ella, pues entre nosotras... las cosas no han sido siempre fáciles.

—Claro, intentaré ayudarla en la medida de lo que esté en mis manos. ¿Qué cree que puedo hacer por su hija?

—Creo que hay algo más grave detrás de todo esto... Pero, por favor, no se lo diga a mi hija. Me mataría si supiera que conozco el secreto.

Martín se revolvió inquieto en su asiento, pues había algo en todo aquello que se escapaba de sus manos y también de su comprensión. Sin embargo, dispuesto a conocer algo más de Jana, pues se pasaba la inmensa mayoría del día pensando en ella aunque nadie tuviera conocimiento de tal hecho, se irguió un poco más en su asiento, juntó las manos en actitud pensativa e indicó a la mujer que continuara.

—Jana está embarazada.

Martín sintió que su mundo se desvanecía por momentos. Aquella revelación cayó sobre sus pies como si un ladrillo impactara contra él a toda velocidad y sintió que todos sus sentidos se nublaban y paralizaban casi al instante, viéndose obligado a hacer esfuerzos sobrehumanos para mantener el semblante sereno.

—Martín, ¿está usted bien? —preguntó la señora al ver que el joven psicólogo palidecía por momentos.

—Sí, disculpe. Estaba... pensando. Esto... No era consciente de que Jana tuviera pareja... ¿Sale con alguien? —dijo entonces, tratando de eliminar posibilidades y dudas sobre la supuesta paternidad.

—No... —contestó Adela con cierta vergüenza en el rostro—. No tiene pareja.

—Disculpe mi atrevimiento pero, ¿cómo sabe usted lo del embarazo?

—Minerva, su mejor amiga, ella me lo contó. Está muy preocupada por Jana porque a pesar de estar embarazada, no para de perder peso... Y no consigue que le cuente nada más aparte de eso.

—¿Sabe su amiga quién es el padre?

—Dice que no... Que solo sabe que es un chico con el que se ha visto esporádicamente durante estas últimas semanas.

—¿Y sabe el chico lo del embarazo de su hija? —añadió él con una sensación nauseabunda adueñándose de todo su estómago.

—No... Jana está muy asustada y por ahora no se ha atrevido a contárselo... Bueno, ni a él ni a nosotros. O como mínimo, eso es lo que Minerva me ha contado.

De pronto, el teléfono del despacho de Martín sonó y tras disculparse con la señora, atendió a la llamada. Pasados unos instantes, colgó de nuevo el aparato y se dirigió una vez más a ella.

—Discúlpeme, señora Peñalver, pero tengo que hacerme cargo de unos asuntos cuanto antes. Le prometo que pensaré en la manera de abordar el tema con su hija y de tratarlo juntamente con el caso de Héctor.

—Claro, Martín. No se preocupe. Siento haber aparecido sin cita previa, le agradezco de corazón que me haya dedicado unos minutos de su tiempo.

—Gracias a usted por acudir a mí, le prometo que haré todo cuanto esté en mis manos. Le doy mi palabra.

Observó a Adela desaparecer por el fondo del pasillo y una vez se hubo asegurado de que el ascensor se había cerrado tras ella, volvió a meterse en su despacho y cerró la puerta con más fuerza de la debida.

A continuación, cogió su teléfono personal y buscó en él el número de Minerva, a la que envió un mensaje sin esperar a que pasara ni un minuto más.

«¿Podrías pasarte por el colegio? Me gustaría hablar contigo. 11:32».

La respuesta, lejos de hacerse esperar, llegó en apenas unos segundos.

«Estoy por la zona. En veinte minutos estoy ahí. ¿Sucede algo con Jana? 11:32».

«Necesito hablar contigo. Pregunta en recepción por mí, te guiarán hasta el despacho. 11:35».

Dejó de nuevo el teléfono móvil sobre la mesa y se apoyó en el alféizar de la ventana. Empezó a sentir que su respiración se aceleraba y el pulso se incrementaba de forma considerable. La sangre recorría sus venas con fuerza, como si su densidad hubiera cambiado y ahora le costara horrores avanzar a través de ellas. Le temblaban las manos, como cuando era pequeño y sus compañeros le increpaban con violencia, haciéndole sentir débil e indefenso, hasta que al final, sintió un pinchazo a la altura de las costillas que no podía significar nada bueno. Se acordó entonces de la noche en la que Jana padeció aquel ataque de pánico —al que ahora podía encontrarle sentido— e instintivamente, se obligó a sí mismo a tranquilizarse. Se pasó la mano por el pelo en un gesto nervioso y se tomó un par de vasos de agua mientras deambulaba de un lado a otro del despacho sin dejar de mirar el reloj de su muñeca que, como por arte de magia, parecía haberse detenido.

Al cabo de unos minutos que a él se le antojaron eternos, alguien llamó a la puerta y tras un seco “adelante”, esta se abrió y Minerva apareció tras ella. Al encontrar a Martín apoyado contra la mesa y con el rostro compungido, la chica se asustó y corrió hacia él después de cerrar la puerta con un golpe seco.

—Martín, ¿qué te pasa?

—¿Y tú me lo preguntas? —añadió como única respuesta con una sequedad que traspasaba incluso las paredes.

—¿Cómo dices? —quiso saber ella, extrañada. Se había quedado inmóvil, incapaz de procesar lo que estaba sucediendo en el interior de aquella elegante estancia, algo para lo que no lograba encontrar una explicación plausible.

Martín se había aflojado la corbata y llevaba los dos primeros botones de la camisa desabrochados, de una forma que para nada casaba con su estirado y prudente carácter. El pelo revuelto delataba su estado de nervios y su rostro era el reflejo más fiel y definido de la ansiedad.

—¿Es mío? —dijo entonces sin dejar de mirarla a los ojos.

Tenía una expresión extraña, desconocida e inquietante. Su miedo era palpable desde los escasos dos metros que les separaban y en aquel silencio sepulcral que los rodeaba, se mantuvieron la mirada durante unos intensos segundos, en un pulso que ninguno de los dos quería perder.

—Martín...

—¡Responde! —añadió sin ningún titubeo en la voz.

Minerva respiró hondo y dudó durante algunos segundos más sobre lo que debía de hacer a continuación. Traicionar a Jana no formaba parte de sus planes, era su mejor amiga y por ella lo daría todo, pero aquel hombre necesitaba saber la verdad, pues sus ojos delataban el estado de congoja y temor en el que se hallaba sumido. Al final, después de pensarlo detenidamente, afirmó con un gesto de cabeza confirmando así todas sus sospechas y Martín se vio obligado a aferrarse con fuerza a la mesa si no quería terminar desfalleciendo a causa de la impresión.

—¿Hay margen de error? —quiso saber, pues era lo único que necesitaba averiguar antes de poder asumir todo lo que estaba descubriendo.

Minerva negó un par de veces con la cabeza mientras le sostenía una mirada teñida de tristeza y pesar y trataba de hacerle ver que entendía su dolor y el estado en el que se encontraba.

—¿De cuánto está? —quiso saber al cabo de unos minutos de tortuoso silencio.

—De un mes, más o menos...

Martín hizo una cuenta atrás mentalmente y recordó a la perfección la noche en la que se habían acostado por primera vez. Fue la misma en la que sucedió lo de la página de contactos. Si los números no fallaban, fue allí cuando debía de haberse quedado embarazada. Sin embargo, estaba seguro de haber usado protección, pues siempre había sido meticuloso con ello y no había jugado nunca a tentar a la suerte.

—Ella tampoco se lo explica... —dijo entonces la chica ante la cara de sorpresa del joven, como si hubiera podido leerle el pensamiento—. Supongo que debió de romperse y ninguno de los dos os disteis cuenta... o tal vez tuviera un poro. ¿Lo comprobaste?

Martín se ruborizó ante la pregunta tan directa que Minerva acababa de lanzarle pero, después de tratar de recordar el procedimiento que siguió aquel día —de forma borrosa en su mente— se dio cuenta de que muy a su pesar, no lo había revisado. Así pues, negó con la cabeza y al momento, abatido, escondió el rostro entre las manos sentado en la silla que siempre ocupaba al otro lado del escritorio.

—Martín... No te culpes. No podemos volver atrás... —dijo tratando de animarle, pues parecía realmente afligido—. Tenéis que encontrar la manera de



solucionar esto y decidir qué es lo que queréis hacer con el... bebé.

Martín tragó con dificultad y Minerva pudo ver el atisbo de una lágrima que amenazaba con resbalar sigilosa por su mejilla. Tenía los ojos enrojecidos y desenfocados, como si la cosa no fuera con él. Su frente estaba perlada de un sudor frío, que permanecía allí impasible delatando el tormento que atosigaba al joven. Sin embargo, Martín cogió aire y trató de reponerse como pudo, haciendo acopio de todas las fuerzas que aún le quedaban. Resultaba un hombre atractivo incluso con el miedo y la preocupación reflejados en el rostro, pensó Minerva en uno de aquellos silencios que tanto pesaban en el ambiente.

—¿Cómo voy a buscar soluciones si es incapaz de contarme la verdad?

Minerva tragó antes de contestar, pues por mucho que lo intentara, no encontraba motivo alguno con el que desarmar aquella pregunta y justificar la actitud de su amiga.

—Dale un poco de tiempo... Tiene que hacerse a la idea. Ha tenido una vida difícil... y esto ha llegado en el peor momento posible.

—¿Tiempo? ¡Si hay algo que no tiene un embarazo es tiempo!

—Martín...

—No, Minerva —dijo, cortándola—. Déjalo, por favor. Necesito asimilar todo esto y pensar qué es lo que está en mis manos.

Minerva, que no se atrevía a añadir nada al respecto con lo que tratar de paliar el dolor del joven, se levantó de su silla y tras coger su bolso, se encaminó hacia la puerta. Cuando estaba a punto de salir, dio la vuelta por última vez en dirección a Martín, que volvía a estar con la cabeza hundida entre sus manos y se dirigió a él.

—Cualquier cosa que necesites, puedes contar conmigo. Es mi mejor amiga, pero estás en todo tu derecho de pedir explicaciones y de obtenerlas. Haré lo que pueda para intentar que entre en razón... Te lo prometo.

Martín hizo un gesto de agradecimiento con la mano —sin levantar siquiera la cabeza— y Minerva salió de allí cerrando la puerta tras de sí. Permaneció inmóvil, con la espalda pegada a la puerta de aquel despacho durante algunos instantes, lo justo para escuchar como un objeto impactaba contra el suelo, seguramente fruto de la frustración que debía de sentir el chico. Estuvo tentada de volver a entrar y ayudarlo con lo que estuviera en sus manos, pero decidió respetar el momento de intimidad que el joven le había pedido y con una sensación de pesar en el estómago, salió de allí en dirección a su oficina.

## CAPÍTULO 34

Sin dejar que pasara más tiempo, esa misma tarde me enfraqué con los planos de un diseño para el concurso, sin embargo, por muchas vueltas que le daba, no se me ocurría nada que pudiera llegar a ser lo suficientemente bueno como para poder presentarlo y optar de algún modo al premio. La campanilla de la tienda emitió un leve tintineo pero ni siquiera hice el más mínimo intento de alzar la vista, mi nivel de concentración era tal que en ese momento no existía para mí nada más que aquellos papeles que tenía ante mis ojos.

—Esto no puede seguir así. —Minerva entró con una expresión compungida en el rostro, muy distinta a la que solía mostrar siempre.

—¿Cómo dices? —pregunté atónita por la intrusión.

—Tienes que decirselo a Martín, ¡y tienes que hacerlo ya!

—Pero, ¿y a ti qué mosca te ha picado? Hablamos hace dos días del tema, ¡no vuelvas a calentarme con lo mismo!

—Me pasa que, desde que estás embarazada, pareces otra. No comes bien, estás perdiendo peso, estás irritable y tu cara parece la de un mapache por culpa de esas ojeras permanentes que se han instalado bajo tus ojos.

—*Ervs*, para el carro. Esto no es asunto tuyo.

—No será mío, pero creo que Martín tiene derecho a poder brindar su opinión al respecto también.

—Y qué pasa si no quiero quedarme con el bebé, ¿eh? —De pronto me sentía muy furiosa con ella por continuar entrometiéndose en mi vida de aquella manera.

—Pues lo que pasa es que deberías empezar a darte un poco de prisa en averiguarlo.

—Minerva, no tengo el cuerpo para tonterías. Si has venido solo para esto, te pido por favor que te marches... Estoy tratando de hacer algo productivo para el concurso.

Me observó desafiante y tras unos segundos de intenso e incómodo silencio, se llevó una mano a la cintura y optó por aflojar un poco antes de que todo aquello terminara de malas maneras.

—¿En qué has pensado? —Aquella pregunta sonó ahora un poco más despreocupada, aunque estaba claro que trataba por todos los medios de rebajar la tensión que se había instalado entre nosotras y que estaba segura de que ni siquiera una central eléctrica podría llegar a producir.

—No lo tengo muy claro... La verdad es que no consigo concentrarme en absoluto.

—Ve a casa, relájate un poco, date un baño y descansa. Mañana lo verás más claro. Sabes que siempre te ha funcionado cuando estás ofuscada.

—Sí, supongo que será lo mejor.

Sin permitir que aquella riña nos distanciara un poco más, entre las dos nos pusimos manos a la obra y comenzamos a recoger el taller, poniendo en su lugar todo el repertorio de folios, lápices, reglas y demás utensilios que había ido esparciendo a lo largo de la tarde. Cuando por fin conseguimos que aquello volviera a parecer una tienda en condiciones, después de echarle un último vistazo al interior del local y comprobar que no me olvidaba de nada, cerré la puerta del mismo con llave y nos despedimos con un abrazo que me produjo un extraño cosquilleo, justo antes de tomar una dirección opuesta cada una.

El viernes por la mañana la situación con Héctor había empeorado de forma considerable y, lo peor de todo, muy alarmante. El niño a duras penas comía y se mostraba más nervioso y displicente incluso de lo que lo había estado en los últimos días. Ya no sabía cómo debía proceder con él y agradecí que por fin hubiera llegado el día de la reunión semanal con Martín, aunque en parte continuara molesta con él porque no me hubiera enviado ni un solo mensaje durante todos aquellos días.

Tal y como mi madre me había indicado, llegué a la hora convenida al despacho y traté de sacar la mejor de mis sonrisas de alguna parte de mi interior donde ya no aseguraba que me quedara ninguna. Sin embargo, al abrir la puerta me topé de frente con el semblante de Martín, serio, impenetrable, casi oscuro. Me esperaba de pie en la otra punta de la estancia, con un aspecto rígido e impoluto que no distaba mucho de aquella habitual elegancia que siempre poseía. Sin embargo, algo en su aspecto denotaba que las cosas no iban tan bien como deberían, como si estuviera preocupado por algo realmente importante.

—Buenos días, Martín...

—Adelante —Aquella respuesta me chocó, sobre todo por el deje tajante con el que pronunció esa única palabra con la que me recibió. Fue una especie de bofetón inesperado, aunque igual de doloroso.

—¿Cómo estás? —quise saber a la vez que intentaba con aquella pregunta romper el perturbador silencio que se había instalado entre nosotros.

—Bien. Ahora subirá Elsa con Héctor. ¿Hay alguna cosa que quieras comentarme antes de que él aparezca?

Me sorprendió la distancia que estaba sellando y me asusté al pensar que podía haber sido descubierta. Pero eso no era posible... en ningún momento había mencionado nada que hiciera referencia al embarazo.

—No... Bueno, sí. Héctor lleva unos días muy agitado, como ausente. Está enfadado y descentrado. Se muestra rebelde e intransigente... Y lo peor de todo es que ni siquiera me mira a los ojos cuando le hablo.

Martín me observaba mientras le contaba lo acontecido, como si tratara de cincelar en su memoria todas y cada una de mis expresiones, gestos o palabras.

—Martín, creo que Héctor no es un niño normal.

—¿Y por qué crees eso? —Para nada me pasó inadvertido aquel repentino cambio en su tono, ahora más suave que el que había usado hasta el momento.

—Tú deberías saberlo mejor que nadie.

—Explicate.

De pronto, escuchamos un par de golpecitos en la puerta y Elsa apareció con Héctor cogido de la mano quien, tras una fugaz mirada a Martín —y haciendo caso omiso a mi existencia—, se dirigió a un rincón de la estancia y se sentó sobre la alfombra donde comenzó a jugar con el muñeco que traía consigo sin apenas prestar atención a nada más.

Martín, después de observarle con una curiosidad profesional durante algunos segundos, se incorporó en la silla y adoptó una posición de atención, justo antes de indicarme con un gesto de su mano que continuara.

—¿Sigo? —pregunté con indecisión mientras le lanzaba una mirada de reojo al pequeño, con ciertas dudas sobre la conveniencia de continuar con aquella conversación ahora que él estaba presente.

—Sí, por favor.

—No sé muy bien qué es lo que sucede... —No estaba muy segura de que fuera buena idea continuar con aquello, pero no podía poner en jaque sus métodos; no mientras no tuviera al alcance ningún otro profesional con el que pudiera discutir sobre la efectividad del sistema de Martín—. No entiendo por qué, si no tiene ningún problema, sigue sin ser capaz de hablar con nadie.

—Porque quizás...

—¡Espera! No he terminado. —Comencé a alterarme y Martín me dejó hablar sin rechistar y sin parecer inmutarse por la desproporcionada reacción que acababa de mostrar—. No entiendo por qué hace cosas asombrosas y no es capaz de llamarme por mi nombre. Resulta muy frustrante, ¿sabes?

En ese instante, Martín dirigió la mirada hacia Héctor que, distraído como estaba con su muñeco, levantó cuidadosamente la vista, lo justo para cruzarse con los ojos analíticos del psicólogo. A continuación, después de sostenerla durante algunos segundos con un aplomo impropio de un niño de su edad, el pequeño volvió a desviar la atención hacia su muñeco y Martín se giró de nuevo hacia mí, pues empezaba a sentirme realmente alterada.

—Jana, dame un minuto...

—No, Martín. ¡Ya estoy cansada de esperar!

Héctor, al ver que me ponía tan nerviosa, gateó sin hacer apenas ruido en dirección a la mesa de Martín. Con sumo cuidado se escondió bajo la misma, hecho que solo el psicólogo pareció percibir. Con lentitud, Martín le abrió paso echando las piernas hacia un lado y dejó que el niño se refugiara de aquello que le estaba alterando. Una vez se hubo colocado allí debajo, fue consciente de que Héctor se sentaba con delicadeza sobre sus pies y recostaba su espalda contra sus piernas, como si aquel escaso contacto le proporcionara un cierto alivio.

—Jana, tranquilízate, por favor.

—No. No me pidas que me tranquilice. Tú no tienes ni idea de lo que es tratar con todo esto a diario. Cada día, cuando despierto, mi primer pensamiento es para Héctor. *Hoy por fin hablaré*, me repito como un mantra a mí misma. Pero ese día nunca llega, ¿sabes? Y cuando cae la noche, me encuentro sola en la cama, perdida y sin nadie a mi lado que me diga que todo esto se va a solucionar. Y no puedo más, Martín, no puedo...

—Jana, debes calmarte, por favor. Pediré ahora mismo que te suban una infusión o lo que quieras.

Me sorprendió la reacción de Martín. Jamás lo había visto tan cordial y solícito, tan cercano y accesible y menos aún cuando yo solía alterarme de aquel modo en el interior del despacho. Claro que las cosas entre nosotros habían cambiado mucho en los últimos días... Estaba excitable, le increpaba y él ni siquiera hacía el intento de contestar con su peculiar y particular impertinencia. Incluso, me pareció percibir un leve rastro de lástima en la voz, o tal vez fuera solo un poco de empatía, aunque cierta oscuridad permanecía perenne en su rostro. Fuera lo que fuese, aquello me descolocaba y ahora me costaba hacerme la dura sin la presencia de aquella arrogancia que tan fácil me lo hubiera puesto.

—No es necesario, Martín. Lo único que quiero es que Héctor sea un niño normal. Que sea feliz y que juegue con otros niños a la pelota o a lo que quiera.

—Y ese es precisamente tu mayor problema.

—¿Cómo dices?

—Jana, llevamos varias semanas de terapia y aún no te has dado cuenta del aspecto más importante: tú. —Aquello sí que no me lo esperaba—. Lo que te estoy diciendo con esto es que tú misma eres tu mayor problema. Es a ti a quien le gustaría que Héctor encajara en tu mundo y que se comportara como cualquier otro niño

pero, en realidad, estás pasando por alto lo que él verdaderamente necesita.

—¿Qué quieres decir con eso Martín? Que no cuidó de él lo suficiente, ¿no?

—No, Jana, en absoluto. Lo que te estoy diciendo es que dejes de meter a Héctor en tu idílica idea de felicidad y pienses en la suya. Héctor no necesita entrar en tu mundo. ¡Lo que necesitamos es que seas tú la que cree un mundo para Héctor! —Hizo una pausa significativa antes de continuar con su discurso ante la cara de sorpresa que se me debía de haber quedado en aquel instante. Martín había alzado la voz algo más de lo debido, pues tal vez no entendía como yo no era capaz de ver la evidencia de la situación en la que me encontraba—. Hasta que no te des cuenta de ello, no podremos continuar con la terapia.

Acepté la derrota en ese mismo momento. Martín fue a moverse de su sitio pero sintió que Héctor se apretujaba con más fuerza a sus piernas, haciéndole saber que no quería que se moviera de allí. Miró con disimulo hacia abajo y se encontró de nuevo con los ojos del pequeño, que parecía asustado y triste a partes iguales. Sin que yo me diera cuenta de todo aquello —obnubilada como estaba por todo lo que acababa de decirme—, Martín dejó caer una mano hacia abajo y acarició la cabeza del niño, intentando transmitirle de alguna manera un poco de tranquilidad. No obstante, para su sorpresa, Héctor asió la mano del chico con la suya, sin ninguna intención de deshacerse de aquel contacto que tanto parecía necesitar en ese momento.

—¿Qué sucede con Héctor? —preguntó entonces, queriendo descubrir por qué motivo el niño se sentía tan desvalido.

—No lo sé...

—Jana... —me advirtió, esta vez de forma autoritaria.

—¡Que no lo sé! —grité de pronto, invadida de pura impotencia.

Debido a todo el cúmulo de situaciones que estaba viviendo en los últimos días y que sin duda me habían llevado al estado de ansiedad perpetua en el que me hallaba sumida, sentí que comenzaba a faltarme el aire y a desfallecer una vez más. Estaba muy alterada y debía calmarme, por mi bien y por el del bebé. De pronto, al pensar en este, reparé en la ausencia de Héctor y una nueva oleada de pánico se apoderó de mí.

—Martín... —Mi tono de voz ahora sonaba mucho más agudo—. ¿Dónde está Héctor? ¡Estaba ahí hace un segundo! —dije señalando el rincón en el que el niño había estado jugando hasta el momento.

—Tranquila, Héctor está debajo de mi mesa. Lleva sentado sobre mis pies como unos diez minutos así que, tranquilízate y siéntate de nuevo, por favor.

Me llevé las manos a la boca y no pude controlar el miedo que me poseyó. Sentí que todo aquello me venía demasiado grande. No estaba preparada. No lo había estado con la llegada de Héctor y no lo estaba ahora con el nuevo bebé, y juro que me odiaba a mí misma por ello. Me odiaba profundamente como si yo fuera la única culpable de todo lo que me sucedía. Sabía que Héctor estaba así por mi culpa, ¡era innegable! Había sido egoísta y le había privado de la única cosa que, por primera vez en toda su vida, el pequeño me había pedido: El cuento.

Aquel maldito cuento.

Lo que en un principio había sido una válvula de escape, ahora se había convertido en el objeto de mis pesadillas, en mi propia jaula. Contarle aquella historia me estaba haciendo daño, me mataba por dentro y hacía que me sintiera despreciable por ser precisamente yo la que siguiera en este mundo. Tal vez la decisión que había tomado un par de años atrás había sido un error y aunque me esforzara a diario por sacar a Héctor adelante, nada de lo que yo hiciera sería comparable a lo que su verdadera madre podría haber llegado a hacer. Amaba a mi sobrino por encima de todas las cosas, pero sentía que no podía quitarle el lugar a mi hermana. Yo no podía sustituirla y estaba segura de que Héctor me culparía durante el resto de su vida por ello.

Mis ojos se empañaron rápidamente y las lágrimas comenzaron a contornearse mis mejillas sin control ni freno alguno. Martín, sobrecogido por aquella reacción, percibió que una pequeña alarma se encendía en su cerebro. Con una sola mirada del chico, Héctor entendió que debía dejar que Martín se moviera y no le opuso resistencia. Se apartó con cuidado y dejó que el psicólogo se levantara de la silla y se pusiera en pie. Se aflojó ligeramente el nudo de la corbata y se acercó a mí, que continuaba con el rostro hundido entre las manos y lloraba desconsolada. El joven, indeciso ante aquel escenario, giró la cabeza y habló en tono firme en dirección a la mesa.

—Héctor, recoge tu muñeco y ve al despacho de Elsa. No quiero que te muevas de allí hasta que yo mismo vaya a buscarte.

Sin hacerle esperar, salió disparado de su escondite y sin dirigir la mirada hacia donde yo estaba, corrió hacia la puerta del despacho. Martín observó desde su posición cómo el niño empujaba la puerta que había justo enfrente —que siempre se mantenía entreabierta— y se encerraba en su interior. A los pocos segundos, Elsa asomó la cabeza sorprendida por la intrusión y dirigió la vista hacia Martín, que juntó sus manos en forma de súplica y desde la distancia, consiguió transmitir aquella petición a su compañera, que asintió de inmediato al entender el gesto y se encerró de nuevo en el despacho para atender al pequeño.

A continuación, Martín cerró la puerta del suyo para obtener una mayor intimidad, se acercó y se agachó frente a mí, quedando ahora los dos a la misma altura. Tragó con dificultad y se pasó una mano por la corta, aunque espesa, melena, justo antes de apoyar las manos sobre mis muslos.

—¿Por qué estás tan alterada? —preguntó con ternura.

Sin alzar el rostro, que todavía mantenía escondido entre mis manos, contesté de forma entrecortada sin apenas fuerza en la voz.

—Tú no lo podrías entender jamás, Martín.

—Ponme a prueba. Me gustan los retos.

Sorbí con fuerza en un gesto que denotaba una gran falta de feminidad por mi parte, pero que Martín no osó cuestionar en ningún momento. Alcé lentamente la mirada y por primera vez, me mostré vulnerable ante aquel hombre del que, sin ser consciente del momento en el que había sucedido, me había enamorado hasta la perdición. Me escocían los ojos, escondidos tras las gafas de montura blanca. El rímel se me debía de haber corrido y estaba segura de que un rastro de pintura negra bordeaba mis ojos, entristeciendo todavía más mi mirada. Martín apretó los labios y tomó aire un par de veces antes de que yo continuara hablando.

—Jamás podrás entender qué se siente cuando todos te dicen que no lo haces bien, que no sirves para ello. Tú eres don perfecto, todo te sale bien a la primera. Pero, ¿sabes?, yo suelo equivocarme y vosotros siempre estáis ahí para recordármelo.

Martín desvió la mirada un momento hacia la ventana intentando no mostrar uno de sus puntos más débiles. Permaneció en silencio, aguardando a que yo terminara de sincerarme y sacara todo lo que tenía dentro, haciendo muestra de toda la profesionalidad que llevaba dentro.

—Decidí quedarme con Héctor porque era lo que más quería en este mundo. Cambié mi vida por él, para hacerme cargo de sus necesidades. Renuncié a todo lo que yo era y lo intenté con todas mis fuerzas hasta que, finalmente, salí adelante yo sola. Sé que a veces puedo equivocarme, y te aseguro que así seguirá siendo durante toda mi vida. Pero, ¡santo cielo!, si le pierdo de vista cada vez que te cruzas en mi camino, ¿cómo narices voy a ser una buena madre?

Martín aplacó el impacto de aquellas palabras que para nada pasaron desapercibidas en su mente. Entornó los ojos y me estudió con la mirada, observando todas las reacciones y movimientos que yo hacía. Podía distinguir a la perfección la alarma que su cerebro acababa de activar, sonando de forma estridente y con todas sus fuerzas, avisando así de la presencia de un peligro inminente. La había cagado con todas las de la ley.

Tardé unos segundos en reaccionar ante las palabras que yo misma había pronunciado y sentí que el pánico se apoderaba de mí en ese preciso instante. Volví a alzar la vista hacia Martín y vi que este me observaba con una especie de escrutinio, sin apartar los ojos de los míos. Sentí que una vez más me faltaba el aire y noté que mi cerebro trabajaba a marchas forzadas para encontrar una solución a la catastrófica metedura de pata que acababa de cometer. Pero me costaba tanto pensar con claridad...

Martín me nublaba, me aturdí, impactaba en mis emociones como un maldito meteorito que arrasaba con todo lo que había a su paso. Era imposible digerir mis propios pensamientos con aquellos ojos color miel clavados en mí, observándome impertérritos mientras mis labios temblaban con el simple recuerdo de sus besos. Su camisa encajaba a la perfección sobre sus hombros, que se insinuaban incipientes a través de la tela, transportándome al único lugar del mundo en el que me perdería con él, bajo las sábanas, mientras el roce de sus dedos me recorría insinuante y ahogaba mis palabras convirtiéndolas en inevitables suspiros que tenían origen en lo más profundo de mi ser. Aquellos ojos eran, simplemente, demasiado para mí.

—¿Cómo has...? —me tentó, sobresaltándome y sacándome de aquellos pensamientos en los que me había permitido perderme.

—Me refería a que... —Traté de recomponerme a gran velocidad, pretendiendo acabar con aquello cuanto antes, aunque no lograba encontrar las palabras que buscaba en todo el repertorio lingüístico que tenía almacenado en mi memoria—. Me refería a que yo soy su único referente. Y como tal... Como tal debería saber qué hacer con él en todo momento... Y no se me deberían de escapar tantos detalles importantes para su educación, ¿no crees?

Me quedé sin habla esperando la respuesta de Martín mientras suplicaba por que no hubiera entendido aquellas palabras y menos todavía, su verdadero significado. Entornó los ojos y me miró con un ímpetu que hizo que a mí se me secara la boca y me temblara hasta el alma, aparte del cosquilleo que me provocó por todas y cada una de las terminaciones nerviosas de mi cuerpo. Pero no podía derrumbarme o toda mi mentira, todo lo que había estado intentando esconder hasta ahora se vendría abajo y yo acabaría siendo cazada. Nos sostuvimos las miradas una vez más durante unos interminables segundos, sumidos los dos en un silencio absoluto, siendo perfectamente conscientes de que había algo en todo aquello que no era verdad.

Martín se tensó de nuevo y quiso añadir algo más, o como mínimo, volver a preguntar qué había querido decir yo con aquello. Pero no era el momento y él era plenamente consciente de ello.

—Deberíamos dar la sesión de hoy por terminada. Me parece que necesitas descansar. Deberías tomarte el día libre también —añadió mientras se incorporaba de nuevo—. Pero eso ya es una recomendación personal.

Le observé con disimulo cuando se puso de espaldas a mí y anduvo lentamente hacia la parte trasera de su escritorio. Debía decírselo. Tenía que hacerlo y ese era el momento...

—Esto, Martín... Tengo que decirte una cosa...

Se detuvo en seco y giró de nuevo sobre sí mismo, volviendo a quedar frente a mí mientras me observaba con una expresión indescifrable en el rostro.

—Dime —contestó únicamente.

—Esto... —Pero entonces volví a quedarme en silencio. Sentí el calor elevando la temperatura de mi sangre, recorriendo todas mis venas como una cascada y estremeciéndome a su paso, dejando el rastro de un pánico desconocido hasta el momento. Miedo al rechazo y a verme sola, una vez más—. Nada. Solo quería darte las gracias por lo de hoy.

El joven, como si hubiera esperado la mayor de las catástrofes, respiró y se llevó una mano a la nuca antes de contestar.

—De nada. Ese es mi deber, supongo —contestó con un amago de tímida sonrisa en los labios que no me resultó nada creíble—. Descansa, ¿vale? Es muy importante para... la terapia.

—Lo intentaré.

## CAPÍTULO 35

Eran las once de la noche de un viernes cualquiera y como de costumbre, me hallaba tumbada en el sofá sin saber muy bien qué hacer. Me sentía abrumada por todo lo que estaba viviendo y sobre todo, por aquello que más de cabeza me traía. De pronto, sentí la imperiosa necesidad de comer chocolate —como si mi vida dependiera de ello en ese preciso momento— y decidí concederme el capricho. En definitiva, el chocolate siempre conseguía subirle el ánimo a cualquiera, ¿no?

Anduve hasta la cocina y abrí el frigorífico, donde escondía mi alijo particular lejos del alcance de Héctor —sí, era de aquellas que guardaba el chocolate en el frigorífico porque amaba que crujiera la tableta al contacto con los dientes— y busqué en el interior el envoltorio de aquella tableta rellena de menta que había descubierto unos meses atrás y que desde entonces, me volvía loca.

La encontré abajo del todo, en un lugar en el que yo nunca solía dejarla. La cogí con cuidado y al hacerlo, me di cuenta de que no había nada en su interior, solamente un envoltorio vacío. Maldije mentalmente a mi amiga tras descubrir el post-it con una carita sonriente que había en la parte de atrás del mismo y sentí una súbita necesidad de conseguir chocolate, en tableta, en polvo, en helado o como fuera. Ahora ya no me importaba nada, tan solo necesitaba tomar un poco de aquel potente bálsamo para el alma.

Decidida a satisfacer a aquella fiera interior —o al *Gremlin* que llevaba dentro de mí—, me calcé las deportivas y me puse una chaqueta por encima, pues noviembre se había presentado más fresco de lo esperado y el descenso de temperaturas había sido fácilmente perceptible. Me miré en el espejo y dirigiendo la vista hacia el vientre de mi reflejo, sentencí:

—A buenas horas empiezas con los antojos... Por lo menos podrías esperar a que fueran las once de la mañana... y no de la noche.

De pronto, escuché un ruido que provenía del rellano y aquello me sacó de mi estupor. Asombrada por ello, pues los vecinos nos solían armar follón, permanecí inmóvil en el lugar en el que me encontraba y esperé a escuchar algo más. De nuevo, un leve movimiento consiguió captar mi atención y aprovechando que iba a salir —y con aquella poca precaución que me caracterizaba y que no me hacía temer que un asesino en serie pudiera estar esperándome tras la puerta—, abrí con la intención de descubrir de dónde provenía todo aquel escándalo.

—Pero, ¡¿qué haces aquí?! —exclamé asombrada por lo que veían mis ojos.

—¿Nunca te han dicho que no es recomendable salir sin compañía por la noche?

Sin embargo, sus palabras sonaron más bien como un balbuceo que no como una frase coherente y estructurada de las que me había acostumbrado a escuchar de su labios.

—Martín, ¿has bebido? —pregunté escudriñando aquellos ojos que parecían desenfocados.

Su mirada era turbia, distinta, mucho más sombría de lo habitual. Llevaba la melena revuelta, cosa que nunca antes había sucedido, la americana abierta y la corbata le colgaba aflojada alrededor del cuello. Una sensación de desazón me invadió y supe al instante que algo no iba bien.

—Si tienes planes, puedo marcharme...

—No, tan solo iba a comprar algo que tomar mientras veía una película —añadí precavida tratando de disimular la potencia del antojo que había logrado sacarme del mullido sofá—. ¡Por el amor de Dios! ¿Cuánto rato llevas aquí fuera?

Alzó la vista y me miró a los ojos. Pero aquella no era su mirada, era puro fuego. Era como si el mismísimo diablo se hubiera reencarnado en Martín y quisiera hablarme a través de sus ojos. Sentí que algo muy potente se removía en mi interior, en aquella especie de hervidero en la que se había convertido mi estómago. Miles de mariposas, gusanos o libélulas asesinas se agitaron en él y pugnaban entre ellas para salir por cualquiera de los poros de mi piel, mientras conseguían alterarme todas las terminaciones nerviosas y poner todos mis sentidos a flor de piel. Sentí que mis mejillas se sonrojaban más de lo que a me hubiera gustado permitir y que la nuca me ardía.

Me invadió una especie de calor que tenía su origen bajo mi piel, como si mi propia sangre fuera capaz de generar aquel cambio de temperatura. Martín estaba radiante. Borracho y absolutamente radiante. Era el puro reflejo del sexo, sin más. Ni lujuria, ni amor. Era sexo en estado y esencia. Su melena, al contrario de lo que siempre sucedía, ahora lucía despeinada, dándole un toque misterioso, sensual y elegante a la vez. Su mirada, turbia como nunca, parecía que pidiera a gritos algo que no sabría descifrar, pero que necesitaba ser saciado cuanto antes. Y la forma en la que sostenía el casco en su brazo derecho era simplemente... arrebatadora. Tragué con dificultad mientras sentía que algo me arrasaba la garganta y me sobresalté al escuchar de nuevo aquella voz, mucho más profunda y rasgada de lo habitual en él.

—Si no tienes planes... ¿puedo acompañarte con esa película? Me considero un tipo bastante cinéfilo...

Volvíamos a sumirnos en aquel extraño y expectante silencio, esperando seguramente a que fuera el otro el que diera el próximo paso.

—He traído algunas cosas... —añadió entonces con una timidez casi inapropiada que terminó de desarmarme por completo.

Dirigí la vista hacia la bolsa que sostenía en la mano que tenía libre y entre las distintas cosas que pude distinguir en el interior, pude descubrir un tarro de helado de chocolate Ben & Jerry's, uno de mis mayores caprichos en el mundo.

Creo que Martín fue consciente de cómo mi rostro se iluminaba en cuestión de segundos y por fin, aunque de forma desapercibida, esbozó una ligera sonrisa.

—Al llegar a la gasolinera me di cuenta de que no conocía mucho tus gustos... así que cogí un poco de todo. Hay palomitas, Kit-Kat, Donettes, helado, refrescos, un par de panteras rosas y algunas galletas.

—La gente normal suele traer una botella de vino cuando pretende pedirle una cita a una chica... —Aquel comentario me salió de forma inconsciente, extrañada como lo estaba por todas las cosas que el psicólogo me había traído.

—Es que no te estoy pidiendo una cita —respondió de nuevo con aquella mirada tan distinta, pero manteniendo aquel semblante impenetrable que solía mostrar solo en la consulta.

Al final, abatida y vencida por mis propios antojos, me resigné y le cedí el paso.

Martín se tambaleó ligeramente al dar el primer paso, lo que terminó de sacarme de dudas en lo que a su estado de embriaguez se refería.

—¿Has bebido, verdad? —repetí de nuevo sin dejar de pensar en el helado que Martín llevaba en la bolsa.

—Tenía una reunión un tanto comprometida y me he tomado un par de copas de vino, nada más.

Alcé una ceja en un gesto de reproche pero decidí no acosarle más con el tema. Además, la estela que dejó su aliento al pronunciar aquellas palabras al pasar junto a mí, teñido del inconfundible aroma de la buena cerveza, me estaba volviendo loca de deseo. La cerveza tenía que saber infinitamente mejor en sus labios, de eso no albergaba la menor duda.

Martín caminaba algo más lento de lo que solía hacerlo en dirección al salón mientras que yo le seguía calmada, después de haberme quitado de nuevo la chaqueta y las deportivas que me había calzado hacía apenas cinco minutos. Parecía realmente apesadumbrado, por lo que decidí que lo más razonable sería no continuar preguntando acerca de aquella sospechosa borrachera con la que se había atrevido a conducir la moto de forma inconsciente e insensata.

—Espérame en el salón, iré a por unos vasos.

—Jana —dijo de pronto, todavía de espaldas a mí, helándome la sangre y paralizando todos los engranajes de mi cerebro debido al tono con el que había pronunciado mi nombre—. Quiero ocuparme del bebé.

## CAPÍTULO 36

Sentí que todo mi mundo se desmoronaba por momentos. Llegué a pensar que todo mi interior se estaba resquebrajando, como si mi cuerpo se hubiera convertido en el espejo más delicado y se hiciera añicos en cuestión de segundos. Martín lo sabía, estaba al corriente del embarazo... pero aquello era imposible. ¿Cómo podía haberlo descubierto?

Me giré con una lentitud casi imperceptible, como si mis pies flotaran sobre el suelo, mientras sentía que mis ojos se inundaban. Mi cuerpo ahora parecía de cristal y sentía como si aquellos minúsculos trocitos recorrieran cada una de mis venas junto a la sangre, que ahora parecía helada.

Cuando por fin volvíamos a estar frente a frente, nos sostuvimos las miradas mientras manteníamos un silencio que llegó a traspasar mi corazón. Ahora entendía el aspecto de Martín. Se notaba que había estado luchando por intentar soportar aquello, pero ahora parecía abatido, como si se hubiera derrumbado por la inmensidad de aquel descubrimiento.

—¿Cómo...? —empecé a preguntar, al tiempo que trataba de atar cabos y así poder entender cómo podía haberlo descubierto.

—Esa no es la pregunta, Jana. La cuestión ahora es el motivo por el que has decidido que la mejor opción era la de escondérmelo.

Sentí que mi respiración se aceleraba, que me faltaba el aire y que la estancia parecía empequeñecer por segundos. Necesitaba espacio, aire fresco, tiempo. Necesitaba todo aquello que en ese momento no poseía.

—¡No tenía por qué decírtelo!

Martín, impactado por la respuesta, se pasó una mano por el pelo de forma nerviosa y acto seguido, se sacó la corbata y la sostuvo entre los dedos, todo ello sin apartar ni un solo segundo la mirada de mis ojos. Se le tensaron los tendones del cuello, lo que enmarcaba todavía más aquellas facciones por las que tantas veces había suspirado en las últimas semanas.

—No puedo creer lo que estoy escuchando... —Su tono ahora era mucho más seco, rasgado, profundo y muy, muy grave. Sonaba del mismo modo que podría sonar una señal de peligro en medio de una central nuclear—. Qué pensabas hacer, ¿fingir que era de otro? ¿Negarme todos los derechos?

—¡Todavía no sé si voy a quedármelo! —estallé entonces sin poder remediar lo que acababa de confesar en voz alta.

Creí que Martín estaba a punto de desfallecer ahí mismo pero, una vez más, mostró una fortaleza impetuosa y con toda la profesionalidad y orgullo que aún le quedaban, se mantuvo en pie, impassible. Lo que menos esperaba en ese momento era aquella reacción, pues yo misma estaba asustada por lo que acababa de revelar mientras le miraba con pesar, buscando disculparme con la mirada.

Me di cuenta del error al instante, pues Martín tan solo había venido a ofrecerme su ayuda con todo aquel asunto del bebé. Sin embargo, ahora parecía imperturbable y totalmente ido, como si ahora ya estuviera en otro lugar.

A continuación, sin que nuestras miradas hubieran dejado de retarse en ningún momento, Martín viró al instante y se encaminó a gran velocidad hacia la puerta por la que instantes antes había entrado. Sentí entonces el impacto del miedo sobre mi propio cuerpo, aterrada como lo estaba por haber apartado de mi lado a la persona que más necesitaba en esos momentos.

—Martín... —sollocé siguiéndole por el pasillo, dejando a mi paso un reguero de lágrimas silenciosas—. Martín, espera...

Pero no se detuvo. Se pasó por última vez una mano por el pelo, mesándolo con impaciencia y a continuación, cogió el casco, abrió la puerta y salió al rellano.

—Martín, por favor. No puedo soportar este silencio. Dime algo, grítame o insúltame, pero no me dejes así —gimoteé justo cuando él iba a bajar el primer escalón.

—¡¿Qué quieres que te diga?! —Aquella voz ronca y masculina que tan afectada parecía me sorprendió de pronto con su potencia. Martín se detuvo en seco, dio media vuelta sobre sus talones y se acercó de nuevo a mí salvando así la poca distancia que todavía nos separaba. Quedamos a escasamente unos centímetros el uno del otro, nuestros rostros estaban tan cerca que ambos podíamos percibir el dolor del otro en nuestra propia piel, como un látigo que nos flagelara de forma repetida, sin darnos tiempo a recuperarnos de las heridas causadas—. Por si todavía no lo sabías, llevo una hora en tu puerta buscando la maldita forma de decirte que quiero ocuparme de ese niño, de ese bebé que también es mi hijo, ¡joder!

Escuchamos un ruido en el apartamento de enfrente y ambos bajamos la voz de forma instintiva para que nadie más pudiera ser partícipe de lo que estaba sucediendo.

—Martín, no estoy preparada para dar este paso. Tú eres psicólogo, ¡deberías entender lo que te estoy diciendo!

—No soy tu psicólogo, joder. ¡Soy mucho más que eso! O por lo menos, eso creía hasta ahora. No puedo estar pendiente de ti si tú no me dejas. Asume ya de una maldita vez que eso que llevas en la barriga y que te niegas a aceptar, es tu hijo, ¡nuestro hijo!

Su voz había vuelto a subir unos cuantos decibelios y sentí que empequeñecía por momentos. Dirigí la vista a sus ojos una vez más y le sostuve aquella mirada temerosa, oscura y tan cargada de sentimientos que no creí poder llegar a soportar por mucho más tiempo.

—No estamos jugando a construir un puto castillo, Jana. Lo que llevas dentro es mi hijo y voy a luchar por él. Puedo hacerlo contigo, o sin ti. Tú decides.

Desvié por un momento la vista de aquellos ojos que ahora me escrutaban con rabia, pero su mirada se había enturbiado por completo mientras esperaba algún



tipo de respuesta por mi parte que yo no tenía fuerzas para dar. Me sentía incapaz de decir nada al respecto, un hecho que no pasó en absoluto inadvertido para Martín.

Sin decir nada más y tras dedicarme una última mirada que ya lo dijo todo por él, volvió a dirigirse hacia la escalera y desapareció a través de ella en cuestión de segundos.

## CAPÍTULO 37

Al día siguiente desperté agotada y abatida. Me negaba a pensar que nada de lo sucedido fuera en verdad real. En casa no quedaba ni rastro de Martín, ni de su ropa, ni siquiera de su aroma y ahora parecía más vacía que nunca. Pensé en despertar a Héctor y llevarle a dar una vuelta por el parque, eso seguro que me animaría y me ayudaría a despejar de mi cabeza todos los recuerdos que mi mente se aferraba a no olvidar. Su mirada. Su rabia. Sus labios.

Sin embargo, tan pronto puse los pies en el suelo, recordé que el niño estaba en casa de sus abuelos, pues la tarde anterior habíamos quedado en que mi madre le recogería a la salida del colegio y lo tendría en casa hasta el domingo. De nuevo rendida por aquella soledad que envolvía mi vida, decidí afrontar el día de la mejor manera posible. Era sábado, por lo que seguramente Minerva aparecería a media mañana con el desayuno listo. Así pues, con la esperanza de pasar un rato en compañía de mi amiga y de que ella pudiera ayudarme con toda aquella situación tan sobrevenida, me metí en la ducha y me dejé llevar por la tranquilidad del agua, como si esta pudiera arrastrar a su paso todo lo que me desestabilizaba.

Salí del baño un buen rato después, con el pelo todavía húmedo envuelto en una toalla, me dirigí a la cocina casi de forma automática y puse en el fuego la cafetera. Sin embargo, de pronto recordé que en mi estado, aquello no era precisamente lo que más me convenía. Me pasé una mano por la frente y a continuación, señalándome el vientre con frustración —como si aquella pequeña criatura que comenzaba a gestarse en mi interior pudiera contestarme— le dediqué una mirada cargada de reproche.

—¿Es que ya no puedo ni desayunar tranquila?!

Sentí que se me hacía un nudo en la garganta y se instalaban bajo mis ojos unas lágrimas amenazantes contra las que no tenía ganas de luchar. Las hormonas me estaban destrozando. Al final, salí de la cocina sin haber probado bocado y aproveché que todavía era muy temprano —y que estaba sola— para poner un poco de orden en casa. Saqué el polvo, limpié el baño, pasé el aspirador y fregué el suelo sin sacarme en ningún momento los auriculares con los que me obligué a mí misma a detener el frenético ritmo de mis pensamientos.

Serían más o menos las once de la mañana cuando escuché de fondo el teléfono móvil. Lo saqué del bolsillo de la sudadera que llevaba puesta y miré la pantalla antes de descubrir que era un mensaje de mi amiga.

*«Cielo, hoy tengo que pasar por el despacho de mi padre. Debo hacerme cargo de algunos asuntos de forma inmediata. Si puedo, me paso esta tarde. Que tengas un buen día. 11:12».*

Aquello sí que no me lo esperaba y tuvo en mí el mismo impacto que hubiera tenido una daga directa a mi deteriorado corazón. Necesitaba el contacto de mi amiga —o de quien fuera— para calmar aquella sensación que me oprimía el pecho y me compungía el alma. De pronto, fui a apagar de nuevo el dispositivo cuando me percaté de que en la parte superior de la pantalla había un par de notificaciones pendientes de ser leídas. La primera era un mensaje de publicidad de mi compañía telefónica que eliminé del teléfono sin llegar siquiera a abrirlo. Sin embargo, hubo una segunda notificación que me llamó todavía más la atención. Era un correo electrónico, pero lo que más me sorprendió fue el remitente del mismo.

*De: Elsa Martín.*

*Para: Jana Peñalver*

*Asunto: Modificación de la terapia.*

*Buenos días, Jana. Siento escribirle un sábado por la mañana, pero así me ha sido comunicado.*

*A partir de ahora, las sesiones de los viernes las llevará a cabo conmigo. El señor Saavedra seguirá tutelando todo el procedimiento y llevará en privado todas y cada una de las sesiones de Héctor. Sin embargo, por motivos estrictamente profesionales, no podrá hacer acto de presencia los viernes y ha solicitado que, para garantizar la total imparcialidad en el tratamiento de Héctor, sea yo la que ocupe su puesto. Así pues, si no tiene ningún inconveniente, la espero el próximo viernes en mi despacho, a las 9:30 horas.*

*Reciba un cordial saludo.*

*Elsa Martín*

*Coordinadora del área pedagógica Infantil.*

Entonces lo supe. Martín había decidido poner fin a cualquier tipo de relación que entre nosotros se hubiera forjado durante aquellos días. Sabía que debería de haberle contado lo del embarazo desde el mismo instante en que lo descubrí, pues seguramente de haber sido así, las cosas no habrían terminado de aquel modo. Sin embargo, Martín estaba demostrando ser el más competente de los psicólogos y no iba a dejar la terapia de Héctor a medias. Se lo debía a él.

Y en aquel preciso instante, en ese único momento en el que una vez más, me encontré desolada en la inmensidad de las cuatro paredes que configuraban mi hogar, me di cuenta de que estaba sola. Martín había decidido marcharse y yo tendría que continuar con aquello sin más ayuda que la de mi familia, a la que todavía tenía que dar explicaciones de todo lo que estaba sucediendo... Aunque no tuviera ni idea de cómo hacerlo, ni supiera realmente qué era lo mejor para mí... Sin saber si Martín regresaría en algún momento de nuevo a mi lado, si de verdad lucharía por aquella criatura que también era suya... O si realmente se convertiría en el padre que tan solo

unas horas antes había jurado que quería ser.

De todas las posibles reacciones que había imaginado que Martín podría mostrar al enterarse del embarazo, aquella había sido sin duda la menos probable, al menos en mi cabeza. Había huido, sin previo aviso, sin explicaciones y aunque él todavía no lo sabía, le necesitaba a mi lado para que todo mi mundo se sostuviera, para que nada de lo que me rodeaba y que ahora pendía de un hilo, se viniera abajo y acabara conmigo.

Tenía ganas de llorar, pero no podía permitírmelo. Me puse los auriculares, le di al *play* y busqué una canción que me encantaba tanto por su mensaje, como por su melodía, su letra y por todo lo que me había transmitido siempre. Encontré "*The climb*", de Miley Cyrus, muy rápidamente entre mis favoritos y subí el volumen tanto como el móvil me lo permitió. Dejé de escuchar todo a mi alrededor e intenté centrarme en aquel piano, en aquellas notas en las que quería perderme. Me sabía la letra de memoria de tantas veces que había llegado a escucharla. Normalmente tenía un efecto positivo en mí, pues su mensaje era claro: lucha. Lucha aunque a veces pierdas, porque el éxito está siempre en el camino que tomas, aunque duela.

Canté llevando mis notas al compás de las de ella. Siempre se me había dado bien la música y había sido mi refugio en innumerables ocasiones. Supongo que la vertiente artística que corría por mis venas tenía gran parte de culpa de que así fuera. Seguí cantando hasta que sentí que mi propia voz ahogaba la de mis pensamientos. Estaba sentada en el suelo, con los brazos apoyados sobre mis rodillas, flexionadas frente a mí, y dejé caer la cabeza hacia atrás, apoyándola contra la puerta del armario de mi dormitorio. Cerré los ojos y continué con la canción, haciendo caso omiso a las lágrimas que corrían por mi rostro dibujando un reguero a su paso que ni siquiera me molesté en borrar.

*'Cause there's always gonna be another mountain  
I'm always gonna wanna make it move  
Always gonna be a uphill battle  
Sometimes I'm gonna have to lose  
  
Ain't about how fast I get there  
Ain't about what's waiting on the other side  
It's the climb...*

...

*"Porque siempre habrá otra montaña,  
y vas a querer hacer que se mueva.  
Siempre será una batalla difícil,  
y a veces vas a tener que perder.  
Pero no se trata de la velocidad a la que llegas,  
ni sobre lo que te está esperando al otro lado...  
Lo que cuenta es la subida."*

...

Me sentía furiosa, desvalida, triste y rendida. Tal era el cúmulo de sensaciones que me invadían que mi piel se había convertido en un gran cúmulo de tensión y de nervios, capaces de estallar al mínimo roce. Incluso la ropa que llevaba puesta me molestaba. Me costaba respirar de forma pausada mientras continuaba cantando y una fuerte presión en el pecho clamaba por hacerse con el control de mi cuerpo. Tenía que parar aquello como fuera.

Volví a ponerme en pie, invadida por un fuerte ataque de cólera, y abrí el armario con fuerza. Cogí unas mallas que había en una de las estanterías y me cambié la ropa interior por un sujetador deportivo. A continuación, me cambié también la parte de arriba y me puse una camiseta de algodón y una sudadera deportiva por encima. Volví a ponerme los cascos y comprobé que el móvil todavía tuviera batería de sobras. Una vez me hube cerciorado de que así era, salí de nuevo del dormitorio y sin realizar ningún tipo de estiramiento previo, salí a la calle dispuesta a quemar aquello que amenazaba con acabar conmigo.

Regresé dos horas más tarde totalmente exhausta, me costaba respirar y sentía que el pulso me iba a cien. No quise comprobar cuántos kilómetros había llegado a correr en la aplicación que tenía instalada en el teléfono, pero era consciente de que esta vez me había pasado. Me metí en la ducha y al igual que había hecho un rato antes, me dejé llevar por la embriagadora sensación de limpieza que el agua me proporcionó. Incluso, casi logré creer que había desaparecido del mundo durante algunos segundos. Salí del baño con el albornoz puesto y sin molestarme ni siquiera a pensarlo, me vestí con lo primero que pillé en el armario. A continuación, tuve la pequeña tentación de llevarme alguna cosa al estómago, sin embargo, abrí la nevera, me serví un vaso de zumo, me dirigí hacia el comedor y me tumbé en el sofá donde pasé el resto del día en la única compañía de todas aquellas canciones que configuraban mi *playlist*.

## CAPÍTULO 38

Aquella semana pasó con una lentitud abrumadora. Héctor continuaba con aquella inesperada distancia que había establecido entre nosotros dos y yo me abandoné a ella, conocedora de que con ello, no lograría solucionar nada sino todo lo contrario, le estaba dando rienda suelta a su enfado, dilatando todavía más aquella barrera que se estaba creando entre los dos.

Desayunaba con él, en absoluto silencio, mientras cada uno de nosotros se mantenía perdido en sus propios pensamientos. Por la tarde le recogía y tras preguntarle como siempre por el día que había tenido en clase, lo llevaba conmigo a la tienda donde, una vez más, cada uno nos enfrascábamos en nuestras cosas. Me di cuenta de que sus dibujos habían perdido fuerza y que ya solo se dedicaba a colorear una página tras otra con el primer lápiz que seleccionaban sus dedos, sin prestar al folio la atención que solía depositar en él. Pero no me atreví a preguntar. Mi mente trabajaba a marchas forzadas y cualquier cosa que se saliera de lo estrictamente obligatorio a tener en cuenta, me suponía un nuevo dolor de cabeza.

Era la tarde del jueves cuando di la última pincelada a aquella cómoda con la que había estado trabajando esas últimas dos semanas. En parte me sentí liberada por haber podido cumplir con una nueva entrega dentro del plazo que yo misma había marcado pero, por primera vez en mucho tiempo, me sentía tan cansada que incluso sostener el pincel provocaba que un intenso dolor me recorriera el brazo entero y llegara hasta la altura de mi omóplato.

Me miré en el espejo que tenía en una de las paredes de la tienda y me asusté de la imagen que me devolvía el reflejo. En ese instante, fui consciente de la cantidad de días que hacía que no me dedicaba a echarme un vistazo a mí misma. Mis ojeras daban miedo y parecía que se me hubieran hundido los pómulos. Había vuelto a perder peso. Por suerte, durante aquellos días no había visto ni a mis padres ni a Minerva, después de ponerles infinitas excusas cada día evitando así la posibilidad de contacto con ellos y por ende, la solemne bronca que me hubiera caído por despreocuparme del modo en el que lo había hecho.

Al día siguiente desperté por inercia, con la única idea de que por fin iba a ver a Martín. Sin embargo, la sensación de desazón no tardó ni un minuto en llegar, pues recordé casi al instante que a partir de ahora, mis reuniones serían con Elsa y no con él.

Serví el desayuno a Héctor mientras yo terminaba de vestirme y arreglarme, lo que no me llevó más de diez minutos. Regresé de nuevo a la cocina y le ayudé con los cereales que todavía flotaban en el bol, mientras él se divertía “cazándolos” con la cuchara uno a uno según se movían estos en la superficie de la leche. Aquello logró robarme una sonrisa furtiva que Héctor cazó al vuelo y a la que, por primera vez en muchos días, respondió con otra. Aquel gesto tan sencillo me removió por dentro, provocando que algo en lo más profundo de mi estómago se agitara nervioso. Le di un beso en la frente y le premié con una onza de chocolate que el niño recibió gustoso.

Dejé a Héctor en clase media hora después. Eran las nueve de la mañana y yo no había quedado con Elsa hasta las nueve y media. Estuve tentada de meterme un rato en la cafetería que había justo enfrente del colegio y tomarme un té calentito, sin embargo, algo me lo impidió. Permanecí unos instantes frente a la puerta principal, observando cómo los niños se despedían de sus padres y correteaban felices —algunos no tanto— en dirección a sus aulas. De pronto, una idea me asaltó a la cabeza y pensé que aquel momento era el más propicio para llevarla a cabo. Había demasiadas personas en el vestíbulo entre padres, profesores y alumnos, y mi presencia ahí pasaría del todo desapercibida. Así pues, sin pensármelo dos veces, entré al colegio y me dirigí hacia el ascensor por el que cada viernes subía hasta el cuarto piso.

Pulsé el botón en cuestión y las puertas se cerraron a mis espaldas, mientras mi corazón comenzaba a latir con fuerza y una sensación de emoción y temor a la vez me invadía por completo.

Llegué a la planta correspondiente y al salir del ascensor, miré a ambos lados para cerciorarme de que nadie se percataba de mi presencia. Con pasos sigilosos, me dirigí hacia el final del corredor y me detuve frente a la puerta de Martín, donde sin ser todavía muy consciente de por qué motivo hacía aquello, esperé con el oído pegado a la misma para comprobar que no se escuchaba ni un solo ruido que evidenciara su presencia en el interior.

Así pues, cuando hubieron pasado un par de minutos en los que pude asegurarme al cien por cien que no había nadie en el despacho, posé la mano sobre la maneta y abrí con suma delicadeza de no hacer ningún ruido que revelara mi fechoría.

Me colé en su interior sin que nadie me viera, como si de golpe me hubiera convertido en una especie de ladrona que maquinara cometer el delito del siglo. Cerré la puerta a mis espaldas sin hacer ni un solo ruido y respiré tranquila. Aquello me había parecido mucho más fácil de lo que me había imaginado en un principio. Respiré hondo un par de veces todavía con la espalda apoyada en la puerta y eché un rápido vistazo a toda la estancia. El orden sistemático que caracterizaba a Martín podía llegar incluso a respirarse en el ambiente. Era metódico y organizado hasta la saciedad y su despacho no era más que un fiel reflejo de su rúbrica personal. Por un momento, dejé que su aroma —contenido con fuerza en aquellas cuatro paredes— inundara mis fosas nasales y me embriagara por dentro. Cerré los ojos y casi pude sentirle a mi lado. Parecía que estuviera tan cerca de mí...

Sin querer perder más tiempo, dejé el bolso sobre una de aquellas sillas en las que normalmente solía tomar asiento en las reuniones de los viernes y me dirigí hacia el otro lado de la mesa. Jamás había cruzado aquella barrera imaginaria que configuraba su escritorio y lo hice con una especie de miedo insólito. No sabía si encontraría algo de valor, de hecho, ni siquiera sabía qué era lo que andaba buscando. Primero me fijé en los documentos que había sobre la mesa, colocados por orden en una pequeña pila de forma impoluta. Por lo que pude ver por encima, se trataba de informes de distintos alumnos del centro sobre los que Martín seguramente debía de estar trabajando. No quise meter las narices donde no tocaba —por lo menos no más de lo que ya lo estaba haciendo— y continué buscando algo que realmente sirviera para satisfacer mi curiosidad. El ordenador estaba apagado y no me atreví a encenderlo, por si luego me pedía algún tipo de contraseña que pudiera delatar más tarde mi ilegítima intrusión. Abrí pues el primer cajón del escritorio y tan solo encontré material de oficina normal y corriente: clips, post-its, tarjetas de visita, bolígrafos... Nada relevante, vamos.

Hice lo mismo con el segundo y a continuación, también con el tercero y último cajón. Nada. No encontraba nada que pudiera decirme en qué narices estaba metido Martín que fuera tan importante como para cancelar las reuniones por supuestos “motivos profesionales”. Me pasé una mano por la frente en un gesto nervioso e impaciente. Di media vuelta y me acerqué a la estantería que había en una de las paredes del despacho. Estaba llena de carpetas y archivadores en los que seguramente,

Martín iba guardando toda la información de cada caso y terapia que llevaba a cabo. Miré las etiquetas por encima y ví que estaban clasificados por fecha. Llegué al último archivador, al del curso vigente, y lo abrí queriendo encontrar algo con lo que esclarecer todo aquello. Pero de nuevo, no había nada que pudiera aportar más información a mi curiosidad.

Miré al techo desesperada y suspiré en silencio vencida. Un sentimiento de culpa me invadió y se apoderó de la cordura que hacía rato que parecía haber dejado abandonada en algún otro lugar. Me reprendí mentalmente por lo que estaba haciendo y abatida, me encaminé de nuevo hacia el escritorio, dispuesta a coger el bolso y desaparecer de ahí cuanto antes.

Sin embargo, mientras comprobaba que hubiera dejado todo tal y como lo había encontrado al entrar, algo llamó mi atención por encima de todas las demás cosas. Me acerqué de nuevo a la estantería en la que había estado cotilleando y me agaché hasta quedar frente a un nuevo archivador que antes me había pasado desapercibido por completo. Pasé una mano por encima con delicadeza mientras leía la etiqueta correspondiente en la que solo había escrita una palabra: Héctor. Eché un vistazo rápido a mis espaldas, comprobando así que todavía continuaba sola en el despacho, y saqué el archivador de su sitio. Lo abrí con delicadeza —pues no sabía qué era lo que iba a encontrarme en el interior, y fuera lo que fuese no quería desordenarlo— y entonces, aluciné con la gran cantidad de información, papeles, fotos y detalles que había allí dentro.

Estaban ordenados de forma estricta y rigurosa. Parecía que hubiera realizado todo un seguimiento de fichas que atestiguaban de alguna manera cada una de las sesiones que Martín había llevado a cabo con Héctor. Fui pasando una a una aquellas páginas, sorprendiéndome por el contenido. Había fotos, anotaciones a mano y también a ordenador, pensamientos de Martín y también páginas de información sobre las diferentes posibilidades que seguramente el caso de Héctor le iba sugiriendo. Pasé rápido la mayoría de ellas pues, en muchas ocasiones ni siquiera entendía la letra del psicólogo. Entonces, al final de todo, apareció un dossier que llamó todavía más mi atención. Pasé todo lo deprisa que pude aquellas páginas hasta que al fin quedó totalmente a la vista. Entonces, mi corazón se paralizó y sentí que había algo en todo aquello que se me escapaba. Era una especie de maqueta de un libro, o esa fue la impresión que me dio. Sin embargo, fue lo que rezaba el título lo que más me impactó: *Un mundo para Héctor*.

Aquello sí que escapaba por completo de mi comprensión. Lo abrí con delicadeza tras unos segundos en los que permanecí inmóvil —aunque mi cerebro funcionara a gran velocidad— y entonces un sobre resbaló hasta el suelo. Lo recogí con cuidado y le di la vuelta dispuesta a encontrar algún tipo de información sobre su contenido. Sin embargo, como si no hubiera tenido ya suficiente, aquello todavía logró descolocarme más.

*A Eloy. La luz que siempre iluminó este hogar. Nunca dejes de brillar.*

¿Eloy? ¿Quién narices era Eloy y por qué estaba en la carpeta de Héctor? De pronto, un ruido a mis espaldas me sobresaltó y sentí que el miedo se apoderaba de mí. Volví a meter los papeles con cuidado en el archivador mientras era consciente de que aquel sonido no eran más que unos pasos que se acercaban a gran velocidad hacia la puerta del despacho. Mierda.

Volví a dejar el archivador en el lugar del que lo había sacado y fue justo en el momento en el que me estaba guardando la carta en el bolso cuando la puerta se abrió a mis espaldas.

—¿Jana?! —inquirió aquella voz que tanto empezaba a conocer desde la distancia—. ¿Se puede saber qué haces en mi despacho?

Escuché que cerraba la puerta mientras analizaba el osco y duro tono que había empleado en esa pregunta. Tragué con dificultad antes de girarme mientras buscaba en alguna parte de mi cerebro alguna explicación con la que justificar mi intrusión.

—¿No decías que estabas fuera? —contraataqué, creyendo tal vez que la mejor defensa sería un buen ataque.

—No vas bien si pretendes continuar por ese camino.

Me di la vuelta quedando ahora frente a su rostro, que para nada parecía apacible. Le miré a los ojos y busqué en ellos alguna respuesta, pero resultó una tarea imposible. Martín me escrutaba con la mirada, pidiéndome a través de ella una explicación a mi inesperada presencia en su despacho. Cruzó los brazos sobre el pecho justo después de dejar unos papeles sobre su escritorio, sin perderme de vista ni un solo instante.

—Sigo esperando una respuesta.

—Martín, yo...

—No me vengas con historias y haz el favor de contarme la verdad por una vez en tu vida —aseveró con dureza.

—¡Joder! ¡Me estoy volviendo loca! ¿Te enteras? ¡Todo esto me supera! —mi voz se alzó de una forma que ni yo misma había pretendido. Pero ahora ya había empezado y no podía detenerme—. Llevo días sin verte. ¡Desapareciste de mi casa sin más, después de decirme que querías ocuparte de esta cosa que llevo en la barriga!

—Esa cosa también es hijo mío, así que ten un poco más de cuidado cuando te refieras a él —añadió amenazante y en un tono mucho más grave y solemne que el mío.

—¿Que tenga más cuidado? ¿Y precisamente lo dices tú?

—Jana...

—¡No! ¡Escúchame de una vez! Me asusté, ¿vale? No soy la mujer más indicada en el mundo para convertirme en madre. Por si por algún motivo se te escapa, tengo muchas más cosas en mi vida de las que ocuparme aparte de todo esto. ¡Ni que hubiera escogido quedarme embarazada!

—Uno tiene que tener siempre muy claras las prioridades... Y todavía sigo esperando que me cuentes qué es lo que estabas buscando a escondidas en mi despacho. ¿Por qué desconfías tanto de mí? ¿Es que no crees en mi palabra?

Su semblante había ido cambiando por momentos y ahora resultaba incluso aterrador. Aquella mirada por la que tanto había llegado a suspirar ahora me asustaba.

—¡No puedo fiarme de ti cuando ni siquiera te conozco! Por el amor de Dios, ¡si lo único que sé de ti apenas es tu nombre!

En ese momento, me dio la sensación de haberle tocado alguna especie de fibra sensible. Sus ojos se entrecerraron mientras continuaba mirándome de forma penetrante. Pero ya no daba miedo, ahora su rostro había dejado paso a una especie de mirada triste que me desarmó por completo.

—Esto no puede seguir así.

—Martín, ya ni siquiera me conozco a mí misma.

Entonces, sentí un fuerte pinchazo en el vientre, intenso y demoledor. Sin embargo, aquel no era el mejor momento para dejarle ver mi debilidad y me obligué a mí misma a aguantar.

—¿Estás bien? —preguntó, supuse que al ver mi expresión, lo que me hizo comprender que seguramente no estaba disimulando tan bien como creía.

—Sí... Tengo hambre, solo es eso —mentí con descaro. Sin embargo, me di cuenta de que aquella afirmación tampoco era del todo irreal, pues llevaba días comiendo fatal, si es que llegaba a hacerlo en algún momento.

—Mira, no sé qué es lo que estabas buscando pero esto no puede continuar así. Márchate a casa, a la tienda o donde quieras. Hablaremos en otro momento.

—Pero...

—No, Jana. Vete, por favor, antes de que vuelva a preguntarte por última vez qué demonios hacías aquí dentro a escondidas.

Resoplé de indignación, sujeté el bolso con fuerza en la mano y me dirigí hacia la puerta, chocando mi hombro con su brazo a mi paso. Me sentía demasiado furiosa con él, conmigo y con todo lo que estaba sucediendo en mi vida.

—Por cierto —añadió desde mi espalda—, he dejado a Héctor en el despacho de Elsa. Le había comentado que hiciera alguna sesión con los dos también para que tuviera una visión más global de todo. Aquí tienes su mochila, por si quieres llevársela tú.

## CAPÍTULO 39

Cogí aquel peluche que me tendía sin mirarle a la cara y de malas maneras y a continuación, me encaminé hacia la puerta del despacho de Elsa con la firme intención de salir de ahí tan rápido como me fuera posible. Una vez estuve fuera, cerré la puerta con brío mientras que la imagen de aquella mirada furibunda se había quedado esculpida en mi memoria y no podía apartarla de ella. Sin embargo, desapareció rápidamente para dejar espacio al recuerdo de su sonrisa, aquella que tantas veces en las últimas semanas había podido admirar. Era bonita, dulce, blanca y sensual. Era la sonrisa de un hombre al que llevaba deseando noche tras noche desde la primera vez en que le había visto, la vez en la que me la había dedicado íntegramente a mí, mientras cantábamos a dúo en aquel escenario de mala muerte.

Aquel día experimenté por primera vez una sensación de necesidad que solo Martín había logrado despertar en mí. Había algo en él que no podía olvidar y cada día que pasaba, ese sentimiento se intensificaba con un poderío hasta ahora desconocido. Arrasaba con mis pensamientos, con mi esencia, con todo mi ser. Si aquello era amor, estaba segura de que me hallaba perdida desde hacía semanas y que lo mío estaba destinado a un infierno de dolorosos recuerdos desde el instante en el que me atreviera a decirle de una vez por todas lo que sucedía en realidad.

Pero aquello era algo que no me podía permitir. O como mínimo, no en ese momento. Anteponer mi felicidad a la de Héctor y a la del bebé no era algo que pudiera entrar en mis planes y me sentía frustrada por ello. Me sentía frustrada por miles de emociones que se escapaban de mis manos y de mi control. Porque en realidad, albergaba demasiados sentimientos por Martín, emociones que quería experimentar pues lo único que deseaba era vivir mi vida como la chica de veinticinco años que en realidad era, sin preocupaciones y sin obligaciones. Quería que Martín estuviera conmigo porque le apeteciera hacerlo y no porque se sintiera obligado por culpa del bebé. No, definitivamente no era buena idea decirle nada al respecto. Tenía que afrontar aquello sola y decidir qué hacer por mí misma, sin la ayuda de nadie.

Algo se removió en mi interior y de nuevo, un fuerte pinchazo me atravesó, dejándome ahora paralizada por el miedo que llegó a producirme aquel dolor inesperado e intenso. Una vez más provenía de mi abdomen. Me llevé las manos hacia él de forma instintiva, presionando con fuerza la zona afligida, esperando con ello que el dolor de mis dedos contra la piel fuera mayor al que sentía en mi interior.

Sentí que me mareaba y que perdía un poco la estabilidad de mi propio cuerpo. Recordé que con las prisas no había desayunado, justo antes de darme cuenta de que tampoco había cenado la noche anterior, después de haber comido un simple sándwich el jueves al mediodía y una manzana que había encontrado en el pequeño frigorífico que tenía en la tienda.

Pensé que seguramente estaba sufriendo una bajada de azúcar e intenté tranquilizarme mientras usaba la pared a modo de apoyo para evitar perder el equilibrio y esperar así a que todo pasara. Me encontraba sola en el pasillo de dirección. Martín se había encerrado de nuevo en su despacho y Elsa continuaba en el suyo con Héctor. Estuve tentada de ir a buscar al niño, pero ni siquiera tenía fuerzas para ello. De hecho, no tenía fuerzas para nada más. Dejé caer la cabeza hacia atrás, la recosté sobre la pared y cerré los ojos con fuerza. Me sentía más sola que nunca, abatida, triste y defraudada. Sentía que no era la persona que todos habían deseado que fuera, principalmente Héctor. Le había defraudado a él y ahora me la estaba devolviendo. Porque no me merecía nada más que su desprecio. Porque yo no era la persona que él necesitaba a su lado. No había sabido cuidarle como se merecía, darle aquellas caricias que un niño tanto ansía recibir y lo peor de todo, lo que más me pesaba por encima del resto de cosas que me reprochaba desde hacía meses, era el no haber sabido darle el amor incondicional que solo una madre podría ofrecer...

Sentía que mi mente trabajaba con violencia, como si todo se hubiera ralentizado a mi alrededor y necesitara dotar a mi cerebro de una fuerza que ni siquiera poseía. De pronto, todo oscureció a pesar de que continuaba con los ojos cerrados. Sentí que mis extremidades me fallaban y que mi cuerpo caía con una lentitud extraña, como si la gravedad hubiera desaparecido del universo.

Escuché un grito desde la distancia y sentí que alguien me acunaba entre sus brazos. Imaginé que debía de tratarse de Martín y una leve sonrisa cruzó mi rostro, o al menos eso creí yo. También sentí que alguien me besaba en el rostro repetidas veces y que me hablaba junto al oído diciéndome algo que no llegaba a entender. Pero aquellos eran unos besos distintos a los que Martín me había regalado hasta ahora. Eran unos besos húmedos, salados, unos besos que tenían aquel extraño sabor que solo las lágrimas poseían. Quise abrir los ojos y ver qué era lo que estaba sucediendo a mi alrededor. Sentía la presencia de más personas, más ruido de fondo, más pisadas y voces precipitadas. Pero no entendía nada, lo único que yo quería era dormir. ¿Por qué no me dejaban descansar un poco? Me convencí de que no había nada malo en dejarse llevar y dejé de luchar contra todas las fuerzas que trataban de impedírmelo con tanto ímpetu.

—Vamos, Jana, reacciona. Regresa conmigo... —Oí aquella voz en un ronco susurro junto a mi oído antes de que se alejara de mí y profiriera en un grito estremecedor—. Maldita sea, ¿dónde está la ambulancia?!

Pero entonces, hubo algo que todavía me impactó más. En aquellos minutos había escuchado el ruido de puertas abriéndose y cerrándose, así como varios teléfonos llamando sin cesar. Pero por encima de todos aquellos sonidos, murmullos y voces, había podido escuchar un silencio particular, unas pisadas que conocía de memoria y a la perfección. Podía sentirle cerca a través de mi agitada respiración y aquello me aterraba todavía más, porque quería abrir los ojos y no encontraba la manera de hacerlo. Estaba enfadado conmigo y no se merecía lo que estaba pasando. No se merecía todo lo que había vivido. No se merecía mi egoísmo...

Escuché entonces que las pisadas se aceleraban en unos pasitos de corta distancia que corrían a gran velocidad. Escuché también un forcejeo y la voz de Martín mientras pedía que se lo llevaran de ahí cuanto antes. Había llantos y preocupación, pero yo no podía ver nada. Hasta que lo escuché. Escuché aquel grito cargado de dolor que me atravesó con una fuerza todavía más profunda que la del pinchazo que me había llevado a aquella situación. Consiguió penetrar en mi interior y hacerse con el control absoluto de mi cuerpo y de mis pensamientos. Era un grito distinto, aterrador, impropio de aquel cuerpecito tan pequeño que cada día abrazaba y que logró dejar a todos los presentes en silencio. Creí que todo había sido producto de mi imaginación y me convencí a mí misma de que así era, pues la realidad me había demostrado que esa era la opción más factible, o la única posible, de hecho. Sin embargo, sentí unas pequeñas manitas sobre mi pecho, que se abrazaban con fuerza a mi cuello, tratando de transmitirme toda la fuerza que yo estaba perdiendo por momentos.

Aquellas manos, diminutas, suaves y regordetas, imploraban mi atención, me pedían auxilio, me transmitían fuerza. Escuché un leve balbuceo —aunque no entendía nada— y de golpe, sentí que algo en mi interior volvía a agitarse con fuerza. Un nuevo pinchazo me atravesó y en esta ocasión fue mucho más intenso que el anterior. Me dolía todo el cuerpo pero sobre todo, me dolía una parte de mi ser que hasta ahora no había creído poseer. La poca luz que todavía podía distinguir a través de mis pestañas se estaba apagando por completo y yo solo sentía la necesidad de luchar. Entonces, sentí de nuevo aquellas manitas sujetándome con fuerza y de pronto, sucedió aquello que jamás hubiera logrado imaginar.

—Mamá... no te duermas. No volveré a pedir nunca más ese cuento... Quiero ir contigo, mami...

Era su voz, era él. Era mi niño. Héctor había hablado por primera vez en su vida y lo había hecho para suplicarme entre sollozos que no me fuera. Me necesitaba... Me necesitaba tanto como yo a él. ¿Cómo no había podido verlo hasta ahora? ¿Por qué había sido tan egoísta? Héctor, mi niño del alma... Mi sobrino. El hijo de mi hermana... la persona a la que yo había querido con todo mi ser y cuyo hijo había jurado proteger con mi propia vida. Mi cabeza repitió mentalmente la primera palabra de mi pequeño y no pude dejar de hacerlo una y otra vez mientras me aferraba con fuerzas al poco aire que lograban captar mis pulmones.

Me había llamado mamá... Aquella había sido su primera palabra... y me lo había dicho a mí.

Luché contra la voluntad de apagarse que oponía mi cuerpo. Sentía el llanto de mi niño que continuaba recostado sobre mi pecho. Sentía su respiración agitada y el palpar de su pequeño corazón. Héctor no se merecía aquello, no se merecía volver a sufrir, no se merecía perder todo lo que tenía. No se merecía que le dejara solo...

Pero, por encima de todo, no se merecía perder a su madre... por segunda vez.



**CONTINUARÁ...**

Vuestras opiniones son muy importantes para mí.

Podéis hacérmelas llegar a través de Amazon, para que otros lectores puedan conocer qué os ha parecido la primera parte de la historia de Héctor y así, se animen también a descubrir su pequeño mundo.

Por ahora, si Héctor, Jana y Martín han despertado sentimientos nuevos en vosotros, significa que habrán conseguido gran parte de mi cometido en esta historia. Espero que el final esté a la altura.

Gracias por darles una oportunidad.

**Facebook**

[www.facebook.com/estefaniayepesescritora](http://www.facebook.com/estefaniayepesescritora)

**Twitter / Instagram**

@nia\_yepes

**Blog**

[www.estefaniayepes.blogspot.com.es](http://www.estefaniayepes.blogspot.com.es)

## AGRADECIMIENTOS

Creo que esta es siempre la parte más difícil de escribir una novela.

Escribir es algo que llevo muy dentro de mí. Forma parte de mi esencia, de mi vida, de mi propio yo. Por ello, abrir una parte del corazón para exponerlo públicamente nunca es fácil, y menos cuando con ella generas (o intentas generar) tantas sensaciones y emociones distintas.

Por eso, si ahora estás leyendo estas páginas, es porque has llegado al final de la primera parte de una historia difícil, dura y cargada de tensión. Simplemente por ello, quiero darte las gracias.

Sin embargo, siempre hay personas que permiten que las cosas sean más fáciles y no puedo olvidarlas en este apartado, pues hacerlo, significaría dejarles al margen de un trabajo del que sin duda, de un modo u otro, también forman parte.

A mi marido, por creer ciegamente en mí y ayudarme en todo lo que está en sus manos para que mi pequeño proyecto continúe creciendo. Sé que tal vez no leerás estas palabras, pero te debo tanto que ni siquiera podría llegar a expresarlo. No dejes de caminar a mi lado, nunca.

Por supuesto, a mi familia y amigos, por continuar creyendo en mis historias y en mí misma.

A Sheila, porque simplemente, no sé qué haría sin ella en mi vida.

A Marta y Marc, por su apoyo incondicional, sus ánimos, su visión psicológica y su experiencia.

A Marta Fernández, por darle vida a la portada que siempre había soñado para Héctor. Tienes arte y lo único que espero es que todos tus proyectos y sueños se hagan realidad.

A la familia Vanir, por su comprensión y por demostrar que son verdaderamente eso, una familia.

A todos los que me seguís a diario, a los que me deseáis un buen día, a los que me enviáis todas vuestras esperanzas o a los que simplemente, estáis ahí para darle alas a mis sueños. Sentíos todos parte de esta dedicatoria, pues no quisiera olvidarme de nadie. Gracias.

Y por supuesto, a mis padres, porque esta historia está escrita por y para ellos. El amor incondicional más puro, el más sincero y el menos avaricioso.

El amor de unos padres es el primero que experimentamos en la vida y el que en numerosas ocasiones, como hijos, solemos olvidar. Ellos siempre han estado y siempre lo estarán, dispuestos, al pie del cañón, preparados para todo y además, con la mejor de sus sonrisas.

Por tantos años de entrega, por tantas horas de sueño perdidas, por tantas experiencias vividas.

Por cien vidas más a su lado.

Esta historia es suya.

Estefanía Yepes.

Julio, 2016.

## **OTROS TÍTULOS DE LA AUTORA.**

### **QUIERO QUE CONOZCAS A ALGUIEN.**

Narrativa Contemporánea. Misterio. Familiar.

Premio Chick-lit a la mejor novela ebook 2014.

Premio púrpura a la mejor autora revelación en romántica adulta 2014.

### **DÉJAME SABER QUIÉN ERES.**

Narrativa Contemporánea. Misterio.

### **EL ESPEJO DE #COOKIECRUZ**

Comedia Romántica. Chick-lit.